LOS REINOS DE TAIFAS Y LAS INVASIONES MAGREBÍES

María Jesús Viguera Molíns

COLECCIONES MAPFRE 1492

A comienzos del siglo XI, se desató en Al-Andalus una guerra civil, que provocó el desgajamiento de las «taifas» –porciones territoriales– en las que se declaraban autónomos quienes tenían el poder, tanto antiguos como advenedizos. Los primeros eran linajes o personajes andalusís bien arraigados y los segundos los llamados «eslavos», esclavos de origen europeo, situados en la administración por Almanzor y sus sucesores. Los régulos taifas practicaron por lo general una autocracia monárquica y dinástica. En el tránsito del final almorávide a la consolidación almohade tiene lugar una sublevación general contra los almorávides y diversos poderes locales vuelven a declararse autónomos. Surgen así las segundas taifas, que terminan con la reunificación lograda por los almohades. Existen una terceras taifas al final del califato almohade y es la dinastía nazarí quien logra aglutinar lo que quedaba de Al-Andalus. En un documentado trabajo, la autora nos muestra la historia política de Al-Andalus, desde comienzos del siglo XI a mediados del XIII.

María Jesús Viguera Molíns (El Ferrol - La Coruña, 1945). Doctora en Filología Semítica. Catedrática de Estudios Árabes e Islámicos, Universidad Complutense. Directora de *Anaquel de Estudios Árabes.* De la redacción de *Al-Quantara, Boletín de la Asociación Española de Orientalistas* y *Encyclopédie Berbère.* Ha publicado numerosos artículos y libros, entre ellos *El Musnad de Ibn Marzuq y Aragón musulmán.*

Colección Al-Andalus

LOS REINOS DE TAIFAS Y LAS INVASIONES MAGREBÍES

(Al-Andalus del XI al XIII)

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-431-3 (rústica)
ISBN: 84-7100-432-1 (cartoné)
Depósito legal: M. 26625-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n., km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

MARÍA J. VIGUERA MOLÍNS

LOS REINOS DE TAIFAS Y LAS INVASIONES MAGREBÍES

(Al-Andalus del XI al XIII)





A don Juan Vernet, por muchas razones

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

Primera parte

LAS TAIFAS DEL SIGLO XI

Segunda parte

LOS ALMORÁVIDES

Tercera parte

LOS ALMOHADES

PRESENTACIÓN

Partes de una historia

Las primeras taifas

Trata este libro la historia política de al-Andalus, desde comienzos del siglo XI a mediados del XIII, dos siglos y medio de cambios rapidísimos por comparación al precedente bloque omeya y al siguiente nazarí, que duró, cada uno, dos siglos y medio más o menos también.

Del XI al XIII tomó la situación política andalusí unos rumbos políticos impresionantes: primero, desde 1009, empezó a resquebrajarse los que parecía sólido poder central, que a duras penas sobrevivió bajo la centenaria dinastía omeya hasta 1031, cuando acabaron los Califas surgidos del suelo de al-Andalus.

Desatada la guerra civil desde la primera decena del siglo XI, se fueron desgajando, una tras otra, las «taifas», porciones territoriales sobre las que se iban declarando autonómos quienes entonces tenían poder tanto antiguo como advenedizo. Poder antiguo poseían bien arraigados linajes o personajes andalusíes que tuvieron ocasión, obligación o necesidad de salvar el vacío del poder central o el riesgo de ajenas intromisiones, alzándose independientes, como ocurrió en Albarracín, Alpuente, Córdoba, Huelva, Mértola, Niebla, Santa María del Algarve, Sevilla, Silves, Toledo y Zaragoza, así como otras más pequeñas o de más corta cronología o subtaifas surgidas en el seno de otras, y además de que poderes andalusíes desplazaron bastante pronto a eslavos que habían iniciado las taifas de Valencia, Murcia, Almería y Badajoz, y

además de que dinastías andalusíes, como las de Sevilla y Zaragoza, muy expansivas, llegaron a ocupar taifas de beréberes «nuevos» y de eslavos, como Tortosa, Denia, Carmona, Morón, Arcos, Ronda y, aparte, Algeciras.

Grupos de poder advenedizo eran a comienzos del XI los llamados «eslavos», esclavos de origen europeo, incluido el norte peninsular, bien situados en la administración andalusí, sobre todo por Almanzor y sus dos hijos y sucesores. De partida, fueron eslavos los que se alzaron con las taifas de Tortosa, Valencia, Denia, Baleares, Almería, Murcia y Badajoz. Y eran también advenedizos los beréberes «nuevos», incorporados a los ejércitos andalusíes desde finales del siglo anterior y comienzos de aquél, sin tiempo ni oportunidad para aglutinarse con la existente población andalusí; estos beréberes, llegados recientemente, se alzaron con las taifas de Granada, Carmona, Morón, Arcos y Ronda, además de Málaga y Algeciras, algo diferentes.

A lo largo del siglo, el mapa de las taifas se modifica: la conquista cristiana se llevó Toledo y, pasajeramente, Valencia. Y prevalecieron Albarracín, Almería, Alpuente, Badajoz, Murcia, Sevilla y Zaragoza, de rección andalusí, más una de régulos eslavos (Baleares), y otra de beréberes «nuevos» (Granada-Málaga), que llegaron a asomarse a la última decena del siglo XI, o incluso algunas a ver el XII, antes de ser conquistadas por los Almorávides.

Los régulos taifas, con alguna excepción, practicaron su autocracia de foma monárquica y dinástica, a la búsqueda de una apariencia de legalidad política que encuentran, durante más o menos tiempo, en el reconocimiento de algún Califa, incluso, llegado el caso, de un ficticio Califa omeya o de un insignificante Califa ḥammūdí o de un lejano y teórico símbolo califal ᶜabbāsí. Y mientras duran estos reconocimientos, los régulos de taifas se llaman muchos de ellos, «chambelanes» o *ḥāŷib*-es —igual que Almanzor— y, asimismo, procuran adoptar sobrenombres de prestigio, de grados diversos, los más altos similares a los de los Califas ᶜabbāsíes, en actuación desmesurada, condenada y ridiculizada por la «oposición» de aquel momento.

Poseen las taifas varias superioridades sobre los reinos cristianos de la Península, como mayor riqueza y un más alto nivel cultural. Pero carecen del poder militar, contando además, su inestabilidad y desunión. Ello les obligó a pagar parias a esos reinos cristianos, para evitar sus ataques o lograr su ayuda frente a otras taifas. La entrega de parias,

cada vez más agobiantes, forzó a los régulos taifas a imponer cada vez más duras contribuciones a sus súbditos, impuestos «injustos» que generalizaron el descontento entre quienes debían pagarlos y la condena de los legalistas. La ortodoxia condenaba la actuación y la institución de estos régulos.

Almorávides y segundas taifas

Su instalación en al-Andalus es conjunción de dos factores complementarios: la fuerza expansiva, y consubstancial al movimiento almorávide, y la urgencia sentida por las gentes de al-Andalus de contrarrestar la ofensiva expansionista de los reinos cristianos. La unión andalusí no pudo surgir de su interior.

Así los Almorávides son llamados a al-Andalus, al prevalecer la opinión de la necesidad de su concurso. Sus partidarios decididos son los juristas mālikíes de al-Andalus, afines ideológicamente a los Almorávides. Está también con ellos, en un principio, el pueblo de al-Andalus, que les abrirá puertas, harto de inseguridad política y económica. En posiciones enfrentadas con ellos está la clase gobernante, responsable de la división de la comunidad musulmana, de los impuestos ilegales, del pacto con infieles... Todo ello fue restañado por los Almorávides, campeones de la ortodoxia, que además reconocían firmemente al Califa ᶜabbāsí y así, aunque sólo con valor nominal, respetaban y restauraban la importante unidad de la comunidad islámica.

Dura el poder almorávide en la Península Ibérica desde que el emir Yūsuf b. Tāšufīn, dueño ya del Magreb, desembarca en Algeciras por primera vez y logra la victoria de Sagrajas/Zallāqa, en 1086, o más precisamente aún desde la última década del siglo XI, cuando empieza a someter, uno tras otro, a los reinos de taifas, empezando por Granada, en 1090, y terminando por Zaragoza, en 1110; y durante el emirato de Tāšufīn (m. 1145), cuando ya al-Andalus se ha disgregado —otra vez— en señoríos indpendientes que pronto volverán a ser reunidos bajo el imperio de otra dinastía magrebí, los Almohades.

Los emiraes almorávides que dominaron al-Andalus fueron:

1. Yūsuf b. Tāšufīn, emir en el Magreb, desde 1601; en al-Andalus desde 1090; m. 1106.

2. ᶜAlī b. Yūsuf (1106-1143).
3. Tāšufīn b. ᶜAlī (1143-1145).

Ejemplifican los Almorávides la teoría que Ibn Jaldūn formuló sobre modelos magrebíes respecto al ciclo vital de las dinastías de origen nómada, con sus tres fases, aquí cumplidas en el curso de tres generaciones: 1.º: invasión y creación de un Poder estatal; 2.º: plenitud de civilización sedentarizada; 3.º: caída y sometimiento a una nueva invasión (esta vez, los Almohades).

En el tránsito del final almorávide a la consolidación almohade ocurre una sublevación general de los andalusíes contra los Almorávides: resalta así hasta qué punto habían actuado éstos como una superestructura no asimilada, considerándose cada vez más insoportables el sometimiento a un poder, al principio aceptado y enseguida considerado ajeno. Para llenar el vacío del poder central almorávide, donde más se notó y donde mejor se pudo, distintos poderes locales volvieron a declararse autónomos, dando paso a las «segundas taifas»: varias en el Algarve, en Badajoz, Baleares, Cádiz, Córdoba, Carmona, Ronda, Jerez y Arcos, Guadix, Granada, Niebla, Jaén, Murcia, Málaga, Almería y el Levante, entre otras menores. Poco a poco, todo al-Andalus volvió a ser reunificado por los Almohades.

Almohades y terceras taifas

En el año 540 de la Hégira/1145-46 d.C. en la mezquita aljama de Cádiz se comenzó a proclamar la soberanía de los Almohades, el nuevo imperio magrebí. Parece que antes algún cabecilla de los Algarves había prestado cierta sumisión al Califa amohade ᶜAbd al-Mu'min, ante el cual empezarían a llegar más embajadas, desde al-Andalus, para acatarle, abonando las ansias expansivas de este segundo imperio magrebí que seguía y superaba las huellas del primero. Desde 1146 empezaron a desembarcar en la Península Ibérica contingentes militares almohades, que fueron estableciendo el Califato almohade.

Posee el movimiento almohade una fuerte base ideológica, religiosa, una doctrina muy característica que, en principio, reaccionaba contra el mālikismo de los Almorávides, a quienes acusaban de relajamiento. Esta doctrina, predicada por el Mahdī Ibn Tūmart, prendió en los

beréberes Maṣmūda, que en su expansión logaron consolidar, durante algo más de un siglo, un imperio, desde la Tripolitania hasta al-Andalus, manteniéndose como una estructura superpuesta, con los resortes del poder en sus manos.

El final de la dinastía califal almohade fue también vertiginoso, al rápido compás con que se suceden los últimos Califas, que en el Magreb duran hasta 1268, cuando otra tribu beréber, los Benimerines, acabaron por tomarles la capital, Marrakech, ocupando su lugar en los límites de lo que hoy es Marruecos. Pero en al-Andalus, los Almohades habían desaparecido antes, desplazados por levantamientos contra ellos, y sobre todo los de Valencia y los encabezados por Ibn Hūd, y enseguida, definitivamente por la dinastía nazarí, 1232-1492, que aglutinó lo que quedaba de al-Andalus. Al fin, al-Andalus se unía desde dentro alrededor de un sultán andalusí; quizás era demasiado tarde.

Estos fueron los Califas almohades de al-Andalus:

1. ᶜAbd al-Mu'min (desde 1130 en el Magreb; desde 1145-46 reconocido en parte de al-Andalus; m. en 1163).
2. Abū Yaᶜqūb (1163-1184).
3. Abū Yūsuf al-Manṣūr (1184-1199).
4. Abū ᶜAbd Allāh al-Nāṣir (1199-1213).
5. Abū Yaᶜqūb al-Mustanṣir (1213-1224).
6. Abū Muḥammad al-Majlūᶜ (1224).
7. Abū Muḥammad al-ᶜĀdil (1224-1227).
8. Abū Zakariyyā' al-Muᶜtaṣim (1227-1229).
9. Abū l-ᶜAlā' al-Ma'mūn (1227-1232).

Un espacio geográfico

El espacio de al-Andalus en el período que tratamos, del XI al XIII, tuvo condiciones cambiantes; fue, por una parte, un espacio dividido y, por otra, un espacio recortado.

Seguiremos más adelante el paso de la unidad a la fragmentación, primero en las taifas del XI, que adabamos de enumerar también. Ruptura que separa en tres bloques el ámbito de las Marcas, con sus respectivas capitales de Zaragoza, Toledo y Badajoz, nunca antes tan larga y profundamente desconectadas entre sí ni desarticuladas del papel de-

fensivo respecto al interior de al-Andalus. La fragmentación taifal acabó con la organización fronteriza omeya, para dejar paso a un sentimiento relativizado de mera interposición de unas taifas ante otras frente al exterior cristiano; hay varios indicios de esto, y uno de ellos bien expresivo, el del último régulo de la taifa de Granada, el emir ʿAbd Allāh en sus *Memorias*, confiado en «que ningún mal había que temer de parte de Alfonso, por existir entre uno y otro las tierras de un tercer soberano, o sea, las de Ibn Ḏī-l-Nūn» [1]. Y una carta de al-Mustaʿīn, régulo de la taifa de Zaragoza, en significativa reconstrucción de la crónica *al-Ḥulal al-mawšiyya* [2], simula el régimen defensivo que para el resto de al-Andalus, ya almorávide, podía representar todavía el valle del Ebro, cuando dice al emir Yūsuf b. Tāšufīn: «estamos entre vosotros y el enemigo como un dique, para que no os llegue daño ninguno». Pero el antiguo sistema de las Marcas ya no era operativo, sólo figurativo, y los Almorávides acabaron por desarticularlo o por perderlo, entre finales del siglo XI y primer cuarto del XII.

El espacio dividido no supuso sólo la desarticulación de las antiguas Marcas andalusíes, sino la ruptura total de la unidad del poder político andalusí, es decir, del «sultán», y por tres veces, en el período que ahora atendemos: la primera, en taifas todavía muy numerosas (aún era extenso al-Andalus), teselas separadas del mosaico del Califato de Córdoba durante el siglo XI, partiendo de la división administrativa, con interferencia en muchos casos de factores geopolíticos concretos y de la diversidad étnico-social del país; la segunda y la tercera al caer, respectivamente, los imperios almorávides y almohades. No se logró, en todo este tiempo, del XI al XIII, ninguna reunión política de al-Andalus, surgida de su interior. La fuerza militar operativa era también foránea. Así, la sociedad andalusí no generó para sí misma las estructuras capaces de enfrentar a las cristianas que sí llegaron a estar «organizadas para la guerra» [3].

Fue, por tanto, un espacio continuamente recortado, en involución territorial, ora lenta ora acelerada, permanente. Ya veremos cómo

[1] *El siglo XI en 1.ª persona*, pp. 153-154. Sobre las obras citadas abrevidamente, véase la Bibliografía final.

[2] Ibn Simāk, *al-Ḥulal al-mawšiyya*, p. 74.

[3] E. Lourie, «Spain in the Middle Ages: A Society organised for War», *Past and Present*, V, 1966, pp. 54-76; J. F. Powers, *A Society organised for War. The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages*, University of California Press, 1988.

las llamadas «invasiones magrebíes», pese a algunos éxitos, terminaron arrastrando, con su caída, aparatosos retrocesos en beneficio de la expansión cristiana. Basta mirar un mapa: a comienzos del siglo XI el espacio fronterizo se sitúa en el Duero y en tierras de Pamplona, en enclaves todavía pirenaicos y en tierras de Barcelona; a mediados del siglo XIII, Valencia por un lado y el valle del Guadalquivir por otro ya son catalano-aragoneses o castellanos. El siglo de las primeras taifas fue la centuria del «gran viraje», como la calificó Menéndez Pidal, con la conquista de Toledo por Alfonso VI y de Huesca por Pedro I; y es la centuria en que un mozárabe, Sisnando Davídiz, utiliza el argumento de la «legalidad» posesoria así de claramente: «Al-Andalus, me dijo de viva voz, —cuenta el emir ʿAbd Allāh en sus *Memorias*[4]— era en principio de los cristianos, hasta que los árabes los vencieron y los arrinconaron en Galicia, que es la región menos favorecida por la naturaleza. Por eso, ahora que pueden, desean recobrar lo que les fue arrebatado, cosa que no lograrán sino debilitándose y con el transcurso del tiempo, pues, cuando no tengáis dinero ni soldados, nos apoderaremos del país sin ningún esfuerzo». Víspera de feudales[5], belicosos. Desde mediado el XIII no quedó sino el reino nazarí de Granada.

SUS GENTES

Etnias distintas

La población del siglo XI, algo menos la del XII y XIII, volvió a estar muy marcada por sus distintas procedencias, con lo que ello supuso de heterogeneidad étnica y trascendió a la situación política y social. En el siglo X estaba ya mayoritariamente cuajada una manera de ser «andalusí», formada por los autóctonos más los alógenos (árabes y beréberes llegados desde el siglo VIII). Hasta entonces, un porcentaje mínimo de árabes, llegados como «principales» conquistadores y rec-

[4] *El siglo XI* en *1.ª persona*, p. 158.

[5] M. Barceló, «Vespres de feudals. La societat de sharq al-Andalus just abans de la conquesta catalana». *La formació i expansió del feudalisme català*, Girona, 1985; y versión castellana en *España, al-Andalus, Sefarad: Síntesis y nuevas perspectivas*, ed. F. Maíllo, Salamanca, 1988; reimp. 1990, pp. 99-112.

tores de al-Andalus, fueron el fermento de la arabización de varios miles de beréberes y varios millones de autóctonos. También fueron —junto con los beréberes ya islamizados— el fermento de la islamización, a lo cual atenderemos enseguida. Bajo las pautas de los Omeyas, y sobre todo en el crisol de su Califato del X, la población de al-Andalus era mayoritariamente «andalusí», como se aprecia nítidamente cuando, en el XI, la conciencia de «andalusidad» se contraponga y choque con la «berberidad» de los nuevos beréberes que fueron llegando a la Península Ibérica en cantidades apreciables desde finales del siglo X, y luego, a finales del XI, con los Almorávides, y otra vez, desde mediados del XII, con los Almohades.

Dramático fue para los andalusíes tener que recurrir a nuevos beréberes granadinos para que lucharan en su defensa durante ese final del siglo X y siglos adelante. «No eran los andalusíes gente de guerra», lamentaba en sus *Memorias* el emir ʿAbd Allāh de la taifa granadina, destronado precisamente por los beréberes almohades en 1090. Y en el siglo XI, gracias a su capacidad guerrera, aquellos beréberes recién llegados del Magreb alcanzaron en al-Andalus unos fragmentos de poder político en algunas taifas. Y al final de ese siglo, al-Andalus se supeditó al poder político de los Almorávides, cuyo núcleo era de beréberes Ṣinhāŷa, y que además de sí mismos trajeron a otros varios grupos; y desde la segunda mitad del XII volvió a ocurrir otro tanto con los Almohades, que eran beréberes Maṣmūda. Ambos imperios recurrieron también a tribus árabes magrebíes, que fueron un factor más de heterogeneidad poblacional. Ninguna de estas aportaciones puede cuantificarse, pero el contraste tuvo cualidad suficiente como para producir choques, que llegaron a reflejarse en la literatura [6].

Un elemento de población especial, los eslavos, fue muy notorio durante una parte del siglo XI, pues determinadas circunstancias les otorgaron el poder político de algunas taifas (Badajoz, en sus comienzos, y Valencia, Almería, Murcia, Tortosa, Denia y Baleares), aunque no duraron mucho, con la excepción de las dos últimas, por ser poder superpuesto, sin arraigo local, y relativamente pocas. Cabe observar que, a pesar, de su etimología (*ṣiqlabī* = eslavo; luego «esclavo»), por la importancia del elemento balcánico en la trata medieval, la mayoría de

[6] E. García Gómez, *Andalucía contra Berbería*, Barcelona, 1976.

los esclavos «eslavos» traídos a al-Andalus procedían del occidente europeo (norte peninsular, costas francesas o italianas). Eran más valorados que los *ʿabīd*, esclavos africanos, también existentes en al-Andalus. Estas son, a grandes rasgos, las principales heterogeneidades, y cabe observar que, progresivamente, las iba reduciendo el incesante proceso de la «andalusidad».

Diversas religiones

Los autóctonos no se islamizaron de una vez, cuando se produjo la conquista islámica, sino que fueron entrando en la religión oficial con el paso de los siglos. El Islam fue esta religión oficial, pero no exclusiva, de al-Andalus, en coexistencia pactada con cristianos y judíos andalusíes, no islamizados, pero sí arabizados. A través de ingeniosas encuestas sobre fuentes biográficas, Richard Bulliet ha establecido un porcentaje orientativo del ritmo de la conversión al Islam en al-Andalus [7]. Según estos cálculos, al comenzar el siglo IX los musulmanes que había en al-Andalus no alcanzaban el 20 por ciento de la población total. Ese número fue en constante aumento, y así, a mediados del siglo X, la proporción de musulmanes en al-Andalus llegó al 50 por ciento; el resto eran, sobre todo, cristianos, posiblemente más numerosos en los campos que en los centros urbanos. Las conversiones siguieron incrementándose, y a finales del XI, cuando empiezan a quedarse los musulmanes con el estatuto de mudéjares en sus tierras conquistadas por los reinos cristianos, el escenario documental aragonés y castellano, principalmente, muestra la amplitud y profundidad de la islamización andalusí.

A comienzos del siglo XII, ya con los rigurosos Almorávides en el poder, esos cálculos antedichos arrojan la cantidad de un 80 por ciento de población musulmana en al-Andalus, un al-Andalus situado ya más abajo de la línea media peninsular. Luego, a mediados del XIII, en el reducto nazarí de Granada, prácticamente la totalidad de su población era musulmana.

[7] R. W. Bulliet, *Conversion to Islam in the Medieval Period,* Harvard University Press, 1979.

En el XI todavía destacaron un visir cristiano, en la taifa de Zaragoza, Ibn Gundisalbus, y otros judíos en la de Granada, los Nagrela; pero esto ya provocó una de las escasas reacciones antijudías ocuridas en al-Andalus. Precisiones númericas sobre unos y otros no existen, pero es curioso que en boca del rey castellano Alfonso VI ponga alguna crónica la siguiente explicación, inmediatamente antes del combate de Zallāqa/Sagrajas: «mañana viernes no podemos pelear, pues es vuestra fiesta; el sábado es de los judíos, numerosos en nuestro ejército...» [8].

La presión de Almorávides y, sobre todo, de Almohades redujo notablemente el número de cristianos y judíos de al-Andalus. Unos emigraron al norte cristiano, yéndose, por ejemplo, con el ejército de Alfonso I a Aragón, después de su larga algarada por al-Andalus, tan significativa, y otros fueron deportados al norte de África [9]. La conversión o el destierro se generalizaron en época almohade. Los islamizados, sospechosos de insinceridad, fueron obligados a llevar determinados vestidos distintivos a finales del siglo XII. Así se llegó a la casi homogeneidad religiosa del XIII, cuando finaliza nuestra época.

[8] V. Lagardère, *Le Vendredi de Zallâqa*, París, 1989, p. 11.

[9] D. Serrano, «Dos fetuas sobre la expulsión de mozárabes al Magreb en 1126», *Anaquel de Estudios Árabes*, II, 1991, pp. 163-182.

PRIMERA PARTE

LAS TAIFAS DEL SIGLO XI

I

LA RUPTURA DEL ESTADO OMEYA A COMIENZOS DEL SIGLO XI

Deterioro político-institucional

En el año 366 de la Hégira/976 de nuestra era, cuando fue proclamado Califa Hišām II, a la muerte de su padre al-Ḥakam II, la dinastía omeya había cumplido en el poder, en al-Andalus, doscientos veinte años. Sus derechos a la soberanía de todo el país habían sido discutidos y contrariados a lo largo de ese período extenso por las demás entidades poderosas, como fueron determinados linajes árabes, beréberes o muladíes, que tuvieron pretensiones autonomistas y consiguieron realizarlas. Incluso un siglo antes de la fecha que ahora nos ocupa se había generalizado la fragmentación del país, de tal modo que al Emir ᶜAbd Allāh apenas le había quedado sino Córdoba. La ascensión del Emirato al Califato con que ᶜAbd al-Raḥmān III significó su renovado control sobre todo el territorio andalusí parecía haber instaurado un orden sin fisuras, mas no fue así. Su dinastía empezó a apagarse desde la muerte de su mismo sucesor, al-Ḥakam II.

Hasta entonces, siempre salvó a los Omeyas andalusíes, su sólida legalidad, su mantenimiento de todos los requisitos que la teoría política islámica acuerda han de cumplirse para ejercer la soberanía [1], desde la misma raíz de su descendencia de los Califas de Damasco hasta la misma línea de sucesión directa y sin teóricos fallos que podían exhibir desde ᶜAbd al-Raḥmān I hasta al-Ḥakam II. Pero el hijo de éste, Hišām II, carecía de algunos requisitos imprescindibles.

[1] M. J. Viguera «El mundo islámico», *Historia de la teoría política*, I, ed. F. Vallespín, Madrid, 1990, pp. 325-369.

Aunque los cronistas árabes evitan enfrentarse al hecho con precisión, ofrecen en general las suficientes pistas y sobre todo uno de ellos, Ibn al-Jaṭīb [2], enumera la falta de condiciones para que Hišām II fuera proclamado Califa, en 976, como ocurrió: era menor de edad, pues tendría unos diez años, y bien significativo es que, frente a tantos datos cronológicos de las biografías de soberanos con que solemos contar, en esta ocasión no exista una referencia puntual al año de nacimiento de éste. Pero es que además tenía Hišām alguna deficiencia constitucional, alguna disminución, no sabemos bien cuál, pues Ibn al-Jaṭīb lo indica de forma general. De todos modos, es posible que la solidez de la institución hubiera diluido ambos fallos, el de la edad, por circunstancial, y el otro quizá también, pues todavía a mediados del siglo el régulo de Sevilla hizo uso de la imagen califal de Hišām II; ahora bien, a esas deficiencias se añadió un hecho, insólito en al-Andalus, que provocó las reacciones de la poderosa familia omeya, cuando vio perdido su poder, las reacciones de los nuevos estamentos que se beneficiaban del cambio, más las actuaciones de quienes tanta agitación movió, y así se desencadenó la guerra civil.

El reactivo fue el acaparamiento del poder efectivo realizado por Muḥammad b. Abī ᶜĀmir Almanzor, seguido por sus hijos, que cada vez aumentaron más sus pretensiones soberanas. El desdoblamiento entre el ejercicio de la soberanía califal y la real ha ocurrido a lo largo de la historia entera del Califato islámico [3], pero en al-Andalus provocó reacciones desde el principio, reacciones encabezadas por miembros de la familia omeya, reprimidas con toda eficacia por Almanzor, y a través de las cuales suprimió a familiares muy significativos del Califa, pero, claro está, a todos no, y entre los que quedaron hubo varios que, en cuanto pudieron, enarbolaron la bandera de su causa, llegando en muchos casos al Califato, entre 1009 y 1031, ya en la carrera desenfrenada que se produjo por ocupar el poder.

Almanzor dejó al Califa Hišām las prerrogativas de que su nombre se siguiera pronunciando en las oraciones oficiales y continuara fi-

[2] Ibn al-Jaṭīb, *Aᶜmāl*, p. 44; M. L. Ávila, «La proclamación de Hišām II. Año 976 d. C.», *Al-Qanṭara*, I, 1980, pp. 79-114.

[3] E. Tyan, *Institutions du droit public musulman. II. Sultanat et Califat*, París, 1956, p. 575: Sobre el desdoblamiento del poder.

gurando en las inscripciones de las monedas y ropas de honor[4], pero procuró que más allá de esas fórmulas, el Estado tomara un aspecto propio, ᶜāmirí, ya no omeya, situando en los puestos de la administración y del ejército a nuevas gentes afectas a él, de manera que los principales cuadros del poder, en el siglo XI, arrancan el todopoderoso *ḥāŷib*, como fueron los eslavos, por él empleados para controlar áreas de la administración civil, sobre todo, o los nuevos contingentes de beréberes traídos del Magreb para realizar con ellos la reforma del ejército, donde sustituyeron a las formaciones tradicionales andalusíes, o incluso a familias o grupos familiares del mismo al-Andalus, hasta entonces no destacados, pero empleados por él de preferencia a los ya establecidos. Una *nueva clase ᶜāmirí*, que por Almanzor y luego por sus hijos tuvo poder, no se resignó con perderlo cuando cayeron los ᶜāmiríes, y se lanzó a asegurárselo como fuera entre las turbulencias de la guerra civil, siendo así uno de los factores determinantes de las autonomías de las taifas[5].

Un sucesor no Omeya: reacciones

Almanzor murió en 392/1002, y tales fueron sus éxitos, que oscureció por sí sólo muchos posibles descontentos que su ejercicio absoluto del poder propiciara, aparte de que fue un ejemplo de rigor en la represión de rivalidades y protestas. El investigador egipcio Husayn Monés, en sus interesantes *Consideraciones sobre la época de los reyes de taifas*[6], señala cómo el eficaz régulo cordobés diezmó a la familia Omeya, suprimiendo a los mejores de ellos, intentando explicar cómo, después de la época ᶜāmirí, ningún Omeya dio la talla para el Califato, aunque hay que pensar que el problema no estaba tanto en ellos como en las irreversibles orientaciones ᶜāmiríes. De todos modos, ninguna reacción triunfó contra Almanzor.

[4] L. Molina, «Sobre un apodo del omeya Hišām II», *Al-Qanṭara*, V, 1984, páginas 469-471.

[5] M. J. Viguera, «Los ᶜāmiríes y la Marca Superior. Peculiaridades de una actuación singular», *La Marche Supérieure d'al-Andalus et l'Occident chrétien*, Madrid, 1991, pp. 131-140; más allá de las fronteras andalusíes ocurrían también trascendentales transformaciones: *cfr.* por ejemplo G. Bois, *La Mutation de l'an mil*, París, 1989.

[6] H. Monés, en *al-Andalus*, XXXI, 1966, pp. 305-328.

Tampoco tuvo éxito ninguna oposición fraguada contra su hijo y sucesor ᶜAbd al-Malik al-Muẓaffar, que rigió los destinos andalusíes desde la muerte de Almanzor, ramaḍān 392/agosto 1002, hasta su propia muerte, el 16 de ṣafar 399/20 octubre 1008, aunque se tramaron algunas, como la encabezada por su propio visir ᶜĪsà b. Saᶜīd, encaminada a poner en el trono a un Omeya, nieto de ᶜAbd al-Raḥmān III, llamado Abū Bakr Hišām b. ᶜAbd al-Ŷabbār, conjura que fue ahogada en sangre, el 4 de diciembre de 1006; ahora bien, si este príncipe no lo logró, sí en cambio, en febrero de 1009, poco más de dos años después, triunfará el golpe de Estado de un hijo suyo, Muḥammad b. Hišam al-Mahdī. Mientras tanto, ᶜAbd al-Malik al-Muẓaffar utilizaba las mismas fórmulas de gobierno que a su padre le dieron éxito y traía más beréberes del Magreb y encumbraba a más eslavos en su entorno, donde ya aparecen algunos que después se alzarán con poderes de taifas, como Muyāhid, Zuhayr y Jayrān.

A la muerte inesperada de al-Muẓaffar le sucedió su hermano ᶜAbd al-Raḥmān Sanchuelo, cuya incapacidad y desmesura sólo le permitió conservar el poder cuatro meses, hasta el 16 ŷumādà II 399/15 febrero 1009, y la vida unas dos semanas más. Bien es verdad que esta vez una ᶜāmirí, la madre de al-Muẓaffar, alentó la conjura, pero es que, sobre todo, una acción de Sanchuelo había colmado la medida: hizo que el Califa Hišām II le designara sucesor al Califato, disposición refrendada por un acta oficial fechada en noviembre de 1008. Conservado este intersante texto por varias fuentes [7], su lectura provoca estupor por la prepotencia ciega con que sus promotores parecen confiar en manejar la situación y domeñar a descontentos, incrédulos y perjudicados.

Hišām II no tenía hijos, pero sí familiares Omeyas, en puridad sus sucesores legítimos, y el acta manifestaba que el Califa no había hallado entre ellos ninguno digno de nombrar. Sanchuelo no era Qurayšī, ni siquiera pertenecía a linajes ᶜadnāníes, lo cual en muchas concepciones políticas islámicas era requisito para acceder al Califato; pertenecía a la rama de árabes de Qaḥṭān, y el acta recurría a un hadiz para justificar que esta rama, ahora, pudiera llegar al poder, «aunque ello corte

[7] Ibn Bassām, *Ḏajīra*, I, pp. 84-86; Ibn ᶜIḏārī, *Bayān*, III, pp. 44-46; al-Maqqarī, *Analectes*, I, pp. 277-278; E. Lévi-Provençal, *Historia de España*, dir. R. Menéndez Pidal, IV, *España musulmana, 711-1031*, trad. E. García Gómez, Madrid, 3.ª ed., 1967, p. 457.

los lazos e irrite a los parientes», dice incluso el texto, sin paliativos, porque Hišām II «no ha hallado a otro más digno para nombrarle sucesor, por su propio mérito, noble inclinación, excelencia y dignidad, unidas a su piedad y honradez, su entereza y formación, que al Defensor del Estado Abū l-Muṭarrif ᶜAbd al-Raḥmān, hijo de Almanzor, merecedor de toda confianza en toda ausencia, consejero sincero y exonerado de defectos».

No sabemos qué hubiera ocurrido si todas esas prendas y virtudes hubieran correspondido a la realidad, pero no era así, y Sanchuelo no paraba de echar leña al fuego del «estado de agitación de las gentes» que denota el gran cronista Ibn Ḥayyān, un joven entonces de familia próxima a la administración cordobesa que escribió de forma admirable la historia de sus días [8]. Peores prendas no podía tener Sanchuelo, y aprovechando su inoportuna partida contra las fronteras cristianas, estalló el complot.

El golpe de estado de al-Mahdī

Por fin, iba a triunfar un golpe de Estado promovido por los Omeyas, que intentaban recuperar los puestos perdidos. Esta vez, el complot fue encabezado por un bisnieto de ᶜAbd al-Raḥmān III, llamado Muḥammad b. Hišām b. ᶜAbd al-Raḥmān, hijo, por tanto, de aquel Hišām que había procurado ocupar sin éxito el Califato, en diciembre de 1006. Muḥammad tomó el Alcázar de Córdoba, el 16 ŷumādà II 399/15 febrero de 1009, haciendo abdicar a Hišām II, y haciéndose proclamar Califa con el título de «el Bien Guiado por Dios», *al-Mahdī bi-llāh*, que naturalmente era usado con toda su significación, procurándose que se apreciara así en el acto de fuerza su sentido salvador.

No es tema de este libro contar cómo triunfó momentáneamente Muḥammad al-Mahdī, de cuyas andanzas y características ya hizo una certera descripción Lévi-Provençal [9]. En relación con la historia que

[8] M. J. Viguera, «Sobre una fecha en que escribe Ibn Ḥayyān», *Al-Qanṭara*, IV, 1983, pp. 42-431.

[9] Lévi-Provençal, *España musulmana*, pp. 457-462; P. Scales, «A proletarian revolution in 11th century Spain», *Al-Qanṭara*, XI, 1990, pp. 113-125.

todo esto va a desencadenar, y cuyas raíces ahora tenemos que rastrear, debemos subrayar cómo Muḥammad al-Mahdī armó a la plebe cordobesa, buscando en ellos y en su apoyo compensar el del ejército regular que se hallaba en campaña con Sanchuelo, y buscando así un círculo propio de poder para contrarrestar a eslavos y beréberes, servidores de los ᶜāmiríes.

Era la primera vez en doscientos cincuenta y tres años de historia andalusí que un golpe de Estado quitaba de en medio al soberano legal, cuya vida se respetó entonces, aunque Sanchuelo pagaba con la suya todos los males, el 3 raŷab 399/3 marzo 1009; la ciudad palatina ᶜāmirí, la famosa Madīnat al-Zāhira de Almanzor, ya estaba para esa fecha totalmente arrasada, y con tanta saña que en su solar no queda más que una sombra [10].

Este golpe de Estado cerró, pues, una época y abrió otra. Abrió la *fitna* o «guerra civil» y clausuró el «consenso» anterior. Las fuentes árabes califican, en efecto, a Hišām II como «último jefe de la comunidad» y a Muḥammad al-Mahdī como «primer soberano de la *fitna*» o guerra civil [11]; él, desde luego, contribuyó de forma espectacular a la separación de las distintas facciones y a su enfrentamiento. Lo indicó en su tiempo Ibn Ḥayyān, con su claridad de juicio, aunque en este caso el hecho fuera obvio, señalando cómo este nuevo Califa «causó que todo se echara a perder y la grande y larga contienda que los andalusíes llaman '*fitna* beréber', aunque más justo y acertado sería que la denominasen '*fitna* de al-Mahdī» [12].

Al-Mahdī temía, sin duda, a los próximos servidores del régimen ᶜāmirí, los beréberes llegados del Magreb en los últimos años, y a los eslavos; y de ninguna manera se los supo ni procuró bienquistar. Propició las reacciones populares en contra de aquellos beréberes «nuevos»; Ibn Ḥayyān, algunos años después, todavía recordaba con pormenor la vejación de que fue objeto Zāwī, uno de los más conspicuos jefes beréberes, dueño enseguida de la taifa de Granada, delante de las puertas del palacio califal cordobés, donde a duras penas la multitud

[10] M. Ocaña, «Las ruinas de Alamiría, un yacimiento arqueológico erróneamente denominado», *Al-Qanṭara*, V, 1984, pp. 367-381.

[11] Al-Qāḍī ᶜIyāḍ, *Tartīb al-madārik*, Beirut, 1963, II, p. 664; Ibn Saᶜīb, *Mugrib*, El Cairo, 1962, I, p. 155.

[12] *Bayān*, III, p. 76.

le dejó llegar, para ser allí obligado a descabalgar, mientras la guardia de al-Mahdī golpeaba a su caballo y él advertía con enojo: «¡esa cabeza!, ¡esa cabeza!». Amenazados de saqueo estaban los asentamientos beréberes de la Ruzafa. Entre ellos y los demás se abrió un abismo de rencor. Pero además, en el mismo mes de marzo de 1009, desterró al-Mahdī de la capital a un grupo de poderosos eslavos, que desde entonces decidieron «reconstruir» todo su poder en el Levante de al-Andalus. Otra facción se enconaba.

Por si fuera poco, sus maniobras con Hišām II —a quien recluyó en una casa de Córdoba, mientras hacía enterrar como si fuera él a un muerto cualquiera, el 27 šaʿbān/26 abril— levantaron a otros Omeyas contra al-Mahdī, que hubo de prender al más representativo de ellos, Sulaymān, hijo de ʿAbd al-Raḥmān III, y al que, incluso, al-Mahdī tenía nombrado su sucesor.

Hišām, un hijo de este Sulaymān, se alzó en las cercanías de Córdoba, y se le unieron los beréberes, proclamándose con el título de al-Rašīd. Fue apresado, en un asalto a Córdoba, en junio de 1009, pero continuó la causa su sobrino Sulaymān b. al-Ḥakam b. Sulaymān b. ʿAbd al-Raḥmān III. Los soldados beréberes se apostaron en Guadalmellato, mientras sus familias, en Córdoba, eran objeto de ataques de todo tipo. Los beréberes alzaron a este Sulaymān, y, después de una campaña por la Marca Media, derrotaron al caíd de la Marca, el eslavo Wāḍiḥ, el cual se retiró a Córdoba, y allá fueron también los beréberes con su *imām* Sulaymān.

SULAYMĀN AL-MUSTAʿĪN CALIFA Y RETORNO DE AL-MAHDĪ, HIŠĀM II Y AL-MUSTAʿĪN

El 11 rabīʿ I 400/3 noviembre 1009 llegaron los beréberes, entre los que sobresalía Zāwī, con su *imām*, a las cercanías de la capital, y dos días después barrían al ejército que intentó oponerles al-Mahdī. Tres días después los vencedores ocupaban el Alcázar y proclamaban Califa a Sulaymān, con el título de *al-Musta ʿīn bi-llāh*, «el que implora la ayuda de Dios» [13]. Al-Mahdī se ocultó , tras haber intentado jugar la

[13] E. García Gómez, «Algunas precisiones sobre la ruina de la Córdoba omeya», *al-Andalus*, XII, 1947, pp. 267-293. J. Pellicer, «Suleiman Al-Mostaîn, 400-1010/407-1014.

baza más legítima de rehabilitar a Hišām II: su primera, y fallida, vuelta a escena. Mientras al-Mahdī, huido a Toledo, era reconocido por la Marca Media, y con sus gentes, más ayuda de los condes de Barcelona y de Urgel, derrotaron a los beréberes de Sulaymān a poca
tancia de Córdoba, en El Vacar, en junio 1010.

Los beréberes levantaron sus asentamientos en Madīnat al-Zahrā', y partieron hacia el sur, perseguidos por al-Mahdī, que esta vez fue derrotado por ellos, en el Guadiaro, en aquel mismo mes de junio. Los beréberes empezarían ya a exigir o a acordar con algunos territorios del sur la recogida de impuestos, a cambio de «protección», de lo cual derivaría pronto la instalación de los Zīríes en Elvira-Granada y Jaén, de los Jizrūníes en Arcos, de los Birzalíes primero en Jaén y luego en Carmona, de los Dammaríes en Morón y de los Yafraníes en Ronda, aunque algunos de ellos oscilarían por varias tierras hasta fijarse en el lugar donde pudieron, al cabo, proclamar su taifa.

La victoria de El Vacar otorgó a al-Mahdī su segundo Califato en Córdoba, pero el eslavo Wāḍiḥ, que hizo acudir a Jayrān y a otros ya lanzados a salvarse en sus autonomías taifas, o pre-taifas eslavas levantinas, procuraron el asesinato de al-Mahdī, el 8 ḏū l-ḥiŷŷa 400/23 julio 1010.

La siguiente entronización del reaparecido Hišām II no logró volver la situación a su punto de partida. Muchos Omeyas rechazaron a Hišām II, y para los beréberes ya no existía más componenda que «su» Califa Sulaymān; y vinieron a cercar Córdoba. Desde Madīnat al-Zahrā' otra vez tuvieron asediada la capital, desde noviembre de 1010.

Hasta el 26 de šawwāl 403/9 mayo 1013, el asedio beréber de Córdoba sometió a los cordobeses, con su entonces Califa Hišām II a la cabeza, a durísimos padecimientos, sin que el resto de al-Andalus fuera capaz de ayudar a su capital, aunque a veces, desde las Marcas, donde se encontraría intacta la estructura militar, se recomendaba a los cordobeses: «O hacéis las paces con los beréberes o les combatís seriamente. Desde luego, ni vosotros ni nosotros podemos con ellos. Tal vez debéis pedir ayuda [a los cristianos]» [14].

Revisión de las acuñaciones de plata a su nombre», *Acta Numismática* XIV, 1984, pp. 143-160.

[14] *Bayān*, III, 108.

Córdoba decidía a ratos capitular y a ratos resistir, mientras en el Alcázar, un tal Ibn Munāwin, que regía la situación, entró acompañado de los jefes de los eslavos y del ejército regular a presencia de Hišām II, a comunicarle cómo se había llegado al límite del aguante: «no tenemos fuerzas contra esas gentes [beréberes]; el pueblo está dividido: unos quieren la paz y otros no; no tenemos dinero, y ya hemos exprimido a los súbditos con impuestos; los precios han subido exageradamente; los soldados están empobrecidos; la frontera revuelta; los cristianos [de los reinos del Norte] quieren venir a ayudarnos, pero las cargas que nos imponen son inmensas, no podemos mantenerles», según refiere el cronista Ibn Ḥayyān [15], que añade cómo el Califa Hišām II, cuando oyó esto, se puso a llorar intensamente, diciéndoles que actuaran según les pareciera mejor.

En la fecha indicada de mayo de 1013, tras un cerrado asedio de dos años y medio, Córdoba se rindió por capitulación, a pesar de la cual los beréberes entran a sangre y fuego. Sulaymān al-Musta'īn fue proclamado Califa por segunda vez. Hišām II debió ser asesinado [16].

Espaldarazo a las taifas por Sulaymān al-Musta'īn

Volvió al Califato Sulaymān al-Musta'īn gracias sobre todo a las milicias beréberes y gracias también a algunos apoyos andalusíes como el del tuŷībí Munḏir, pronto alzado con la taifa de Zaragoza, y que le había ayudado a ocupar de nuevo Córdoba. De este modo, Sulaymān al-Musta'īn aparece mediatizado por quienes le habían llevado al poder, y etnre los cuales destacaban los Zīríes, por categoría y seguramente también por número.

Para recompensar estas ayudas, Sulaymān al-Musta'īn les repartió concesiones territoriales. Claro está que no tendría otro modo de pagarles, más que firmándoles el dominio sobre unas tierras de cuyos tributos pudieran obtener ganancias, pero el paso fatal iba en dirección

[15] *Bayān*, III, 109.

[16] Lévi-Provençal, *España musulmana*, IV, p. 473, recoge la versión de algunos cronistas árabes que le suponen huido a Oriente, haciéndole luego «reaparecer» en al-Andalus, enlazando con su ficticia y posterior «resurrección» como Califa en la taifa de Sevilla.

también de aumentar la fragmentación de al-Andalus. Con la severa precisión que le caracteriza, Ibn Ḥayyān cuenta cómo Sulaymān fue un desastroso gobernante, y el cronista Ibn Ḥamādo por su parte recuerda [17] cómo dividió una parte de al-Andalus entre los jefes de las principales tribus de beréberes magrebíes que operaban a su favor: a los Zīríes les «dio» (*aᶜṭà*) Elvira, es decir, Granada; a los Magrāwa el norte de Córdoba, a los Banū Birzāl y a los Banū Yafran Jaén y sus dependencias, a los Banū Dammar y a los Azdāŷa [Medina] Sidonia y Morón, además de otros castillos, y a Mundir al-Tuŷībí le «dio» Zaragoza.

El cronista menciona expresamente que esto ocurrió el mismo año en que comenzó Sulaymān al-Mustaᶜīn su segundo Califato, el año 403/1013, y que esas concesiones territoriales por él otorgadas tanto pudieron ser confirmación de dominios que ya vinieran disfrutando sus beneficiarios como comienzo de nuevos poderes, aunque en todo caso sirvieron para aumentar el proceso autonómico ya para esas fechas en curso, y que se iba agravando cuanto más se debilitaba el poder central.

Hay que notar también que todos los grupos beréberes agraciados entonces por las concesiones del Califa Sulaymān mantuvieron en los años inmediatamente siguientes los territorios que entonces les correspondieron, bien porque no acabaran de dominarlos, bien porque prefirieran otros, pues tenemos que los Birzāl se alzaron con la taifa de Carmona y los Yafran con la de Ronda, mientras que posiblemente los Magrāwa resultaron absorbidos por la taifa de Badajoz o quizá por la de Toledo, y no figuran con taifa independiente ninguna.

Es interesante reflexionar qué trascendencia de legitimación de determinados poderes taifales podía representar la concesión territorial otorgada por un Califa, y Pierre Guichard así lo plantea [18], resaltando el hecho de que el último de los régulos granadinos, ᶜAbd Allāh, no aluda para nada en sus famosas *Memorias* al hecho de que el Califa Sulaymān les otorgara Granada, contando, en cambio, que los mismos habitantes de aquellos lugares les llamaron y acordaron pagarles a cam-

[17] Citado en *Bayān*, III, p. 110.

[18] P. Guichard, «Los musulmanes andalusíes en los siglos XI al XIII», *Historia de España*, dir. A. Domínguez Ortiz, Madrid, 1989, III, pp. 439-517.

bio de tener la protección de los Zīríes, que aceptaron «contentos de apoderarse de esta ciudad mejor que de ninguna otra, viendo además que la oferta no podía encerrar engaño, ya que los habitantes de Elvira [Granada] estaban sumamente desunidos, y que les ofrecían el poder sin tener ellos grupos étnicos o familiares de quienes fuese de temer coalición hostil» [19].

Parece que al principio de aquel movido siglo sí resultaba recomendable poseer de verdad o figuradamente una legitimación califal, mientras que ya en sus finales, cuando escribe el emir ʿAbd Allāh, la fuerza de legitimación mayor provenía del consenso de los súbditos, y esto explicaría la oscilación de justificaciones del poder que esgrimen las fuentes.

Antes de terminar, y violentamente, con su asesinato, el 22 muḥarram 407/1 julio 1016, Sulaymān al-Mustaʿīn su segundo Califato, aún llevó a cabo otra medida que originó más disensiones: designó a uno de sus caídes, príncipe ḥammūdí, de quien hablaremos enseguida, ʿAlī b. Ḥammūd, gobernador de Ceuta, «con un parecer desconcertante —dice Ibn Ḥayyān [20]—, pues la puso en manos de un acérrimo enemigo suyo, este ʿAlī, el más alejado de su causa y de su círculo, que le atacó, le arrebató el reino, le mató, truncó su dinastía y destrozó a su familia».

Una nueva dinastía: los Ḥammūdíes, califas de Córdoba

Al llegar el verano de 1016, la decadencia del poder central en al-Andalus había traído por cosecha la constitución de enclaves taifas, de autonomías más o menos asentadas entonces, alrededor de personajes autóctonos o de beréberes y eslavos advenedizos, en: Albarracín, Almería y Murcia, Alpuente, Arcos, Badajoz, Carmona, Denia y Baleares, Granada, Huelva, Morón, Santa María del Algarve, Silves, Toledo, Tortosa, Valencia y Zaragoza, aparte de otros enclaves menores que se separaban o se unían a los más grandes, en el ritmo ciertamente impreciso de los límites territoriales taifas.

[19] *El siglo* XI *en 1.ª persona*, p. 85.
[20] *Bayān*, III, p. 114.

Entretanto, además, la incapacidad del Califa Sulaymān, la reacción de antipatía que producía el que fuera «el Califa de los beréberes» y el caos cada vez más generalizado habían producido algún intento de sustitución de Sulaymān por otro Califa, sobre todo alentado desde las posiciones más contrarias de los eslavos, y así, Muŷāhid al-ᶜāmirí, señor de Denia, proclamó en Levante a un omeya, 'Abd Allāh al-Muᶜayṭī, en ŷumādà II 405/diciembre 1014; según al-Raqīq [21], cinco meses permaneció aproximadamente este Califa en Denia con Muŷāhid; luego fueron a Mallorca, desde donde el régulo eslavo lanzó su expedición contra Cerdeña, al regreso de la cual, encontrando a «su» Califa con pretensiones en demasía, lo destituyó, a comienzos de 1016, y lo envió al Magreb [22].

A comienzos también de 1016 se alzó en Ceuta ᶜAlī b. Ḥammūd, a pesar de haber sido favorecido por Sulaymān al-Mustaᶜīn con su gobierno, alegando contra éste su represión contra Hišām II, de quien ᶜAlī hizo público entonces un presunto escrito por el cual le nombraba su heredero al Califato, si le libraba de Sulaymān y de los beréberes. De acuerdo con el eslavo Jayrān de Almería, rencoroso del éxito de Muŷāhid, y con el beréber Ḥabūs de Granada, ᶜAlī se dirigió a Málaga y la tomó, instalando allí una cabeza de puente que permaneció en manos de los Ḥammūdíes unos cuantos años y fue su principal taifa. Pero ᶜAlī, con un glorioso linaje, pretendido descendiente del Profeta a través de los Idrīsíes, dinastía que además rigió una parte del Magreb en el siglo VIII [23], no iba a contentarse con una taifa más, sino con el Califato de Córdoba, y allá fue, entrando en la antigua y ya decaída capital el 1 de julio de 1016, dando muerte a Sulaymān y, al no hallar vivo a Hišām II, haciéndose proclamar Califa a su vez.

¡Qué gran alteración!, por primera vez desde el año 756 al-Andalus dejaba de tener a los Omeyas en el poder. Se tituló, ni más ni menos, que al-Nāṣir, y aunque empezó con mesura su gobierno, controlando a los temidos beréberes, pronto se tornó a ellos, y eso le costó

[21] *Bayān*, III, p. 116.

[22] M. J. Rubiera, *La taifa de Denia*, Alicante, 1985; 2.ª ed., 1990, 64-65; M. de Epalza, «El origen político del estado de Denia en el siglo XI: el califa al-Muaiti y el rey Mujáhid», *I Congrés d'Estudis de la Marina Alta*, Alicante, 1986, I, pp. 157-163.

[23] H. I. Beck, *L'image d'Idrīs II, ses descendants de Fās et la politique sharifienne des sultans Marīnides (656-869/1258-1465)*, Leiden, 1989.

la vida, asesinado por los eslavos de su palacio, el 1 ḏū l-qaᶜda 408/21-22 marzo 1018. Un poco antes el partido antiberéber había alzado la bandera del Omeya al-Murtaḍà, que fue definitivamente proclamado, el 29 de abril de 1018, por Jayrān de Almería y Munḏir de Zaragoza, que lo abandonaron muy pronto a su suerte y también resultó muerto, tras ser derrotado por los beréberes Zīríes de Granada.

En Córdoba se proclamó Califa a un hermano de ᶜAlī b. Ḥammūd, llamado al-Qāsim, que se tituló al-Ma'mūn, que por dos veces ejerció, primero durante tres años, cinco meses y veinte días, y después durante siete meses y tres días, interrumpido por el Califato en Córdoba de su sobrino Yaḥyà, mientras al-Qāsim ejercía como Califa en Sevilla. Pero tanto cordobeses como sevillanos decidieron librarse de los Ḥammūdíes, al finalizar octubre de 1023. En Córdoba se volvió a entronizar a Omeyas, por un tiempo, mientras Sevilla comenzaba su autonomía taifa. Sólo un breve coletazo ḥammūdí sacudió la vida política cordobesa durante unos meses de 1025, cuando Yaḥyà al-Muᶜtalī ocupó brevemente el Califato de Córdoba, antes de partir definitivamente hacia su más seguro enclave de Málaga, en febrero o marzo de 1026. En Málaga y en Algeciras se concentró desde entonces, durante pocos años más, el poder ḥammūdí, para ser, pese a las altas aspiraciones y títulos califales que mantuvieron, una taifa más [24].

Agonía del Califato

La derrota traicionera del Califa al-Murtaḍà desmoralizó al partido andalusí; Ibn Ḥayyān lo refleja bien [25]: «esta derrota supuso para las gentes de al-Andalus tal calamidad que hizo olvidar a las anteriores... se confesaban vencidos, reconociéndose incapaces», pero curiosamente también preocupó al conspicuo jefe beréber Zāwī, del partido contrario, que entonces tomó la decisión de volver al norte de África, explicando que la derrota que habían logrado contra el Omeya al-Murtaḍà «no se debe a nuestra fuerza, sino que, junto con el Destino, la ha causado la traición de sus señores [los régulos andalusíes] a su sultán...

[24] L. Seco de Lucena, *Los Ḥammūdíes, señores de Málaga y Algeciras*, Málaga, 1955.
[25] *Bayān*, III, p. 127.

[así] los enemigos han partido, sin más víctima que su caudillo [al-Murtaḍà], al que les será fácil sustituir» [26].

En efecto, una breve hora de resurrección había sonado para los Omeyas, pues las autoridades cordobesas decidieron elegir a uno de ellos Califa, y el 16 ramaḍān 414/2 diciembre 1023 se reunieron candidatos y electores en la Mezquita, decidiéndose, más o menos forzados, por proclamar a ᶜAbd al-Raḥmān b. Hišām b. ᶜAbd al-Ŷabbār b. ᶜAbd al-Raḥmān III, que se tituló *al-Mustazhir*, y cuyo Califato sólo duró cuarenta y siete días, ni más ni menos, siendo entonces asesinado.

Fue proclamado enseguida otro biznieto de ᶜAbd al-Raḥmān III, llamado Muḥammad y titulado *al-Mustakfi*, «por propia elección, que le condenó a una mala coincidencia, ya que se asemejó al primero en llevar aquel título, el [Califa] ᶜabbāsí ᶜAbd Allāh al-Mustakfī, siendo también débil y manejable, incapaz y abúlico... asombrosa es la semejanza de sus caracteres, de su libertinaje y de su frivolidad; ambos vivieron cincuenta y dos años y reinaron un año y unos cinco meses» [27]. Fue depuesto, pocos días después asesinado, y tras él se produjo, por unos meses, el breve inciso ḥammūdí, ya aludido, entre noviembre 1025 y marzo de 1026.

Abolición del Califato omeya en 1031

A principios de 1026, los eslavos no consintieron más que los berberizados Ḥammūdíes siguieran ocupando el Califato en Córdoba; contra sus bases malagueñas nada podían por estar defendidas por la poderosa taifa de Granada, pero Córdoba era otra cosa. Allá se presentaron Jayrān y Muŷāhid, y alejaron para siempre a los Ḥammūdíes de la simbólica capital, cuyos habitantes no acertaban a organizarse, con la sombra del terror beréber sobre sus espíritus, mientras intentaban encontrar a un candidato, Omeya todavía, que aún conciliara adhesiones; al cabo, decidieron proclamar a otro bisnieto de ᶜAbd al-Raḥmān III, llamado Hišām, elegido sobre todo porque los beréberes habían

[26] *Bayān*, III, p. 129.
[27] *Bayān*, III, p. 141.

matado a su hermano al-Murtaḍà, y confiaban en su animadversión contra ellos, cima, parece, de los sentimientos cordobeses [28].

Este Hišām, tercer soberano omeya de ese nombre en Córdoba, titulado *al-Muʿtadd*, se encontraba en Alpuente, refugiado junto a Ibn al-Qāsim, señor de aquella taifa, cuando fue proclamado el 5 por andar de rabīʿ II 418/junio 1027, y allá siguió durante algo más de dos años y medio, hasta que le pareció asegurada su posición cordobesa. Al cabo entró en su capital, con pobre cortejo, dando desde el principio una mala impresión, a la que vinieron a sumarse enseguida sus actos de mal gobierno, y fue depuesto por sus súbditos, el 12 ḏū l-ḥiŷŷa 422/30 noviembre 1031, después de que aún se alzara, pretendiendo ocupar su lugar, otro príncipe omeya, esta vez tataranieto de ʿAbd al-Raḥmān III, llamado Umayya. Pero la hora de la tiempo atrás gran dinastía había llegado a su fin.

La pluma precisa del contemporáneo Ibn Ḥayyān refiere lo inevitable de la abolición del Califato omeya, en aquella fecha inolvidable, que llenó de amargura a espíritus «legitimistas» como el suyo; dice [29] que «todos de acuerdo destronaron a Hišām [III al-Muʿtadd] y abolieron el Califato de una vez, porque no había otra alternativa, y expulsaron a los [Omeyas] marwāníes. La ciudad, entonces, otorgó autoridad a los visires...». Así comenzó la andadura de una taifa más, que se había quedado sóla aferrada a la causa del poder central, mientras el resto de al-Andalus consumaba su autonomía en una larga veintena de taifas.

Menciona también Ibn Ḥayyān, y es signo de cómo se sentían los cordobeses, que hasta olvidaron o descuidaron retirar del cargo al último Califa Omeya por un destronamiento oficial, siguiendo las pautas previstas para ello; pero no dejaron de expulsar de Córdoba a todos los Omeyas, prohibiendo que nadie les diera cobijo, y concluye su aludido pasaje:

> a partir de ese momento, la guerra civil se hizo más amplia y más honda. Cada uno saltó sobre el poder en su lugar, y los arráeces y señores levantiscos de al-Andalus fueron dueños absolutos del terri-

[28] *Bayān*, III, p. 146.; D. Wasserstein, *The Rise and Fall of the Party-Kings. Politics ans Society in Islamic Spain, 1002-1086*, Princeton University Press, 1985, p. 78.

[29] *Bayān*, III, pp. 150-152.

torio y de los castillos que tenían a su alcance, ambicionando cada uno de ellos lo de los demás.

En 1031 se consumó un cambio de época [30], y un mapa lleno de estados autónomos sustituyó a la dinastía Omeya que, a pesar de sus oscilaciones, había mantenido unido a al-Andalus durante más de dos centurias y media. Hasta 1090, en que los Almorávides, viniendo del exterior, desde el Magreb, comiencen su tarea de reunir al-Andalus bajo su poder, la historia andalusí se fragmenta en múltiples cortes, dinastías locales cuya pluralidad ofrece una multiplicidad de actuaciones políticas, que enseguida veremos.

Tipología y constitución de las taifas

Por cronología, extensión geográfica, antecedente y proceso, la historia de cada taifa es diferente de la de las demás, aunque por algún criterio pueden clasificarse en varios grupos, según se constituyeran alrededor de un poder local o advenedizo.

Los poderes locales venían siendo ejercidos, de varias maneras, por familias autóctonas, asentadas de antiguo en la región correspondiente, y sus miembros ejercían funciones administrativas, como «funcionarios» en nombre de la dinastía Omeya, guardando respecto a ella mayor o menor obediencia a lo largo del tiempo, pero distinguiéndose como representantes del poder central, y, concretamente desde finales del siglo x, distinguidos en sus puestos por Almanzor, con quien varias nuevas familias o ramas familiares levantaron cabeza, y así les encontró la guerra civil, de la que siguieron sacando provecho.

Estos oligarcas regionales tenían distintos orígenes: unos eran árabes y otros beréberes, llegados en general a la Península durante la primera mitad del siglo VIII de nuestra era, cuando la conquista islámica, y otros eran autóctonos, los cuales, islamizados también y arabizados, se integraron al fin bastante con los dos primeros bloques, y con el paso de los siglos habían llegado a constituir aproximadamente, en el siglo x, un conjunto relativamente homogéneo, calificable de «andalu-

[30] Sobre el «cambio»: Lévi-Provençal, *España musulmana*, IV, pp. 444-448.

sí». Estas familias andalusíes (árabes, beréberes y autóctonos), que eran poderosas en cada región, según iba debilitándose el poder central, durante los primeros años del siglo XI, en el proceso recién referido, fueron incrementando por necesidad su autoridad independiente, en un movimiento de autodefensa que les condujo a la autocracia. Tuvieron que afirmar sus poderes locales para evitar un vacío de poder pues el central faltaba. De ahí saltaron a constituir taifas, presionados además porque los eslavos y beréberes advenedizos procuraban dominar tierras y salvarse también formando taifas. Fueron tafias de «andalusíes» las de Córdoba, Sevilla, Zaragoza, Silves, Santa María del Algarve, Huelva, Niebla, Alpuente, Albarracín y Toledo, desde un principio. Otros oligarcas andalusíes lograron a lo largo del siglo conseguir el poder en taifas que habían comenzado siendo de poderes advenedizos de eslavos o de beréberes «nuevos».

Sin tener antiguos arraigos locales, las taifas logradas por los poderes advenedizos de eslavos y nuevos beréberes se originaron en un fenómeno diferente, pues tuvieron que «ir» a los diferentes territorios, a ocuparlos, desde el exterior, unos amparados en su condición de servidores de los ᶜāmiríes, los beréberes, con poder militar sobre todo, y otros, los eslavos principalmente como funcionarios palatinos, esparcidos ambos por la guerra civil y la crisis del Califato, con fuerza centrífuga, hacia regiones principalmente periféricas del levante, o del sur de al-Andalus, inaugurando su poder autonómico por la fuerza de las armas o por el peso de sus recientes vínculos administrativos.

Dispersión de eslavos y beréberes «nuevos»

Ya vimos cómo al-Mahdī, desde su brevísimo Califato de 1009-1010, no pudo actuar con menos tacto conciliador respecto a estas nuevas y fuertes entidades de poder que eran los beréberes, recién llegados a la Península, y los eslavos, propiciando sus salidas de Córdoba y sus búsquedas de nuevos acomodos y fuentes de recursos que, naturalmente, planteadas así las cosas, sólo podían estar desvinculadas del Califa al-Mahdī y, después, de quienes protagonizaron sus mismas posturas.

Según hemos referido, resulta que, forzados a abrirse horizontes por su cuenta, y entre 1009-1010 y 1013-1016, los beréberes «nuevos»

lograron instalarse y dominar diferentes territorios, cuya constitución les permitió sobrevivir, participando además en la guerra civil desde sus particulares intereses, que solemos calificar como los del «partido beréber», intereses que anteponían a los de la cada vez más imposible conciliación y unificación estatal.

Granada, Carmona, Morón, Arcos y Ronda fueron las taifas de estos beréberes «nuevos», y a la serie pueden añadirse Málaga y Algeciras de los berberizados Ḥammūdíes. Grupos armados eran, las distintas cabilas beréberes que en estos enclaves alzaron sus taifas no encontraron al parecer grandes dificultades en ocupar territorios concretos del sur de al-Andalus, que fueron relativamente poco extensos, a excepción de la taifa granadina, cuyos régulos, los Zīríes, eran los más importantes de todos.

El tercer grupo de poder que se alzó con algunas taifas fue el «eslavo», denominación que se aplicaba en el ámbito islámico a los esclavos de orgien europeo. No sabemos con precisión porqué algunos personajes eslavos, que hubieron de huir de Córdoba al vencer el partido Omeya sobre el suyo, que era el ʿāmirí, como fieles que habían sido de Almanzor y sus hijos, ganaron los territorios levantinos, y lograron las taifas de Tortosa, Játiva, Valencia, Denia, Orihuela y Almería y enseguida también las Baleares, además de que mucho más efímeramente que estas también breves taifas, en la de Badajoz comenzó por independizarse en funcionario eslavo. Es muy posible que, en esas zonas, Almanzor y sus hijos hubieran puesto mucho poder en manos eslavas, como un medio de llenar un cierto vacío «administrativo y social» existente, como apunta Pierre Guichard [31].

Plegándose a los modelos de poder político «estatales», los régulos de estas taifas repitieron muchos procedimientos de al-Andalus Omeya, anterior, como exponemos, aunque antes explicaremos la influencia que tuvo la alteración política en la administración, concretamente en la inestabilidad de la máxima institución judicial, como era el puesto del gran cadí de Córdoba.

[31] Guichard, «Los musulmanes andalusíes», p. 442; *Les musulmans de Valence et la Reconquête (XIe-XIIIe siècles)*, Damasco, 1990-1991, 2 t., espec. I, 177.

REFLEJOS DE LA AGITACIÓN POLÍTICA EN EL CADIAZGO CORDOBÉS

El cadí «de la comunidad» era el más elevado funcionario judicial del al-Andalus Omeya, en cuya capital, Córdoba, residía. Resulta un buen ejemplo de la agitación política existente en el país durante la primera mitad del siglo XI observar cómo aquello afectó a las instituciones. Durante los primeros cincuenta y cuatro años de ese siglo se produjeron trece nombramientos distintos de jueces «de la comunidad» de Córdoba, y dos jueces fueron designados simultáneamente; unos fueron interinos y otros oficiales, pero en conjunto once personajes se sucedieron en el importante cargo, o al menos asumieron las funciones correspondientes; dos cadíes actuaron en dos ocasiones distintas. Este es el cuadro de la situación, con referencia a los cadíes y sus etapas [32]:

1. Yaḥyà b. Wāfid, nombrado cadí por Hišām II: 1.ª vez: 14.XII.1010 a 2.VII.1012.
2. ᶜAbd al-Raḥmān b. Aḥmad b. Fuṭays, nombrado también por Hišām II: julio 1012, durante siete meses y medio.
3. Otra vez Ibn Wāfid, desde enero o febrero hasta mayo 1013.
4. Yūnus b. al-Ṣaffār y Muḥammad b. Jazar, de modo interino y compartido: todo lo más hasta julio 1016, cuando muere el Califa Sulaymān al-Mustaᶜīn que les había designado.
5. ᶜAbd al-Raḥmān b. Bišr b. García, nombrado por el Califa ᶜAlī b. Ḥammūd, desde julio 1016: se mantuvo doce años y diez meses, durante todo el período del Califato ḥammūdí. El último Califa Omeya Hišām III lo destituyó, en 1027, considerándole afecto a los odiados beréberes y él mismo muladí, «hostil a la preponderancia de la aristocracia [árabe]» [33].
6. Otra vez Yūnus b. al-Ṣaffār, nombrado ahora por el último Califa Hišām III, desde enero 1029. Se mantuvo en el cargo durante el inicio de la taifa, hasta morir en mayo 1038.
7. Abū Bakr ibn Ḏakwān, nombrado por el primer régulo de la taifa cordobesa, desde mayo de 1038 a abril 1039, en que se retiró o fue quizá destituido.

[32] M. J. Viguera «Los jueces de Córdoba en la primera mitad del siglo XI. Análisis de datos», *Al-Qanṭara*, V, 1984, pp. 123-145.

[33] *Mugrib*, I, p. 157.

8. El régulo cordobés dejó un año vacante la judicatura, luego nombró a ʿAbd Allāh ibn al-Makwī, desde septiembre 1040 hasta su destitución, en octubre 1043.
9. Abū ʿAlī ibn Ḏakwān, nombrado por el nuevo régulo de la taifa cordobesa, desde octubre 1043 hasta que le destituyó, en agosto 1048.
10. Yaḥyà b. Yabqà, desde octubre 1048 hasta su muerte, en octubre 1055.
11. El visir Ibn al-Saqqāʾ se hizo cargo internamente de los asuntos judiciales, durante unos cinco meses.
12. Sirāŷ b. ʿAbd Allāh, desde abril 1056 hasta su muerte, en octubre 1064.

Nótese que entre esos once personajes sólo tres murieron desempeñando su puesto de cadí; los demás fueron destituidos; uno de ellos, Ibn Wāfid, murió en prisión. Todo esto refleja bien la inquietud política en Córdoba durante la primera mitad del siglo XI y es significativo compararlo con la situación del cadiazgo en Córdoba durante toda la centuria anterior. Según Lévi-Provençal [34] resulta que los grandes cadíes de Córdoba, durante todo el siglo X, fueron sólo nueve y dos de ellos actuaron en dos ocasiones, por lo cual hubo en total —durante cien años— once cambios de designación, mientras que en el medio siglo del XI que ahora vemos se produjeron trece cambios de designación. Efectivamente, las instituciones, y sobre todo la judicial, resultaron afectadas por la turbación política que desencadenó la fragmentación en taifas, cuya historia pasamos a exponer.

[34] Lévi-Provençal, *España musulmana*, V, p. 81 y n. 94.

II

BADAJOZ, RARO COMIENZO Y FINAL BERÉBER

Al estallar las guerras civiles de Córdoba, con sus repercusiones totales andalusíes, un liberto de Almanzor, seguramente de origen eslavo, llamado Sābūr al-ᶜĀmirí, que había servido en el palacio califal, se proclamó «chambelán» (*ḥāŷib*) en la Marca Inferior, es decir, se declaró dispuesto a ejercer un poder efectivo y autónomo, guardando las formas de su titulación y dependencia teórica respecto a alguno de los Califas que se sucedían casi sin parar en la rueda de la fortuna en que se había trocado el máximo puesto del poder central. Y puso su capital en Badajoz.

Como advenedizo que en realidad era Sābūr, alejado además del foco de dominio eslavo que era el Levante, sus cortesanos y apoyos debieron ser en principio los notables locales y, entre ellos, confió su visirato a ᶜAbd Allāh b. Maslama b. al-Afṭas, el cual, a la muerte de Sābūr, el 8 de abril de 1022, según atestigua su lápida sepulcral que se conserva, se alzó con todo el poder, a pesar de que su antiguo señor dejaba dos hijos, que no dejaron de reclamar sus derechos y se proclamaron en Lisboa, inútilmente, sucesores de su padre durante un tiempo. Pero los pacenses estaban de acuerdo en proclamar a Ibn al-Afṭas, que así fundó en esta taifa su dinastía, cuyo dominio se extenderá durante setenta y dos años, hasta que la conquistaron, exterminándoles, los Almorávides.

Eran los Afṭasíes beréberes de la tribu Miknāsa, y fueron reclutados por Ṭāriq b. Ziyād para iniciar la conquista de al-Andalus, a comienzos del siglo VIII. Estaban, pues, muy arraigados en la Península Ibérica y, después de tres centurias de permanencia, se habían andaluso-arabizado profundamente y pretendían, como algunos otros, presu-

mir de poseer un linaje árabe, y en este caso concreto se jactaban de tener origen ḥimyarí y ser parte de los árabes Tuŷībíes.

La nota más destacada de esta taifa es su perpetua enemistad con Sevilla, que sólo pareció menguar cuando las ofensivas de Fernando I, a quien los Afṭasíes acabaron pagando parias, desde 1057-58, que comenzaron por ser de cinco mil dinares. Por eso, aunque en medio de una doble política, fueron unos de los que enviaron embajadas a solicitar el socorro de los Almorávides, en cuya conquista perecieron al final los Afṭasíes, terminando esta taifa, realmente en 1094.

El poder político de la taifa de Badajoz estuvo así ejercido:

I. Comienzos eslavos: Sābūr (ap. 1009-1022).
II. La dinastía afṭasí:
   1. ᶜAbd Allāh b. Maslama b. al-Afṭas, al-Manṣūr (1022-1045).
   2. Muḥammad b. ᶜAbd Allāh, al-Muẓaffar (1045-1067-68).
   3. Yahyà b. Muḥammad, al-Manṣūr (1067-78-1072 ap.).
   4. ᶜUmar b. Muḥammad, al-Mutawakkil (1067-68, en parte de la taifa; en Badajoz desde 1072, aproximadamente. Fue muerto por los Almorávides, en 1095-96).
   5. Al-Manṣūr III, sólo en Montánchez.

El poder afṭasí, ejercido por el fundador de la dinastía, su hijo y dos nietos, se engalanó con el brillo cultural, muy ponderado por los literatos que se beneficiaron de su mecenazgo; proverbiales se hicieron los méritos de los Afṭasíes, el brillo de su capital, la belleza de su almunia llamada al-Badīᶜ y el prestigioso elenco de secretarios que les servía, además del cultivo que aquellos soberanos, especialmente al-Muẓaffar, consagraron al saber. Como murieron de la forma más trágica, a manos de tropas magrebíes, su recuerdo y panegírico se convirtió en elegía póstuma, con el inevitable recurso a los *ubi sunt*, porque, entre otras cosas, una especie de romántico lloro por el pasado y lo perdido resultaba inevitable en aquel siglo XI. Así les canta uno de sus visires, el eximio letrado Abū Muḥammad ibn ᶜAbdūn [1]:

> ¡Cuántas dinastías por favor divino ejercieron poder,
> y ya pasó! ¡Pregunta a ver si guardas recuerdo alguno!

[1] al-Marrākušī, *Muᶜŷib*, pp. 53-59.

¡Ay, Afṭasíes!, los días no detienen su carrera
y los hombres por ellos cumplen viaje.
¡Malhaya el día que perecísteis! ¡Nunca día igual
alumbrara noche ninguna en ningún siglo!
¡Ay, el valor! ¡Ay, la magnificencia! ¡Si aún existieran!
¡Cielo y Tierra lloran por ʿUmar al-Mutawakkil!
¿Dónde está la majestad, astro radiante,
cuya veneración rendía nuestra vista y nuestro corazón?

El primer régulo afṭsí

El nombre que de él se ha conservado es: Abū Muḥammad ʿAbd Allāh b. Muḥammad b. Maslama b. al-Afṭas [2], con la *nisba* pretendida de al-Tuyībī, por lo que querían aparentar, ya lo dijimos, y el título bastante alto de *al-Manṣūr*. Procedía de Faḥṣ al-Ballūṭ, el «valle de las bellotas», hoy Los Pedroches, donde su familia se había instalado. Por su valía llegó a ser visir del primer régulo de la taifa de Badajoz, el eslavo Sābūr, y cuando éste murió, en 1022, en lugar de respetar su sucesión por alguno de los dos hijos que aquél tenía, se alzó él mismo con todo el poder, aprobado por sus súbditos. Los hijos de Sābūr se hicieron fuertes en Lisboa, constituyendo una pequeña subtaifa durante un tiempo, hasta que el régulo de Badajoz envió contra ellos a uno de sus propios hijos y ʿAbd al-Malik b. Sābūr, el único que quedaba, se retiró a Córdoba.

Muy pronto estallaron las hostilidades entre Badajoz y los ʿAbbādíes de Sevilla, comenzando ya las refriegas entre Ismāʿīl y al-Manṣūr, primero por la ocupación de Beja, y con la intervención también contra Badajoz del señor de Carmona. En 1030, el régulo afṭasí reforzó las murallas de su capital, Badajoz, cuyos muros habían sido alzados antes por ʿAbd al-Raḥmān al-Ŷillīqī, «el Gallego», que allí había logrado mantener, con sus sucesores, una secular rebeldía contra los Omeyas,

[2] *Historia de la Baja Extremadura*, dir. M. Terrón Albarrán, Badajoz, 1986, I, «De los orígenes al final de la Edad Media»; y bibliografía actualizada de B. Soravia, *Studi Magrebini*, XXI (1989), 93-123.

y a quien se le deben varias construcciones en Badajoz, que los Afṭasíes mejoraron.

Nada más dicen las fuentes sobre los últimos años de este primer régulo afṭasí de Badajoz, y sólo vienen a dar la fecha de su muerte, el 19 de ŷumādà I del año 437, mientras que su lápida funeraria, que se conserva, da la misma fecha, pero del mes ŷumādà II, equivalente al 2 —o bien al 30— de diciembre de 1045.

El culto al-Muẓaffar

Se llamaba Abū Bakr Muḥammad y tomó el título de *al-Muẓaffar*, «el Triunfador». Sucedió a su padre ʿAbd Allāh al-Manṣūr, cuando éste murió en 1045. Tuvo aficiones cultas y, con la colaboración de su secretario Saʿīd b. Jayra, llegó a componer una vasta enciclopedia en diez grandes partes o en cuarenta volúmenes, dicen, tratando de diversas materias, y la bautizó con su nombre, *al-Muẓaffarí*, obra que hoy parece perdida, aunque fuentes posteriores incluyan pasajes suyos, y, por ejemplo, al-Marrākušī, en el siglo XIII, decía que la había leído casi en su totalidad.

A pesar de sus dedicaciones cultas, al-Muẓaffar empleó quizá más tiempo en guerras y enfrentamientos, que no le faltaron en sus veintidós años de reinado. Tuvo contiendas, primero, con al-Ma'mūn de Toledo, desde 1046, y que cesaron cuando el toledano hubo de guerrear contra el rey de Sevilla, contra el cual se implicó también muy pronto al-Muẓaffar, por ayudar a la taifa de Niebla, atacada por el sevillano, hacia 1044. Tres años más tarde entró en la coalición beréber contra al-Muʿtaḍid, el cual reaccionó atacando tierras de Badajoz. En 1050, al-Muẓaffar fue vencido cerca de Évora, teniendo que permanecer a la defensiva, encerrado tras las murallas de Badajoz, contemplando sin poder hacer nada el castigo de su territorio por parte de al-Muʿtaḍid, hasta que éste dejó de asolarle, en febrero-marzo 1051, y entonces el régulo de Badajoz tuvo la habilidad de aparentar una tranquilidad que no sentía para quedar airoso ante todos, desorientar al enemigo, y elevar la moral de su gente, y entonces se le ocurrió enviar mensajeros a Córdoba, para que le procuraran esclavas cantoras. Ibn Ḥayyān lo cuenta con asombro [3].

[3] *Bayān*, III, p. 212.

Al fin, en el verano de aquel mismo año, 1051, al-Muʿtaḍid de Sevilla y al-Muẓaffar de Badajoz convinieron la paz, por intermedio del señor de Córdoba y, seguramente, ante la amenaza de los avances cristianos.

Hacia 1057-58 al-Muẓaffar perdió ante los conquistadores leoneses Lamego, Viséu y otras varias plazas. Fernando I envió muchas tropas contra Santarem y el régulo de Badajoz ofreció tributos. Cinco mil dinares tuvo que aceptar pagar, desde 1057-58, anualmente, pero eso no le libró de perder también Coimbra, una de sus principales ciudades. al-Muẓaffar murió en 460/1067-68 [4].

Querellas entre hermanos

Yaḥyà había sido declarado heredero por al-Muẓaffar, llevando primero el título de *Maŷd al-Dawla* y ascendiendo después al de *al-Manṣūr*. Su padre debió confiar el gobierno de Évora a otro de sus hijos, llamado ʿUmar, que a la muerte de al-Muẓaffar pretendió sucederle en Badajoz, en contra de la proclamación allí de su hermano Yaḥyà. Tras guerras desoladoras para la taifa, en que el rey leonés salió muy beneficiado, los dos hermanos convinieron que Yaḥyà dominaría Badajoz con sólo nominal supremacía sobre ʿUmar, que siguió en Évora, hasta que murió el primero y todo el poder de la taifa pasó a este segundo, que se tituló al-Mutawakkil [5].

Posiblemente hacia 1072, pudo ʿUmar entrar como señor en Badajoz, dejando como gobernador de Évora a su hijo ʿAbbās. Las fuentes alaban la cultura de al-Mutawalkkil, y sobre todo sus dotes para la poesía.

En el año 1080 intervino al-Mutawakkil en Toledo: los toledanos, cansados de la anarquía que su soberano al-Qādir no podía enderezar, ofrecieron a al-Mutawakkil la ciudad. En junio de 1080, el rey de Badajoz entró en Toledo, mientras el régulo de esta taifa huía a Cuenca. Al-Mutawakkil se mantuvo en la ciudad hasta abril de 1081, cuando

[4] B. Soravia, «Al-Muẓaffar ibn al-Afṭas, signore di Badajoz. Un protagonista dell'epoca delle taifas andalouse», *Islam. Storia e Civiltá*, 31-32, 1990, 109-119 y 179-191.

[5] *Muʿŷib*, p. 52; *Mugrib*, I, pp. 364-365; *Aʿmāl*, p. 184.

Alfonso VI y al-Qādir le atacaron y él se tornó a Badajoz, donde pronto empezaría a pagar parias a Alfonso VI, pues, aparte de esto, el conflicto entre las antiguas Marcas Media e Inferior procuró ventajas para el rey castellano, que estaba a sólo cuatro años de su toma de Toledo. Aquel conflicto pareció especialmente cruento a sus contemporáneos, como reflejan textos reunidos por Ibn Bassām, y entre ellos un poema del visir toledano ᶜUmar b. ᶜAṭyūn —partidario del régulo pacense— que acababa contando cómo en Guadalajara «tanta sangre ha corrido, que aborrecen [por su rojez] las rosas» [6].

La presión de Alfonso VI sobre las taifas iba en aumento, y quizá como una reacción, al-Mutawakkil tuvo la iniciativa de enviar a su cadí Abū l-Walīd al-Bāŷī a las demás taifas para intentar conciliarse. Otro exponente de la situación serían las cartas cruzadas entre al-Mutawakkil y Alfonso VI, cuyo presunto texto recoge algún cronista tardío [7].

Al-Mutawakkil y al-Muᶜtamid de Sevilla fueron los primeros régulos que dirigieron embajadas, con petición de socorro, al emir almorávide Yūsuf b. Tāšufīn, quizá ya desde que entrara Alfonso VI, en setiembre de 1079, en la plaza de Coria. De una manera o de otra, se iniciaron las negociaciones que procuraron y consiguieron la llegada de los Almorávides a la Península, para defender a las taifas de las presiones cristianas, y que significativamente tuvieron por primer objetivo de defensa la taifa de Badajoz, donde el ejército Almorávide con el de las taifas lograron vencer al rey castellano en Sagrajas/Zallāqa, en octubre de 1086.

Cuando Yūsuf b. Tāšufīn decidió conquistar los reinos de taifas, pensó al-Mutawakkil conseguir que el Emir Almorávide dejara libre Badajoz, y siempre se le mostró deferente, felicitándole por sus conquistas de otras taifas e incluso ayudándole en la toma de Sevilla, pero a la vez trataba con Alfonso VI, que prometió ayudarle por la entrega de Lisboa, Cintra y Santarem. Los súbditos de al-Mutawakkil llamaron entonces a los Almorávides, que entraron en Badajoz en febrero-abril de

[6] J. A. Pacheco, «ᶜUmar al-Mutawakkil ibn al-Afṭas de Badajoz, rey de Toledo: crónica de un poder efímero», *Simposio Toledo Hispanoárabe*, Toledo, 1986, pp. 61-73; M. J. Viguera, «Madrid en al-Andalus», *III Jarique*, Actas en prensa, notas 36-38.

[7] Correspondencia analizada por A. Mackay y M. Benaboud. Cfr. B. F. Reilly, *The kingdom of León-Castilla under King Alfonso VI. 1065-1109*, Pricenton University Press, 1988, p. 394; hay traducción de este libro, publicada en Madrid, 1991.

1094, mientras al-Mutawakkil con los suyos resistía en la alcazada, hasta que fueron vencidos, el régulo afṭasí y algunos de sus hijos, a finales de 1095 ó 1096; quizá a la matanza escapó uno de ellos, Naŷm al-Dawla Saᶜd. El nombrado heredero, al-Manṣūr, resistió aislado en Montánchez, hasta que se entregó a Alfonso VI y se hizo cristiano [8].

[8] A. Canto, «Numismática islámica en la Baja Extremadura», en la citada *Historia de la Baja Extremadura*, p. 613 y n. 20; J. J. Rodríguez Lorente, «Numismática del reino de taifas de Badajoz (siglo V de la Hégira, XI d.J.C.). El dinar de los afṭasidas», *Cuadernos de Numismática*, VIII-IX, Madrid, 1980.

TOLEDO [illegible] Y [illegible] EL [illegible]

Toledo [illegible] de haber [illegible] los árabes [illegible] importancia [illegible] como capital de la Marca Media, y pudo [illegible] frente a Córdoba [illegible] independiente [illegible] hasta el [illegible] califato. Otra vez independiente, al producirse [illegible] del s. XI, allí se adueñaron del poder algunas [illegible] entre ellos el cadí [illegible] Muhammad, y algunos [illegible] los cuales citan las fuentes también a [illegible] y al-Rahman y a Yahya al-Malik [illegible]. Finalmente, [illegible] los toledanos con los [illegible] entre ellos y, en concreto, [illegible] gobierno de este último, decidieron ofrecer la [illegible] de la [illegible] a [illegible] Di-l-Nun, que [illegible] del poder a su hijo [illegible]. Bajo la soberanía de los [illegible] Toledo gran esplendor, especialmente en los tiempos de al-Ma'mun.

Los Banu Di-l-Nun eran una familia bereber de [illegible] llegados a la Península en tiempos de la conquista [illegible] en [illegible] y en el proceso de [illegible] de [illegible] esta [illegible]. Durante todo este tiempo [illegible] una de las [illegible] de la Marca Media [illegible]

III

TOLEDO TAIFA Y SU IMPORTANTE PÉRDIDA

Toledo conservaba su aureola de haber sido *urbs regia* visigoda, como los árabes perpetuaron llamándola *madīnat al-mulūk*; tuvo gran importancia estratégica como capital de la Marca Media, pudiendo mantener frente a Córdoba una dependencia relativa hasta el siglo del Califato. Otra vez independiente, al producirse las guerras civiles de comienzos del XI, allí se adueñaron del poder algunos personajes de la ciudad, entre ellos el cadí Abū Bakr Yaʿīš b. Muḥammad y algunos otros, entre los cuales citan las fuentes también a un Ibn Masarra, a ʿAbd al-Raḥmān y a ʿAbd al-Malik b. Matiyo [1]. Posiblemente descontentos los toledanos con los desacuerdos entre ellos y, en especial, del mal gobierno de este último, decidieron ofrecer la rección de la taifa al señor de Santaver, ʿAbd al-Raḥmān b. Ḏī l-Nūn, que les envió para hacerse cargo del poder a su hijo Ismāʿīl. Bajo la soberanía de los Ḏū l-Nūn alcanzó Toledo gran esplendor, especialmente en los tiempos de al-Ma'mūn.

Los Banū Ḏī l-Nūn eran una familia beréber de la tribu Hawwāra, llegados a la Península en tiempos de la conquista islámica. Se establecieron en *Šantabariyya* o Santaver y en el proceso de arabización de los siglos VIII al X cambiaron su etnia beréber de Zennún, arabizándola en Ḏū l-Nūn. Durante todo ese tiempo fueron uno de los linajes más destacados de la Marca Media, citados por las fuentes por sus alza-

[1] Resulta especialmente acertado el capítulo del estudioso egipcio M. ʿA. A. ʿInān sobre Toledo, en su «Historia sobre las taifas», *Duwal al-Ṭawāʾif*, El Cairo, 2.ª ed., 1960, pp. 94-118; C. Delgado, *Toledo islámico: ciudad, arte e historia*, Toledo, 1987.

mientos frente al poder central y por sus alternativas sumisiones. Volvieron a su autonomía durante el primer decenio del siglo XI: entonces, posiblemente, ᶜAbd al-Raḥmān b. Ḏī l-Nūn logró que el Califa Sulaymān al-Mustaᶜīn (1009-10 y 1013-16) le otorgase nombramiento como señor de Santaver, con Huete, Uclés y Cuenca; llevó el título de *Nāṣir al-Dawla.* Sabemos que este ᶜAbd al-Raḥmān confió en 1018 a su hijo Ismāᶜīl el gobierno de Uclés y que luego lo envió a Toledo, cuando los toledanos le entregaron su mando [2].

Este es el esquema del poder político en la taifa toledana:

I. Gobierno local: varios personajes toledanos, como el cadí Ibn Yaᶜīš y los Banū Matiyo (1010 ap. a 1018-1035 ?).
II. Dinastía de los Banū Ḏī l-Nūn:
  1. Ismāᶜīl al-Ẓāfir (en Uclés, desde 1018; luego en Toledo, hasta 1043-44).
  2. Yaḥyà b. Ismāᶜīl al-Ma'mūn (1043-44 a 1075).
  3. Yahyà b. Ismāᶜīl b. Yaḥyà al-Qādir (1075-1085).

Alfonso VI tomó Toledo en 1085.

Los grandes tiempos de al-Ma'mūn

Ismāᶜīl al-Ẓāfir puso las bases de una gran taifa toledana bajo los Ḏū l-Nūn; taifa bastante extensa, destacó en la política, cultura y economía de aquel siglo. Confió los asuntos de gobierno, significativamente, a un personaje local, que llegó a adquirir tanta relevancia que suele dársele el apelativo de «jeque de la ciudad» *(šayj al-balda)*, Abū Bakr ibn al-Ḥadīdī, «hombre de ciencia y de ingenio, de modo que Ismāᶜīl no decidía nada sin contar con él; luego, dado el lugar que ocupaba, algunos toledanos le tomaron envidia» [3].

Ismāᶜīl murió en 435/1043-44 y le sucedió su hijo Yaḥyà, que ya se tituló con bastante altura *al-Ma'mūn*, que fue extraordinariamente alabado por las fuentes, pues, entre otras cosas, supo dar brillo a su corte, rodeándose de sabios y de hombres de letras, que acudían a él

[2] *Ḏajīra*, IV-1, pp. 110-111.
[3] *Mugrib*, II, pp. 15-16.

de todas partes, atraídos por su renombre de generosidad [4]. También se preocupó al-Ma'mūn de edificar y reconstruir Toledo: a él se le adjudica el *maŷlis al-mukarram* («salón noble») o *bustān al-na'ūra* («jardín de la noria»), en que se acondicionó al-Ma'mūn una almunia magnífica, huerta de recreo en que los mármoles rivalizaban con las fuentes y los juegos de agua [5].

En este afán de corte fastuosa celebró al-Ma'mūn con todo lujo la fiesta de circuncisión de su nieto Yaḥyà, que luego será su sucesor en Toledo; la fama de esta celebración se extendió a todas partes, y muchos poetas acudieron allí a leer sus versos, aunque al-Ma'mūn sólo escuchó a Ibn Šaraf, Ibn Jalīfa al-Miṣrī y a Ibn Zakī de Lisboa. La expresión «iᶜḏār ḏī-l-nūnī» («circuncisión ḏū-l-nūnī») se usó desde entonces para hacer referencia a un festejo magnífico.

En su política exterior hubo de hacer frente al-Ma'mūn a graves problemas: por una parte a los ataques de Fernando I (1035-1065), que, después de 1057, empezó a atacar la parte septentrional de la taifa toledana, hasta que al-Ma'mūn compró su paz con parias. Se enfrentó también al-Ma'mūn con otros régulos de taifas y al comienzo de su reinado hubo de pelear contra Sulaymān al-Mustaᶜīn, señor de Zaragoza (1039-1046), cuya muerte vino a paralizar una contienda que había dejado exhaustas a ambas taifas y había propiciado la intervención de los reinos cristianos, puestos de uno u otro lado, y obteniendo beneficios de ambos.

Terminada la guerra con Zaragoza, pretendió al-Ma'mūn expansionar sus dominios hacia el oeste, a costa de los Afṭasíes de Badajoz, que se le resistieron tenazmente; luego dedicó sus afanes a apoderarse de la antigua metrópolis de al-Andalus, Córdoba, también apetecida por el rey de Sevilla, con idénticos fines de aureolarse con el prestigio de poseer la antigua capital. Las relaciones con Sevilla tuvieron un buen momento, cuando al-Ma'mūn pactó con al-Muᶜtaḍid, aviniéndose el toledano a reconocer al falso Hišām II, alzado por Sevilla, a cambio de ayuda contra Zaragoza. En 1067 al-Ma'mūn procuró de nuevo la ayuda sevillana para tomar Córdoba, mientras reunía tropas, incluso cris-

[4] E. Terés, «Le développement de la civilisation arabe à Tolède», *Cahiers de Tunisie*, XVIII, 1970, pp. 73-86.

[5] M. J. Rubiera, *La arquitectura en la literatura árabe*, Madrid, 1981, 2.ª ed., 1988, p. 162.

tianas; recuérdese que en 1071-1072 Alfonso VI, huyendo de su hermano Sancho II, se refugió en Toledo.

Ya vimos cómo al-Ma'mūn bajó sobre Córdoba, en 1070, pero fue desplazado por el rey de Sevilla; también vimos cómo, en enero de 1075, Ibn ʿUkāša se alzó en Córdoba y proclamó a al-Ma'mūn, el cual acudió enseguida a tomar posesión de su anhelada presa; allí murió, en junio de aquel mismo año, probablemente envenenado; Ibn ʿUkāša mantuvo hasta 1078 la soberanía toledana sobre Córdoba, en nombre de al-Qādir, nieto y sucesor de al-Ma'mūn.

Decadencia toledana

Al gran al-Ma'mūn le sucedió su nieto Yaḥyà, hijo de Ismāʿīl, muerto antes que al-Ma'mūn. Este Yaḥyà tomó el título de al-Qādir. Padecía una enfermedad crónica; Ibn al-Kardabūs, sobre todo, nos ha dejado un retrato suyo nada halagüeño [6]:

> Tenía al-Qadir muy débil carácter y escasas luces; se había criado en el regazo de mujeres y matronas; había crecido entre eunucos y favoritas. Le gobernaban los esclavos, cualquier eunuco o criado le dominaba, cualquiera llevaba su reino por donde se le antojaba y acaparaba un puesto de visir. Los otros reyes empezaron a ambicionar su tierra.

Primero, el rey de Sevilla le arrebató Córdoba y toda la tierra intermedia, hasta Talavera. Pronto tuvo también conflictos con al-Muqtadir de Zaragoza, que también le tomó tierras. Abū Bakr de Valencia también le retiró su vasallaje. Sancho Ramírez apareció sobre Cuenca. El único consuelo de al-Qādir era Alfonso VI, que le exigía por su ayuda grandes sumas.

Para colmo, al-Qādir se había dejado envolver en las intrigas cortesanas, permitiendo la muerte del que fuera leal visir de su familia, Ibn al-Ḥadīdī, asesinado en Toledo el 25 de agosto de 1075. El relato de Ibn al-Kardabūs, ya mencionado, es totalmente expresivo de una si-

[6] Ibn al-Kardabūs, *Ta'rīj*, pp. 73-79.

tuación apuradísima, entre las presiones económicas de Alfonso VI y el disgusto de los toledanos, por tantas miserias y desgobierno: «todos estaban con él disgustados y decidieron que no estaban ya obligados a obedecerle, con lo que enviaron en secreto a llamar a al-Mutawakkil de Badajoz. Enterado de esto al-Qādir, huyó de noche con sus intendentes y sus riquezas, marchando a Huete, pero el gobernador de esta plaza se negó a acogerle. El rey de Badajoz entró en Toledo. Al-Qādir quedó, pues, sin nadie que le ayudara y sin otro refugio que Alfonso, y le escribió, pidiéndole socorro; acudió enseguida y, reunido con él al-Qādir, acordaron cercar Toledo hasta que el rey de Badajoz de allí saliese y se reinstalase en ella al-Qādir»; esta ayuda le costó al toledano entrega de riquezas y de los castillos de Zorita y de Cantuarias, por adelantado, y, cuando triunfaron y desalojaron a al-Mutawakkil, le costó además la entrega de Canales, castillo hoy ruinoso a una treintena de kilómetros al norte de Toledo. Con esto preparaba Alfonso VI su próximo y definitivo acoso, hasta conseguir la gran capital, en 1085.

Pero pronto esa ocupación de Toledo por la taifa de Badajoz, que duró desde junio de 1080 a abril de 1081, ensangrentó la Marca Media, sumando a las disensiones internas un conflicto de intereses exteriores, cuya intensidad ha reflejado muy bien Ibn Bassām [7]. Al-Mutawakkil se tornó a su tierra ante la venida de Alfonso VI, que repuso en Toledo a al-Qādir, el cual aguantó aún en su taifa cuatro años, soportado por sus disgustados súbditos y hostigado por Sevilla y Zaragoza, que le cogían tierras. Llamó entonces desesperado a Alfonso VI, ofreciendo darle Toledo si el rey cristiano le ayudaba a lograr a cambio Valencia. Y así ocurrió.

Alfonso VI conquista Toledo

Alfonso VI vino definitivamente sobre Toledo en 1083, para instalarse en otoño del año 1084 en el famoso palacio de al-Ma'mūn, situado fuera del recinto amurallado. Al-Qādir seguía en su alcázar, mientras los habitantes de la ciudad resistían por su propia cuenta. El invierno de 1085, que fue muy duro, puso en situación difícil tanto a

[7] Véase antes nota 6, en pág. 50; *Dajīra*, ed. Beirut, VI, 776 y VII, p. 163.

sitiadores como a sitiados, pero los primeros salieron mejor parados y lograron la rendición de Toledo el 6 de mayo de 1085, por medio de un compromiso pactado en que Alfonso VI se comprometía a respetar vidas y haciendas, cobrarles sólo los mismos impuestos que cobraban los reyes musulmanes y respetarles su culto, además de conservarles la Mezquita Aljama, condición esta última que pronto fue incumplida [8].

Al-Qādir, perdida Toledo, debió retirarse a algún castillo próximo, seguramente a Cuenca, gobernada por su fiel Ibn al-Faraŷ. El 6 de junio murió el rey de Valencia, Abū Bakr, y poco después envió al-Qādir al gobernador de Cuenca para tantear la voluntad de los valencianos, decidido a entrar allí incluso por la fuerza, ayudado por tropas de Alfonso VI. Desde principio de 1086 hasta su muerte en 1092, al-Qādir consiguió realizar su sueño de ser régulo de la taifa valenciana, como allí veremos.

La pérdida de Toledo tuvo inmensas consecuencias para el futuro de al-Andalus; por de pronto determinó la llamada de los Almorávides a la Península, por el tremendo impacto que sintieron las demás taifas, amenazadas por las acometidas cristianas. Y los Almorávides acabaron, precisamente, con las demás taifas. Descompensada en su centro, la balanza peninsular se inclinará ya decididamente a favor de los reinos cristianos, como avisaba en sus versos un asceta toledano, al-ᶜAṣṣāl, a sus correligionarios, tras la caída de Toledo [9].

> ¡Andaluces, aguijad vuestras monturas!,
> quedarse aquí sería loco error.
> Los trajes se deshilachan por los bordes,
> pero el de la Península comienza por el centro.
> Rodeados estamos de tenaz enemigo,
> ¿con víboras en el mismo cesto podríamos vivir?

[8] K. Vlaminckx, «La reddition de Tolède (1085 A.D.) selon Ibn Bassām aš-Šantarīnī», *Orientalia Lovanensia Periodica*, XVI, 1985, pp. 186-196; *Tolède* XIIe-XIIIe. *Musulmans, chrétiens et juifs: le savoir et la tolérance*, dir. L. Cardaillac, París, 1991; Reilly, *King Alfonso VI*.

[9] E. García Gómez, *El libro de las banderas de los campeones de Ibn Saᶜīd al-Magribī*, Madrid, 1942 y 2.ª ed., Barcelona, 1978, p. 196.

IV

ZARAGOZA CON TUŶĪBÍES Y CON HŪDÍES

La Marca Superior, con su capital en Zaragoza, había permanecido desde los tiempos de la conquista musulmana con intermitentes independencias respecto al poder cordobés, protagonizado su localismo por diversos linajes, uno de los cuales comenzó a ganar terreno desde finales del siglo IX: los Tuŷībíes, instalados en el valle del Ebro desde los tiempos de la conquista. La autonomía de estos Tuŷībíes, en el siglo XI, no supuso ruptura respecto al gobierno local anterior, aunque la interferencia de las disposiciones de Almanzor, aquí como en todo, se notó porque los régulos de la taifa zaragoza procedían de una rama lateral de los Tuŷībíes, que desplazaron a la central. Los Tuŷībíes tenían origen árabe, siendo su antepasado ʿAmīra b. al-Muhāŷir el primero de ellos que entró a al-Andalus, acompañando al general Mūsà b. Nuṣayr.

A pesar de todos sus antecedentes en el poder del valle del Ebro, los Tuŷībíes no cuajaron al frente de la taifa zaragozana, siendo sustituidos, en 1039, por otra familia árabe, los Banū Hūd, encabezados por Sulaymān b. Hūd y sucedido por sus descendientes directos, que perdieron Zaragoza ante los Almorávides, en 1110, y permanecieron en Rueda de Jalón amparados por los soberanos de Aragón y luego de Castilla hasta mediados del siglo XII.

El esquema político de la taifa de Zaragoza, extendida por Tudela, Calatayud, Huesca y algún tiempo por Lérida, Tortosa y Denia, es [1]:

[1] M. J. Viguera, *Aragón musulmán*, Zaragoza, 2.ª ed., 1988; C. Laliena y Ph. Sénac, *Musulmans et Chrétiens dans le Haut Moyen Âge*, Montrouge, 1991; *El Cid en el Valle del*

I. Régulos Tuŷībíes:
   1. Mundir al-Manṣūr (ap. 1013 – 1021-22).
   2. Yaḥyà b. Mundir al-Muẓaffar (1021-22 a 1036).
   3. Mundir b. Yaḥyà Muʿizz al-Dawla (1036 – 1038-39).
   4. ʿAbd Allāh b. Ḥakam (ap. un mes, en 1038-39).

II. Los Banū Hūd:
   1. Sulaymān al-Mustaʿīn (1038-39 a 1046).
   2. Aḥmad b. Sulaymān al-Muqtadir (1046 – 1081 ó 1082-83).
   3. Yūsuf b. Aḥmad al-Mu'tamin (1081-82-83 a 1085).
   4. Aḥmad b. Yūsuf al-Mustaʿīn (1085-1110).
   5. ʿAbd al-Malik b. Aḥmad ʿImād al-Dawla (1110, en Zaragoza; hasta 1130 en Rueda de Jalón).
   6. Aḥmad b. ʿAbd al-Malik al-Mustanṣir (1130-1146, en Rueda de Jalón y en Castilla), «Zafadola».

En esta taifa se produjeron las siguientes escisiones:

– Calatayud, con Muḥammad, hijo de Sulaymān b. Hūd (1046-47 a 1066-67).
– Tudela, con Mundir, hijo de Sulaymān también (1047-48 a 1048-49).
– Huesca, con Lubb, otro hijo de Sulaymān (1047-48).
– Lérida, más Tortosa y Denia, con:
   1. Yūsuf b. Sulaymān al-Muẓaffar (1047-48 a 1078 ó 1081).
   2. Mundir b. Yūsuf (1082-83 a 1090).
   3. Sulaymān b. Mundir (1090 hasta la conquista almorávide, a comienzos del siglo XII).

La dinastía tuŷībí

El fundador de esta primera dinastía de la taifa de Zaragoza, Mundir b. Yaḥyà, sobresalió en las luchas civiles de comienzos del siglo XI. Procedente de una rama lateral de aquella importante familia que venía señoreando la Frontera Superior, había ascendido de categoría en los ejércitos de Almanzor. Hacia 1005 le hallamos gobernan-

Jalón. Simposio, Calatayud, 1991; M. Soler, «Emisiones en la Marca Superior de al-Andalus», *II Jarique,* pp. 27-50.

do Tudela, desde donde bajó a Córdoba, en apoyo del Califa al-Mahdī, hacia junio 1010, para cambiarse enseguida al partido de Sulaymān al-Mustaʿīn, que le premió otorgándole o confirmándole el gobierno de Zaragoza antes de morir en 1016. Intervino Munḏir también, coaligado con Jayrān de Almería, en la proclamación del Califa al-Murtaḍà, desentendiéndose del resto a continuación, desde 1018, para concentrarse en su taifa, que aún rigió unos tres años más, hasta su muerte.

Los dominios de Munḏir limitaban con las taifas de Toledo, Albarracín, Valencia y Tortosa, y con todas ellas hubo de tener relaciones, poco atestiguadas, aunque sabemos que quiso intervenir en Tortosa. En Lérida y Tudela dominaba otro destacado cabecilla de las luchas civiles, Sulaymān b. Hūd, con el cual tuvo también que habérselas Munḏir y sus descendientes hasta que pronto Sulaymān les suplante en Zaragoza.

Munḏir, como casi todos los fundadores de taifas, se tituló «chambelán» (*ḥāŷib*), además de llevar dos títulos honoríficos, el de *Ḏū l-ri'āsatayn* («El de doble jefatura») y el de *al-Manṣūr* («El Victorioso»). En su corte de Zaragoza acogió a personajes huidos de Córdoba, entre ellos al poeta Ibn Darrāŷ, que le dedicó grandes loas, comparando las construcciones del régulo zaragozano con míticos palacios suarábigos. En sus días se amplió la mezquita aljama de Zaragoza. Dicen las crónicas que los otros gobernadores de la Marca le acataron; sin embargo, tuvo que invadir Huesca y desplazar de allí a su pariente tuŷībí Ṣumādiḥ, que se refugió en Valencia y cuyo hijo Maʿn se alzará más tarde con la taifa de Almería.

Munḏir [2] procuró mantener buenas relaciones con castellanos y catalanes, y así acogió con fiestas en su capital al cortejo castellano y catalán que realizaban las bodas entre Berenguer Ramón y Sancha, hija de Sancho García. Su gran oponente fue Sancho el Mayor de Navarra, contra el cual Munḏir hubo de arbitrar medios bélicos y diplomáticos, sin poder impedir que el soberano pamplonés se apoderara de Buil y luego de toda la ribera del Cinca hasta Perarrúa, tomando posiciones sobre el llano de Huesca.

Cuando murió Munḏir, en 1021-22 le sucedió su hijo Yaḥyà al-Muẓaffar, que nominalmente reconoció a distintos Califas de Córdoba

[2] *Bayān*, III, pp. 175-177.

y también simbólicamente al Califa ᶜabbāsí. Se alió por matrimonio con la taifa toledana, casando con una hermana del régulo Ismāᶜīl. Siguieron las hostilidades entre Zaragoza y Pamplona. Debió morir Yaḥyà en 1036, aunque en las monedas empezó a figurar el nombre de su hijo Munḏir desde 1029, cuando posiblemente fuera designado heredero.

Munḏir, el segundo tûŷībí de este nombre, debía contar unos diecisiete años cuando sucedió a su padre y ello quizá explica que pudiera mantenerse sólo dos años al frente de su taifa, siendo asesinado según noticias de al-ᶜUḏrī. Se alzó contra él un primo suyo, ᶜAbd Allāh b. Ḥakam, de la rama central tuŷībí, y pretextando que Munḏir no reconocía a Hiṣām III, el último Califa Omeya de Córdoba, ya depuesto y refugiado en Lérida junto a Sulaymān b. Hūd, le dio muerte. Tampoco ᶜAbd Allāh conservó mucho su poder, sólo veintiocho días, al cabo de los cuales huyó dejando Zaragoza a merced del señor de Lérida Sulaymān b. Hūd.

La dinastía de los Banū Hūd

Esta familia, que vemos acceder al señorío de la taifa zaragozana en 1038 ó 1039, procedía de un árabe que entró a la Península Ibérica cuando la conquista del siglo VIII. Ya hemos señalado cómo Sulaymān b. Hūd destacó en las luchas civiles del período y cómo desplazó a los Tuŷībíes de Zaragoza en 1038-39, tomando el título de *al-Mustaᶜīn*. Situó estratégicamente a sus hijos en los principales enclaves: a Yūsuf en Lérida, a Lubb en Huesca, a Munḏir en Tudela y a Muḥammad en Calatayud, mientras su primogénito Aḥmad permanecía como heredero presunto en Zaragoza. Destacó Sulaymān en el «partido andalusí» de las taifas y tuvo conflictos de límites con Toledo, peleando por Guadalajara; ambas taifas recurrieron a ayudas cristianas, pagando costosas parias. Murió Sulaymān en 1046, siendo sucedido en Zaragoza por su hijo Aḥmad, a quien en principio se negaron a reconocer sus hermanos, instalados en los principales enclaves del valle del Ebro [3].

Aḥmad fue en realidad el principal régulo de su dinastía. Comenzó por reducir a la obediencia a sus hermanos, aunque apenas doblegó

[3] *Aᶜmāl*, pp. 150-151.

al de Lérida. Estas luchas fratricidas costaron mucho dinero y esfuerzo, en beneficio de los vecinos cristianos, a quienes uno y otro compraban ayuda. En 1060-61 logró apoderarse de Tortosa. Hubo de hacer frente a los conquistadores de Sancho el de Peñalén y de Ramiro I de Aragón, a quien venció en Graus (mayo 1063), y luego de Sancho Ramírez, que procuraba avanzar por los pasos del Esera y del Isábena.

Coincidiendo con los esfuerzos de los reinos cristianos peninsulares, acudieron cruzados transpirenaicos a luchar contra los territorios de la Marca Superior, y lograron apoderarse de Barbastro en 1064. Los musulmanes andalusíes se solidarizaron con la recuperación de tan importante enclave, logrando expulsar a los cruzados de allí a mediados de abril de 1065. El régulo zaragozano llevó desde entonces el título de *al-Muqtadir*, dejando el más modesto de *ʿImād al-Dawla*. Algunos intentos de convertir el régulo zaragozano o de polemizar entre las dos religiones debieron acompañar esas intervenciones armadas de los cruzados, pues se conserva una correspondencia entre un «monje de Francia» y el gran teólogo al-Bāŷī, que hablaba en nombre del señor zaragozano.

El rey aragonés procuraba avanzar por la línea de Barbastro, tomando Alquézar en 1065. Al-Muqtadir tuvo la habilidad de aliarse con el navarro Sancho de la Peñalén en contra del aragonés, según tratado que se conserva. En 1076 al-Muqtadir ocupó Denia. A partir de 1081, el Cid prestó su ayuda militar a la taifa de Zaragoza [4].

Empieza el declive, tras al-Muqtadir

Durante sus treinta y seis años de rección, al-Muqtadir, como indicamos, realizó importantes actos de hegemonía sobre otras taifas y de contención de las conquistas cristianas. Fue gran mecenas y dio brillo a su corte, con la Aljafería. Desde 1081, en que enfermó gravemente, dos hijos suyos tomaron las riendas del poder: Yūsuf en Zaragoza y Munḏir en los territorios orientales, teniendo entre ambos querellas debilitadoras, con intervenciones cristianas, asomando ya en el horizonte el peligroso Alfonso VI, que animó las intrigas interiores tam-

[4] M. de Epalza y S. Guellouz, *Le Cid, personnage historique et littéraire*, París, 1983.

bién del visir Ibn al-Royólo. Con todo esto, Sancho Ramírez logró importantes avances territoriales.

Poco pudo contener la alianza entre Yūsuf al-Mu'tamin de Zaragoza y el régulo de Valencia, pronto desplazado por al-Qādir de Toledo. Aḥmad al-Mustaʿīn accedió al poder a la muerte de su padre y duró su rección veinticinco años, entre 1085 y 1110, en los cuales se esforzó, sin resultados positivos, por mantener la política zaragozana frente a Valencia, Aragón y Castilla, a pesar incluso de haber trabado buenas relaciones con los Almorávides.

Tras lograr Valencia los Almorávides, en 1102, comenzaron su acometida de las taifas más septentrionales cada vez más presionadas por los avances cristianos. Entre unos y otros oscilaban las tendencias de entrega de los andalusíes del valle del Ebro. Al-Mustaʿīn murió luchando contra tropas pamplonesas, en enero de 1110, y le sucedió su hijo ʿImād al-Dawla, el cual, para contrarrestrar la presencia y afán conquistador de los Almorávides, recurrió a protección de los cristianos, a cambio de fuertes parias. Sus súbditos se inclinaron por los Almorávides y les abrieron las puertas de Zaragoza, el 31 de mayo de 1110. Los Banū Hūd, ayudados al principio por los soberanos de Aragón y de Castilla después, resistieron casi medio siglo más, primero en Rueda de Jalón, luego en Castilla, para reaparecer finalmente recabando algún poder en las segundas y en las terceras taifas, como veremos.

V

LA TAIFA DE ALBARRACÍN

Se extendió por un territorio no demasiado amplio de la Marca Media, perteneciente sobre todo a la actual provincia de Teruel, y denominado en árabe *al-Sahla*, «la llanura», o *Sahlat Banī Razīn*, «llanura de los Banū Razīn», que se extendería desde Castielfabid hasta Calamocha y desde la sierra por donde discurre el curso alto del Guadalaviar hasta los del Cabriel y Tajo [1]. Es posible que el topónimo *Sahla* haya quedado en el nombre del lugar de Cella, mientras que la capital se llamaba *Šanta Mariya al-Šarq*, «Santa María de Oriente», para diferenciarse de la «Santa María de Occidente», o del Algarve, conservando ambas durante el período andalusí, el nombre anterior de «Santa María», como tantos otros topónimos hagiográficos. Este también se denominaba *Šanta Mariya Banī Razīn*, pues se encontraba en el territorio que señoreaba esta familia beréber de los Razīn, pertenecientes a la gran confederación de los Hawwāra, tronco de la gran cabila de los Barānis.

El antepasado de esta familia, llamado Razīn, había sido uno de los grandes jefes militares que entraron en la Península Ibérica con el ejército de Ṭāriq b. Ziyāb para efectuar las primeras operaciones de conquista. Primero los Razīn estuvieron en Córdoba, pero poco después se trasladaron a la zona fronteriza entre la Marca Superior y la Marca Media. Dieron nombre a su capital, que todavía se llama «Albarracín», donde les vemos destacar entre los arráeces de las fronteras, especialmente en el siglo x.

[1] J. Boch Vilá, *Albarracín musulmán*, Teruel, 1959.

En sus territorios de la Sahla señorearon los Banū Razīn, con las típicas alternativas de obediencia o de insumisión al poder central de al-Andalus, hasta que en los primeros años de las guerras civiles se fueron desligando del todo de los conflictos califales. El jeque de los Banū Razīn era, cuando el golpe de Estado dado contra Hšām II, Abū Muḥammad Hudayl b. Jalaf b. Lubb b. Razīn «el Beréber», que fue quien se independizó en sus dominios, tomando el apelativo de «chambelán» o *ḥāŷib*, con que pretendieron legitimarse muchos de los fundadores de taifas, manifestando que así sólo seguían el procedimiento de poder efectivo tomado por Almanzor, respetando el poder teórico de algún Califa.

Por sus antecedentes, asentados como estaban sus régulos desde antiguo en al-Andalus, esta taifa se clasifica entre las taifas andalusíes. El poder en ella se ejerció, como en tantas otras, por sucesión dinástica de la principal familia local, que eran los Banū Razīn, y al primer régulo, Hudayl, le sucedió un hijo y luego un nieto, a quien destronaron los Almorávides, el 6 de abril de 1104. Unos noventa años, pues, duró la taifa de Albarracín, y a pesar de su reducida extensión y de estar rodeada de otras poderosas taifas, cargadas todas ellas de afanes y logros expansivos, ésta de Albarracín logró mantenerse independiente, tanto por la habilidad política de sus régulos como por la inaccesibilidad de su tierra.

Estos fueron los soberanos de la taifa de Albarracín:

1. Hudayl b. Jalaf b. Razīn (independiente hacia 1013 y que mantuvo su poder hasta su muete, 1044).
2. 'Abd al-Malik b. Hudayl (1044-45 a 1103).
3. Yaḥyà b. 'Abd al-Malik (1103 a 1104).

El primer régulo, Hudayl

Hacia 1013 iría cortando lazos de dependencia respecto a los Califas de Córdoba; parece que este primer régulo de la taifa de Albarracín aún se mantuvo relativamente fiel al Califa Hišām II (cuyo segundo Califato se extendió entre julio 1010 y mayo 1013) y sólo al final apoyó a su oponente, Sulaymān al-Musta'īn, en su segundo Califato (mayo 1013-julio 1016), que fue quien le confirmó en el señorío de sus

dominios. Las fuentes históricas sólo precisan que «al principio de las luchas civiles aspiró a independizar su tierra y a gobernar a los suyos, igual que hacía su vecino Ismāʿīl b. Ḏī l-Nūn, que había cortado con el poder de Córdoba» [2], con indicación de que el fenómeno de constitución de las taifas se fue extendiendo de unos lugares a otros, siguiendo unos los pasos de los demás y procurando declarar muchos la soberanía sobre sus territorios, antes que otros se los arrebataran. En efecto, Albarracín tuvo que salvarse, en principio, de la codicia del régulo de Zaragoza al-Munḏir I, como indica también Ibn al-Jaṭīb, en el pasaje antes citado, donde se resalta asimismo el retiro en que discurrió la historia de esta taifa, apartamiento que sería político, pero desde luego no económico —ya que estaba situada en las rutas que comunicaban este y oeste— y ni siquiera cultural.

Ibn Bassām [3] nos ha conservado el texto de una epístola en que el Califa Sulaymān al-Mustaʿīn reprocha a Huḏayl alguna iniciativa suya que le había disgustado y que quizá fuera una negativa del señor de Albarracín a tomar parte a su favor en las luchas cordobesas; y bien puede ser, pues casi singularmente, estos régulos se mantuvieron aislados en sus dominios. Por otro lado, las fuentes árabes elogian las prendas personales de Huḏayl y la prosperidad que logró para sus tierras, «las más ricas de la Frontera», según Ibn al-Jaṭīb, lo cual ha de atribuirse a la situación estratégica de aquella taifa en el conjunto de las rutas comerciales del momento.

Las fuentes alaban también su cultura, el afán que tuvo en lograr una corte brillante, sobre todo especializada en el cultivo de la música. Las fuentes no dejan de aludir también a su crueldad, con algún ejemplo terrible. Murió Huḏayl en Santa María de Albarracín, el año 436/1044-45, tras sobrepasar los treinta años de reinado, «todos ellos de tranquilidad y de paz», como resaltan las fuentes, y hacen bien en resaltarlo, pues en aquella época tal situación debió ser rara. Llevó los títulos de *ʿIzz al-Dawla* («Fuerza de la Dinastía») y de *Ḏū l-maŷdayn* («el de la doble gloria»).

[2] Ibn al-Jaṭīb, *Aʿmāl*, p. 205.
[3] *Ḏajīra*, I-1, pp. 88-89.

ᶜAbd al-Malik b. Huḏayl

Fue proclamado al morir su padre, el año 436/1044-45, y ejerció tras él la soberanía de la taifa de Albarracín, también durante un largo período de más de medio siglo, lo cual es indicio de estabilidad de su poder. Ya en tiempos de su padre, seguramente nombrado heredero por él, tomó el título honorífico de *Ḥuṣām al-Dawla* («Sable de la dinastía»), que después incrementó con el de *Ŷabr al-Dawla* («Orgullo de la dinastía»). Era según las fuentes del todo diferente a su padre, en cuanto a personalidad, y un cronista anónimo transmite de Ibn Ḥayyān, contemporáneo suyo, una negativa descripción, calificándole de «mal de su época y aprobio de su tiempo, realmente necio y de verdad insignificante... era peligroso, insensato y sanguinario» [4], y a pesar de todo se mantuvo en el poder. Pero los tiempos de ʿAbd al-Malik ya no eran los de su padre, sino los de la segunda mitad del siglo XI, cuando según expresión de Menéndez Pidal «se desgozna una España antigua y toma nuevos ejes y nueva órbita otra España diferente», y, en este cambio, encontramos al señor de Albarracín que ha de adular, en 1085, a Alfonso VI ¡y felicitarle por haber conquistado Toledo!, cuando todos los régulos de taifas le enviaron, temerosos, magníficos regalos y ʿAbd al-Malik también riquísimos presentes, para recibir del monarca castellano, como correspondencia, un mono, del cual «el necio» ᶜAbd al-Malik presumía. Desde entonces tributó a Castilla.

Enseguida, en 1089, tuvo que entregar parias al Cid, aunque mientras éste sitiaba Valencia rehusó pagarle lo acordado; antes de agosto 1093 intentó conciliarse con el rey de Aragón, que avisó al Cid.

Entre el Cid y los Almorávides: final

El rey de Aragón avisó al Cid de las pretensiones del régulo de Albarracín, y los ejércitos del castellano invadieron la taifa, y de nuevo se le sometió ᶜAbd al-Malik: ¿hasta qué punto? ¿en qué sentido ha de entenderse la referencia de la *Crónica navarro-aragonesa*: «Et mio Zit ta-

[4] *Ḏayl Bayān*, III, p. 309.

lando Valenzia con ayuda del rey de Aragón e del senyor de Albarracín ovola de prender».

Después de que el Cid ganara Valencia, en 1094, encontramos al señor de Albarracín aliado de los Almorávides, que avanzaban por Levante para socorrer aquella ciudad, y junto a ellos se encuentra ʿAbd al-Malik, participando en la batalla del Cuarte y, como todos los demás, abandonando el sitio en vergonzosa huida.

ʿAbd al-Malik murió el 9 šaʿbān 496/18 mayo 1103, tras oscilar en su política entre el recurso al Cid o a los Almorávides. Le sucedió su hijo Yaḥyà, antes ya declarado heredero. Su reinado no llegó a un año, pues le destronaron los Almorávides, el 8 raŷab 497/6 abril 1104, y con él acabó la dinastía de los Banū Razīn y su taifa, sustituidos y ocupada por el imperio magrebí que seguía incorporando los territorios de al-Andalus.

lando Valencia con ayuda del rey de Aragón y del señor de Albarracín [illegible]

ALPUENTE Y LA DINASTÍA DE LOS BANU QASIM

[illegible]

Alpuente, a dos jornadas al sur del [illegible] de Albarracín, [illegible] bien poblado y con cierta actividad comercial, situado en las rutas de Zaragoza y Toledo y el Levante, compartiendo fronteras [illegible] con la de Albarracín [illegible] territorio, [illegible] política, [illegible] posición en las rutas comerciales entre el centro y el este peninsulares, y [illegible] también con el [illegible] de las bellas letras y recibiendo el elogio, aunque estereotipado, del gran poeta Ibn Jafaya en su *Epístola [illegible] de alcázares*.

De gobernadores de la región, seguramente desde los primeros tiempos de la conquista islámica, pasaron los Banu Qasim a independizarse allí al principio de la guerra civil que acabó con el califato, y aunque [illegible] de Córdoba, este linaje [illegible] en su [illegible] pero segura fuerza, pudo dar asilo a algunos príncipes Omeyas como Abd al-Rahman [illegible] y su [illegible] Hisam III [illegible] al Califato respectivamente con los títulos de al-Mirtada y de al-Mu'tadd, este último, designado Califa de Córdoba en junio 1027, se demoró algunos meses todavía en su pequeño refugio, antes de llegar a su nueva capital en 1029 y cerrar la lista de Califas en 1031.

Pocas referencias traen las fuentes sobre la taifa de Alpuente, incluso algunas contradicciones: por un lado, los Banu Qasim pretendían tener origen árabe y ser [illegible] demuestra no sólo la [illegible] de la [illegible] sino el [illegible]

VI

ALPUENTE Y LA DINASTÍA DE LOS BANŪ QĀSIM

Alpuente, a dos jornadas al sur del reino taifa de Albarracín, fue un encalve bien poblado y con cierta actividad comercial, situado entre las taifas de Zaragoza y Toledo y el Levante, compartiendo bastantes características con la de Albarracín: pequeño territorio, aislamiento político, estratégica posición en las rutas comerciales entre el centro y el este peninsulares, y adornándose también con el cultivo de las bellas letras y recibiendo elogios, aunque estereotipados, del gran polígrafo Ibn Ḥazm en su *Epístola elogiosa de al-Andalus* [1].

De gobernadores de la región, seguramente desde los primeros tiempos de la conquista islámica, pasaron los Banū Qāsim a independizarse allí, al principio de la guerra civil que acabó con el califato, y aunque ya desligados de la suerte de Córdoba, este linaje fronterizo, en su alejada pero segura tierra, pudo dar asilo a algunos príncipes Omeyas como ʿAbd al-Raḥmān y su hermano Hišām III, alzados al Califato respectivamente con los títulos de *al-Murtaḍà* y de *al-Muʿtadd*; este último, designado Califa de Córdoba en junio 1027, se demoró algunos meses todavía en su periférico refugio, antes de llegar a su nueva capital en 1029 y cerrar la lista de Califas en 1031.

Pocas referencias traen las fuentes sobre la taifa de Alpuente; incluso algunas contradicciones: por un lado, los Banū Qāsim pretendían tener origen árabe y ser fihríes de ascendencia yemení, lo cual demuestra no sólo la preeminencia de lo árabe, sino el grado de ara-

[1] Ibn al-Abbār, *al-Ḥulla al-siyarāʾ*, El Cairo, 1963, II, pp, 83-87; *El siglo XI en 1.ª persona*, p. 167.

bización que los «andalusíes» del siglo XI habían alcanzado, y entre ellos también los que procedían de los beréberes llegados en el siglo VIII, en las oleadas conquistadoras, como les ocurrió seguramente a estos Banū Qāsim y como revela Ibn Ḥazm en su *Tratado de linajes*, donde señala que estos régulos de Alpuente eran beréberes kutāmíes, aunque se hubieran adherido como maulas a los árabes Fihríes [2].

En medio de las transformaciones territoriales de tantas otras taifas, mientras las más reducidas desaparecían conquistadas por las más grandes, la taifa de Alpuente se mantuvo incólume, viniendo a verse afectada sólo al final por las presiones del Cid Campeador, a quien empezaron a pagar tributo desde 1089. Poco después, y con la característica oscilación de los régulos de taifas, entraban en tratos con los Almorávides, en poderosa pero todavía no lograda ofensiva por el Levante, hacia 1092. Luego Alpuente quedó aislada de éstos, por la ocupación cidiana de Valencia, y sólo cuando la remontaron los Almorávides, desde los primeros años del siglo siguiente, pudieron éstos continuar su conquista de las taifas, llegándole seguramente el turno a Alpuente algo antes que a Albarracín, ocupada por el imperio magrebí en abril de 1104. Dice sin embargo el *Bayān* que el poder de los Banū Qāsim duró en Alpuente hasta el año 500/1106-1107.

Estos fueron los soberanos de la taifa de Alpuente:

1. ʿAbd Allāh b. Qāsim, Niẓām al-Dawla (ap. 1009 a 1030).
2. Muhammad b.ʿAbd Allāh Yumn al-Dawla (1030-1042).
3. Aḥmad b. Muḥammad, ʿIzz/ʿAḍud al-Dawla (1042-1043).
4. Muḥammad b. Aḥmad (1043).
5. ʿAbd Allāh b. Muḥammad, Niẓām / Ŷanāḥ al-Dawla (1043-1106 ap.).

Noticias sobre sus soberanos

ʿAbd Allāh b. Qāsim fue quien se alzó con el poder autónomo, reaccionando contra el vacío del poder central, instalando desde el comienzo de las guerras civiles, dicen las fuentes sin más precisión, su

[2] Ibn Ḥazm, *Ŷamhara*, El Cairo, 1948, p. 501; *Aʿmāl*, p. 208; *Bayān*, III, p. 215; V. Herrero, *La villa de Alpuente*, Segorbe, 1978.

dominio en aquella zona que venía señoreando su familia y que así se mantuvo también durante todo el siglo XI, como dinastía taifa, sucediendo a ᶜAbd Allāh un hijo, dos nietos y brevemente un bisnieto, adoptando títulos no demasiados rimbombantes, como son los compuestos por la referencia «Dawla», que se limitan a ensalzar la propia dinastía y no tienen rango de sobrenombres califales.

Ya hemos visto en el cuadro anterior la cronología y nombre de los cinco régulos de Alpuente, pasando el poder tranquilamente de unos a otros, cuando fallecía el antecesor, línea sólo alterada en raŷab 434/febrero-marzo 1043, cuando al morir Aḥmad dejó tras sí a su hijo Muḥammad, con sólo unos siete años de edad, el cual, aunque protegido por su abuelo materno, llamado Qāsim, y del que Ibn al-Jaṭīb señala cómo era «el jeque de esta dinastía... que durante unos meses administró en nombre de su nieto el poder, conservándole al hijo de su hija el privilegio que se le había otorgado, en tanto alcanzaba la mayoría de edad» [3], en interesante referencia a los entresijos de las estructuras familiares, lo cual no pudo impedir que un tío paterno del menor elegido, ᶜAbd Allāh b. Muḥammad, titulado *Niẓām* o *Ŷanāḥ al-Dawla*, tomara el poder para sí mismo, encarcelando al abuelo Qāsim y casándose con la viuda de su hermano, y así consolidando su autoridad, que duró muchos años, hasta la conquista de los Almorávides, a comienzos del siglo siguiente.

[3] *Aᶜmāl*, p. 208.

[illegible]

[illegible] Almanzor, el eslavo Labib, que allí [illegible] en 1012, [illegible] de [illegible] del [illegible] que [illegible] la importante [illegible] que [illegible] cantidad de los demás eslavos, más o menos [illegible] desde la primera década del siglo XI, ayudó quizá a la consolidación de Labib en Tortosa, donde, a pesar de no dar del todo la talla de soberano, [illegible] Hisam III [illegible] se mantuvo hasta su muerte. [illegible] su poder a Valencia, es dudoso [illegible] 409 [illegible] en abril o mayo 1018 o de 1019, y de haber llegado a reconocer por Califa al falso Hisam II, en 1035-36.

Tras él, rigió la taifa tortosina otro liberto de Almanzor y también eslavo, llamado Muqatil y titulado Sayf al-milla (Sable de la fe), desde fecha desconocida pero quizá algo anterior a 431/1039-40, en que comenzó a acuñar monedas a su nombre. Un nuevo régulo, Ya'la [illegible]

[illegible]

VII

LA TAIFA DE TORTOSA

En Tortosa, como en el resto del Levante, debieron alzarse muy pronto los eslavos, reaccionando sobre todo contra el Califa al-Mahdī, el cual había dado un golpe de Estado contra los ʿāmiríes y contra Hišam II, en 1009, iniciando poco después su política antieslava, por ser los eslavos partidarios del antiguo régimen. Precisamente, según las fuentes, en esos momentos tenía poder en Tortosa una antiguo liberto de Almanzor, el eslavo Labīb, que allí constituyó su taifa, defendiéndola de inmediato de ataques del régulo de Zaragoza, Munḏir I, que procuraría la importante salida al mar que Tortosa representaba. La solidaridad de los demás eslavos, más o menos consolidados en sus taifas levantinas desde la primera decena del siglo XI, ayudó mucho a la consolidación de Labīb en Tortosa, donde, a pesar de no dar del todo la talla de soberano, «por sus escasos desvelos», según el *Bayān* III [1], se mantuvo hasta su muerte, tras haber logrado extender temporalmente su poder a Valencia, en ḏū l-ḥiŷŷa 408 ó 409, es decir, en abril o mayo 1018 o de 1019, y de haber llegado a reconocer por Califa al falso Hišām II, en 1035-36.

Tras él, rigió la taifa tortosina otro liberto de Almanzor, también eslavo, llamado Muqātil y titulado *Sayf al-milla* («Sable de la fe»), desde fecha desconocida pero quizá algo anterior a 431/1039-40, en que comienzan a aparecer monedas a su nombre. Un nuevo régulo, Yaʿlà,

[1] *Bayān*, III, p. 250 y n. 302; Ibn Jaldūn, *ʿIbar*, IV, p. 163. La guía de la numismática es bien apreciable para indicar cronologías: Prieto Vives, *Taifas*, p. 37; y varias contribuciones a los Congresos de Numismática andalusí: *Jarique* I, Zaragoza, 1988; II, Lleida, 1988; III, Madrid, Actas en prensa.

también de iguales orígenes, empieza a ser citado en las monedas desde 445/1053-54, y sigue mencionado así hasta 450/1057-58. Poco debió durar su mandato, siendo sucedido por otro eslavo, Nabīl, que ya se mantuvo hasta que el régulo de Zaragoza, al-Muqtadir, ocupó aquella taifa en 1060, parece que de forma pacífica, pues los mismos tortosinos se alzaron contra él y llamaron al régulo zaragozano, con quien compartirían intereses políticos frente al conde de Barcelona e intereses económicos.

Desde 1060, Tortosa continuó sus destinos englobada en la taifa de Zaragoza, aunque parte del tiempo la pasó desligada del tronco zaragozano, por constituir una especie de subtaifa, a partir de 1081, junto con Lérida y luego con Denia, en poder de al-Mundir, hijo segundo de al-Muqtadir y luego de Sulaymān, hijo de Mundir, cuya minoría amparó una familia local influyente, los «Hijos de Betyr», como dice la *Primera Crónica General*, y como mencionaremos a propósito de la taifa de Denia. Entre 1102 y 1110 fue ocupada Tortosa por los Almorávides e inició una nueva andadura.

Cuadro político de esta taifa:

I. Régulos eslavos:
   1. Labīb (ap. 1009 – antes de 1039-40).
   2. Muqātil Sayf al-milla (1039-40 a 1053-54).
   3. Yaʿlà (1053-54 a 1057-58).
   4. Nabīl (1057-58 a 1060).

II. Banū Hūd:
   1. Al-Muqtadir de Zaragoza (1060-1081).
   2. Mundir b. al-Muqtadir (1081-1090).
   3. Sulaymān b. Mundir Sayyid o Saʿd al-Dawla (1090 a conquista almorávide).

VIII

VARIEDAD DEL PODER EN LA TAIFA DE VALENCIA

Al parecer, Valencia venía estando bien integrada en el Califato andalusí, hasta el golpe de Estado del Califa al-Mahdī, en 1009. Los eslavos, situados en el partido anti-Mahdī, bien colocados en la administración levantina, tuvieron que buscarse su futuro constituyendo taifas donde pudieron y, entre otros lugares que ya hemos mencionado, como en Valencia. Es muy posible que primero procedieran en equipo, y así el nombre de varios eslavos eminentes aparece citado en relación con la fundación de la taifa valenciana, como ocurre también en relación con otras taifas eslavas del oriente de al-Andalus, hasta que con nitidez se destacan en la rección de Valencia dos de ellos, Mubārak y Muẓaffar; cuando murieron, «la gente de Valencia» acordó ofrecer el poder a Labīb de Tortosa, del que se disgustaron pronto. Parece que tras el eslavo tortosino intervino allí Muŷāhid de Denia, y por fin, seguramente en marzo-abril 1021, aquella taifa, impregnada del poder eslavo, decidió proclamar a un nieto del que fuera gran patrón de todos ellos, a un nieto de Almanzor, llamado ᶜAbd al-ᶜAzīz.

Con ᶜAbd al-ᶜAzīz conoció aquella taifa una cierta estabilidad dinástica, pues le sucedieron dos hijos y un nieto, hasta 1086, en que se apoderó de Valencia el régulo expulsado de Toledo, un año antes, al-Qādir, el cual, aunque a contrapelo, se mantuvo seis años, siendo asesinado en 1092, surgiendo entonces un miembro de la oligarquía local, el cadí Ibn Ŷaḥḥāf, que sólo dos años más pudo aguantar las presiones del Cid Campeador. Tras un entreacto cristiano, cidiano, los Almorávides entraron en Valencia, en 1102, cuando al-Andalus ya era otra cosa.

Así sucedió, en esquema, el curso político[1]:

I. Régulos eslavos:
   1. Varios y ente ellos, de forma más fija Mubārak y Muẓaffar (1010-11 a 1017-19).
   2. Labīb de Tortosa y Muŷāhid de Denia (1017-19 a 1021).

II. Dinastía ᶜāmirí:
   1. ᶜAbd al-ᶜAzīz b. Sanchuelo b. Almanzor al-Mu'tamin (1021-1061).
   2. ᶜAbd al-Malik b. ᶜAbd al-ᶜAzīz (1061-1065) –al-Ma'mūn de Toledo (1065-1075).
   3. Abū Bakr b. ᶜAbd al-ᶜAzīz (1075-1085).
   4. ᶜUṯmān b. Abī Bakr (1085-1086).

III. Al-Qādir de Toledo (1086-1092).

IV. Ibn Ŷaḥḥāf (1092-1094; y enseguida conquista del Cid).

Los eslavos Mubārak y Muẓaffar

Acabamos de mencionar cómo Valencia fue lugar de refugio y compensación del poder eslavo. Hacia 1010 allí aparecen administrando el regadío valenciano dos de ellos, Mubārak y Muẓaffar, ambos libertos de otro liberto, el zabalzorta de al-Zāhira, la ciudad palatina de Almanzor, vinculados, pues, el partido ᶜāmirí. Al parecer, hacia ese año fueron llamados a rendir cuentas por el gobernador de la ciudad y sortearon las acusaciones de mala administración que allí les esperaban; enseguida les encontramos ejerciendo poder autónomo en Valencia, acogiendo a muchos refugiados de las guerras que asolaban la parcialmente asolada capital de al-Andalus.

Se preocuparon de mejorar su ciudad y de reforzar las murallas valencianas, además de enriquecerse, logrando recaudar altísimos impuestos, «con el mayor rigor de todas las categorías de la población, hasta el punto de que la situación de sus súbditos se degradó. Las gentes emigraron unas tras otras de las regiones que ocupaban, las cuales,

[1] Además de A. Hucici, *Historia musulmana de Valencia y su región*, Valencia, 1970, que clarificó mucho, véase P. Guichard, *Les musulmans de Valence et la Reconquête (xIᵉ-xIIIᵉ siècles)*, Damasco, 1990-1991, espec. I, 53-79.

a fin de cuentas, se arruinaron. Mientras tanto, a ellos y a sus pares todo les sonreía, gracias al impuesto *(ḫarāǧ)* que les procuraba rentas abundantes; gozaban de gran holgura y de una gran estabilidad por el hecho de que no organizaban ninguna expedición contra cualquier enemigo, y porque no les sobrevino ningún golpe de mala suerte que les obligase a gastos imprevistos» [2].

Gobernaron en perfecta armonía, y Mubārak parece haber llevado el peso del gobierno. El rencor que sus súbditos exprimidos acumuló contra su rección, en definitiva «extranjera», se destapó por completo el día que Mubārak «salió a caballo del alcázar de Valencia; acudieron a su paso los habitantes de la ciudad, para pedirle alivio de un tributo que les había impuesto, y a los que respondió: "Dios mío, si no es mi propósito gastarlo en beneficio de todos los musulmanes, no se aplace mi castigo de hoy mismo", y siguió marcha; llegado al puente, que era de madera, una pata de su caballo se escurrió del borde y lo arrastró hacia abajo; le saltó encima otro travesaño que le descalabró, cayó bajo el caballo y falleció; así Dios les libró de él. El pueblo se levantó contra ellos y asaltó el alcázar. Muẓaffar murió pronto» [3].

A pesar de todo, curiosamente, los eslavos mantuvieron el poder en Valencia, primero regidos conjuntamente por Labīb de Tortosa y por Muŷāhid de Denia; luego el segundo quedó como único régulo: «los eslavos le dieron el poder [allí] en ḏū l-ḥiŷŷa 410/mayo 1019, y los rezos se pronunciaron en su nombre desde el almimbar de Valencia, pero más tarde los eslavos se le sublevaron, le destronaron y nombraron soberano a ᶜAbd al-ᶜAzīz» [4].

La dinastía ᶜāmirí en Valencia

De esta forma, en 1021, un nieto de Almanzor fue colocado en el trono de Valencia. La hora eslava había pasado, y llegaba al poder

[2] *Ḏajīra*, I, pp. 13-21: sigo la traducción de A-L. de Prémare y P. Guichard, «Crecimiento urbano y sociedad rural en Valencia a principios de la época de los reinos de taifas (siglo XI después de C.). Traducción y comentario de un texto de Ibn Ḥayyān», rep. en *Estudios sobre Historia medieval*, Valencia, 1987, pp. 153-174.

[3] *A'māl*, pp. 222-225.

[4] *Ḏayl Bayān*, III, p. 301.

en aquella taifa un linaje glorioso, de orígenes árabes y antigua instalación en al-Andalus. ᶜAbd al-ᶜAzīz era hijo de ᶜAbd al-Raḥmān Sanchuelo, y nieto, por tanto, de Almanzor; tenía en abril de 1021, cuando subió al poder, unos catorce o quince años, y hasta entonces había estado refugiado en la taifa de Zaragoza [5].

Empezó reconociendo por Califa a al-Qāsim b. Ḥammūd, que le confirmó en su puesto y le llamó *ḏū l-sābiqatayn* y *al-Mu'tamin*. En su política exterior pasó ᶜAbd al-ᶜAzīz de una buena relación con el régulo de Denia y Baleares, Muŷāhid, a hostilidad; en las luchas ocurridas entre ambos, ᶜAbd al-ᶜAzīz, que por parte materna descendía de Sancho II Abarca, recurrió a los cristianos. Asimismo hubo de hacer frente a guerras contra la taifa de Almería: los habitantes de esta ciudad, tras la muerte del eslavo Zuhayr en 1038, le proclamaron allí, pero pronto su cuñado Maᶜn b. Ṣumādiḥ, a quien designara su gobernador en aquella plaza, se declaró independiente y parece que hubo guerras entre ambos. Fue también ᶜAbd al-ᶜAzīz un régulo constructor, y dejó sólidamente fortificada Valencia, aunque la mayor gloria literaria se la dio la edificación de su famosa almunia.

Murió ᶜAbd al-ᶜAzīz en ḏū l-ḥiŷŷa 45/enero 1061, y le sucedió su hijo ᶜAbd al-Malik, Niẓām al-Dawla. Sólo se mantuvo en el poder cuatro años, pues entonces su suegro al-Ma'mūn de Toledo lo destronó y se lo llevó a Uclés; según Ibn Ḥayyān [6] aquello le ocurrió por ser aficionado al vino y carecer de cualidades elogiables, tener escasa religiosidad y poco carácter, siendo además bastante negligente. El régulo de Toledo dejó en Valencia al secratario Ibn Robas gobernando en su nombre.

Cuando murió al-Ma'mūn en 1075, otro hijo de ᶜAbd al-ᶜAzīz, llamado Abū Bakr, recuperó la taifa para su familia. No tomó ningún título honorífico. Hecho suyo destacado fue la alianza matrimonial que pactó entre una de sus hijas y el hijo del régulo de Zaragoza al-Mu'tamin, en enero de 1085, cuatro meses antes de la muerte de Abū Bakr, que ya probó en su tiempo los enfrentamientos con el Cid.

Le sucedió su hijo ᶜUṯmān, que pudo mantenerse en el poder sólo nueve meses, pues al-Qādir, a quien Alfonso VI había desposeído de

[5] *Aᶜmāl*, 194; *Ḏayl Bayān*, III, p. 302.
[6] *Ḏayl Bayān*, III, p. 303.

Toledo en mayo de 1085, se presentó ante Valencia con tropas cristianas en febrero de 1086 y ᶜUṯmān fue destronado.

AL-QĀDIR DE TOLEDO, LUEGO IBN ŶAḤḤĀF Y FINALMENTE EL CID

Al-Qādir confió el gobierno de Valencia al piadoso alfaquí y visir AbūᶜĪsà Lubbūn b. Lubbūn, que pronto se retiró a Murviedro, luego Sagunto, y se independizó, tras conflictos entre ambos. La situación del régulo extraño empeoró, pues siguiendo su hábito introdujo muchos nuevos impuestos, con tal de poder pagar a los mercenarios cristianos y seguir cultivando la amistad de Alfonso VI con regalos [7].

Entonces los Almorávides cruzaron a la Península y vencieron en Sagrajas/Zallāqa a Alfonso VI, en octubre de 1086. Valencia iba centrando cada vez más el interés de todos por poseerla: de Munḏir de Tortosa, Lérida y Denia, de al-Mustaᶜīn de Zaragoza y del Cid, principalmente, que de facto regía ya la ciudad por medio de un visir que había hecho nombrar, un Ibn al-Faraŷ de Cuenca, pero se ausentó unos meses, por conflictos que no hacen al caso, mientras los Almorávides subían por Murcia, conquistada por ellos en noviembre-diciembre 1091, y hasta Alcira, donde entraron, hacia el verano de 1092.

Esto fortaleció en Valencia al partido anti al-Qādir, concentrando su descontento por la presencia de tropas cristianas y por la situación impositiva, cuya salvación ponía sus esperanzas en la llegada de los Almorávides. Un cadí de Valencia, de rancia familia árabe, Ŷaᶜfar b. ᶜAbd Allāh b. Ŷaḥḥāf, entró en negociaciones con los Almorávides, urgiéndoles a presentarse en Valencia, donde en efecto entró uno de sus destacamentos, al tiempo que estallaba un motín contra al-Qādir, asesinado el 28 de octubre de 1092.

Ibn Ŷaḥḥāf fue proclamado al día siguiente y adoptó pompa real, aunque guardó las formas respecto al emir almorávide. Ante esto, acudió el Cid, iniciando su guerra contra Valencia el 1 de noviembre de 1092, clamando venganza por la muerte de al-Qādir; cercó estrechamente la ciudad, que no pudieron salvar los Almorávides. El Cid entró

[7] *Ḏayl Bayān*, III, p. 305.

en Valencia el 28 ŷumādà I 487/15 junio 1094. Terminó así una taifa, para dar paso al poder político cristiano y a la convivencia entre ambas religiones, que por ahora sólo iba a durar hasta 1102, cuando Valencia fue evacuada por las gentes del Cid y entraron los Almorávides, que seguían completando su imperio andalusí.

IX

LA DINÁMICA TAIFA DE DENIA

Desde los primeros disturbios que estallaron en Córdoba, al comenzar el año 1009, la represión del nuevo Califa al-Mahdī alejó a los eslavos de la capital y, posiblemente, Muŷāhid, eslavo liberto de los hijos de Almanzor, partiría de aquel inseguro lugar para intentar labrarse un porvenir en el levante peninsular. Acaso comenzó por asegurar Tortosa para el poder de los eslavos, y siguió bajando , con alguna escala intermedia, como Valencia, para al final lograr instalarse en Denia, hacia 1010 ó 1012, tomando el título de *al-Muwaffaq*, no se sabe cuándo, y el prenombre de Abū l-Ŷays, con lo que todas las partes de su nombre vienen a aludir a la milicia y al éxito. Él independizó Denia y desde allí se expansionó. Quizá ya instalado en el poder quiso arabizar e islamizar sus orígenes y algunas crónicas señalan que era hijo de un Yūsuf y nieto de un ᶜAlī, cuando en realidad sus antepasados debieron ser cristianos y como esclavo debió ser llevado, desde pequeño, a la corte de Almanzor, por lo cual tomó el apellido de al-ᶜāmirí. Destacó también Muŷāhid por su cultura y sus riquezas, más reales que la reconstrucción de sus orígenes, sobre los cuales pueden formularse hipótesis distintas, como su proveniencia de Cerdeña.

Cuando murió Muŷāhid le sucedió su hijo ᶜAlī, que en Denia y Baleares mantuvo su poder hasta que, en 1076, le arrebató sus dominios su yerno al-Muqtadir de Zaragoza. Los Banū Hūd dominaron entonces Denia, hasta que a su vez la conquistaron los Almorávides, en 1092 [1].

[1] M. J. Rubiera, *La taifa de Denia*, Alicante, 1985; R. Azuar, *Denia islámica. Arqueología y poblamiento*, Alicante, 1989.

El cuadro político de Denia es:

I. Eslavos:
   1. Muŷāhid al-Muwaffaq (ap. 1010-12 a 1045).
   2. ʿAlī b. Muŷāhid Iqbāl al-Dawla (1045-1076).
II. Banū Hūd:
   1. Al-Muqtadir de Zaragoza y en su nombre su hijo Mundir, luego independiente (1076 a 1090).
   2. Sulaymān b. Mundir, Sayyid al-Dawla (1090 a 1092).

El gran Muŷāhid

Seguramente, fue, el primero de los régulos de taifas que acuñó moneda, apartándose de las emisiones oficiales cordobesas, desde el temprano año de 402/1011-1012, con la ceca local inidentificada de *L.w.ṭa/o* [2], y en uno de cuyos dirhemes, de 405/1014-15 figura el nombre de Muŷāhīh con «su», Califa, el Omeya al-Muʿayṭī, a quien el audaz régulo alzó al Califato en Denia, tomando la iniciativa de este tipo de pronunciamientos provinciales en 1014 y cuyo poder sólo soportó algunos meses, como diremos al tratar de las Islas Baleares, pues Muŷāhid logró también dominarlas, desde finales 1014 o comienzo de 1015. Ibn ʿIḏārī transmite, al parecer sin fundamento, que Muŷāhid se encontraba en Mallorca como gobernador, en nombre de los ʿĀmiríes, cuando estalló la guerra civil en Córdoba [3]. Más seguro parece que Muŷāhid ocupara las islas después de proclamar Califa en Denia a al-Muʿayṭī, en noviembre 1014. Ya vimos con cuánta energía dominó el régulo de Denia las Baleares, disponiendo los gobernadores en su nombre.

En 1015 emprendió Muŷāhid su famosa expedición contra Cerdeña. Partió de Mallorca, recién tomada por él, y utilizando sus recursos. Otros ataques habían lanzado los musulmanes contra aquella isla

[2] A. Prieto Vives, *Los Reyes de Taifas*, Madrid, 1926, p. 181 y número 134-137; F. Mateu Llopis, «Sobre la identificación toponímica de "Elota"», *Homenaje Millás Vallicrosa*, Barcelona, 1956, II, pp. 31-39; sobre el siguiente período de esta taifa: M. Barceló, «Assaig d'un corpus numismatic de la taifa ʿāmirida de Dāniya-Mayūrqa (436-468), *Actas del IV Coloquio Hispano-Tunecino*, Madrid, 1983, pp. 43-58.

[3] *Bayān* III, p. 156; y antes nota 22.

durante los siglos VIII y IX con fines de saqueo, pero Muŷāhid, vencida una primera resistencia de los isleños, parece que pretendió construirse allí un alcázar, en lo cual empleó los últimos meses del año 1015 y los primeros de 1016. Mientras, se había organizado la reacción cristiana, y el papa Benedicto VIII impulsó a Pisa y Génova contra los atacantes, lo cual llevaron a cabo en la primavera-verano 1016, expulsándole de Cerdeña, con grandes pérdidas, incluso teniendo que dejar allí cautivos a miembros de su familia, incluso a una de sus mujeres y a su hijo ʿAlī, que tornó luego a Denia, donde acabó sucediendo a su padre. Hay indicios que abonarían su procedencia de aquella isla, donde quisieron permanecer algunas mujeres de la familia de Muŷāhid, después de que éste se retirara de allí derrotado.

La expedición de Muŷāhid contra Cerdeña está confusamente narrada en las fuentes árabes y en las italianas: estás últimas cargan de fantasía el episodio y hacen de Muŷāhid (al que llaman «Mugettus rex»), el prototipo de fiero pirata, según el *Liber Maiolichinus*; fundador de una «colonia di filibustieri» –según Sismondi»–, que todavía en 1050 seguiría asolando las costas italianas. En cierto sentido, todo esto indica la importancia de la marina de Denia y Baleares, notables también en el Mediterráneo oriental, como prueba un documento de la Guenizá de El Cairo fechado en Denia, el 10 de enero de 1083, acerca de un cargamento de cinabrio (doc. T.S. 12570); y como prueban también las referencias de Ibn Simāk[4] sobre naves de Denia que llegaban a Siria. Ibn al-Jaṭīb es el autor árabe que más razonable noticia ofrece de la expedición a Cerdeña[5].

Muŷāhid fue un régulo activo; intervino bastante en las luchas civiles, como ya aludimos, y también en la política local de los eslavos levantinos, ocupando alguna vez el poder de Valencia, donde, en 1018, se mantuvo incluso durante dos años, hasta que los eslavos ʿāmiríes deciden proclamar allí a un nieto de su patrón Almanzor, y Muŷāhid tiene que retirarse. No es segura la participación de Muŷāhid en la proclamación del Califa al-Murtaḍà, alzado en Játiva y pronto abandonado por sus anteriores partidarios. Aunque comenzó aceptando al nieto de Almanzor como señor de Valencia, acabó enfadándose con él, en-

[4] *Al-Ḥulal al-mawšiyya*, p. 62
[5] *A ʿmāl*, p. 219.

frentados por la herencia eslava de la taifa de Almería, como cuenta el emir ᶜAbd Allāh en sus *Memorias* [6].

Había recibido Muŷāhid esmerada educación en la cultura árabe y fue considerado uno de los hombres más eruditos de su tiempo. Reunió una gran biblioteca en sus palacios de Denia y de Mallorca. Celebraba en su corte sesiones literarias y en Denia residieron, fija o temporalmente, algunos de los más finos poetas y sabios de aquel siglo. Arbitraba Muŷāhid las tertulias literarias, y así de él nos ha quedado la estampa de gran hombre de letras y guerrero, como fue exaltado por Ibn Burd en su *Epístola de la espada y el cálamo*. Los elogios a Muŷāhid llenan páginas de las fuentes [7].

El sucesor, ᶜAlī, y el final de la taifa

Al morir Muŷāhid en 1045, su hijo ᶜAlī se hizo cargo del poder, con el problema de que su hermano Ḥasan le venía discutiendo, al parecer la sucesión paterna, tramando un complot en su contra, del cual existe importante testimonio en cartas del mismo ᶜAlī, contando la traición fraterna, y conservadas por Ibn Bassām en su *Ḏajīra* [8].

ᶜAlī Iqbāl al-Dawla era el primogénito, nacido en Córdoba antes de 1009, mientras que su hermano Ḥasan nació después de la expedición contra Cerdeña, es decir, después de 1016, situándose en destacado lugar mientras el primogénito permanecía cautivo y tardó en poder ser rescatado. Tuvo también Muŷāhid cuatro hijas, a las que estratégicamente casó con otros tantos soberanos de taifas: con el de Zaragoza, de Sevilla, el de Valencia y el de Almería. De algún modo estos enlaces entre dinastías tuvieron alguna proyección en la escena política de aquel siglo y, además de una representación, dieron pie en ocasiones a intervenciones entre taifas unidas por enlaces matrimoniales. Hay otros ejemplos, pero el que ahora nos ocupa propició de algún modo la intervención de al-Muqtadir de Zaragoza en la taifa de

[6] *El siglo XI en 1.ª persona*, p. 116.

[7] C. Sarnelli «La vita intellectuale a Denia alla corte di Muǧāhid al-ᶜĀmirī», *Annali dell'Istituto Orientale di Napoli*, XIV, 1964, pp. 597-622.

[8] Rubiera, *La taifa de Denia*, pp. 92-95.

su cuñado ʿAlī Iqbāl al-Dawla, al que desposeyó de sus dominios, en 1076.

Treinta y un años, se mantuvo Iqbāl al-Dawla como soberano de Denia y Baleares, sin que ningún hecho extraordinario sobresalga en sus días, sino la prosperidad continuada, gracias al corso y al comercio por todo el Mediterráneo. Ninguna guerra conocida movió Iqbāl al-Dawla en sus tiempos. Mantuvo buenas relaciones con las otras taifas, e incluso con el rey castellano y con el conde de Barcelona, sin tener que pagar parias, apostilla Ibn Jaldūn. Lo mismo que su padre, dedicó atención al boato cultural de su corte, pero no destacó tanto como él en sus aficiones letradas.

Iqbāl al-Dawla había nacido de madre cristiana y había permanecido cautivo de cristianos bastante tiempo de su juventud, tras la fracasada expedición contra Cerdeña. De él se conservarían, aunque son documentos discutidos, dos diplomas suyos permitiendo a los cristianos de sus dominios el tener por obispo al de Barcelona, pudiendo nombrar éste a los eclesiásticos de las iglesias de aquella taifa. Las fuentes árabes ponderan la rectitud musulmana de Iqbāl al-Dawla [9].

Tres razones dan las fuentes árabes para indicar porqué al-Muqtadir de Zaragoza quiso y pudo tomar Denia: la escasez de tropas de Iqbāl al-Dawla, su apegó al dinero que le hacía acumular grandes tesoros, codiciados por el zaragozano y la traición del visir Ibn al-Royólo [10]. En marzo-abril 1076, al-Muqtadir vino a desposeer a su cuñado de Denia, el cual, según unas fuentes marchó con su desposeedor a Zaragoza, o huyó al norte de África. Un hijo de Iqbāl al-Dawla intentó recuperar el territorio de Denia, perdido por su padre, y se tituló Sirāŷ al-Dawla, logrando algunos avances con ayuda de Ramón Berenguer II, pero al-Muqtadir consiguió envenenarle.

Entregó al-Muqtadir el gobierno de Denia y del resto de sus territorios orientales a su hijo Munḏir, y a la muerte de su padre se puso a gobernar de forma autónoma, acosado por su hermano al-Mu'tamin desde Zaragoza, a partir de 1081-1083. Hay monedas de Munḏir con ceca de Denia desde 1082-83, que conservó su señorío, junto con el de

[9] Ibn al-Kardabūs, *Ta'rīj*, p. 96.

[10] M. J. Rubiera, «Posible identificación de Ibn al-Royôlo de Denia, ministro de al-Muqtadir de Zaragoza (s. XI)», *Sharq al-Ándalus*, I, 1984, pp. 147-149.

Lérida y Tortosa, hasta morir en 1090. Le sucedió entonces un hijo, niño aún, Sulaymān Sayyid o Sa^{c}d al-Dawla, bajo la tutoría de una familia que parece poderosa, llamada por la *Primera Crónica General* «hijos de Betyr». En Denia residía Sayyid al-Dawla, y allí acuñó moneda entre 1090 y 1092, fecha esta última en que Denia fue tomada por los Almorávides, acabando así esta taifa.

X

LAS BALEARES EN EL PERÍODO TAIFA

Las islas Baleares fueron regidas, desde los primeros tiempos de las guerras civiles, por uno de los más conspicuos eslavos que se movían entonces por el Levante: Muŷāhid, el cual aparece ya instalado en su taifa de Denia seguramente en la segunda mitad del año 1010, sin cesar de buscar desde entonces soportes que legitimaran su poder y consolidaran sus expansiones, entre ellas algunas insulares mediterráneas. Así, en noviembre-diciembre 1014 alzó al Califato en su taifa de Denia, como ya referimos, a un oscuro príncipe omeya llamado ᶜAbd Allāh al-Muᶜayṭī, de una rama oriental de aquella ilustre familia, que todavía niño vino desde Egipto a Córdoba, donde pudo dar rienda suelta a sus aficiones cultas y recibir una esmerada educación. La dispersión de las guerras civiles le llevó a Denia, cuyo régulo no desaprovechó la ocasión de lucir un Califa propio, del cual presentarse como «chambelán» (*ḥāŷib*) y quedar legitimado, recibiendo además el rango del doble visirato poco antes de emprender el dominio de las Baleares, que parece haber sido pacífico y haber ocurrido entre la proclamación de al-Muᶜayṭī y la expedición que Muŷāhid emprendió contra Cerdeña, iniciada en agosto-septiembre 1015 [1].

Al volver, por cierto derrotado, de aquella curiosa aventura que fue su expedición a Cerdeña, Muŷāhid encontró a «su» Califa engreído y, sencillamente, lo expulsó, yéndose al-Muᶜayṭī al Norte de África, y

[1] Véanse, en la taifa de Denia, referencias sobre Muŷāhid; *Les illes Orientals d'al-Andalus i les seves relacions amb Sharq al-Andalus, Magrib i Europa Cristiana (siglos* VIII-XIII), ed. G. Rosselló, Palma de Mallorca, 1987.

dejando el campo libre al régulo eslavo, cuyos súbditos no parecen afectados por la pérdida de la fachada califal; bien nos dice Ibn al-Jaṭīb que las gentes de las Islas Baleares le temían, pues había sabido imponerse a sus notables y personajes, e incluso les exigía servicios y contribuciones extraordinarias, como llevarles registro de las yeguas que tenían, confiscándoles sus potros, en cuanto servían para la monta, a cambio de muy poco dinero, y obligándolos a no quedarse con ninguno ni cometer ningún fraude al respecto [2]. Empresas militares y comercio de caballos impulsaron al ambicioso Muŷāhid a tener tales controles y exigencias en las Islas Baleares.

El control del régulo de Denia se ejerció en las Baleares por medio de gobernadores, por él designados, el primero de los cuales fue, al parecer, su propio sobrino ᶜAbd Allāh, tras él, muerto en 428/1036-37, designó Muŷāhid a uno de sus libertos llamado al-Aglab, que ejerció su cargo hasta 1048-49, cuando en la capital de la taifa, Denia, reinaba ya Iqbāl al-Dawla, que aún designó durante su época a dos gobernadores más: ᶜAbd Allāh b. Aglab y su pariente político Sulaymān b. Muškiyān, que murió en 1050, permaneciendo sólo Ibn Aglab, y, cuando en 1070 la taifa de Denia cayó en poder de la de Zaragoza, Ibn Aglab, además de ayudar a la familia de sus antiguos régulos, se alzó él mismo al nivel soberano, tomando el título de *al-Murtaḍà*, según se menciona en las monedas que ordenó acuñar, entre 1087 y 1093, año éste en que murió, siendo sucedido por su liberto Mubaššir b. Sulaymān, *Nāṣir al-Dawla*.

Desde 1094 a 1114 existen acuñaciones de Mubaššir, año en que marchó contra las Islas una flota coaligada de catalanes y pisanos, en reacción a las acometidas emprendidas desde las Baleares contra las costas vecinas. En 1114 Mubaššir, antes de morir, aún tuvo tiempo de pedir el socorro de los Almorávides. Le sucedió su pariente Abū l-Rabīᶜ Sulaymān b. Lubbūn, que mantuvo Mallorca, hasta ser desbordado por los cristianos, el 15 abril 1115. Un año después llegaron los «socorros» Almorávides, que ocuparon las Islas y las anexionaron a su Imperio.

[2] M. Barceló, «Un text sobre Mayūrqa i un altre sobre Yābisa», *Sobre Mayūrqa*, Palma de Mallorca, 1984, pp. 55-58.

XI

MURCIA, TAIFA ESLAVA Y LUEGO ANDALUSÍ

Al estallar la guerra civil, los beréberes, según cuenta al-ᶜUḏrī, se alzaron victoriosos en la jurisdicción de Murcia *(Tudmīr)*; trasladada allí, como a otros lugares, la oposición entre beréberes «nuevos» y eslavos, uno de los principales caudillos de estos últimos, el *fatà* u oficial eslavo Jayrān logró apoderarse de Orihuela y enseguida de Murcia, en 403/julio 1012-julio 1013. Jayrān consiguió, más o menos un año después, apoderarse de Almería, y allí se trasladó, dejando en sus territorios murcianos, como gobernador, a su fiel compañero, si no hermano, Zuhayr, quien sucedió a Jayrān en Almería, desde 1028 hasta su muerte en 1038. Bajo esta supraestructura eslava, instalada por la fuerza militar de los eslavos, la ciudad y su territorio conservó el prestigio y la autoridad de sus familias locales, y especialmente las de los Banū Jaṭṭāb y los Banū Ṭāhir, encargados, sobre todo estos últimos, del gobierno de Murcia por Zuhayr, cuando éste partió a instalarse en Almería, en 1028.

Desde esa fecha, aunque reconociendo más o menos nominalmente alguna soberanía de fuera, tratárase de Zuhayr (hasta 1038), de ᶜAbd al-ᶜAzīz régulo de Valencia, o de Muŷāhid de Denia, los Banū Ṭāhir llevaron las riendas en la taifa murciana con bastante autonomía, hasta que en 1079-1080 cayó en garras de Sevilla, a través de su ocupación por el visir Ibn ᶜAmmār, que empezó a actuar allí de forma autónoma, hasta ser desplazado por Ibn Rašīq; éste se resistió a mantener obediencia a al-Muᶜtamid de Sevilla: en la larga disputa entre ambos acabaron imponiéndose los Almorávides, que tomaron Murcia en el año 1091.

El poder en Murcia se distribuye así en esta época:

I. Eslavos:
 1. Jayrān (1012-3 a 1028).
 2. Zuhayr (1028-1038).
II. Diversas soberanías, más bien nominales, con rección bastante autónoma de los Banū Ṭāhir (1038 a 1079-80).
III. Dominio teórico de Sevilla, ejercido primero autónomamente por Ibn ʿAmmār (1079-80 a 1081), y luego por Ibn Rašīq (1081-1088), sus partidarios luego y, por fin, conquista almorávide (1091) [1].

Ascensión de los Banū Ṭāhir

Murcia estaba unida a la taifa de Almería, donde Jayrān mandaba, hasta su muerte en 1028, sucedido entonces por Zuhayr, a quien había confiado el gobierno de Murcia. Marchó Zuhayr, a su vez, a Almería, para suceder a Jayrān, y encomendó el gobierno de Murcia a Abū Bakr Aḥmad b. Isḥāq b. Ṭāhir, junto al que destacaba otro personaje también de noble familia local, Abū ʿĀmir ibn Jaṭṭāb. Muŷāhid apoyó entonces a Ibn Jaṭṭāb contra Ibn Ṭāhir, viniendo incluso el señor de Denia a tomar la ciudad de Murcia. Reaccionó Zuhayr, repuso a Ibn Ṭāhir en Murcia y se llevó consigo a Almería a Ibn Jaṭṭāb. Abū Bakr ibn Ṭāhir fue fiel a Zuhayr, hasta la muerte de éste, en 1038, y cuando toda la taifa de Almería pasó entonces a reconocer a ʿAbd al-ʿAzīz, régulo de Valencia, también Ibn Ṭāhir y Murcia se le sometió, y, pese a las oscilaciones de soberanía nominal externa, los Banū Ṭāhir siguieron rigiendo Murcia.

Abū Bakr Aḥmad b. Isḥāq b. Ṭāhir mantuvo su gobierno sobre Murcia hasta su muerte, ocurrida en 1063, siendo entonces sucedido por su hijo Abū ʿAbd al-Raḥmān Muḥammad b. Ṭāhir, uno de los personajes más cultos y con más dotes literarias de la cultivada época de taifas. Con él se intensificó la autonomía murciana, hasta que apareció por el horizonte la apetencia expansiva de Sevilla [2].

[1] J. J. Rodríguez Lorente, *Numismática de la Murcia Musulmana*, Madrid, 1985; Varios Autores, *Guía islámica de la región de Murcia*, Murcia, 1990.

[2] *Tarṣīʿ*, p. 16.

IBN ᶜAMMĀR DE SEVILLA EN MURCIA

El visir de Sevilla Ibn ᶜAmmār, gran poeta, favorito aún de al-Muᶜtamid, pretendió apoderarse de Murcia y buscó para ello la ayuda de Ramón Berenguer II. Su primer intento fracasó, pero volvió a intentarlo, ayudado esta vez por un tal ᶜAbd Allāh -o, como corrige Ibn al-Abbār, ᶜAbd al-Raḥmān- b. Rašīq, gobernador del castillo de Vilches o de Vélez; ambos se pusieron de acuerdo en ir sobre Murcia, ganando primero Mula, mientras Ibn ᶜAmmār volvía a Sevilla. Al cabo entró Iba Rašīq en Murcia y encarceló a Ibn Ṭāhir, haciendo proclamar allí al régulo de Sevilla [3].

Ibn ᶜAmmār se presentó en Murcia, en nombre primero de su soberano al-Muᶜtamid, pero enseguida comenzó a darse aires de soberano independiente, todo ello en 1079-80. Como saliera a inspeccionar su territorio, Ibn Rašīq le cerró las puertas, sin volver a dejarle entrar. Ibn ᶜAmmār inició entonces diveras aventuras, hasta caer preso de al-Muᶜtamid que le dio muerte por su mano, en Sevilla, en 1085 ó 1087.

IBN RAŠĪQ, SEÑOR DE MURCIA Y CONQUISTA ALMORÁVIDE

Murcia siguió gobernada por Ibn Rašīq, más o menos reconociendo la soberanía de al-Muᶜtamid de Sevilla, que allí acuñó moneda a su nombre, entre 1081 y 1091, lo cual apunta a un cierto dominio sevillano, aunque al parecer, de mala gana sobrellevado por Ibn Rašīq, sobre todo cuando la zona fue objeto de acometidas por parte de Alfonso VI, quien instaló una avanzada en Aledo, como cuña de penetración entre Murcia y Lorca, plaza ocupada por Sevilla, en 1078. Esta situación agresiva de Alfonso VI en Aledo determinó la segunda venida a la Península del emir almorávide Yūsuf b. Tāšufīn, dirigiéndose contra Aledo, en cuyo asedio se manifestaron claramente las disensiones de las taifas, y entre ellas las de Ibn Rašīq con al-Muᶜtamid, quien entonces logró del emir Almorávide la entrega de Ibn Rašīq. Un poco antes, en 1086, Ibn Rašīq tuvo la habilidad de proclamar obediencia directa al emir Almorávide, pronunciando su nombre en la oración del vier-

[3] *Al-Ḥulla al-siyarā'*, II, p. 124.

nes, por lo cual al-Mu^ctamid «tuvo que posponer el asunto [de la rebeldía] de Murcia hasta que Yūsuf b. Tāšufīn volvió a Marrakech» [4].

Pero privados, en 1088, de su señor Ibn Rašīq, entregado por Yūsuf b. Tāšufīn a al-Mu^ctamid, los murcianos se negaron a avituallar a los sitiadores de Aledo, retirándose los Almorávides al Magreb en noviembre en 1088. Al-Mu^ctamid, sin embargo, recuperó un cierto control sobre Murcia, seguramente a través del caíd de Lorca Abū l-Ḥasan ibn al-Yasa^c, que aparece rigiendo Murcia también, más o menos en nombre del régulo sevillano, cuando llegaron los Almorávides como conquistadores y tomaron Murcia en octubre de 1091.

[4] *A^cmāl*, p. 275.

XII

LA TAIFA DE ALMERÍA: DE ESLAVOS A ANDALUSÍES

Es interesante la historia de este gran puerto Omeya y, realmente, ha atraído la atención de los investigadores [1]. Sabemos los nombres de casi media docena de gobernadores Omeyas que allí se sucedieron desde finales del siglo x y hasta 1009 ó 1010, cuando aparece como gobernador de aquella ciudad un eslavo, Aflaḥ, antes de 1011-1012. En medio de luchas por el poder, entre elementos no bien definibles, pero entre los cuales podrían estar, además de los eslavos, grupos autóctonos e incluso otros de grupos armados mercenarios de esclavos africanos, llamados *ᶜabīd* por el cronista y geógrafo al-ᶜUḏrī [2], en el panorama almeriense debió aparecer, hacia muḥarram 405/julio 1014, el importante eslavo palatino Jayrān, procedente de Córdoba, y de allí emigrado al encontrar que ni la Corte califal ni la capital le ofrecían, ni a él ni a los demás eslavos que pertenecían al partido de Almanzor, posibilidades de poder ni de supervivencia.

Con Jayrān, sobre todo, se inauguró la fase eslava de la taifa de Almería que duró hasta agosto de 1038, en que murió el sucesor de Jayrān, otro eslavo llamado Zuhayr, y los almerienses entonces decidieron proclamar soberano al régulo de Valencia, ᶜAbd al-ᶜAzīz al-Manṣūr, un nieto de Almanzor, apreciado, por tanto, de los ambientes eslavos,

[1] Repaso bibliográfico por E. Molina, «Almería en la etapa nasri (siglos XIII al XV). Estado de la cuestión, balance y perspectivas», *Almería entre culturas*, I, pp. 15-65; J. J. Rodríguez Lorente, «Aportación al estudio numismático de los taifas del Califato, los territorios del eslavo eunuco Jayrān», *Al-Qanṭara*, II, 1981, pp. 453-455.

[2] M. Sánchez Martínez, «La cora de *Ilbīra* (Granada y Almería) en los siglos X y XI, según al-ᶜUḏrī», *Cuadernos de Historia del Islam*, VII, 1975-1976, pp. 5-82.

que entró en Almería el 3 de septiembre de 1038, dejando allí como gobernador a Ma^cn b. Ṣumādiḥ, con el cual la taifa de Almería inició pronto su segunda andadura independiente, ya bajo la soberanía de esta familia de los Banū Ṣumādiḥ, que descendían de árabes Tuŷībíes llegados a al-Andalus cuando la conquista islámica, en el siglo VIII. Tras la primera etapa, la de rección eslava, la taifa de Murcia se desgajó de Almería para seguir su andadura autónoma. Los Banū Ṣumādiḥ rigieron la taifa almeriense hasta 1091, en que fue ocupada por los Almorávides.

El cuadro de rección política de la taifa de Almería es, en esquema, el siguiente:

I. Eslavos:
   1. Quizá se independizó Aflaḥ (antes 1011-1012, hasta julio 1014).
   2. Jayrān (1014-1028).
   3. Zuhayr (1028-1038).

II. Soberanía de ᶜAbd al-ᶜAzīz de Valencia (1036-1042 ó 1043-1044).

III. Andalusíes: reacción de los Banū Ṣumādiḥ:
   1. Maᶜn (en nombre del régulo valenciano: desde 1038). (Independiente: 1042 ó 1043-44 hasta 1051).
   2. Muḥammad b. Maᶜn al-Muᶜtaṣim (1052-junio 1091).
   3. Al-Muᶜizz o al-ᶜIzz (junio-octubre/noviembre 1091).

Y, por fin, conquista almorávide.

Actos del eslavo Jayrān

Jayrān fue un eslavo palatino, destacadísimo en Córdoba; alguna fuente lo incluye en el numeroso grupo de servidores o *fatà*-s eslavos de Almanzor, aunque quizá éste no le otorgó jamás poder ninguno sobre Almería, como alguna fuente insinúa, pues ¿cómo iba a pasar este dato por alto el atento historiador almeriense del siglo XI al-ᶜUḏrī? Como principio bien atestiguado de sus andanzas, aparece Jayrān implicado en la guerra civil desde el comienzo, reaccionando contra el Califa al-Mahdī, y colaborando con el grupo de eslavos encabezados por el general eslavo Wāḍiḥ que logró reponer en el Califato a Hišām

II, en julio 1010. Tres años después, sin embargo, cuando la vuelta al Califato de al-Mustaᶜīn y sus beréberes, los eslavos volvieron a alejarse de la todavía capital de al-Andalus y a reforzar sus dominios levantinos.

Jayrān dominaba Orihuela y Murcia, antes de julio de 1013 [3], desplazando a sus primeros ocupantes beréberes, y, a pesar de tener ya allí su propio territorio, un año después incrementado con Almería, el ambicioso Jayrān no dejó de intervenir en la política central, siendo una de las cabezas del «partido andalusí» frente al «partido beréber»: así alzó Califa al Omeya al-Murtaḍà, manteniéndolo breve tiempo, en 1018, y cuatro años después colocó como soberano de sus territorios a un nieto de Almanzor, hijo de ᶜAbd al-Malik al-Muẓaffar, llamado Muḥammad y que se tituló *al-Muᶜtaṣim.* Ambas elecciones fueron inconvenientes para Jayrān, que, como otros régulos, buscaba una legitimación de su poder efectivo queriendo mantener a su lado un figurón califal, que no le dio buen resultado, como tampoco a su próximo rival Muŷāhid de Denia, contra el que más reaccionaba [4]. Así, desde 1026, cesó Jayrān en sus intervenciones procalifales, centrándose en la rección de su extensa taifa; las fuentes cuentan cómo este régulo eslavo y su sucesor procuraron mejorar las defensas de Almería, sus provisiones de agua y la amplitud de su mezquita [5].

Otro eslavo en el poder: Zuhayr

Cuando murió Jayrān, en 1028, le sucedió el también eslavo Zuhayr, tras vencer algunas oposiciones, como las del también eslavo al-Musallam en Orihuela. Jayrān había confiado a Zuhayr el gobierno de Murcia, después de que él mismo se instalara en Almería, siendo ambos fieles compañeros, si no hermanos. Dueño Zuhayr de la taifa de Almería dominó, además de Murcia y Orihuela, Baeza y Játiva, aunque esta última se la cedió a ᶜAbd al-ᶜAzīz, soberano de Valencia [6], y tuvo

[3] J. B. Vilar, *Orihuela musulmana,* Orihuela, 1976.

[4] Ibn al-Jaṭīb expone los motivos de Jayrān y sus relaciones con los ᶜāmiríes: *Aᶜmāl,* pp. 193-194.

[5] Al-ᶜUḏrī, *Tarṣīᶜ,* p. 83.

[6] M. J. Rubiera y M. de Epalza, *Xàtiva musulmana (segles VIII-XIII),* Xàtiva, 1987.

en su poder también Alcira, Lorca y Alicante, Albacete, Chinchilla y Jaén, además de ejercer algún dominio en Córdoba, en cuyo alcázar residió unos meses alrededor del año 1034, según al-ᶜUḏrī e Ibn al-Jaṭīb, rara ocupación que hay que situar en el contexto de las luchas entre «andalusíes» y «beréberes».

Los conflictos empezaron enseguida, primero en Murcia, donde, tras la marcha de Zuhayr a Almería para regir toda la taifa, empezaban a levantar cabeza los notables locales, y sobre todo los de dos grandes linajes murcianos, los Banū Ṭāhir y los Banū Jaṭṭāb, que procurarían irse desligando poco a poco del poder eslavo, aunque todavía se apoyaban, respectivamente, en Zuhayr de Almería y en Muŷāhid de Denia. Ya estaba próxima la fecha en que Murcia iniciará su andadura independiente, bajo los Banū Ṭāhir, como veremos. Zuhayr tuvo también problemas por su alianza con el «partido beréber», cuyo principal soporte era Bādīs de Granada; Zuhayr, por tanto, separándose del resto de los eslavos y del partido andalusí, reconocía como Califas a los Ḥammūdíes, singularizándose demasiado por su negativa a reconocer al falso Califa Hišām II, alzado por la taifa de Sevilla, hacia 1035, precisamente para aglutinar fuerzas contra los beréberes.

La situación de Zuhayr, así acorralado, se hizo insostenible cuando, además de todo, se estropearon sus relaciones con Bādīs de Granada, por querellas internas entre el régulo granadino y el de Carmona, en medio de las cuales fue cogido Zuhayr, el cual no tuvo más ocurrencia que presentarse en tierras de Granada y, allí, los beréberes de Bādīs atacaron a los almerienses «con verdadero espíritu de clan y el único fin de exterminarlos», según puntualiza el gran Ibn Ḥayyān [7]. Zuhayr murió en este encuentro, en agosto de 1038. Fue una ocasión más en que se ponen de manifiesto los hondos enfrentamientos de las taifas.

Almería reconoce la soberanía de Valencia y pronto se independiza

Caído Zuhayr en esta batalla contra Granada, en 1038, ya no se puso en su lugar a ningún otro eslavo; los almerienses reconocieron la

[7] *Bayān*, III, pp. 169-171.

autoridad de un personaje local, Abū Bakr al-Ramīmī, que tomó las mejores disposiciones de gobierno pero, bien significativamente, decidió enseguida acogerse a la soberanía del régulo de Valencia, que era entonces un nieto de Almanzor llamado ᶜAbd al-ᶜAzīz al-Manṣūr, el cual tomó posesión de su nuevo dominio el 3 de septiembre de 1038, sólo un mes después de la caída de Zuhayr. Muŷāhid de Denia no dejó de recabar la herencia eslava, y había empezado a ocupar algunos territorios de la taifa almeriense, de la que decididamente entonces se desgajó Murcia.

El régulo de Valencia, entronizado así en Almería, colocó allí como gobernador a su cuñado y visir Maᶜn, posiblemente dejando junto a él, y como mayor representación suya, a su propio hijo ᶜAbd o ᶜUbayd Allāh al-Nāṣir, que murió enseguida. El régulo valenciano aparece reconocido como soberano en monedas almerienses desde 1038 a 1043-44. Luego Maᶜn b. Ṣumādiḥ se independizó.

Los Banū Ṣumādiḥ iniciaron, pues, un nuevo período independiente en la taifa de Almería. Tenían ilustre ascendencia árabe, pues pertenecían a los Tuŷīb instalados en la Península Ibérica a comienzos del siglo VIII, cuando la conquista, y concretamente en la Marca Superior, donde sobresalieron. Habían regido Huesca, hasta comienzos del siglo XI, aunque de allí se vieron desplazados por su pariente Munḏir I, régulo de Zaragoza, antes de 1023, yendo a refugiarse junto al régulo de Valencia ᶜAbd al-ᶜAzīz, el cual casó a dos hermanas suyas con dos hijos de Muḥammad b. Ṣumādiḥ, uno de los cuales era Maᶜn y el otro Abū ᶜUtba, y ambos quedaron, en 1038, al frente de Almería, aunque sobre el modo en que se independizaron hay dos versiones contrapuestas: por un lado, el historiador almeriense al-ᶜUḏrī, contemporáneo de todo aquello, prefiere contar que la independencia de los Banū Ṣumādiḥ en Almería se derivó de un ofrecimiento del régulo valenciano, y que todos estuvieron conformes en ello, incluso el régulo de Granada. Parece lógico que al-ᶜUḏrī prefiera ofrecer la versión que más legitimara a sus señores. Por otro lado, el *Bayān* transmite una independencia conflictiva de Maᶜn en Almería, traicionando al régulo valenciano que le había designado gobernador de aquel enclave [8].

[8] *Tarṣīᶜ*, p. 84; Bayān, III, p. 174.

Fue Ma[c]n un gran soberano, aunque no adoptó título regio ni boato cortesano, ni tampoco acuñó moneda a su nombre. Murió en Ramaḍān 443/enero-febrero 1052 y le sucedió su hijo Muḥammad, que empezó por titularse *Mu[c]izz al-Dawla* «engrandecedor de la dinastía», para aumentar el rango de su sobrenombre, en 1054-55, con los de *al-Mu[c]taṣim bi-llāh* y *al-Wāṯiq bi-faḍl Allāh*, que eran ya propios de los Califas orientales y que, desde mediados de siglo más o menos, empezó a ponerse de moda entre los régulos taifas utilizar. Con al-Mu[c]taṣim sí tomó Almería brillo de gran taifa, con palacios alabados y mecenazgo a literatos, obras notables y hermosas en la alcazaba y murallas, parques llenos de amenidades y frutales de todas clases. También fue otra moda de las relativamente menguadas pero presuntuosas Cortes taifas, y, realmente, de muchas de aquellas grandezas no quedan sino rastros literarios [9].

Almería y la conquista almorávide

Tuvo al-Mu[c]taṣim conflictos con sus vecinos de Valencia y de Granada, pero parece que, resguardado en sus tierras por otras taifas y el mar, su gran vocación y origen de su prosperidad, no sintió tanto la presión cristiana, quedándose al margen de las otras principales taifas en la llamada de socorro que aquéllas enviaron a los Almorávides, tras tomar Toledo Alfonso VI en 1085. Envió, sin embargo, al-Mu[c]taṣim tropas y regalos al emir almorávide Yūsuf b. Tāšufīn, cuando éste desembarcó en la Península, en el verano de 1088, excusándose en su avanzada edad por no acudir personalmente a la campaña que terminó con la victoria musulmana de Sagrajas/Zallāqa, a la que el régulo almeriense envió efectivos con su hijo Mu[c]izz al-Dawla, contribuyendo también un año después con contingentes militares al sitio de Aledo, a donde mandó un artilugio de asedio con forma de elefante, según refiere el régulo de Granada [c]Abd Allāh en sus famosas *Memorias*.

Al-Mu[c]taṣim incluso, y a pesar de sus excusas anteriores, acudió en persona al asedio de Aledo, y allí rivalizaba con los otros régulos

[9] L. Seco de Lucena, «Los palacios de al-Mu[c]taṣim», *Cuadernos de la Alhambra*, III, 1967, pp. 15-20.

de taifas por lograr preeminencia en el ánimo del emir almorávide Yūsuf b. Tāšufīn, no reparando para ello en halagos, como el de vestirse incluso a la moda magrebí, con albornoz y turbante. Tras la semifracasada campaña de Aledo, cada régulo se retiró a su taifa, siguiendo en sus conflictos, por lo cual pronto decidió el emir almorávide conquistarles; empezó por Granada, donde Yūsuf b. Tāšufīn entró el 8 de septiembre de 1090, contando el emir ᶜAbd Allāh en sus citadas *Memorias* cómo enseguida marcharon los Almorávides contra Almería, pues su régulo, por haberse demorado en acudir a su llamada, resultaba muy sospechoso de traición y muy antipático por su alianza con Granada, cuya rendición a los Almorávides llenó de congoja a al-Muᶜtaṣim, que falleció mientras el ejército magrebí, en marcha triunfal, se aposentó ante la alcazaba almeriense, en el verano de 1091, posiblemente el 12 de junio, sucediéndole su hijo Muᶜizz al-Dawla Aḥmad.

El acoso contra Almería amainó ligeramente por entonces, mientras los Almorávides concentraban sus esfuerzos en atacar Sevilla, por fin conquistada en septiembre de aquel mismo año 1091. La caída de Sevilla decidió a los Banū Ṣumādiḥ a dejar su resitencia en la alcazaba almeriense, y así, en octubre o noviembre, poco después por tanto, abandonaron Almería y se refugiaron en el norte de África, junto a la dinastía amiga de los Banū Ḥammād, con quienes tanto habrían comerciado. Los Almorávides incorporaron una taifa más a sus ya vastos dominios.

XIII

LOS ZIRÍES EN LA TAIFA DE GRANADA

Una rama de los Ziríes, encabezados por Zawi b. Ziri, que [illegible] con [illegible] desde 1013, asentados en el distrito de Elvira, en Granada, [illegible] participando en los conflictos generales, en contra del partido [illegible] de los califas que estos alzaban.

[illegible] Zawi, que volvió al norte de África en 1019-1020, [illegible] sobrino Habús [illegible] 'Abd Allah, depuesto de su trono por los Almorávides en 1090. [illegible] a lo largo de su historia [illegible] como su Consejo de jeques, y fueron un grupo [illegible] que se impuso sobre un territorio con más o menos [illegible] de pobladores, los cuales, por otro lado, se encontraban [illegible] dividido, como otras casas, por sus diversas [illegible] bereberes [illegible] de diversa clase [illegible]. Este grupo [illegible] de los Sinhaga Ziríes se fueron [illegible] el [illegible] y de ellos [illegible] último [illegible] 'Abd Allah, que [illegible] y [illegible] de su [illegible].

XIII

LOS ZĪRÍES EN LA TAIFA DE GRANADA

Una rama de los Zīríes, encabezados por Zāwī b. Zīrí, querellados con su sobrino Bādīs, soberano de Ifrīqiya, pasaron a al-Andalus al comenzar el siglo XI, siendo acogidos por al-Muẓaffar, hijo y sucesor de Almanzor. Desatada la guerra civil, a partir del año 1009, estos beréberes Ṣinhāŷa intervinieron de forma destacada, apoyando toda alternativa que favoreciera a los beréberes, primero en Córdoba y tal vez, desde 1013, asentados en el distrito de Elvira, en Granada; allí siguieron participando en los conflictos generales, en contra del partido Omeya y de los califas que éstos alzaban.

Tras Zāwī, que volvió al norte de África en 1019-1020, rigió Granada su sobrino Ḥabūs, sucedido por su hijo Bādīs, y éste por su nieto ᶜAbd Allāh, despojado de su taifa por los Almorávides en 1090. Mantuvieron a lo largo de su historia granadina ciertos ecos de la organización beréber, como su Consejo de jeques, y fueron un grupo armado que se impuso sobre un territorio con más o menos aquiescencia de sus pobladores, los cuales, por otro lado, se encontraban profundamente divididos, entre otras causas, por sus diversas situaciones de andalusíes, beréberes —de diversos clanes—, judíos y cristianos... Este grupo beréber de los Ṣinhāŷa Zīríes se fueron arabizando con el correr del siglo, y de ellos surge ese último régulo, ᶜAbd Allāh, que se preciaba él mismo, y otros también se lo reconocieron, de su amplia cultura árabe [1].

[1] R. G. Peinado y J. E. López de Coca, *Historia de Granada*, Granada, 1987, II, «La época medieval. Siglos VIII-XV», pp. 175-215.

Los régulos de esta taifa granadina fueron:

1. Zāwī b. Zīrí (en al-Andalus desde 1002; en Granada desde ap. 1013; regresó al Magreb en 1019-1020).
2. Ḥabūs b. Māksan (en Jaén desde ap. 1013; en Granada desde 1019-1020; m. 1038).
3. Bādīs b. Ḥabūs al-Muẓaffar y al-Nāṣir (1038-1073).
4. ᶜAbd Allāh b. Buluggīn b. Bādīs al-Muẓaffar y al-Nāṣir (1073 a 1090, en que los Almorávides tomaron Granada).

Reciente llegada a al-Andalus y conflictos

Llegaron a al-Andalus estos grupos de Zīríes en cábilas relativamente numerosas, a la cabeza de las cuales sobresalía Zāwī b. Zīrí b. Manād, querellada esta rama familiar contra el Zīrí que regía Ifrīqiya y se llamaba Bādīs. Aparecieron en tiempos del *ḥāŷib* al-Muẓaffar, por tanto antes del año 1008, y pasaron a servir como soldados, según costumbre en al-Andalus con los magrebíes, cada vez más solicitados por el afán de la Guerra Santa cumplido notablemente por los ᶜāmiríes, Almanzor y sus hijos.

Los Ṣinhāŷa habían intervenido en el norte de África como fuerzas hostiles a la expansión que desde el siglo x efectuaban allí los Omeyas de Córdoba. Desde entonces guardaban rencores, que, desatada la guerra civil en al-Andalus, les convirtió en grave elemento perturbador frente a la población andalusí, azuzada contra los beréberes por el mismo Califa al-Mahdī, como lo refiere seguramente Ibn Ḥayyān, al contar cómo Zāwī fue retenido en la puerta del alcázar de Córdoba por la multitud, rechazándole y golpeando su caballo; luego fueron asaltadas las casas de sus hijos y las de los de Māksan b. Zīrí, y añade el cronista:

> Estos hechos fueron motivados por [el califa al-Mahdī], que, con su maldad y poco tacto dijo aquel día que ninguno de los [soldados beréberes] podría ir montado, ni llevar armas, ni ir al alcázar. Y sucedió que Zāwī b. Zīrí iba montado con un grupo de sus hombres y les echaron de la puerta del alcázar, marchándose totalmente afrentados... Esta fue la obra del necio [califa al-Mahdī], causa de que todo se corrompiera y de la grande y larga guerra civil que los andalusíes

denominan «*fitna* beréber», aunque más justo y acertado sería que la llamasen «*fitna* [del califa al-Mahdī]»[2].

Hostiles a ese califa al-Mahdī, apoyaron los béreberes, con Zāwī a la cabeza, a un nuevo califa, Sulaymān al-Mustaᶜīn. Según algunas noticias, éste, tras instalarse en Córdoba, entre noviembre 1009-junio 1010 y 1013-1016, «dividió una parte del territorio de al-Andalus entre los jefes de las tribus beréberes», según trae el *Bayān*-III, dando a los Ṣinhāŷa Elvira, es decir, Granada; esto quizá signifique que este califa otorgó carácter oficial a la instalación de los Zīríes en Granada, por llamamiento directo de sus propios habitantes, como explica el último de estos régulos en la taifa granadina, el emir ᶜAbd Allāh en sus *Memorias*[3]. La taifa de los Zīríes, además de por Granada, estuvo formada por Jaén y por Iznájar; se repartieron a suertes aquel territorio y Granada correspondió a Zāwī y Jaén e Iznájar a su sobrino Ḥabūs.

Victorias de Zāwī, pero retorno al norte de África. Ḥabūs

Incluso después de instalarse en su taifa, siguió Zāwī participando en la guerra civil, y cuando los eslavos y muchos andalusíes proclamaron Califa al Omeya al-Murtaḍā, en 1019, resultó decisiva en su contra la oposición de los Zīríes, que le dieron muerte y aniquilaron su partido. Según refiere el historiador Ibn Ḥayyān, esta derrota supuso para las gentes de al-Andalus tal calamidad que hizo olvidar a las anteriores; sin embargo Zāwī decidió volver a Túnez, «temeroso por la fuerza que había advertido en las gentes de al-Andalus durante aquellas guerras, sus pendencias con él y cómo procuraban vencerle[4]».

Cuando Zāwī volvió a Ifrīqiya, seguramente en 1019-1020, su lugar el frente de la taifa granadina fue ocupado, a pesar de sus previsiones en contra, por su sobrino Ḥabūs, que regía Jaén, desde donde acudió y se adueñó del poder, al parecer ayudado por el cadí Abū ᶜAbd Allāh ibn Abī Zamanīn, y frente a la opción sucesoria representada por

[2] *Bayān*, III, pp. 75-76.
[3] *El siglo XI en 1.ª persona*, pp. 18-19.
[4] *Bayān*, III, pp. 128-129.

los hijos de Zāwī. Con Ḥabūs comienza realmente la cuenta de la taifa de Granada, al frente de la cual se mantuvo hasta su muerte, en 1038, y en cuya soberanía instaló a su descendencia directa. Mantuvo buenas relaciones con Zuhayr de Almería. Reconoció a los califas ḥammūdíes, primero a al-Muᶜtalī y luego a su hijo Idrīs al-Muta'ayyad, y procuró contrarrestar el expansionismo de la taifa de Sevilla, ayudando contra ella, y durante años, al régulo de Carmona. Tales aliados, poco después de la muerte de Ḥabūs, lograron una sonada victoria sobre los sevillanos en Écija, poniéndose de manifiesto cómo Granada y Sevilla eran los dos principales pilares de dos políticas contrapuestas: la andalusí frente a la beréber.

Ḥabūs murió en 1038, siendo sucedido por su hijo Bādīs. Sus casi veinte años de gobierno fueron positivamente valorados por su bisnieto ᶜAbd Allāh, en las páginas de sus *Memorias*. Parco, pero preciso, es también el retrato elogioso que le dedicó Ibn al-Jaṭīb [5].

Bādīs, el régulo central

Llevó por prenombre Abū Manād y se tituló *al-ḥāŷib* al-Muẓaffar bi-llāh y al-Nāṣir li-Dīn Allāh. Sucedió a su padre Ḥabūs, sin ser en ello discutido por su hermano Buluggīn b. Ḥabūs, pero sí por un sobrino, Yaddayr b. Ḥubāsa, de quien tuvo que librarse tras una conjura. En todo aparece Bādīs aconsejado por su visir judío Samuel b. Nagrella, que destacó hasta su muerte en 1056-1057, siendo entonces sucedido por su hijo José, cuyo trágico final veremos más adelante.

Samuel b. Nagrella tuvo responsabilidades en el deterioro de relaciones entre Granada y Almería, que acabó con la invasión de Granada por Zuhayr, vencido por Bādīs, en el primer año de su reinado. En ello hubo también injerencia de Sevilla, que desde 1035, ya con su pretendido califa Hišām II, había ido contra los Ḥammūdíes, ocurriendo varios episodios del enfrentamiento andalusíes-beréberes. En 1039 Bādīs atacó Sevilla, y en los años siguientes dirigió campañas contra Ronda, Osuna, Morón y Carmona. En 1047-1048 reconoció Bādīs como califa al ḥammūdí Muḥammad b. al-Qāsim de Algeciras, apar-

[5] *Aᶜmāl*, p. 229.

tándose del califa ḥammūdí de Málaga, Muḥammad b. Idrīs b. ᶜAlī al-Mahdī. Esto propiciará la toma de Algeciras por Sevilla, seguramente en 1054-1055, y la de Málaga por Granada, en 1056, donde el régulo granadino colocó como gobernador a su hijo Buluggīn, quien acabó envenenado en 1063-1064. Otro hijo de Bādīs, Māksan, se declaró independiente en Jaén. Ibn al-Jaṭīb ha realzado su dureza y tiranía, valor y astucia, y su capacidad para mejorar su reino [6].

Bādīs envejecía; todos sus asuntos los llevaba el visir judío José b. Nagrella. Guadix y sus territorios fueron ocupados por la taifa de Almería. Ibn Nagrella conspiró con el régulo almeriense, ofreciéndole Granada. El régulo de Almería, al-Muᶜtaṣim, avanzó hasta las cercanías de Granada con sus tropas. Los granadinos, pueblo y aristocracia, beréberes y árabes, se alzaron contra los judíos, el 31 de diciembre de 1066. Miles murieron, entre ellos José. Una famosa casida del alfaquí Abū Isḥāq de Elvira azuzó la mecha; sus versos, ligados a una de las pocas reacciones antijudías ocurridas en al-Andalus, acabaron con el encumbramiento de los Nagrella [7].

Tras la supresión de Ibn Nagrella, los Ṣinhāŷa recuperaron el terreno perdido en la administración del Estado. Bādīs volvió a dominar Guadix y Jaén. Su última gesta fue recuperar Baeza, quitándosela al régulo de Denia. Y murió, el 30 de junio de 1073.

El último régulo, ᶜAbd Allāh, más Alfonso VI y los Almorávides

El menor de los nietos conocidos de Bādīs era ᶜAbd Allāh; residía en Granada a la muerte de su abuelo, y su juventud animó seguramente a los jeques de Ṣinhāŷa a preferirle como sucesor, invistiéndole del poder, para el cual tomó los mismos títulos que su antecesor: al-Muẓaffar y al-Nāṣir. Los jeques de los Ṣinhāŷa pusieron como tutor suyo a uno de ellos, llamado Simāŷa, que ejerció nueve años como gran visir. Nacido en 1055-1056, en el año 1073, cuando accedió al poder, tenía ᶜAbd Allāh unos diecisiete años, y le quedaban otros tantos hasta

[6] Ibn al-Jaṭīb, *Iḥāṭa*, I, p. 443.

[7] A. Sáenz-Badillos y J. Targarona, *Šemu'el ha-Nagib. Poemas, I: Desde el campo de batalla. Granada, 1038-1056*, Córdoba, 1988.

1090, en que fue destronado por los almorávides y desterrado al Magreb, donde murió en fecha desconocida. Según el retrato que de él ofrece Ibn al-Jaṭīb [8], ᶜAbd Allāh era muy culto, pero también cobarde, angustiado, poco firme, aficionado al ocio y no al gobierno, que encargó a personas ignorantes.

El reinado de ᶜAbd Allāh se inició con el agrio sabor de la presión cristiana. Alfonso VI le arrebató Alcalá la Real, y envió a Pedro Ansúrez a pedirle parias. Empezó por negarse ᶜAbd Allāh. Ibn ᶜAmmār, el visir sevillano, quiso aprovechar esta negativa para unir al castellano y a Sevilla contra Granada, su permanente enemiga. Hacia 1078 acabó ᶜAbd Allāh por avenirse a pagar parias, de 30.000 meticales, tras regateos que cuenta en sus *Memorias*, y hubo pacto con Castilla, comprometiéndose el granadino a entregar 10.000 meticales anualmente y dar Estepa, Castro del Río y Martos, a cambio de Alcalá la Real y de Bedmar. Frente al peligro cristiano, y luego frente al almorávide, se unieron a veces los régulos sevillano y granadino, pero otras veces se atacaron. Desde 1082-1083, Tamīm, hermano de ᶜAbd Allāh, que gobernaba Málaga, se dedicó a hostilizarle, por mar y tierra. Demasiados conflictos.

El final se precipitó. En mayo de 1085, Alfonso VI ocupó Toledo. Una delegación de notables de Sevilla, Granada y Badajoz marchó al Magreb, para implorar la ayuda de los Almorávides, que cruzaron a la Península, vencieron en Sagrajas/Zallaqa, en 1086, y volvieron al Magreb; aún regresaron en ayuda de los taifas, en 1088, pero ya captaron tales quebrantos en ellos, que empezaron a actuar por su cuenta. La presencia almorávide abrió nuevas brechas en Granada, originando una nueva disensión entre quienes estaban a su favor o en su contra. ᶜAbd Allāh volvió a pactar con Alfonso VI, pagándole incluso el atraso de las tres anualidades, 1086 a 1088 ó 1087-1089, en que, con las espaldas cubiertas por los Almorávides, nada le había dado. En el verano de 1090 cruzó el emir almorávide Yūsuf b. Tāšufīn a la Península, inquieto por los tratos granadinos con Alfonso VI, y estudió el caso con al-Muᶜtamid de Sevilla, que echó más leña al fuego. El emir magrebí convocó a ᶜAbd Allāh, que no compareció, y entonces escribió a sus caídes para que depusieran la obediencia a la dinastía zīrí y se pasaran

[8] *Iḥāṭa*, III, pp. 379-380.

a los Almorávides. Yūsuf b. Tāšūfin se proveyó de fetuas en contra del rey de Granada y del de Málaga, por sus tratos con los cristianos y sus impuestos ilegales. Los granadinos esperaban entusiasmados a los Almorávides, que entraron en Granada el 8 de septiembre de 1090; al mes siguiente destronaron a Tamīm el hermano de ʿAbd Allāh que regía Málaga. Ambos fueron desterrados al Norte de África [9].

[9] Recuérdese el magnífico documento de las *Memorias* de ʿAbd Allāh, escritas en su destierro magrebí, y que venimos citando por su traducción castellana: *El siglo* XI *en 1.ª persona.*

y los Almorávides, Yusuf b. Tashufin [illegible] de Granada y otra de Málaga, por sus tratos con los cristianos y por importar [illegible]. Los almorávides [illegible] entraron en Granada el 8 de septiembre de 1090 [illegible] siguiente destronaron a Tamim el hermano de 'Abd Allah que regía Málaga. Ambos fueron desterrados al Norte de África.

Málaga y Algeciras, de las que también [illegible] dos ramas [illegible], pues se iniciaron ramas de la rama de los Hammudíes, los cuales, como sabemos, llegaron a ocupar el Califato de Córdoba, iniciando su poder desde el año 1016 cuando el entonces Califa de Córdoba, Sulaymán al-Musta'in [illegible] 'Ali b. Hammud gobernador de Tánger y Arcila, y a su hermano al-Qasim b. Hammud de Ceuta; este último se alzó en aquella plaza a comienzos del año 1016 y marchó contra Córdoba donde entró victorioso el 1 de julio, apoyado por eslavos y bereberes, para matar al día siguiente [illegible] su pretendida venganza por Hisam II. 'Ali b. Hammud mató a Sulaymán al-Musta'in y no hallar a Hisam II, se hizo proclamar califa [illegible], en 1016, una nueva dinastía, la Hammudí, sustituyó a la [illegible] Omeya.

Los Hammudíes se decían descendientes de los Idrisíes, fundadores de un reino en Fez en el siglo VIII y que entroncaban con el Profeta [illegible] Fátima, aunque acerca de [illegible] la descendencia [illegible] desde [illegible] la intervención cordobesa en Málaga.

[illegible] pasó a la de Granada [illegible] la [illegible] al-Mu'tasim [illegible] Málaga [illegible]

[illegible]

XIV

LA TAIFA CALIFAL DE MÁLAGA

Málaga y Algeciras, de la que también tratamos, fueron sede de dos taifas paralelas, pues se iniciaron juntas de la mano de los Ḥammīdíes, los cuales, como vimos, llegaron a ocupar el Califato de Córdoba, iniciándose su poder desde el año 1013, cuando el entonces Califa de Córdoba Sulaymān al-Mustaʿīn nombró a al-Qāsim b. Ḥammūd gobernador o valí de Tánger y Arcila y a su hermano ʿAlī b. Ḥammūd de Ceuta; este último se alzó en aquella plaza, al comenzar el año 1016 y marchó contra Córdoba, donde entró victorioso el 1 de julio, apoyado por eslavos y beréberes, para atacar al califa al-Mustaʿīn, en presunta venganza por Hišām II; ʿAlī b. Ḥammūd, tras asesinar a al-Mustaʿīn y no hallar a Hišām II, se hizo proclamar califa a su vez. Así, en 1016, una nueva dinastía, la Ḥammūdí, sustituyó a la centenaria Omeya.

Los Ḥammūdíes se decían descendientes de los Idrīsíes, fundadores de un reino en Fez en el VIII, y que procedían de ʿAlī, yerno del profeta Mahoma, aunque a esas alturas del siglo XI se hallaban muy berberizados. Habían entrado desde finales del siglo X en la órbita de la intervención cordobesa en el Magreb.

Cuando pasó desde Ceuta a la Península para ir contra el califa al-Mustaʿīn, ʿAlī b. Ḥammūd comenzó por tomar Málaga, que se convirtió en la base de operaciones ḥammūdí y, después, junto con Algeciras, en reducto final. Instalado ʿAlī b. Ḥammūd en Córdoba como califa tomó el título de al-Nāṣir li-Dīn Allāh, pretextando tener una carta de Hišām II nombrándole su heredero; a pesar de esto, de sus ornatos familiares y del apoyo beréber, ʿAlī fue asesinado el 21 de marzo de 1018, en conjura ejecutada por sus propios servidores. Aunque

había designado sucesor a su hijo Yaḥyà, los cordobeses prefirieron a su hermano al-Qāsim B. Ḥammūd, que tomó el título califal de al-Maʾmūn, hasta entonces gobernador de Sevilla. La opción califal legitimista Omeya, que entretanto había alzado como califa a al-Murtaḍā, fracasó poco después. Pero tampoco al-Qāsim b. Ḥammūd duró mucho: su sobrino Yaḥyà se revolvió contra él, cruzando el Estrecho con tropas y desde Málaga, yendo contra Córdoba, de donde huyó al-Qāsim, el cual, refugiado en Sevilla, siguió titulándose Califa, en tanto su sobrino Yaḥyà también se adornaba con igual título en Córdoba, desde el 12 de agosto de 1021, aunque sólo dieciocho meses pudo mantenerse Yaḥyà en Córdoba, a donde acabó por volver al-Qāsim b. Ḥammūd, también por poco, pues los cordobeses, y ya casi para siempre, expulsaron a los Ḥammūdíes al finalizar octubre de 1023. Sevilla ya no acogió a al-Qāsim b. Ḥammūd, que acabó preso de su sobrino Yaḥyà; pero los hijos de al-Qāsim se refugiaron en Algeciras y allí formaron su taifa. Por su parte, Yaḥyà b. ʿAlī b. Ḥammūd, desde su enclave de Málaga, aún volvió a ser Califa de Córdoba en 1025, para tornar definitivamente a su taifa malagueña en febrero-marzo de 1026. Así, en Málaga y Algeciras se concentró, desde entonces, el poder ḥammūdí, para ser, pese a los grandes títulos que aún conservaron, una o dos taifas más [1].

MÁLAGA TAIFA

Málaga fue la sede, desde 1026, de Yaḥyà b. ʿAlī b. Ḥammūd, titulado califalmente como al-Muʿtalī, que desde esa fecha se retiró para siempre del Califato de Córdoba, para mantenerse en las para él más seguras bases costeras. Continuó titulándose Califa y pretendiendo la supremacía, al menos, sobre las taifas beréberes, querellándose por ello con la taifa de Carmona, a cuyo régulo desplazó, yendo éste a refugiarse en Sevilla, hacia donde se dirigió entonces el ataque de los Ḥammūdíes; al-Muʿtalī murió ante los muros de Sevilla, en 1035 [2].

[1] Seco de Lucena, *Los Ḥammūdíes*, Málaga, 1955, pp. 7-28.
[2] *Ibidem*, pp. 29-50.

Este es el cuadro de sucesión de los Ḥammūdíes de Málaga:

1. ʿAlī b. Ḥammūd al-Nāṣir
(Califa de Córdoba, 1016-1018)

↓	↓
2. Yaḥyà I b. ʿAlī, al-Muʿtalī (Califa de Córdoba: 1021-1023 y 1026; Califa de Málaga, hasta su m. en 1035)	3. Idrīs I b. ʿAlī, al-Mutaʾayyad (Califa de Málaga, 1035-1039)
↓	↓
5. Ḥasan b. Yaḥyà I, al-Mustanṣir (1040-1042)	4. Yaḥyà II b. Idrīs I, al Qāʾim (1039-1040)
↓	↓
6. y 9. Idrīs II b. Yaḥyà I, al-ʿAlī (1043 a feb. 1047 y, por 2.ª vez, en 1053; m. 1054-55)	7. Muḥammad I b. Idrīs I, al-Mahdī (feb. 1047-m. 1053)
↓	↓
10. Muḥammad II b. Idrīs II, al-Mustaʿlī (post. 1054-1055)	8. Idrīs III b. Yaḥyà II, al-Sāmī (meses de 1053)
↓	
11. Yaḥyà III b. Idrīs, al-Mahdī (post. 1054-1055; Califa en Melilla, 1063-1064)	

En 1057-1058 Málaga fue anexionada por la taifa de Granada.

Noticias de los Califas de Málaga y sus querellas

Ya señalamos cómo Yaḥyà I al-Muʿtalī se retiró del Califato de Córdoba, en 1026, pero siguió manteniéndolo en Málaga desde esa fecha hasta su muerte, ocurrida en una emboscada tendida por los sevillanos, en 1035, cuando se encontraba ante Carmona. Como cabeza del «partido beréber», los Ḥammūdíes tuvieron enfrente a los «andalu-

síes» capitaneados por Sevilla. Un pariente del propio régulo de Carmona, plaza en entredicho en este ataque de 1035, contó al historiador Ibn Ḥayyān la enconada lucha entonces, en el mes de muḥarram 427/noviembre-diciembre 1035, y la muerte de Califa ḥammūdí [3].

Aunque Yaḥyà había nombrado heredero suyo a su hijo Ḥasan, diversas circunstancias, manejadas por los cortesanos al-Naŷā y Aḥmad b. Baqānna, dieron la primacía a un hermano del Califa difunto, llamado Idrīs b. ʿAlī b. Ḥammūd, que estaba en Ceuta y que parece haber sido el primer designado por su hermano para sucederle. De todos modos, se presentó en Málaga, y allí fue proclamado, no sólo por los malagueños, sino por los taifas de Granada y de Almería, en ḏū l-ḥiŷŷa 427/octubre 1036. Unos cuatro meses antes, y seguramente al poco de llegar a Málaga, había tomado represalias contra su tío al-Qāsim, ordenando darle muerte en la prisión donde se hallaba. Se alaba su energía y sus dotes de gobierno, su generosidad y buen criterio, la prosperidad lograda hasta su muerte, el 16 muḥarram 431/8 octubre 1039 [4].

Como había accedido Idrīs II al Califato relegando a su sobrino Ḥasan, debió verse obligado a proclamarle sucesor, pero, de nuevo, los cortesanos malagueños impusieron sus intereses, y proclamaron a un hijo del difunto, llamado Yaḥyà II, el mismo 8 de octubre de 1039, que fue reconocido por Málaga y las taifas habituales. Ḥasan se encontraba en Ceuta, apéndice todavía de los dominios ḥammūdíes [5], y allí fue proclamado Califa también, cruzando rápidamente a la Península y haciéndose reconocer por los malagueños, en ŷumādà II 431/febrero-marzo 1040. Su primo Yaḥyà II había reinado menos de cuatro meses.

Al nuevo Califa Ḥasan al-Mustanṣir le reconoció también Granada y las taifas de su partido, pero mal debían andar las ambiciones familiares cuando tuvo que encarcelar a su hermano Idrīs. Las fuentes alaban en Ḥasan al-Mustanṣir su justicia, y dos actos de gobierno: recaudar muchos tributos y aumentar su ejército. Sin dejar hijos, murió en ŷumādà I 434/diciembre 1042, y los cortesanos se hicieron con el poder, momentáneamente [6].

[3] *Bayān* III, pp. 188-189.

[4] *Aʿmāl*, p. 140; *Ḏayl Bayān* III, p. 289.

[5] J. Vallvé, «Suqūt al-Bargawāṭī, rey de Ceuta», *Al-Andalus*, XXVIII, 1963, páginas 171-209.

[6] *Ḏayl Bayān* III, p. 289-290; Ibn Ḥazm, *Naqṭ al-ʿarūs*, trad. L. Seco de Lucena, Valencia, 1974, p. 91.

La usurpación de Naŷā y de Ibn Baqānna terminó con la muerte violenta de ambos y la reposición de los Ḥammūdíes en la persona de Idrīs II b. Yaḥyà I, titulado *al-ʿAlī*, que posiblemente logró el Califato ya en enero 1043, cuyo primer reinado duró cinco años, recibiendo el acatamiento de todos, y, sobre todo, el del régulo granadino Bādīs, todo lo cual se le retiró, en cambio, a su sucesor, el usurpador Muḥammad b. Idrīs b. ʿAlī, titulado también al-Mahdī, como el ḥammūdí de la taifa de Algeciras, a quien trasladaron su reconocimiento las taifas de Granada, Carmona, Morón y Arcos; al-Mahdī de Málaga usurpó su trono malagueño en febrero de 1047, manifestando una berberofobia que le dejó sin partidarios, mientras el usurpado, Idrīs II al-ʿĀlī, refugiado en Bobastro, pretendía en vano ayuda del régulo de Ceuta, Suqūt.

Final de la taifa de Málaga y su conquista por Granada

En 1053 el califa ḥammūdí al-Mahdī de Málaga fue envenenado; le sucedió su débil sobrino Idrīs III b. Yaḥyà b. Idrīs b. ʿAlī, que se tituló al-Sāmī, el cual fue capturado pocos meses después y conducido a Ceuta, donde Suqūt le asesinó. El antes usurpado califa Idrīs II al-ʿĀlī volvió a ser Califa de Málaga, en 1053, llevando además el título de al-Ẓāfir; a su muerte le sucedió primero su hijo Muḥammad II al-Mustaʿlī y, enseguida, su otro hijo, menor de edad, Yaḥyà III al-Mahdī; todo ello sucedió ya en fechas imprecisas, desde 1053, hasta que, en 448 ó 449/1056-1058, Bādīs de Granada, ante el intento de ocupación de Málaga emprendido por Sevilla, se la anexionó, sin resistencia. Ese último Califa ḥammūdí Yaḥyà III se refugió en Almería, y luego en Córdoba. Málaga siguió desde entonces los derroteros de la taifa granadina, aunque llegara a independizarse de ella bajo el mando del príncipe granadino Tamīm y terminara conquistada por los Almorávides, en 1090 [7].

[7] *El siglo* XI *en 1.ª persona*, párrafo 76: «destronamiento y destierro del rey de Málaga, Tamīm, hermano de ʿAbd Allāh».

XV

RONDA, TAIFA DE LOS BERÉBERES YAFRANÍES

Ronda fue una de las cuatro pequeñas taifas de «nuevos» beréberes que bordeaban la de Sevilla, igual que Carmona, Morón y Arcos, compartiendo con ellas características. También allí la familia que se alzó con el poder independiente era de ascendencia zanāta y habían llegado pocos años atrás a la Península Ibérica, procedentes del Magreb, donde les había combatido el emir de los Magrāwa, agente de Almanzor, siendo derrotados terriblemente por éste, en 993. Se dividieron en dos grupos entonces los Yafraníes, y uno de ellos quiso pasar a al-Andalus para ponerse al servicio de Almanzor, que los integró efectivamente en sus ejércitos [1].

Al estallar la guerra civil, los Yafraníes actuaron como una banda guerrera más de los «nuevos» beréberes y no pararon hasta lograr un territorio, que resultó ser la región llamada de Tākurunnā o Ronda, que pudieron dominar enteramente a la muerte del Califa de Málaga Idrīs al-Muta'ayyad, en 431/1039-40. Eligieron la alta fortaleza de Ronda como capital de su reino de taifas.

Hilāl b. Abī Qurra al-Yafranī fue quien se alzó con la autonomía de Ronda en la fecha señalada. Mantuvo al principio buenas relaciones con al-Muʿtaḍid de Sevilla, el vecino codicioso, hasta que éste, en 1053-54, le hizo acudir con argucias a Sevilla y allí le tuvo encarcelado durante cuatro años, al cabo de los cuales tornó a su taifa. Entretanto, en sus dominios, le había sucedido su hijo Bādīs, que se comportó de

[1] C. Ruiz de Almodóvar, «Notas para un estudio de la taifa beréber de Ronda: los Banū Ifran», *Andalucía Islámica*, II-III, 1981-82, pp. 95-106.

modo tiránico, opresor y libertino, refiriendo las crónicas sus maldades: «a los hombres a su servicio les permitía violentar los harenes y arrancar a las mujeres de sus maridos y a las hijas de sus padres» [2]. Cuando Hilāl volvió a Ronda, su orden más inmediata es que se diera muerte a su hijo Bādīs, en 449/1057-58.

Hilāl murió poco después, en ese mismo año, designando para sucederle a su hijo Abū Naṣr Fatūḥ, que actuaba con justicia, pero era aficionado a la bebida y a la molicie. Se alzó contra él uno de sus oficiales, en connivencia con al-Muᶜtaḍid de Sevilla, cuyo lema fue proclamado en Ronda. Fatūḥ saltó de su alcazaba y pereció en 457/1065. Una taifa más pasaba así a engrosar el reino de Sevilla.

El cuadro dinástico de los Yafraníes es así:

1. Hilāl b. Abī Qurra b. Dūnās al-Yafranī (1039-40 a 1053-54 y 1057-58).
2. Bādīs b. Hilāl (1053-54 a 1057-58).

[2] *Ḏayl Bayān* III, pp. 212-213.

XVI

ALGECIRAS, TAIFA CALIFAL

Algeciras, que era clave esencial entonces en la relación marítima entre ambas orillas del Estrecho, y como veremos fue el puerto que luego elegirán los Almorávides para controlar sus idas y venidas entre el norte de África y la Península Ibérica, resultó ocupada por los Ḥammūdíes, como no podía ser menos. Ya hemos hablado de estos príncipes y sus aspiraciones, considerándose descendientes del profeta Muḥammad, a través de los Idrīsíes que habían logrado levantar su reino en el Magreb, cuya capital fue Fez, en el siglo VIII, y que muy berberizados desde entonces habían entrado en la órbita de la intervención Omeya. Desde 1016 a 1026 habían logrado varios miembros de esta familia ser proclamados Califas en Córdoba, aunque con los mencionados interregnos de Califas Omeyas, y entre terribles pugnas familiares que les llevaron también a la escisión de su territorio, ocupando una rama familiar Málaga y otra Algeciras.

El desgajamiento de Algeciras como taifa independiente ocurrió en 427/1035 o cuatro años después, no está del todo claro [1], cuando allí se independizó un hijo del que fuera Califa de Córdoba, al-Qāsim b. Ḥammūd, siempre relegados, él y sus descendientes, por la otra rama familiar.

Este hijo de al-Qāsim se llamaba Muḥammad y llegó a proclamarse Califa y a titularse *al-Mahdī*, igual que su pariente Muḥammad b. Idrīs al-Mahdī de Málaga, a quien retiraron su reconocimiento los ré-

[1] Wasserstein, p. 83 y n. 1; J. Bosch, *La Sevilla islámica. 712-1248*, Sevilla, 1984, p. 114.

gulos de Granada, Carmona, Morón y Arcos, para pasarse al bando del nuevo Califa de la taifa de Algeciras.

Muḥammad b. al-Qāsim al-Mahdī de Algeciras murió en 1048-49, siendo sucedido por su hijo al-Qāsim, según convinieron los poderosos jeques de los beréberes. Este segundo régulo independiente de la taifa de Algeciras se tituló *al-Wāṯiq*, pero sus monedas conocidas, entre los años 1051 a 1055, siguen amparándose en el nombre y título califal de su padre, por lo cual podría pensarse que *al-Wāṯiq*, aunque señor de Algeciras, no llegó a proclamarse Califa. En 1054-55 perdió además el apoyo de los régulos beréberes de las taifas que le seguían y en tales circunstancias tuvo que entregar Algeciras a al-Muʿtaḍid de Sevilla, cayendo, pues, en las peligrosas apetencias de la expansión sevillana. Algeciras fue desde entonces parte de esta gran taifa hasta que entraron en ella los Almorávides.

XVII

ARCOS Y LA DINASTÍA DE LOS JIZRŪNÍES

Los Jizrūníes que dominaron la taifa de Arcos eran beréberes recién llegados a la Península Ibérica y que ganaron un territorio donde sobrevivir, en medio de las guerras civiles, por conquista armada. Pertenecían a la cábila de los Yarniyān o Īrniyān, de la tribu beréber Zanāta, y habían llegado a al-Andalus, al mando de su jeque Muḥammad b. Jizrūn b. ᶜAbdūn al-Jazarī, para engrosar los ejércitos de Almanzor. De este modo, debieron estar destacados en la cora de Sidonia, pues cuando estalla el golpe de Estado y comienza la anarquía se hallan en *Qalšāna*, cerca de Arcos, por el año 402/1011-1012, a donde quizá habían bajado abandonando Córdoba tras la primera expulsión de allí del «Califa de los beréberes» Sulaymān al-Mustaᶜīn. Enseguida se apoderan de la plaza fuerte de Arcos, donde podían asegurar bien su instalación y allí constituyen su taifa, con el territorio circundante.

Tres Jizrūníes se sucedieron en el poder de esta taifa, desde 1011-1012 hasta que en 1088-89 acaba con ellos, definitivamente, el régulo de la taifa de Sevilla, al-Muᶜtaḍid. Estos tres régulos Jizrūníes fueron el ya nombrado Muḥammad y sus dos hijos, ᶜAbdūn y Muḥammad, que cada vez podían menos contra las ansias expansivas de la taifa sevillana, ante la cual hubieron finalmente de ceder, entregándoles el territorio. Arcos fue la que más había aguantado frente a Sevilla, de las cuatro pequeñas taifas beréberes de la zona, y su enconada enemistad contra su régulo al-Muᶜtaḍid se prueba en el hecho de que los Jizrū níes prefirieron dar muerte a sus mujeres antes que dejarlas caer en poder de los sevillanos que les asaltaban.

Este es el cuadro de sucesión de esta familia:

1. Muḥammad b. Jizrūn b. ʿAbdūn al-Jazarī, ʿImād al-Dawla (1011-12 a 1029-30).
2. ʿAbdūn b. Muḥammad (1029-30 a 1053).
3. Muḥammad b. Muḥammad, al-Qā'im (1053 a 1068-69).

Algunas noticias de la taifa de Arcos

No hay demasiadas noticias sobre esta pequeña y relativamente breve taifa, aparte de sus enfrentamientos con Sevilla [1]. Las fuentes refieren que el primer régulo se alzó en *Qalšāna*, que se apoderó luego de Arcos y que también le obedecieron Jerez y Cádiz, como seguramente hay que entender la referencia del *Ḏayl-Bayān III*, que la llama abreviadamente *al-Ŷazīra* [2].

Ninguno de los tres régulos sucesivos de la taifa de Arcos sale del todo biemparado de la descripción de las fuentes: el primero, Muḥammad, es calificado de carente de honor y escrúpulos; el segundo, ʿAbdūn, era un joven blando, afeminado, artero, carente de virtudes, con sólo una gracia: su benignidad respecto a sus súbditos, que le eran favorables; el tercero, de nuevo Muḥammad, era artero y muy sagaz.

Al-Muʿtaḍid de Sevilla ambicionaba tanto la taifa de Arcos como las demás vecinas y sobre todo las pequeñas ocupadas por sus odiados beréberes. Varios años resistieron Arcos y las demás a sus acometidas, y al cabo el régulo sevillano cambió de táctica, enviándoles regalos para conciliárselos, acabando por invitarles a Sevilla, a los tres régulos juntos, de Ronda, Morón y Arcos, en tiempos del segundo régulo, ʿAbdūn, el cual pereció con los demás, en la trampa que les tendió al-Muʿtaḍid, que ordenó encerrarles y abrasarles en un baño. La tragedia hizo entregarse a Ronda y a Morón, pero en Arcos, tras la muerte de ʿAbdūn, en 1053, fue proclamado soberano su hermano Muḥammad, que logró mantenerse, pese a todo, quince-dieciséis años aún.

[1] *Ḏayl Bayān* III, p. 294; *Aʿmāl*, pp. 238-240.

[2] J. Vallvé, *La división territorial de la España musulmana*, Madrid, 1986, p. 325; J. Sánchez Herrero, *Cádiz, la ciudad medieval y cristiana*, Cádiz, 2.ª ed., 1986, espec. p. 26.

Al final ofreció este Muḥammad entregarle Arcos a Bādīs de Granada, que venía ejerciendo la cabecera del «partido beréber», a cambio de que les acogiera en su tierra, a los Jizrūníes y seguidores. Acordado esto, en 1088-89 Bādīs envió sus tropas a recogerlos, pero al-Muʿtaḍid les tendió una emboscada fatal y en el camino perecieron casi todos. Arcos quedó anexionada a Sevilla.

Al final de este año [illegible] de Granada, que venía ejerciendo la cabeza del [illegible] bereber, a cambio de que se [illegible] en 1058-59 Badis envió sus tropas a reconquistar, pero al-Mu'tadid les tendió una emboscada [illegible] y en el combate perecieron casi todos. Arcos quedó anexionada a Sevilla.

MORÓN Y LA DINASTÍA DE LOS DAMMARÍES

Ocupó esta taifa un territorio no demasiado extenso, alrededor de la ciudad de Morón, en cuya [illegible] lo confirmó el Califa Sulaymán al-Musta'în, el cual en 1013-14 repartió algunas [illegible] a los arráeces de las cabilas bereberes [illegible] a los Dammaríes [illegible] los dos Sulaymán y Morón [illegible]. Hasta [illegible], pues, los Dammaríes [illegible] su taifa y la mantuvieron hasta 1066, en que se [illegible] al-Mu'tadid de Sevilla anexionándose Morón.

Eran los Dammaríes bereberes de [illegible], de los [illegible] Gabès, y [illegible] Zanata. [illegible] la comarca [illegible]. Habían [illegible] al mando de su [illegible] en tiempos de Almanzor, e integrados en sus ejércitos se habían situado tanto en la [illegible] como en la [illegible] de labrarse un [illegible] autónomo al comenzar las luchas civiles de 1009.

A Abu Tuzari le sucedió su hijo Nuh, en 1013-14, que mantuvo su poder del todo independiente durante casi treinta años, y del que nada más se sabe, sino que en 1041-42 le sucedió su hijo Muhammad con el título de 'Izz al-Dawla, y al que las fuentes alaban por su política, su valor y critican por su violencia y codicia, aunque reconocen que supo guardar su tierra y salvar de agresiones a sus [illegible]. Su final es [illegible] pero [illegible] en la [illegible]

XVIII

MORÓN Y LA DINASTÍA DE LOS DAMMARÍES

Ocupó esta taifa un territorio no demasiado extenso, alrededor de la ciudad de Morón, en cuya posesión les confirmó el Califa Sulaymān al-Mustaᶜīn, el cual «en 1013/14 repartió algunas tierras de al-Andalus a los arráeces de las cabilas beréberes... a los Dammaríes y a los Azdāŷa les dio Sidonia y Morón, con otros castillos [1]. Hacia 1013, pues, los Dammaríes tenían su taifa y la mantuvieron hasta 1066, en que se los llevó al-Muᶜtaḍid a Sevilla, anexionándose Morón.

Eran los Dammaríes beréberes de Túnez, de los montes cercanos a Gabés, y pertenecían a la confederación Zanāta. Eran además jāriyíes, de creencia Ibāḍí. Habían cruzado a al-Andalus al mando de su jeque Abū Tuzīrī al-Dammarī, en tiempos de Almanzor, e integrados en sus ejércitos se habían situado tanto en la necesidad como en la capacidad de labrarse un dominio autónomo al comenzar las luchas civiles del siglo XI.

A Abū Tuzīrī le sucedió su hijo Nūḥ, en 1013-14, que mantuvo su poder del todo independiente durante casi treinta años, y del que nada más se sabe, sino que en 1041-42 le sucedió su hijo Muḥammad con el título de *ᶜIzz al-Dawla*, y al que las fuentes alaban por su habilidad política y su valor y critican por su violencia y codicia, aunque reconocen que supo guardar su tierra y salvar de opresiones a sus súbditos [2]. Su final es relatado prolijamente, pues pereció en la terrible y traidora invitación que les cursó al-Muᶜtaḍid de Sevilla, a él y a los

[1] *Bayān*, III, p. 112.
[2] *Bayān*, III, pp. 220 y 230; *Ḏayl Bayān* III, 295-296; lo critica *Aᶜmāl*, p. 239.

régulos de Arcos y de Ronda, en raŷab 445/octubre-noviembre 1053, apresando a los dos primeros, aunque liberando a Abū Nūr de Ronda, y acabando por dar muerte al régulo de Morón en 449/1057-1058. Unos diez años antes, el señor de Morón, junto con el de Arcos, y el de Carmona y el de Granada, habían decidido reconocer como Califa al ḥammūdí de Algeciras, Muḥammad b. al-Qāsim.

Apresado así en Sevilla Muḥammad ᶜIzz al-Dawla, le sucedió como régulo de la taifa de Morón su hijo Manād, que se tituló *ᶜImād al-Dawla*, que aunque acosado por Sevilla supo ejercer su gobierno y resistir hasta no poder más, y pactar con al-Muᶜtaḍid, que le cedería su taifa a cambio de alojamiento y bienestar en Sevilla. Así ocurrió en 458/1066 y así acabó también la taifa de Morón, que hasta entonces había estado regida por:

1. Abū Tuzīrī al-Dammarī (m. 1013-14).
2. Nūḥ b. Abī Tuzīrī (1013-14 a 1041-42).
3. Muḥammad b. Nūḥ ᶜIzz al-Dawla (1041-42 a 1053; m. 1057).
4. Manād b. Muḥammad ᶜImād al-Dawla (1053 a 1058; m. 1075).

XIX

CARMONA Y LA DINASTÍA DE LOS BIRZALÍES

Carmona fue la más importante de las cuatro pequeñas taifas ocupadas por las tropas de beréberes «nuevos» en el cinturón de la taifa de Sevilla, siendo las otras tres Morón, Arcos y Ronda. Además de Carmona, capital de esta taifa, estaban también en la misma unidad de taifa las plazas de Écija, Osuna y de Almodóvar, con sus territorios. Allí se alzaron los Birzālíes, beréberes de la confederación Zanāta, que habían llegado recientemente a la Península: en el siglo x estaban en el Zāb inferior, en el centro del Magreb, y eran partidarios de los Omeyas de Córdoba en la pugna que enfrentaba a éstos con los Fāṭimíes y con los ʿUbaydíes. Junto con los Zanāta Magrāwa, bajo las órdenes de Ŷaʿfar b. ʿAlī, vencieron a los Ṣinhāŷa en 971 y, no pudiendo resistir las represalias, solicitaron y obtuvieron del Califa al-Ḥakam II, que murió en 976, autorización para pasar a al-Andalus.

Primero en los ejércitos de al-Ḥakam II, y luego en los de Almanzor formaron los Birzālíes un cuerpo militar con su propia entidad. Almanzor se apoyó bastante en ellos y les recompensó su lealtad. A fines del 997-comienzos del 998 sirvieron bajo las órdenes del general eslavo Wāḍiḥ, realizando alguna operación en el Magreb, que fracasó, y el general entonces les acusó ante el todopoderoso chambelán cordobés. Supieron los Birzālíes librarse de aquella acusación y, repuestos en su servicio, marcharon con los hijos de Almanzor a realizar algunas aceifas al norte cristiano.

Fue también Almanzor quien, en fecha indeterminada pero anterior a su fallecimiento en 1002, nombró a Isḥāq al-Wardasanī al-Birzālī gobernador de la zona de Carmona, cargo en que fue confirmado luego por el Califa Sulaymān al-Mustaʿīn, posiblemente al comenzar

su segundo Califato, entre mayo 1013 y julio 1018. En 1013 ya debía estar al mando de los Birzalíes un hijo de ese Isḥāq, llamado ᶜAbd Allāh, leal a dicho Califa Sulaymān, en cuya época los Birzālíes acabaron de independizarse y formar su taifa, para defenderse de las otras autonomías que surgían sin parar. Hasta 459/1086-87 en que, por fin, Carmona fue conquistada por la taifa de Sevilla, la dinastía Birzālí, que eran originariamente jāriyíes ibāḍíes, de la secta nākirí, estuvo formada por:

1. ᶜAbd Allāh b. Isḥāq (1013-14 a 1023-24).
2. Muḥammad b. ᶜAbd Allāh (1023-24 a 1042-43).
3. Isḥāq b. Muḥammad (1042-43 a 1052-53 ?).
4. Al-ᶜAzīz b. Isḥāq al-Mustaẓhir (1052-53 ? a 1066-67).

Los cuatro régulos y la lucha con Sevilla

En 1013-14, según las fuentes árabes [1], ᶜAbd Allāh b. Isḥāq al-Birzālī había protestado al Califa Sulaymān al-Mustaᶜīn contra los Ḥammūdíes y seguramente en ese conflicto se declararon independientes o poco después. En 1023-24, ese birzālí rehusó acoger a un ḥammūdí en sus tierras. Poco después ᶜAbd Allāh murió y le sucedió su hijo Muḥammad, indica Ibn Jaldūn. Ambos se titularon *ḥāŷib*-es, o «chambelanes», sin más y como todos, pero alguna fuente confunde las fechas de padre e hijo, haciendo remontarse el período de éste al 1013-14 y señalándolo como primer régulo de la taifa. Los elogios a sus prendas y gobierno son unánimes: «experto jinete, hazañoso, valiente y temible y además muy generoso, siempre y para todo el mundo», «este arráez, entre los reyes beréberes, era el siguiente a Bādīs [de Granada] en respetabilidad y poderío» [2]. Murió en 434/1042-43.

Le sucedió su hijo Isḥāq, que frisaba ya la madurez, alabado por buen caballero, valiente, resuelto y capaz, culto y menos duro que su padre, pero más inclinado a cumplir a rajatabla con el espíritu de clan y ambos «bien lejos de los vicios que usan el común de los reyes» [3].

[1] *Bayān*, III, pp. 235 y 268-269.
[2] *Ḏayl Bayān III*, pp. 311-312; *Aᶜmāl*, pp. 236-238.
[3] *Aᶜmāl*, p. 237.

Las hostilidades entre los reinos de taifas eran incesantes, entrando acusadamente en la zona a jugar un papel determinante de luchas el afán expansivo de Sevilla, que chocaba además con el «partido beréber», al que mayoritariamente se afiliaba Carmona. En lucha con los sevillanos murió Muḥammad al-Birzālī, en 1042-43. Su hijo y sucesor Isḥāq alzó desde el principio al Califa ḥammūdí al-Mahdī, yendo con otras varias taifas beréberes contra Sevilla. En 1050-51 el régulo sevillano invadió tierras de Badajoz, y el señor de Carmona acudió en socorro de esta taifa atacada, muriendo en la empresa un hijo de Isḥāq al-Birzalī, del cual se ha dicho gratuitamente habría muerto poco después apenado por su pérdida y su derrota. En realidad no ha podido fijarse la fecha en que a Isḥāq le sucedió su hijo al-ᶜAzīz (o quizás al-ᶜIzz), aunque es probable que fuera en 444/1052-53.

La guerra entre Sevilla y Carmona continuó, con ventaja creciente para el poderoso régulo sevillano al-Muᶜtaḍid; al-ᶜAzīz, que había llegado a titularse *al-Mustaẓhir*, pactó con al-Ma'mūn de Toledo, que le entregaría su taifa con tal de que aquél le diera un castillo en sus dominios toledanos. Y así fue, seguramente en 1086-87, sólo que al-Muᶜtaḍid le cambió a al-Ma'mūn su nueva posesión de Carmona por una vana promesa de ayuda a apoderarse de Córdoba. Sevilla, pues, ocupó su codiciada presa de Carmona.

Las hostilidades entre los reyes de taifas eran incesantes, aunque de escasa [illegible] fechas [illegible] el año [illegible] al que mayoritariamente se alude: Carmona. En lucha con los sevillanos murió Muhammad al-Birzali en 1042-43. Su hijo y sucesor [illegible] el principado al Cadí [illegible], yendo con otras varias taifas [illegible] contra Sevilla. En 1050-51 el ejército sevillano invadió tierras de Badajoz, y el señor de Carmona acudió en socorro de esta taifa agredida, muriendo en la empresa un hijo de Ishaq al-Birzali, del cual se ha dicho [illegible] por su pérdida y su [illegible] la fecha en que [illegible].

[illegible] desde los comienzos del siglo V de la hégira, y de manera concreta entre otras cosas, la abolición del Califato [illegible] En 422 [illegible] 1031 [illegible] decidieron confiar [illegible] entonces el gobierno a Abu-l-Hazm Yahwar b. Muhammad b. Yahwar, el más destacado entre ellos por situación familiar y por las circunstancias de su conducta política, parece que muy hábil, durante los últimos tiempos [illegible]. Con gran acierto evitó Yahwar, al iniciar su [illegible], que en su aceptación del poder y su ejercicio pudieran reconocerse [illegible] del turbulento período pasado, soslayando todas las [illegible] y así imprimió a su autoridad la apariencia de una [illegible] burguesa. Su política interior y exterior fue consecuente de las peculiaridades de la taifa de Córdoba, hasta entonces capital de un al-Andalus [illegible], y procuró llevar una política conciliadora entre las otras taifas, siendo notable el papel arbitral que cuando [illegible] a los [illegible] de estos lugares, principalmente [illegible] por la [illegible] de los Abbadíes de Sevilla.

Yahwar, consecuente con su forma de entender el poder, no [illegible], pero dispuso las circunstancias [illegible] que le [illegible] Abu-l-Walid, que ya [illegible] el cual [illegible]

XX

CÓRDOBA, UNA TAIFA REMISA

La anarquía que venía asolando la capital Omeya de al-Andalus, desde los comienzos del siglo v de la Hégira, xi de nuestra era, produjo, entre otras cosas, la abolición del Califato Omeya al siglo de su proclamación. En ḏū l-ḥiyya 422/noviembre 1031, el último Califa, Hišām III al-Muᶜtadd, fue destituido. La Asamblea *(Ŷamāᶜa)* de notables cordobeses decidió entonces encomendar el gobierno a Abūl-Ḥazm Ŷahwar b. Muḥammad b. Ŷahwar, el más destacado entre ellos por situación familiar y por las circunstancias de su conducta política, parece que muy hábil, durante los últimos tiempos revueltos. Con gran acierto evitó Ŷahwar, al iniciar su tardía taifa, que en su aceptación del poder y su ejercicio pudieran encontrarse reminiscencias del turbulento período pasado, soslayando todas las prerrogativas califales o siquiera soberanas y así imprimió a su autoridad la apariencia de una «república burguesa». Su política interior y exterior fue consciente de las peculiaridades de la taifa de Córdoba, hasta entonces capital de un al-Andalus glorioso, y procuró llevar una política conciliadora entre las otras taifas, siendo notable el papel arbitral que ejerció esta taifa cordobesa, acogiendo a los régulos de otros lugares, principalmente desplazados por la expansión de los ᶜAbbādíes de Sevilla.

Ŷahwar, consecuente con su forma de entender el poder, no nombró sucesor, pero el peso de las circunstancias hizo que le sucediera su hijo Abū l-Walīd, que ya adoptó el título honorífico de *al-Rašīd*; éste supo mantener, tanto con sus dominios como hacia el exterior, las directrices que supusieron el éxito político de su antecesor.

Tras al-Rašīd impuso su poder su hijo ᶜAbd al-Malik, que ya dio pruebas de conducta tiránica y depravada. Llegó a tomar títulos hono-

ríficos y soberanos, entre ellos el muy sonado de *al-Manṣūr bi-llāh*; incluso hizo proclamar su nombre en las oraciones y rezaba en el recinto especial de la *maqṣūra* de la Mezquita de Córdoba, cosa que no había hecho ni su padre ni su abuelo. Roto el equilibrio político de la taifa cordobesa, fue incapaz ᶜAbd al-Malik de resistir los ataques exteriores; al-Ma'mūn de Toledo cercó la ciudad, mientras ᶜAbd al-Malik enfrentaba los asuntos de gobierno «con necedad y descuido» [1] y llamaba en su auxilio al régulo de Sevilla, el cual le envió tropas, que alejaron, desde luego, al invasor toledano, pero acabaron destituyendo a Ibn Ŷahwar; en 1070, al-Muᶜtamid de Sevilla tomó posesión de Córdoba y, encantado, cantó en sus versos excelentes sus «desposorios» con la magnífica ciudad, que aún perdió brevemente, entre enero 1075 y septiembre 1078, por el levantamiento allí de un tal Ibn ᶜUkāša que proclamó al régulo de Toledo, pero al cabo volvió a pertenecer a la taifa sevillana, hasta que los Almorávides barrieron cualquier otro poder que no fuera el suyo y ocuparon Córdoba, el 26 de marzo de 1091.

Hasta entonces, el poder de la taifa de Córdoba ocurrió así:

- I. Banū Ŷahwar:
  1. Abū l-Ḥazm Ŷahwar (1031-1043).
  2. Muḥammad b. Ŷahwar al-Rašīd (1043-1065).
  3. ᶜAbd al-Malik b. Muḥammad al-Manṣūr (1063-1070).
- II. Incorporación a la taifa de Sevilla: 1070 a 1075 y 1078 a 1091.
- III. Incorporación a la taifa toledana: 1075 a 1078.

Noticias importantes

Los Banū Ŷahwar eran una importante familia de origen árabe, llegados a al-Andalus en la primera mitad del siglo XIII; instalados en Córdoba, sus primeros miembros fueron visires desde los comienzos de los Omeyas en al-Andalus, y así siguieron sobresaliendo hasta el siglo XI. Entonces Ŷahwar llenó con sus buenas prendas el vacío del po-

[1] J. Bosch y W. Hoenerbach, «Los taifas de la Andalucía islámica en la obra histórica de Ibn al-Jaṭīb. Los Banū Ŷahwar de Córdoba», *Andalucía Islámica*, I, 1980, pp. 65-104.

der califal recién suprimido. Las fuentes [2], no pueden alabarle más: «reparó el caos de la época recién pasada, revivió lo agotado, dio auge a lo anquilosado, contuvo con su acertada maniobra a los beréberes, encauzó bien la relación y la convivencia». Se le alaba, significativamente, su ingenio, reserva, solidez de juicio y capacidad; con una previsión excepcional en aquel tiempo de régulos presumidos, él tuvo el acierdo de colocarse tan sólo «como depositario del cargo, en tanto apareciese alguien al que unánimamente dieran todos el poder, cuidó los alcázares califales, pero no se trasladó a vivir a ellos; organizó una milicia ciudadana, distribuyendo armas a los comerciantes, procurando la defensa del orden continuamente» [3].

Su hijo y sucesor, siguiendo sus pasos, se aplicó también a devolver la normalidad a la vida cordobesa, tan lesionada, y para tal fin dispuso que se levantara la confiscación sobre las propiedades de quienes habían abandonado Córdoba en los tiempos revueltos anteriores y se las devolvió a sus dueños: «todo tornó a la normalidad», transmite Ibn Bassām [4]. Sus últimos días conocieron, sin embargo, los enfrentamientos de sus dos hijos por subir al poder, lo cual consiguió el más violento de ellos, ᶜAbd al-Malik, el cual, entre corrupciones y desmanes, dio al traste con su dinastía. Su imprevisión le había puesto en el trance de no contar más que con doscientos jinetes, cuando al-Maᶜmūn de Toledo se plantó ante los muros de la codiciada capital. De momento, salvó la situación ᶜAbd al-Malik, llamando en su auxilio a tropas sevillanas, que alejaron a los toledanos, pero, captando la decadencia del poder ŷahwarí, proclamaron en Córdoba la soberanía de al-Muᶜtamid de Sevilla. ᶜAbd al-Malik y su familia partieron desterrados a la isla de Saltés, donde aquel desventurado régulo sólo sobrevivió un mes a su desgracia, muriendo el 15 šawwāl 462/27 julio 1070.

Ya mencionamos que al-Maᶜmūn, empecinado por Córdoba, logró ser allí proclamado por el caíd de un castillo próximo, un aventurero llamado Ibn ᶜUkāša, que se alzó por la fuerza en Córdoba y se la entregó a al-Maᵓmūn. Acudió éste enseguida, para hallar su fin trágicamente a los seis meses, en junio de 1075, envenenado no se sabe

[2] *Aᶜmāl*, p. 148.
[3] *Muᶜŷib*, pp. 42-43.
[4] *Ḏajīra*, I-1, p. 119.

bien por quién. Ibn ʿUkāša mantuvo tres años en Córdoba el poder nominal de Toledo.

En 1078, al-Muʿtamid de Sevilla recuperó Córdoba, donde designó como gobernador a su hijo ʿAbbād o Fatḥ, titulado *al-Maʾmūn*, y que murió combatiendo contra los Almorávides, cuando éstos asaltaban la ciudad, el 3 ṣafar 484/25 marzo 1091. Su viuda huyó a refugiarse junto a Alfonso VI, que tuvo con ella a su hijo Sancho, en relaciones traídas y llevadas por la leyenda de la denominada «Mora Zaida» [5].

[5] E. Lévi-Provençal, «La "Mora Zaida", femme d'Alphonse VI, et leur fils, l'infant don Sancho», *Islam d'Occident*, París, 1948, pp. 139-151.

XXI

LA GRAN TAIFA EXPANSIVA DE SEVILLA

Sevilla, durante la guerra civil, había sido gobernada por un beréber ḥammūdí, llamado al-Qāsim, impuesto allí por su hermano ʿAlī mientras éste fue Califa de Córdoba, hasta ser asesinado en 1018. Al-Qāsim marchó a la capital cordobesa a sucederle en el califato, pero mantuvo sus bases en Sevilla, donde al cabo, hartos los sevillanos de tanta dependencia, le cerraron las puertas, en 1023. En esos años empezó a destacar el cadí de Sevilla, Ismāʿīl b. ʿAbbād, que procuró actuar en beneficio de su territorio y no a favor de un Estado central deshecho. Como en otros lugares, este cadí aglutinó las fuerzas de su ciudad y su entorno para llenar el vacío de poder que en al-Andalus se había producido [1].

A Ismāʿīl b. Abbād le había nombrado cadí de Sevilla el gran Almanzor (m. 1002) y se mantuvo ejerciendo ese importante cargo durante toda la decadencia de la dinastía Omeya y los tiempos tormentosos de la guerra civil, y en su puesto, según señala Ibn al-Jaṭīb [2], «veló por el bienestar de su tierra, conduciéndola políticamente de forma ejemplar, hasta que las cataratas afectaron sus ojos el año 414 [1023-1024]; fue operado y recuperó una parte de su visión, pero no le pareció permisible juzgar entre litigantes, y encargó del cadiazgo entonces a su hijo Abū l-Qāsim [Muḥammad], limitándose él a conducir los asuntos locales y a velar por las decisiones de la Asamblea de notables

[1] Bosch, *La Sevilla Islámica*; numerosos y documentados estudios de M. Benaboud reseñados en *Anaquel de Estudios Árabes*, II, 1991, p. 362, además de su tesis doctoral, allí citada también.

[2] *Aʿmāl*, p. 152.

(*mašyaja*). No tenía parigual en ciencia, conocimientos, bellas letras y sabiduría. Defendió su ciudad de Sevilla de la acometida de los beréberes que señoreaban sus alfoces y se habían aposentado en sus alrededores; [y todo ello lo hizo] de forma correcta, sobrasaliente criterio y cuidado por los asuntos del gobierno, hasta que falleció, en 414/marzo 1023-marzo 1024».

No sólo estaban a favor del cadí Ismāʿīl sus prendas personales, sino su pertenencia a una familia de rancio abolengo árabe, de la gran rama de los Lajmíes, oriundos del Yemen; por eso presenta una larga genealogía, siendo Ismāʿīl b. Muḥammad b. Ismāʿīl b. Qurayš b. ʿAbbād b. ʿAmr b. Aslam b. ʿAmr b. ʿItāf [o ʿAttāf] b. Naʿīm al-Lajmī; fue su antepasado ʿItāf, o ʿAttāf, quien vino a instalarse en al-Andalus, llegando con las tropas de Balŷ, en 743, procedentes de Emesa. Desde entonces, aposentados en la aldea de *Yawmīn*, del distrito de Tocina, fueron enriqueciéndose y destacando tanto en Córdoba como en Sevilla.

Tras el cadí Ismāʿīl, su hijo Muḥammad fue el primer régulo de la taifa sevillana, ya cortados todos los lazos de dependencia verdaderos con califas exteriores. El historiador al-ʿUḏrī fecha a mediados de šaʿbān 414/comienzos de noviembre de 1023 el principio del reinado de Muḥammad b. Ismāʿīl, que hasta su muerte, el 29 de ŷumādà I 433/24 enero 1042, procuró la consolidación y expasión de este rico estado taifa. Le sucedió su hijo ʿAbbād, ya titulado pomposamente al-Muʿtaḍid, autor de la anexión a Sevilla de tantas taifas vecinas y de algunos enclaves importantes que le procuraron tan relevante situación; murió en febrero o marzo de 1069, para ser sucedido por su hijo Muḥammad al-Muʿtamid, también empeñado a su vez en ampliar sus territorios; acosado por Alfonso VI acabó por ser uno de los régulos que llamaron a los Almorávides, y éstos acabaron por conquistar la taifa sevillana, en 1091. La dinastía ʿabbādí de Sevilla está formada por:

1. Muḥammad b. ʿAbbād (1023-1042).
2. ʿAbbād al-Muʿtaḍid (1042-1069).
3. Muḥammad al-Muʿtamid (1069-1091; m. 1095).

El primer régulo: Muḥammad b. ᶜAbbād

La preeminencia paterna le abrió camino, primero en el cadiazgo y luego en el poder político, aunque éste empezó por ejercerlo junto con otros notables sevillanos, constituidos más o menos formalmente en ese Consejo (*mašyaja*) aludido en las fuentes. Varios nombres de personajes se citan en ese inicial grupo que declaró a Sevilla en estado de taifa y que compartió las cargas y mieles del poder; se menciona a un miembro de los Banū Ḥaŷŷāŷ, otrora poderosísimos, y a otros [3].

Muḥammad b. ᶜAbbād cerró las puertas de Sevilla a al-Qāsim b. Ḥammūd, Califa expulsado de Córdoba en 1023. Luego, en 1027, también Córdoba retiró su obediencia a otro califa ḥammūdí, Yaḥyà b. ᶜAlī, el cual, junto con el régulo beréber de Carmona, sitió Sevilla; en esta ciudad prevaleció el criterio de pactar antonces, con tal de librarse de los beréberes, y Muḥammad b. ᶜAbbād les entregó a su hijo como rehén, reconociendo a la vez al Califa ḥammūdí, bien que teóricamente, hasta su muerte en 1035; de todos modos, este partido beréber llamó enseguida a la Península a un hermano de Yaḥyà, llamado Idrīs, proclamado al poco Califa en Málaga. Frente a ellos, Muḥammad b. ᶜAbbād tomó la decisión audaz de encumbrar en Sevilla a un califa propio, naturalmente árabe... y no se le ocurrió nada mejor que «resucitar» a Hišām II, figura de legitimidad prioritaria, si de verdad hubiera seguido existiendo [4]. El régulo de Sevilla, tras instalar al pretendido Hišām II en su taifa como califa, procuró que los demás régulos le reconocieran, ya que él se había instituido, además, como su chambelán. Le reconocieron el régulo de Carmona, Muŷāhid de Denia, ᶜAbd al-ᶜAzīz de Valencia y el régulo de Tortosa; más o menos forzadamente le reconoció también Ŷahwar de Córdoba, donde el entusiasmo por la «reaparición» de Hišām II fue enorme; mas el avisado régulo cordobés envió emisarios para cercionarse de la personalidad del «reaparecido», y poco convencido, acabó por negarle su entrada a Córdoba.

Muḥammad, como régulo de Sevilla, buscando su consolidación frente a los beréberes y también su expansión, había guerreado contra la taifa de Badajoz y contra los Zīríes de Granada, aparte de sus con-

[3] *Ḏayl Bayān*, III, pp. 314-315; *Ḏajīra*, III, p. 15.
[4] *Ḏajīra*, III, pp. 17-18; *Bayān*, III, p. 201.

flictos con los Ḥammūdíes. En uno de aquellos combates, ocurrido en Carmona, el año 431 H./1039 d. J.C., los granadinos y los malagueños derrotaron a las tropas sevillanas sonadamente, muriendo el hijo del régulo sevillano, que hasta entonces había destacado en acciones encomendadas por su padre: este hijo se llamaba Ismāʿīl, y dejó con su muerte abierto el camino de la sucesión a su hermano ʿAbbād. Pronto murió también el régulo sevillano.

ʿAbbād al-Muʿtaḍid y la gran labor expansiva

Empezó a ejercer como régulo en Sevilla, sucediendo a su padre, a finales de ŷumādà I 433/25 enero 1042. Las fuentes le describen de forma bastante positiva, siguiendo en ello la pluma de Ibn Ḥayyān, que parece tenerle temerosa admiración [5].

Los afanes y primeros logros expansivos de la taifa de Sevilla fueron iniciados ya por el padre de al-Muʿtaḍid, pero él los multiplicó. Empezó por atacar a las taifas beréberes de sus alrededores: primero Carmona, anexionada a Sevilla en 1067, después de años de querellas. En ataque fulminante, en 1044, había ya ocupado Mértola; luego fue contra Niebla, pero se interpuso en su empeño al-Muẓaffar de Badajoz, con quien guerreó también duramente, interviniendo también en su contra Bādīs de Granada, y fue tan grande el conflicto que el régulo cordobés desplegó intensa actividad, hasta lograr una reconciliación de todos ellos, en 1051. Pero lograda la paz con pacenses y granadinos, se lanzó desde 1052 definitivamente contra Niebla, Santa María del Algarve, Silves y Huelva, y las consiguió todas antes de 1063, como veremos más adelante.

Otras pequeñas taifas regidas por beréberes fueron sus inmediatos objetivos, y así cayeron en su poder Morón, Ronda, Arcos y Jerez. Tuvo también arrestos para desplazar al califa ḥammūdí al-Qāsim de Algeciras, en el año 1058.

Quitado de enmedio un Califa, se decidió al-Muʿtaḍid a prescindir «del suyo», del presunto Hišām II reconocido ya por su padre; ya no necesitaba ficción califal. Ello debió ocurrir en enero-febrero de

[5] *Aʿmāl*, pp. 155-156; *Ḏajīra*, III, pp. 26, 29 y 36-37.

1060, y entonces el régulo sevillano se atrevió a declarar que «su» califa había muerto en 1044, pero no lo había querido revelar [6].

Desde 1063 se avino al-Muʿtaḍid a pagar parias a Castilla, con un realismo político que los historiadores le reconocen, quizás con exceso, haciéndole adivinar el futuro socorro y amenaza que representarán los Almorávides.

Tuvo al-Muʿtaḍid entre sus numerosos hijos uno muy destacado; era su primogénito Ismāʿīl, que llevó sus ejércitos hasta que se rebeló contra su padre, en 1059; pidió perdón, fue perdonado, pero volvió a alzarse y el régulo sevillano le dio muerte; luego destacó a otro hijo, Muḥammad, titulado al-Ẓāfir, gobernador de Silves, que dejó perder la buena oportunidad de apoderarse de Málaga; con todo, siguió considerándole su sucesor, como lo fue, en efecto. Luego se le murió una hija muy querida, y al-Muʿtaḍid, quizá contagiado por su difteria, murió también al poco, en ŷumādà I 461/febrero 1069.

Su hijo al-Muʿtamid

Había nacido en 1039, en Beja. Fue un príncipe cultivadísimo y excelente poeta, lleno de logros emocionantes y acentos bastante personales. Apenas adolescente, su padre le había encargado gobernar Huelva, y luego Silves, desde 1053-1054, donde transcurrió su juventud. Su atractiva personalidad es unánimemente encomiada por las fuentes. Fueron sus visires: Ibn Zaydūn, Ibn Jaldūn, Ibn ʿAmmār y otros. Los hijos que ejercieron algún cargo fueron: ʿUbayd Allāh, con el prenombre de Abū l-Ḥasan, que es al-Rašīd. Él fue quien estuvo en desacuerdo con su padre respecto a pedir socorro a los Almorávides, aludiendo a que perderían el reino por ellos; y al-Muʿtamid le contestó: «prefiero ser camellero en África que encontrarme con Dios habiéndose convertido al-Andalus en tierra de infieles». Al-Muʿtamid le había designado sucesor suyo y como tal fue jurado en Sevilla. Con su padre fue desterrado al norte de África por los Almorávides, según.

Al-Fatḥ se tituló al-Maʾmūn. Recibió el juramento de fidelidad de Córdoba, donde fue asesinado, siendo llevada su cabeza al campamento de los enemigos Almorávides, que asediaban a su padre en Sevilla.

[6] *Ḏajīra*, III, pp. 37-38.

Yazīd al-Rāḍī, nombrado por su padre gobernador de Ronda, y que fue muerto al ser ocupada por los Almorávides.

Y ʿAbd Allāh, con prenombre de Abū Bakr. Fueron estos cuatro hijos de la esclava Iʿtimād, luego «Gran señora», llamada Rumaykiyya por su dueño Rumayk b. Haŷŷāŷ, a quien se la compró al-Muʿtamid [7].

Cuando las taifas más poderosas se consolidaron, varias de ellas quisieron adornarse tomando Córdoba, la antigua capital califal. Al-Maʾmūn de Toledo se lanzó sobre ella, pero al-Muʿtamid envió en socorro de la plaza a un destacamento, que logró alejar al toledano, pero acabaron haciéndose con el dominio de la plaza, en mayo-junio 1070. Entonces el régulo sevillano designó allí gobernador a su hijo, el *ḥāŷib* Sirāŷ al-Dawla ʿAbbād.

Ganada Córdoba, al-Muʿtamid se adueñó de las tierras hasta entonces toledanas, situadas entre el Guadalquivir y el Guadiana. Pero además, por iniciativa quizás de Ibn ʿAmmār, también acabó ocupando Murcia. Este Ibn ʿAmmār, visir y aún amigo de al-Muʿtamid, conspiró contra el régulo de Murcia, Ibn Ṭāhir, y empezó por lograr el castillo de Mula, que dejó encomendado a Ibn Rašīq, el cual pronto entró en Murcia, acudiendo allí de nuevo Ibn ʿAmmār; su traición le costó la vida, muriendo a manos de al-Muʿtamid, en 1085 seguramente.

Presión de Alfonso VI sobre Sevilla y recurso a los Almorávides

Desde hacía años pagaba parias Sevilla al rey castellano, pero intentaba cada vez más evadir algo del peso de lo que entregaba. Algún conflicto al respecto llevó a Alfonso VI a lanzar una algara contra el Aljarafe, llegando incluso a sitiar Sevilla durante tres días y asomarse hasta la Punta de Tarifa, en 1084-1085. Luego sobrevino el golpe, terrible para los andalusíes, de la conquista de Toledo, en 1085. Los principales régulos de taifas decidieron pedir claramente ayuda al emir almorávide Yūsuf b. Tāšufīn.

Al-Muʿtamid empezó entonces a mandar embajadas y escritos a los Almorávides, puesto de acuerdo sobre todo con los régulos de Ba-

[7] M. J. Rubiera, *Al-Muʿtamid. Poesía*, Madrid, 1982; R. Valencia, en *La mujer en al-Andalus*, ed. M. J. Viguera, pp. 129-137.

dajoz y Granada. Se sabe que al Magreb acudió una delegación, por lo menos, de andalusíes, compuesta por el cadí de Badajoz Abū Isḥāq b. al-Muqāna, por el cadí de Granada Abū Yaᶜfar al-Qulayᶜí, el cadí de Córdoba ᶜUbayd Allāh b. Adham, el visir sevillano Ibn Zaydūn, y quizá por el secretario Ibn al-Qaṣīra. Una crónica tardía ha pergeñado las misivas de al-Muᶜtamid, no al pie de la letra auténticas, aunque sean expresivas de los ánimos existentes:

> A su majestad el *imām* y emir de los musulmanes, campeón de la fe, vivificador de la llamada califal, el *imām* y emir de los musulmanes Abū Yaᶜqūb Yūsuf b. Tāšufīn, de parte de quien mantiene la grandeza de exaltarla y agredece su encumbramiento... Muḥammad b. ᶜAbbād... Escribe el confiado en la generosidad de su poder, desde Sevilla, a comienzos de ŷumādà I 479/15 agosto 1086. ¡Que Dios ayude al emir de los musulmanes y con él auxilie a la Fe!. Aquí estamos, árabes de este al-Andalus, con nuestras cábilas deshechas, desbaratada nuestra unión, alteradas nuestras genealogías... somos pueblos, no cábilas, grupos sin parentesco ni amistad... nos ha dominado este vil enemigo, el maldito Alfonso [VI], ha caído sobre nosotros con su ejército y nos pisa con su pie, cautiva a musulmanes, coge territorio, castillos y fortalezas. Ninguno de nosotros, gentes de este al-Andalus, tiene fuerza para ayudar a su vecino o a su compañero, aunque si quisieran, lo harían, pero la negligencia les impide hacerlo, con lo cual ha empeorado la situación y se han perdido las esperanzas. Pero tú, Dios te ayude, eres el emir del Magreb, de todo él, señor de Ḥimyar, su máxima autoridad, su emir y su soberano, y a tí acudo con mi preocupación, pidiendo socorro a Dios y luego a ti, implorando de tu piedad que acudáis a realizar la Guerra Santa contra este enemigo infiel, vivificando la Ley del Islam, defendiendo la religión del Profeta [8].

Los Almorávides socorren y conquistan Sevilla

El emir almorávide solicitó a al-Muᶜtamid que le cediera Algeciras para instalarse allí y cruzó el Estrecho. A su ejército se unieron especialmente los régulos de las taifas de Granada, Almería, Sevilla y Ba-

[8] *Al-Ḥulal al-mawšiyya*, pp. 45-46.

dajoz, y avanzaron hacia el norte, encontrándose con las tropas de Alfonso VI cerca de Badajoz, en la batalla de Sagrajas o Zallāqa, el 23 de octubre de 1086. Ganada la batalla, volvió Yūsuf b. Tāšufīn al Magreb, pero dejó algunos soldados a al-Muᶜtamid; éste marchó contra Ibn Rašīq de Murcia, reticente en reconocerle por soberano, pero un contingente cristiano le salió al paso y le derrotó. La incapacidad andalusí se manifestó además en que algunas taifas, entre ellas Sevilla, volvieron a tratar con Alfonso VI, que atacaba a al-Muᶜtamid por Aledo. En 1089 regresó el emir Almorávide, aunque fracasó en 1089 ante aquel castillo por culpa de las disensiones taifas. Entonces Yūsuf b. Tāšufīn decidió apoderarse de al-Andalus y comenzó por Granada, en noviembre de 1090. Enseguida le llegó el turno a Sevilla: los Almorávides le arrebataron Tarifa en diciembre de 1090. El ejército Almorávide, a las órdenes de Sīr b. Abī Bakr, avasallaba el valle del Guadalquivir, y desde mayo de 1091 fueron a asediar Sevilla [9].

El 7 o el 9 de septiembre de aquel año, 1091, entraron los Almorávides en Sevilla y la ocuparon, cogiendo prisionero a al-Muᶜtamid y a toda su familia, parte de cuyos hijos había caído o caería luchando, allí o en otras plazas, contra los magrebíes. Yūsuf b. Tāšufīn, tras consultar con los alfaquíes, decidió desterrar al norte de África al soberano destronado con sus más próximos allegados. En Āgmāt, allá en el Atlas, murió este rey poeta, cuatro años después de perder Sevilla.

[9] *El siglo XI en 1.ª persona*, p. 170; *Aᶜmāl*, p. 164.

XXII

NIEBLA Y LA DINASTÍA DE LOS YAḤṢUBÍES

Niebla «ciudad antigua y bella, de mediana extensión, rodeada de fuertes murallas», según refiere el geógrafo al-Idrīsī, se independizó del poder central durante la guerra civil que acabó con el Califato. Dominó el territorio un destacado personaje de la región, Abū l-ʿAbbās Aḥmad b. Yaḥyà al-Yaḥṣubī, que exhibe ese linaje árabe, bien por adscripción de clientela, bien por descendencia directa de algún Yaḥṣubí llegado a la Península Ibérica cuando la conquista islámica. La fecha que suele señalarse como comienzo de la autonomía de este Aḥmad en Niebla es el 414/1023-24, bien próxima al inicio de la taifa de Sevilla, con lo cual podría hallarse alguna relación [1].

Tomando entonces Aḥmad las riendas del poder independiente, se tituló *Tāy al-Dawla* «corona de la Dinastía», y fue reconocido también por Gibraleón. Cumplió como buen soberano, tuvo paz y prosperidad. Murió en Niebla, en 1041-42, sin descendencia directa, por lo cual designó para sucederle a su hermano Muḥammad, aunque una fuente discordante afirma que sí tuvo un hijo, llamado Yaḥyà, que le sucedió, confundiendo además el tiempo de su reinado con el de su tío Muḥammad [2], el cual se tituló *ʿIzz al-Dawla* y «procedió con una conducta estupenda, hasta que al-Muʿtaḍid [de Sevilla] empezó a ocuparse de él y le lanzó sus tropas de caballería en algaras, hostigándole mucho con guerras y emboscadas en las que se perdieron muchas vi-

[1] *Ḏayl Bayān* III, pp. 299-301; *Bayān*, III, pp. 240-241; F. Roldán, *Niebla musulmana (siglos VIII-XIII)*, tesis doctoral, dir. por R. Valencia, Universidad de Sevilla, 1991.

[2] *Bayān*, III, p. 193.

das y haciendas y muchas alquerías fueron destruídas y muchos campos y casas fueron quemadas»[3]. Como llevaba las de perder, Muḥammad pidió al régulo de Córdoba Abu l-Walīd que le acogiera allí, y allí marchó, dejando como sucesor suyo a su sobrino Fatḥ b. Jalaf b. Yaḥyà, en 443/1051-52

Fatḥ se tituló *Nāṣir al-Dawla* y empezó por pedir treguas al régulo sevillano, el cual empezó por concedérselas a cambio de tributos, pero pronto se enzarzaron en guerras otra vez, hasta que la situación resultó insostenible para el señor de Niebla, que entregó su taifa a al-Muʿtaḍid, en 445/1053-54, y marchó también a refugiarse en Córdoba.

Este es el cuadro de los Yaḥṣubíes en la taifa de Niebla:

1. Aḥmad b. Yaḥyà Tāŷ al-Dawla (1023-24 a 1041-42).
2. Muḥammad b. Yaḥyà ʿIzz al-Dawla (1041-42 a 1051-52).
3. Fatḥ b. Jalaf b. Yaḥyà Nāṣir al-Dawla (1051-52 a 1053-54).

[3] *Ḏayl Bayān* III, p. 300.

XXIII

HUELVA Y SALTÉS, TAIFA DE LOS BAKRÍES

La familia de Abū Zayd o Abū Muṣᶜab ᶜAbd al-ᶜAzīz al-Bakrī debió contar entre las más destacadas de la región, de modo que, ya desde el comienzo de las guerras civiles que trajo el siglo XI, se alzaron allí con poder independiente. ᶜAbd al-ᶜAzīz se tituló *ᶜIzz al-Dawla*, reconocido soberano de Huelva y Saltés en 403/1012-13. La referencia que suelen hacer siempre las fuentes al pequeño apéndice de Saltés debe ser indicativa de su importancia económica y marítima; al-Idrīsī la describe como menor a una milla de longitud y separada de tierra firme por un brazo de mar no más ancho que medio tiro de piedra. La arqueología ha puesto de manifiesto su dedicación minera [1].

Refieren las fuentes la prosperidad de esta taifa, hasta que empezó a atacarla al-Muᶜtaḍid de Sevilla y entonces la situación del país se alteró. Nada más conquistar la vecina Niebla, el régulo de Sevilla se lanzó sobre Huelva, en 443/1051. ᶜAbd al-ᶜAzīz intentó contenerle, recordándole los pactos establecidos y ofreciéndose a cederle Huelva, mientras él iba a instalarse en Saltés. Así se hizo, y ᶜAbd al-ᶜAzīz, según trae el *Bayān*, «embarcó en sus navíos con todos sus bienes hacia la isla de Saltés y dejó Huelva a al-Muᶜtaḍid, que tomó posesión de ella, como lo había hecho con Niebla, y concedió el amán a sus habitantes, dejándola bajo un hombre de su confianza, al que señaló que cortara tratos con al-Bakrí, y que prohibiese a todos que fuesen hacia él, con lo cual le dejó cercado en medio del mar, hasta que al poco se

[1] *Bayān*, III, pp. 240-242 y 298-299; *Aᶜmāl*, p. 210; A. Bazzana y P. Cressier, *Shaltīsh/Saltés (Huelva). Une ville médiévale d'al-Andalus*, Madrid, 1989.

puso en sus manos, sin mucho tardar, pues pidió a al-Muʿtaḍid que le dejase partir... a donde estuviese tranquilo» [2].

Según las fuentes, ʿAbd al-ʿAzīz fue bien acogido en Córdoba, tras vender por diez mil meticales sus naves y bagajes al régulo de Sevilla, adonde, según otra noticia, se habría retirado. Parece que el antiguo régulo de la taifa de Huelva murió en 450/1058. Otra más caída en las redes expansionistas de Sevilla.

[2] *Bayān*, III, pp. cit.

XXIV

SANTA MARÍA DEL ALGARVE, TAIFA DE LOS HĀRŪNÍES

Esta taifa debía abarcar la región actual de Faro, llamada en tiempos andalucíes *Šanta Māriya al-Garb*, «Santa María de Occidente», para diferenciarla de la «Santa María de Oriente» o Albarracín. El califa Sulaymān al-Mustaᶜīn (1009-1010 y 1015-1016) entregó el gobierno de Santa María del Algarve y su región a un hombre oriundo de Mérida, llamado Saᶜīd b. Hārūn, cuyo linaje se desconoce, por lo que sería autóctono, naturalmente arabizado y por el nombre islamizado, es decir, tendría ascendencia muladí, el cual, a la muerte de este Califa al-Mustaᶜīn rompería del todo sus lazos con Córdoba y empezaría a regir de forma autónona el territorio que le había correspondido, con su capital en *Šanta Māriya*, que el geógrafo al-Idrīsī sitúa a 14 millas de Tavira y a 20 de Silves, donde estaba instalada otra taifa, contando también que la ciudad no era demasiado grande, que el mar alcanzaba a veces el pie de sus murallas y que tenía algún tráfico marítimo.

Cuando murió Saᶜīd le sucedió su hijo Muḥammad, en 1041-42, que ya se aplicó uno de los más altos títulos soberanos, el de *al-Muᶜtaṣim*, y del cual se nos ha conservado un interesante retrato cronístico: «los días de su gobierno fueron de los mejores, por su sentido político, su modo de arreglar todo, su dignidad y su justicia, hasta que le hostigó al-Muᶜtaḍid [de Sevilla] con guerras, matanzas y combates. Ambos libraron campañas y ofensivas, y su poder menguaba mientras el de al-Muᶜtaḍid se robustecía» [1]. Pactó entonces con el régulo sevillano entregarle su taifa si le permitía instalarse en Sevilla. Así ocurrió, en 443/1051. Una taifa menos y otra taifa más extensa.

[1] Wasserstein, *Party-Kings*, p. 93 y n.º 28.

Este es el cuadro dinástico:

1. Saʿīd b. Hārūn (ap. 1018 a 1041-42).
2. Muḥammad b. Saʿīd al-Muʿtaṣim (1041-42 a 1051).

XXV

SILVES Y LA DINASTÍA DE LOS MUZAYNÍES

Seguía en importancia Silves a Sevilla, entre las taifas del cuadrado suroccidental de la Península. Se alzó aquí, independizándose del poder central, en fecha desconocida, uno de los notables locales, ᶜĪsà b. Muḥammad, que al hacerlo así tomó el tíutlo de *ḥāŷib* y del que se sabe que murió en 432/1040-41 [1]. Le sucedió su hijo Muḥammad, que se tituló *ᶜAmīd al-Dawla*, («Columna de la dinastía») y fue desposeído de Beja por el régulo de Sevilla, muriendo en Rabīᶜ II 440/septiembre-octubre 1048.

A partir de esa fecha las fuentes establecen con claridad el acceso al poder de tres Banū Muzayn, de un ᶜĪsà b. Muḥammad, de su hijo Muḥammad y del hijo de éste, ᶜĪsà. La coincidencia con los nombres propios de los dos primeros régulos llevaría a pensar que eran todos de la misma familia, pero la indicación de linaje en las fuentes árabes sólo se realiza para estos tres que reinaron ya en la segunda mitad del siglo, empezando por ᶜĪsà b. Abī Bakr Muḥammad b. Saᶜīd b. Ŷamīl b. Saᶜīd b. Muzayn b. Mūsà, siendo Muzayn el antepasado árabe que llegó a al-Andalus en el siglo VIII, donde destacaron también en la ciencia y uno de ellos, Saᶜīd, escribió un famoso comentario sobre el *Muwaṭṭaʼ* de Mālik, texto básico de la escuela jurídica mālikí.

ᶜĪsà b. Muḥammad b. Muzayn era cadí de Silves y su región, y lo que registran las crónicas de su actuación más bien habría que situarlo

[1] M. J. Rubiera, «Algunos problemas cronológicos en la biografía de al-Muᶜtamid de Sevilla: la conquista de Silves y el matrimonio con Rumaykiyya», *Actas de las Jornadas de Cultura Árabe e Islámica*, Madrid, 1981, pp. 231-236.

al comienzo de la constitución de la taifa, y no ya en 1048, que es cuando indican que se hizo cargo del poder político: «Cuando vio que la situación se hacía caótica, se alzó en rebeldía y la gente le prestó juramento como soberano, tanto los de Silves como los de toda la región, el año 440/1048» [2]. Fue un cadí más de los que hubieron de asumir todos los poderes, ante un vacío de autoridad. Se tituló *al-Muẓaffar* y fue muy hostigado por al-Muʿtaḍid de Sevilla, hasta que éste logró darle muerte a finales del año 445/1054 ó 443/1051-52, según Ibn al-Jaṭīb [3].

Le sucedió su hijo Muḥammad, que tomó el título de *al-Nāṣir*, refiriendo las fuentes que antes, cuando sólo era presunto heredero, se había titulado *ʿAmīd al-Dawla*, lo cual supone otra coincidencia con las apariencias onomásticas del seguno régulo de la taifa. Realmente, en las crónicas no aparecen datos que permitan zanjar claramente la cuestión. A este al-Nāṣir se le alaba por su cultura, apuntándose que murió en rabīʿ II 450/mayo-junio 1058, siendo sucedido por su hijo, llamado igual que su abuelo ʿĪsà al-Muẓaffar, que fue muerto por al-Muʿtaḍid, el cual anexionó la taifa de Silves a sus territorios, bien en 1052-53 por primera vez, o definitivamente en septiembre-octubre 1063. Como vemos, hay un problema cronológico en relación con los principales hitos temporales de la taifa de Silves, y se podrían hacer dos propuestas de solución, al dominar la región de forma autónoma dos familias:

1. ʿĪsà b. Muḥammad (?) (m. 1040-41).
2. Muḥammad b. ʿĪsà, ʿAmīd al-Dawla (m. 1048).
3. ʿĪsà b. Muḥammad b. Muzayn al-Muẓaffar (1048-1051/2 ó 1054).
4. Muḥammad b. ʿĪsà al-Nāṣir (antes ʿAmīd al-Dawla ?) (tras la m. de su padre hasta 1058).
5. ʿĪsà b. Muḥammad al-Muẓaffar (1058 a 1063).

O bien podríamos, empujados por las coincidencias onomásticas, reducir a tres los régulos, que serían los de Banū Muzayn, en sucesión patrilineal, así:

[2] *Ḏayl Bayān* III, pp. 297-298.
[3] *Aʿmāl*, p. 209.

1. ʿĪsà b. Muḥammad al-Muẓaffar (reuniendo todas las características de los anteriores números 1 y 3).
2. Muḥammad b. ʿĪsà (reuniendo todas las características de los anteriores 2 y 4, que pudo perder Silves, por primera vez en 1052-53.
3. ʿĪsà, el último régulo, que murió y perdió Silves ante Sevilla.

SEGUNDA PARTE

LOS ALMORÁVIDES

I

INTRODUCCIÓN

LAS RELACIONES ENTRE AL-ANDALUS Y MAGREB EN EL SIGLO XI

Con la llegada de los Almorávides a la Península Ibérica, en 1086, su ayuda entonces a los reyes de taifas contra Alfonso VI, en el año de 1086 y otra vez en 1088, y enseguida su conquista de las taifas, desde septiembre de 1090 en adelante, se produce un gran cambio histórico, iniciándose un período de larga intervención de las dinastías magrebíes en los destinos de al-Andalus: primero, los Almorávides, desde finales del siglo XI hasta casi los años cuarenta del siglo XII; segundo, los Almohades, desde más o menos mitad del siglo XII hasta poco después de su derrota en Las Navas de Tolosa; y tercero, los benimerines, desde finales del siglo XIII hasta los primeros años del siglo XV, aunque éstos no dominaron el Estado andalusí, que tuvo su dinastía autóctona en los Nazaríes de Granada.

A lo largo del siglo XI se produjo ese cambio fundamental en las relaciones entre al-Andalus y el norte de África, pasando el Magreb de encontrarse parcialmente supeditado políticamente a al-Andalus a ser el dominador y a imponer desde fuera un Estado centralizado y con capacidad de resistir a las acometidas cristianas que los andalusíes fueron incapaces de oponerse.

En este siglo XI en que se produce este cambio, tres períodos históricos se suceden: el Omeya, con su primacía sobre la orilla magrebí meridional; el taifa, en que algunos reinos magrebíes se mantienen a la sombra de algunos reinos de taifas, y el Almorávide, en que al-Andalus [illegible] [illegible]

I

INTRODUCCIÓN

Las relaciones entre al-Andalus y el Magreb en el siglo xi

Con la llegada de los Almorávides a la Península Ibérica, en 1086, su ayuda entonces a los reinos de taifas contra Alfonso VI, en ese año de 1086 y otra vez en 1088, y enseguida su conquista de las taifas, desde septiembre de 1090 en adelante, se produce un gran cambio histórico, iniciándose un período de larga intervención de las dinastías magrebíes en los destinos de al-Andalus: primero, los Almorávides, desde finales del siglo xi hasta casi los años cuarenta del siglo xii; segundo, los Almohades, desde más o menos mitad del siglo xii hasta poco después de su derrota en Las Navas de Tolosa; y tercero, los Benimerines, desde finales del siglo xiii hasta los primeros años del siglo xv, aunque éstos no dominaron el Estado andalusí, que tuvo su dinastía autóctona en los Nazaríes de Granada.

A lo largo del siglo xi se produjo ese cambio fenomenal en las relaciones entre al-Andalus y el norte de África, pasando el Magreb de encontrarse parcialmente supeditado políticamente a al-Andalus a ser el dominador y a imponer desde fuera un Estado centralizado y con capacidad de resistir a las acometidas cristianas que los andalusíes fueron incapaces de otorgarse.

En este siglo xi en que se produce este cambio, tres períodos históricos se suceden: el Omeya, con su prioridad sobre la orilla magrebí occidental; el taifa, en que algunas tribus magrebíes se alzan con la soberanía de algunos reinos de taifas; y el Almorávide, en que al-Andalus se supedita por entero al imperio magrebí. ¡Agitada centuria que contrasta, por la rapidez de sus virajes, con el cuarto de milenio que

había durado, inmediatamente antes, el extenso período omeya! Una exposición global sobre la evolución de estas relaciones andalusíes-magrebíes permite contemplar la tremenda evolución ocurrida durante ese relativamente breve espacio temporal, del cual veremos a continuación sus principales episodios.

Debemos señalar que los investigadores se vienen ocupando del tema monográficamente cada vez más, y que, además de los libros y artículos centrados en cada una de las partes y períodos implicados, existen estudios que se interesan específicamente en la cuestión de las relaciones entre ambas entidades, la magrebí y la andalusí, durante esta centuria, v de la Hégira / xi de nuestra Era: así, el investigador egipcio Aḥmad Mujtār al-ᶜAbbādī ha planteado con acierto la gran incidencia que tuvo en esas relaciones la presencia y actuación de la dinastía fāṭimí, desde su fondo tunecino y luego desde El Cairo, provocando desde el siglo x la reacción de las tribus beréberes, cuestión que se suscita también en los libros de Ŷamāl al-Dīn Surūr sobre «La política exterior de los Fāṭimíes», y de ᶜAbd al-ᶜAzīz Filālī, acerca de «Las relaciones políticas entre el Estado Omeya de al-Andalus y los Estados magrebíes», mientras que los períodos concretos de relación entre Taifas y Almorávides son planteados por ᶜAbd al-Ŷalīl al-Rašīd y Jalīl Ibrāhīm al-Sāmarrāʾī. Hay que tener en cuenta además estudios de Joaquín Vallvé Bermejo: *Contribución a la Historia Medieval de Ceuta hasta la ocupación almorávide*, su artículo sobre el régulo ceutí del siglo xi Suqūt al-Bargawāṭī y sobre «La intervención Omeya en el norte de África» [1].

[1] Una parte de la investigación sobre los Almorávides sigue basada en metodología y enfoques tradicionales, aunque hay también contribuciones interesantes como los de V. Lagardère, *Les Almoravides jusqu'au règne de Yūsuf b. Tāšfīn (1039-1106)*, París, 1989, y siendo algunos trabajos tan recientes y amplios como los de I. Dandaš, reseñados en *Anaquel de Estudios Árabes*, II 1991, p. 366; veánse las reflexiones de M. Barceló, «Vísperas de feudales», pp. 99-100, sobre «los progresos constantes que se están haciendo en el conocimiento del movimiento almorávide en el Magrib, en su incidencia sobre las sociedades de África occidental, en aspectos de su organización política y, en definitiva, en todo el complejo mundo sahariano, magribí y mediterráneo, traspasado de tenues circuitos de relación».

ANTECEDENTES OMEYAS DE ESTAS RELACIONES

Los Omeyas de al-Andalus habían desarrollado una política de relaciones con el Magreb que se fue ampliando desde el siglo x, por razones de enfrentamiento con los Fāṭimíes, sus rivales norteafricanos y a la vez sus modelos. Esa política, entre otros aspectos, procuraba un cierto control territorial en el Magreb, de modo que fuera posible acceder así al interesante comercio norteafricano. A los Omeyas les interesaba también tener en el Magreb una cantera de soldados para utilizarlos en la Península y así mantener la hegemonía frente a los enclaves cristianos del norte. Este reclutamiento se hizo muy notable en tiempos del califa de Córdoba al-Ḥakam II, especialmente a partir del año 971, como sabemos gracias al testimonio preciso del cronista cordobés Ibn Ḥayyān, en un pasaje de su crónica *al-Muqtabis* (VII), oportunamente puesto en valor por Emilio García Gómez, y que se titula: *Relato de cómo el Califa se aficionó a los jinetes beréberes ultramarinos, después de haberles tenido aversión, siguiendo en esta aversión la ruta trazada por sus abuelos los Banū Marwān; de cómo pasó con rapidez a desearlos después de haberlos detestado, y a admirarlos después de haberlos tenido apartados; de cómo este cambio trajo como consecuencia su multiplicación y su favor; y de cómo estas cosas fueron más tarde causa de la división en taifas del ejército andaluz, y de que derribaran el imperio tradicional y se enzarzaran en la desoladora guerra civil berberisca*[2].

El largo pasaje donde Ibn Ḥayyān narra todo esto refiere claramente el proceso de llegada masiva de beréberes a la Península desde el último cuarto del siglo x y su situación en el control de gran parte del ejército, desde donde fueron árbitros terribles de la guerra civil que estalló en al-Andalus desde el año 1009, y que hemos descrito al comienzo del período de las taifas. Hay que recordar ahora que Almanzor, después de al-Ḥakam II, aumentó incluso el número de contingentes beréberes en sus ejércitos, pues en ellos basó gran parte de su poder y de sus realizaciones. No podemos precisar, sin embargo, cuántos magrebíes se incorporaron en todo este período a la Península, ni exactamente a qué grupos pertenecían, aunque las fuentes mencionan

[2] E. García Gómez, *Anales palatinos del Califa de Córdoba al-Ḥakam II*, Madrid, 1967, pp. 228-232.

que en sus filas formaron gentes principalmente de las tribus Zanāta, Miknāsa, Birzāl, Ṣinhāŷa y Azdāŷa.

El número de beréberes integrados en el ejército andalusí desde finales del siglo x debió ser muy alto, dando lugar a la formación de una antipatía tremenda contra ellos entre la población andalusí, antipatía que es calificada de «rechazo natural» (*nufra ṭabīᶜiyya*) por las fuentes y que se incrementó desde el siglo XI en adelante, de lo cual existen en las fuentes literarias ejemplos bien significativos en una serie de textos escalonados hasta el siglo XIV, objeto de estudio por parte de Emilio García Gómez, quien tradujo y analizó varios de estos testimonios, publicándolos luego juntos en un libro de significativo título, *Andalucía contra Berbería*[3].

El principal aspecto de las relaciones entre al-Andalus y el Magreb a finales del siglo x y comienzos del XI es, sin embargo, el mantenimiento de un cierto dominio territorial de al-Andalus sobre el Magreb, dominio por ocupación directa de algunos enclaves, especialmente sobre Ceuta, y dominio ejercido también indirectamente a través de emires autóctonos que reconocían al Califa Omeya de Córdoba, como ocurrió con algunos emires Zanāta, tanto del bloque de los Magrāwa como de los Yafran y también con algunos emires Miknāsa. Esta intervención andalusí intentó ser contrarrestada primero por los Fāṭimíes y luego por sus sucesores en Ifrīqiya, los Zīríes. Entre ambos grupos ocurrieron multitud de episodios bélicos, sin que la balanza se inclinase definitivamente a favor de ninguno, hasta que los Magrāwa, aliados de Almanzor, se alzaron con la preponderancia desde el año 989. Desde 994, Zīrī b. ᶜAṭiyya, quedó sólo como valí de toda la zona pro-omeya, desde el Atlántico hasta el Zāb argelino. Se instaló en Uŷda, en 994, buscando un punto intermedio para regir sus dominios. Dos años después se alzó contra Almanzor, aunque mantuvo su reconocimiento teórico al Califa de Córdoba Hišām II. Almanzor destituyó a Zīrī, y envió como valí de sus territorios magrebíes al general Wāḍiḥ al-Ṣiqlabī, que se instaló en Tánger.

[3] E. García Gómez, Barcelona, 1976.

CAMBIOS DEL SIGLO XI

Almanzor murió en 1002 y su política magrebí fue continuada por su hijo y sucesor ᶜAbd al-Malik. Pronto, quizás en 1007, tomó una nueva disposición, decidiendo sustituir a los andalusíes de los puestos de control del territorio sometido en el norte de África, nombrando en su lugar a magrebíes. Así nombró gobernador de aquellos territorios a al-Muᶜizz, emir de los Magrāwa, hijo de Zīrī b. ᶜAṭiyya. El nombramiento correspondía a todo el territorio bajo control cordobés, excepto sobre Siŷilmāsa, donde venían ejerciendo como gobernadores, desde tiempo atrás, los emires también magrāwíes, Wānūdīn b. Jizrūn y su primo Fulfūl b. Saᶜīd.

Todos estos gobernadores magrāwíes, como los de otras épocas, debían enviar a al-Andalus pertrechos y tributos anuales y como garantía de esta actuación mantenían en Córdoba rehenes de su propia familia. A cambio, ᶜAbd al-Malik, rector de al-Andalus, les otorgó un acta de investidura sobre el Magreb.

Estas buenas relaciones de los Zanāta, en su facción Magrāwa, con el rector cordobés ᶜAbd al-Malik debieron promover la instalación de más contingentes de los Zanāta en al-Andalus en estos primeros ocho años del siglo XI, hasta la muerte de ᶜAbd al-Malik en 1008, además de que sabemos que también este *ḥāŷib* atendió a los Ṣinhāŷa, de los cuales cruzaron en ese tiempo a al-Andalus el grupo de los Banū Zīrī b. Manād, capitaneados por Zāwī, y que tanto destacaron en la guerra civil de al-Andalus, y cuyo papel entre las milicias ᶜāmiríes recordará luego con énfasis su pariente, el regúlo de la taifa granadina ᶜAbd Allāh en sus famosas *Memorias*[4].

El reconocimiento de estos emires magrebíes a los régulos cordobeses se manifestó también cuando, a la muerte de ᶜAbd al-Malik, en 1008, le sucedió su hermano ᶜAbd al-Raḥmān Sanchuelo al frente de los destinos andalusíes: entonces al-Muᶜizz le envió su reconocimiento y regalos, devolviéndole entonces Sanchuelo a dos hijos que tenía en Córdoba como rehenes. Al-Muᶜizz le envía por su parte un destacamento de 700 jinetes, que el segundo hijo de Almanzor recibe como apoyo necesario, pues su poder parece peligrar desde un principio,

[4] *El siglo XI en 1.ª persona*, p. 44.

mientras procura halagar a los magrebíes, por ejemplo imponiendo el tocarse con turbantes a los dignatarios andalusíes. El asesinato de Sanchuelo, en 1009, y la proclamación del Omeya al-Mahdī, desencadenó, como ya vimos, la guerra civil.

Paulatino cese de relaciones con el Magreb durante los taifas

Todavía el primer califa de la guerra civil, al-Mahdī, recibió en 1009 a una delegación magrebí de reconocimiento y de petición de ayuda, enviada por Fulfūl b. Saᶜīd b. Jizrūn al-Zanātī, que pocos años atrás había ocupado Trípoli. Pero al-Mahdī ya no pudo ayudarle contra el acoso del sobenaro de Ifrīqiya, Bādīs, de modo que los magrebíes fueron paulatinamente conscientes de que nada podían esperar de un al-Andalus cada vez más dividido y encerrado en sí mismo.

Al-Mahdī fue vencido y sustituido por Sulaymān al-Mustaᶜīn, impuesto como Califa de Córdoba por primera vez en 1009; desde entonces, aunque con un interregno, hasta su muerte en 1016, el panorama político cordobés estuvo dominado por los beréberes magrebíes. Al-Mustaᶜīn nombró gobernador de sus todavía territorios en el Magreb a ᶜAlī b. Ḥammūd al-Idrīsī, con base en Ceuta, desde donde el ḥammūdí aún le aportaba soldados. Cada vez fue apoyándose más en ellos al-Mustaᶜīn, nombrando de nuevo durante su segundo califato a ᶜAlī b. Ḥammūd gobernador de Ceuta y a su hermano al-Qāsim b. Ḥammūd gobernador de Algeciras, Tánger y Arcila, a pesar de las advertencias de sus consejeros, que veían en estos Ḥammūdíes idrīsíes la posibilidad de alzarse con sus propias reivindicaciones califales, como en efecto hicieron, cuando todavía estaban en el Magreb, para acabar de conseguir el califato de Córdoba en 1016 gracias a las milicias magrebíes, hasta perderlo en 1026, tras mantenerlo con algún intervalo.

Ya antes referimos las principales peripecias de los Ḥammūdíes y su papel califal, primero en Córdoba y luego en las taifas de Málaga y de Algeciras. Ahora recordaremos sólo, en relación con nuestro tema, que de ᶜAlī b. Ḥammūd dice muy expresivamente la crónica ya tardía del *Ḏikr bilād al-Andalus* [5] que «fue invocado [como soberano] en to-

[5] L. Molina, *Una descripción anónima de al-Andalus*, Madrid, 1982-1983, I, p. 170 y II, p. 216.

dos los almimbares de al-Andalus, Ceuta y Tánger; también fue reconocido por al-Muᶜizz b. Zīrī en Fez».

Pero con la decadencia de los Ḥammūdíes al finalizar el primer cuarto del siglo XI se fue perdiendo esta doble jurisdicción de los califas de Córdoba: primero, cuando de allí se apartaron los Ḥammūdíes, en 1026, se llevaron consigo por breve tiempo el dominio al menos teórico sobre las zonas del Magreb, junto a sus taifas de Málaga y Algeciras, las cuales acabaron perdiendo a mitad de siglo ante Granada (que tomó Málaga) y Sevilla (que tomó Algeciras). Poco a poco, las posesiones magrebíes de los Ḥammūdíes se les habían ido escapando, para ser dominadas por un Bargawāṭa llamado Suqūt o Sukūt [6], que se proclamó oficialmente soberano en Ceuta, en 1061, aunque ya desde antes actuaba a su antojo, sin apenas atender las órdenes de sus patronos Ḥammūdíes. Suqūt, en cierto modo, heredó la soberanía, más o menos, sobre todos los territorios magrebíes septentrionales que antes habían reconocido al Califato de Córdoba, aunque ese vínculo, en su pleno sentido, se hubiera roto desde el comienzo de las guerras civiles cordobesas, después de la muerte de ᶜAbd al-Malik, primer hijo de Almanzor en el poder, según implícitamente indican los *Mafājir al-barbar* [7].

Excepción hecha del nexo ḥammūdí, progresivamente debilitado, cesan, pues, las relaciones políticas y militares entre al-Andalus y el Magreb en la primera mitad del siglo XI. Dejan de pasar a la Península entonces contingentes magrebíes y no hay noticias de más tropas que crucen el Estrecho, ni siquiera en apoyo de los beréberes magrebíes que tenían en sus taifas en al-Andalus, de los cuales se desentiende también el régulo de Ceuta Suqūt. Ambas entidades, al-Andalus y el Magreb, se disgregan interiormente en taifas, a lo largo del siglo XI, hasta que se produzca la reunificación almorávide y en esa disgregación se aislan una de otra.

[6] Vallvé, «Suqūt».
[7] *Mafājir al-barbar*, ed. E. Lévi-Provençal, Rabat, 1934, p. 41.

La reunificación de los Almorávides

El nexo entre ambas orillas del Estrecho sólo se restablece con la preponderancia que fueron tomando los Almorávides, tras ocupar el Magreb, según veremos. En la reanudación de tales relaciones fue decisiva la toma de Ceuta por los Almorávides, que tuvo dos fases: la primera, en 1077, cuando un ejército almorávide logró apoderarse temporalmente de la plaza, tras dar muerte al nonagenario Suqūt; y la segunda, en 1084, cuando la conquistaron definitivamente, arrebatándosela a un hijo de Suqūt, llamado Ḍiyāᵓ al-Dawla, que entretanto la había dominado. Hasta entonces, esta dinastía bargawāṭa había actuado en realidad como una barrera entre al-Andalus y el Magreb.

En al-Andalus se había ido formando con fuerza en esa segunda mitad del siglo XI la idea de la necesidad de la unificación andalusí, como eje no sólo de la legalidad islámica, sino de la capacidad de resistir frente a la expansividad cristiana, cada vez más alarmante. Esa mentalidad reunificadora se manifiesta en muchos textos de la época, surgida como reacción a la desastrosa fragmentación en taifas [8]. Ese impulso a la unidad tuvo las características siguientes:

1. Fue aspiración que parece haber sustentado la generalidad del pueblo sobre todo.

2. Y que fue compartida por los legitimistas entre los personajes de las clases cultivadas, especialmente por los más íntegros ulemas y alfaquíes.

3. El clamor unionista fue arreciando cuando las pérdidas musulmanas de Barbastro (aunque el Islam andalusí, unido sólo para tal fin, puedo recuperarlo) y de Coimbra, ocurridas ambas en 1064, y se tornó clamor generalizado tras la conquista cristiana de Toledo, en 1085.

4. Desde una cierta fecha, coincidente con la ascensión Almorávide en el Magreb, se asocia la idea de la necesidad de un frente común islámico con la ayuda que puedan aportar los Almorávides desde el Magreb.

Un ejemplo típico de esta mentalidad andalusí que ponía en los Almorávides su salvación frente a la sentida ilegalidad de los régulos

[8] J. al-Sāmarrāᵓī, *ᶜAlāqāt al-murābiṭīn bi-l-mamālik al-isbāniyya bi-l-Andalus wa-bi-l-duwal al-islāmiyya*, Bagdad, 1986.

taifas y su incapacidad contra los cristianos lo tenemos en la actuación del gran alfaquí al-Bāŷī. Varias fuentes mencionan sus esfuerzos en pro de la unidad musulmana contra las acometidas de Alfonso VI, especialmente; así nos dice el cadí ᶜIyāḍ, al trazar su biografía [9], que al-Bāŷī falleció en Almería, en 474 de la Hégira/1081 de nuestra era, pues allí había ido en sus viajes por procurar que los régulos taifas se aprestaran a la defensa del Islam junto con los soldados de los Almorávides.

Similares posturas de condena a la fragmentación taifa y relativa claridad de ideas, según avanzaba el siglo, sobre la necesidad del recurso exterior magrebí, podemos hallarla en otros intelectuales de aquella hora, como el gran polígrafo Ibn Ḥazm, el extraordinario cronista Ibn Ḥayyān, en los notables secretarios Yūsuf b. ᶜAbd al-Barr y su hijo ᶜAbd Allāh, en ᶜUmar al-Hawzanī y en otros de relieve menor.

En las fuentes no faltan pasajes bien demostrativos de esos aspectos de la mentalidad andalusí, de su ansia de unificación y de su identificación con las estricta ortodoxia almorávide de sus comienzos. Y ello desde épocas relativamente tempranas del siglo XI; ya desde el tiempo en que Fernando I de León y Castilla cercaba Toledo contra al-Maʾmūn, en ayuda del régulo de la taifa de Zaragoza, como manifiesta un interesantísimo pasaje de Ibn ᶜIḏārī [10], cuando refiere cómo Toledo pidió treguas al rey cristiano, que exigió a cambio tan altas sumas que los toledanos hubieron de responderle: «si tantas riquezas tuviéramos, se las pagaríamos a los beréberes, a quienes llamaríamos para resolver este problema». Esos acontecimientos del cerco de Toledo por Fernando I se sitúan en 1044-1045 y si no hay trasposición de referencias al parecer se pensaba en el recurso a los beréberes magrebíes; ¿en quiénes otros, si no?

De todos modos, las etapas del recurso andalusí a los Almorávides pueden separarse en dos distintas, divididas por el hecho decisivo de la conquista cristina de Toledo, en 1985. Incluso antes de esa fecha, en la primera etapa, se fue formando en al-Andalus la idea de la necesidad de una unidad resistente islámica y se iniciaron los primeros contactos con los Almorávides, por iniciativas aisladas e individuales, a ve-

[9] *Tartīb al-madārik*, III-IV, p. 808; A. M Turki, *Polémiques entre Ibn Ḥazm et Bāǧī sur les principies de la loi musulmane*, Argel, 1975.
[10] *Bayān*, III, p. 282.

ces incluso por egoísmos, como nos cuenta el emir ʿAbd Allāh de Granada en sus *Memorias*: que su hermano Tamīm, régulo de Málaga, pidió ayuda a los Almorávides contra él, aunque ellos no le hicieron caso [11].

En la segunda etapa, la llamada a los Almorávides la protagonizaron, a pesar de sus recelos, incluso los mismos régulos de taifas de forma oficial y conjunta, encabezada la iniciativa por los régulos de las taifas de Sevilla, Badajoz y Granada, los cuales enviaron en embajada al Magreb a sus principales cadíes. El régulo de Granada, que era beréber, ṣinhāŷa, como el emir almorávide Yūsuf b. Tāšufīn, llegó a abriga la esperanza de emparentar políticamente con el almorávide, casando con él a alguna de sus hermanas [12].

Pensemos, antes de entrar en la historia de los Almorávides, que a comienzos del siglo XI partíamos de una situación de preponderancia andalusí sobre el Magreb, para llegar, a finales de ese mismo siglo, a la situación contraria: a la preponderancia magrebí sobre al-Andalus, por acción de los Almorávides, que construían un imperio. La preponderancia correspondía, pues, en estas relaciones, a la entidad que poseía una unidad estatal centralizada, capaz, a través de ello, de salvaguardar las fronteras del Islam. Unidad centralizada y «guerra santa» fueron dos ideales políticos de los Almorávides, y ello les dio, mientras pudieron mantenerlo, su supremacía sobre al-Andalus.

[11] A. Tibi en notas de su traducción del *Tibyān*, Leiden, 1986, p. 238 n. 339; p. 240 n. 355 y 356; p. 239 n. 348.

[12] *Ibidem*, p. 240 n. 359.

II

COMIENZOS DEL IMPERIO ALMORÁVIDE EN EL NORTE DE ÁFRICA

EL IDEÓLOGO IBN YĀSĪN Y EFECTOS DE SU PREDICACIÓN

Los beréberes ṣinhāŷa que nomadeaban del sur del Darᶜa al Níger volvieron a estar acosados por los negros a comienzos del siglo XI, y perdieron el control del gran centro caravanero de Awdagušt [1], enclave estratégico del emporio de riqueza que eran las rutas de comercio y su control. Venían estos beréberes de varias tribus ṣinhāŷa, desde al menos una centuria atrás, incrementando su religiosidad islámica e intentando aglutinarse frente a las acometidas septentrionales de los Zanāta y meridionales de los negros, reuniéndose ya en una confederación, hasta un cierto punto precedente de la confederación almorávide, que estará aglutinada además por un reformismo religioso. Esa confederación preexistente de los Ṣinhāŷa tenía como eje a la tribu de los Lamtūna, junto con los Banū Wāriṯ, los Gudāla y los Massūfa, entre otros. Varios de sus jeques habían peregrinado a La Meca, y así lo hizo también, hacia 1035-1036, el emir ṣinhāŷī Yaḥyà b. Ibrāhīm, quien, inflamado en su viaje de ardor religioso, se llevó consigo de regreso a su tierra a un piadoso alfaquí, llamado ᶜAbd Allāh b. Yāsīn.

Ibn Yāsīn era un riguroso ulema mālikí, que había ido a estudiar en al-Andalus, donde permaneció siete años; fue el originador espiri-

[1] J. Devisse, «Approximatives, quantitatives, qualitatives: valeurs variables de l'étude des traversées sahariennes», *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb*, ed. M. García-Arenal y M. J. Viguera, Madrid, 1988, pp. 161-203.

tual del movimiento Almorávide. Actuó como «misionero» de la ortodoxia islámica, según la interpretación de la escuela jurídica malikí. Nacido hacia los años 1015-1020, siendo, pues, bastante joven, marchó a los confines del Sáhara a predicar el Islam a los Ṣinhāŷa, y primero entre ellos a los Gudāla, a quienes pertenecía el emir Yaḥyà b. Ibrāhīm, el cual murió al poco, y su sucesor al frente de la confederación ṣinhāŷī, llamado Abū Zakariyyā', que era de los Lamtūna, ya no pudo evitar que Ibn Yāsīn, sintiéndose menospreciado, se aislara en un «convento-fortaleza» o ribāṭ.

En ese *ribāṭ* famoso, instalado por él en una isla frente a la costa ṣinhāŷí, aplicó sus normas de extraordinario ascetismo a un reducido grupo de fieles, que tomaron su nombre, «murābiṭūn»/«almorávides», de aquel *ribāṭ*, situado posiblemente a unos 500 kilómetros por encima de la desembocadura del río Senegal [2]. Desde allí empezó a irradiar su doctrina, teniendo verdadero éxito esta vez, y hacia el año 440 de la Hégira/1048 de nuestra era, los Banū Wāriṯ, Lamtūna y Gudāla, en masa, «se alzaron para proclamar la verdad, arremeter contra la injusticia y suprimir los impuestos ilegales, basándose en la Zuna, según se lo había inspirado [ᶜAbd Allāh b. Yāsīn, el cual] cuando estuvo seguro de la rectitud de los Lamtūna, de su capacidad y aliento, quiso hacerles triunfar y convertirlos en dueños de todo el Magreb», según la elocuente explicación del cronista Ibn ᶜIḏārī [3].

De este modo se produjo una nueva aglutinación de tribus ṣinhāŷíes, doblada ahora su cohesión por la realización de un proyecto de reforma religiosa, como les había predicado Ibn Yāsīn, consistente en reponer la pureza islámica de forma estricta. Muerto el primer emir de la confederación almorávide, el ya mencionado Abū Zakariyyā', Ibn Yāsīn colocó al mando del poder político a Abū Bakr, hermano del emir anterior, al que hizo reconocer incluso en Siŷilmāsa, en el año 1058. Hasta allí habían llegado por entonces los Almorávides en su expansión, con ejércitos que pasó a dirigir un primo del emir Abū Bakr, el luego famoso Yūsuf b. Tāšufīn.

[2] Bosch, *Los almorávides*, p. 57, y prólogo de E. Molina, LXX y ss.
[3] *Bayān*, IV, p. 11.

Los Almorávides conquistan el Magreb

El emir Abū Bakr b. ʿUmar al-Lamtūnī representó el definitivo apoyo político y militar a las orientaciones espirituales de Ibn Yāsīn; con él, el movimiento Almorávide, al sentirse portador de una «ortodoxia», asumió una tensión expansiva y, aprovechando la desunión tribal a su alrededor, que le daba un gran juego de alianzas y querellas, acabó imponiéndose, cuando encontró, dicho movimiento también, un rector de la categoría de Yūsuf b. Tāšufīn.

Hacia 1070 Abū Bakr nombró a Yūsuf b. Tāšufīn lugarteniente suyo, mientras él tornaba al Sáhara. Yūsuf aprovechó su mandato para ampliar su poder, tomando la acertada disposición de fundar en aquel año 10 Marrakech, dando así un carácter sedentario al Estado Almorávide, consolidando hasta allí su expansión, y disponiendo una necesaria estructura administrativa y militar, pues, como nos indica el mismo Ibn ʿIḏārī [4], compró entonces esclavos negros y envió una delegación a al-Andalus para adquirir mercenarios cristianos [5], dando a todos caballos, es decir, dotándose de escuadrones de caballería; impuso también a los judíos de su territorio una grave contribución, con la que hacer frente a sus gastos estatales; y se rodeó de una mayor pompa oficial. Por entonces, hacia 1072-1073 regresó junto a él su primo Abū Bakr, y viéndole tan instalado en el poder, temiendo que, si no, se lo arrancaría por la fuerza, se lo cedió. Yūsuf pasó a ser emir de los Almorávides.

Yūsuf continuó su expansión por el Magreb, en etapas que ahora no relataremos [6]; bástenos recordar que en 1077 los Almorávides tomaron Tánger y continuaron su expansión por la ribera mediterránea, ocupando hasta Tremecén, en 1081. Ceuta sólo pudo resistir, aislada, hasta 1084. Enfrente aguardaba al-Andalus, y ya hemos visto cómo los Almorávides eran esperados allí [7].

El principal modo que tenemos hoy de apreciar el carácter y virtudes de Yūsuf b. Tāšufīn es deducirlo de sus actuaciones. Nos resulta

[4] *Bayān*, IV, p. 23.

[5] Sobre mercenarios cristianos al servicio de los Almorávides: Serrano, Dos fetuas sobre la expulsión de mozárabes al Magreb, *Anaquel de Estudios Árabes*, II, p. 169.

[6] Sobre la expansión almorávide: Bosch, pp. 104-126.

[7] *Al-Ḥulal al-mawšiyya*, pp. 13-19; H. Kassis, «Notas históricas sobre las monedas de los almorávides», *I Jarique*, pp. 55-56.

así buen gobernante, enérgico y legalista, y en todo ello debió sobresalir, cuando se lo reconoce incluso la *I Crónica General de España*, asegurando que defendió muy bien su tierra y mantuvo a sus súbditos con justicia, sabiendo reprimir a los revoltosos [8]. Las crónicas musulmanas, por su lado, ensalzan sobre todo su religiosidad, dado a rezos frecuentes, su templanza al castigar, sus distinciones a alfaquíes y ulemas, obedeciéndoles en todo, su realismo, su esfuerzo permanente en el gobierno, su capacidad para defenderse de los enemigos: «no vivió sino para el descanso», puntualizan.

[8] *I Crónica General de España*, p. 558.

III

AL-ANDALUS LES LLAMA

Ya antes vimos cómo en al-Andalus se encendió la esperanza en los Almorávides, y cómo a partir de 1081-1082 debió empezar a recibir Yūsuf b. Tāšufīn más concretas peticiones de los andalusíes para que les auxiliara, aunque seguramente desde antes ya tenían que haberle llegado avisos y mensajes de diversa procedencia, de parte de un al-Andalus progresivamente degradado en sus estructuras estatales, militares y económicas, que le colocaron en absoluta inferioridad ante la pujanza sobre todo de Alfonso VI. Aisladamente le envió una delegación al-Mutawakkil de Badajoz, en ese 1081-1082, acosado por el rey castellano, que tres años después asoló el Aljarafe sevillano, y entonces, en lo cual hay exageración legendaria, Alfonso VI envió un mensaje retador a Yūsuf[1].

Por encima de todo, la pérdida de Toledo en 1085, decidió a los régulos de taifas a enviar una delegación conjunta al emir almorávide, como apuntamos antes, pidiéndole que viniera, aceptando sus condiciones, incluso entregarle Algeciras, y darle muestras de los mayores halagos, poniendo esta venida por encima de cualquier otra consideración particular. Los Almorávides, al acceder a esta llamada, se adornaban con el prestigio de la Guerra Santa, lo cual completaba su aureola de legalidad, ortodoxia y virtud.

Desde junio de 1086, hizo atravesar Yūsuf b. Tāšufīn el Estrecho a sus tropas, y las estableció en Algeciras, que le había cedido al-Muᶜtamid de Sevilla, previa solicitud del Almorávide, por sugerencia de

[1] Mackay-Benaboud, antes citados en p. 50, nota 7.

uno de sus secretarios, oriundo de Almería, llamado ᶜAbd al-Raḥmān b. Asbaṭ, que le advirtió sobre la versatilidad de los régulos de taifas, de quienes los Almorávides parecieron desconfiar desde el principio, pues fortificaron su cabeza de puente algecireña con cuidado, reconstruyendo sus fortalezas y llenándolas de víveres. En septiembre cruzaría Yūsuf definitivamente, y se encaminó a Sevilla, saliéndole al encuentro, obsequiosos, los régulos de Sevilla y de Badajoz. El emir Almorávide escribió a todo al-Andalus haciendo una convocatoria general de Guerra Santa, invitándoles a que se unieran a su ejército. La población entera les salía al paso, con víveres y presentes, entusiasmada.

Los Almorávides subieron hacia Badajoz, pues los cristianos recientemente habían tomado Coria. En las filas musulmanas participaban, además de los Almorávides y de los sevillanos, tropas de las taifas meridionales, con casi todos sus régulos a la cabeza: ᶜAbd Allāh de Granada, su hermano Tamīm de Málaga y al-Mutawakkil de Badajoz; se excusó al-Muᶜtaṣim de Almería de ir en persona, aunque delegó en su hijo; y acudieron también muchos arráeces de plazas menores y soldados y voluntarios.

A contener tamaño ejército bajó por su lado Alfonso VI, y hubo intercambio de misivas para fijar el día de la batalla.

El triunfo de Zallāqa/Sagrajas

La batalla se dio el viernes 12 de raŷab del año 479 de la Hégira/23 de octubre de 1086. Las crónicas musulmanas cuentan que Alfonso VI propuso celebrarla en sábado, entre los dos días de fiesta, con ardid que supo descubrir al-Muᶜtamid, el cual recibió la primera acometida castellana, y ya flaqueaba, hasta que fue auxiliado por tropas magrebíes al mando del gran general Dāwūd b. ᶜĀʾiša. La contracarga almorávide, ya dirigida por Yūsuf, ganó la victoria musulmana [2].

Existe un texto de excepcional importancia, conservado en manuscrito hasta hace relativamente poco tiempo, valorado por E. Lévi-Provençal y E. García Gómez, entre otras *Novedades sobre la batalla llama-*

[2] Lagardère, *Le Vendredi de Zallâqa*.

da de al-Zallāqa[3], y es la carta que el propio Yūsuf b. Tāšufīn escribió al soberano Zīrí de Ifrīqiya, siendo entonces los Zīríes la otra gran potencia magrebí, extendidos por la actual Túnez, donde le comunica su victoria, dándole su personal e interesantísima visión de los acontecimientos, con una implícita justificación de su intervención en al-Andalus, que de tal modo alteraba la situación internacional.

Empieza su misiva Yūsuf b. Tāšufīn contando cómo supo del predominio cristiano sobre al-Andalus, la ocupación de sus tierras, las obligaciones tributarias constantes, sin miedo a represalias, mientras recibía, en el Magreb, continuas llamadas de socorro, hasta que «hicimos cruzar el Estrecho contra el enemigo a tropas aguerridas cual leones carniceros... hasta el puerto de Algeciras... De todas partes acudía gente a ver nuestro ejército, asombrándose de su aspecto, menospreciando sus maneras y su modo [beréber] de hablar; lo único que les agradaba eran sus caballos y sus adargas... llegamos a Sevilla.... luego marchamos a Badajoz, donde permanecimos varios días, aguardando la llegada de los jefes de todos los lugares de al-Andalus... reunimos nuestros ejércitos y fuimos contra el enemigo, llegando por tierra musulmana hasta Coria —Dios la restituya al Islam—. [Alfonso VI] supo de nosotros y contra nosotros vino; acampó en la explanada de Coria, esperándonos. Le enviamos un mensaje, exhortándole a entrar en el Islam y a convertirse a nuestra Fe, o a pagar el tributo... se negó, manteniendo su insolencia. Llegamos al límite el jueves 11 de raŷab del 479/22 octubre 1086. Al día siguiente, viernes, vino contra nosotros con sus escuadrones que llenaban el horizonte... [al-Muᶜtamid fue atacado], luego un escuadrón de cristianos, denso como gran montaña o como cerrada noche, marcharon contra las tropas de Dāwūd [b. ᶜĀʾiša] y contra su campamento, y por allí se pasearon, matando a muchos... Nosotros, entretanto, desconocíamos lo que pasaba, hasta que nos vinieron a avisar, y salimos de detrás del barranco... los cristianos cargaron contra nosotros cual saetas, pero Dios fortificó nuestras plantas y confortó nuestros corazones; los ángeles estuvieron con nosotros y Dios altísimo nos dió Su ayuda; los cristianos tornaron las espaldas y salieron huyendo... [volvimos a Sevilla], capital de al-Muᶜtamid, y allí pasamos unos días, marchándonos de su lado y despidiéndonos de él, pero no con adiós definitivo».

[3] *Al-Andalus*, XV, 1950, pp. 114-124.

Segunda venida de los Almorávides en 1088

Después de su éxito en Zallāqa/Sagrajas, regresó Yūsuf b. Tāšufīn al Magreb, donde había ocurrido entretando la muerte de su heredero Sīr. Pronto se rehicieron los cristianos y volvieron con sus exigencias de parias y con sus incursiones territoriales, por Levante, donde operaba el Cid Campeador, y por la zona de Murcia, donde los castellanos instalaron una cuña en el alto castillo de Aledo, desde donde castigaban todos los alrededores. El éxito de Zallāqa no había sido en modo alguno definitivo. Especialmente gentes de Valencia, Murcia, Lorca y Baeza fueron esta vez a llamar de nuevo al emir de los Almorávides que, en persona, desembarcó en Algeciras, a mediados de junio de 1088. Envió escritos a los régulos andalusíes, convocándoles a la Guerra Santa, y volvieron a presentarse con sus mejores halagos, atavíos e impedimenta, haciendo gala, por ejemplo, el de Almería de una curiosa máquina de asedio en forma de elefante, según cuenta ʿAbd Allāh de Granada en sus *Memorias*. Ante el sitio de Aledo se pusieron de manifiesto todos los males de la situación taifa, sus divisiones, rencillas y cortos intereses, que les llevaba a recurrir alternativamente a los Almorávides y a los cristianos. Los musulmanes no consiguieron un éxito rotundo y no tomaron Aledo, sólo lograron que los cristianos mandaran tropas para ayudar a su evacuación, tras incendiarlo. Yūsuf b. Tāšufīn volvió al Magreb, en noviembre de 1088, tras enviar dos columnas a Valencia, la primera de unos 4.000 jinetes, según crónicas árabes, que procurarán abultar el número, y la segunda al mando del príncipe Muḥammad b. Tāšufīn.

Textos legales para la conquista Almorávide

Desde entonces hasta la tercera venida a Yūsuf b. Tāšufīn a la Península transcurrirán dos años, durante los cuales el emir almorávide decide intervenir en contra de las taifas y conquistarlas, incorporando al-Andalus a su imperio. Tenía a su favor, en primer lugar, a los alfaquíes y ulemas andalusíes, de la escuela jurídica mālikí, partidarios absolutos de la legalidad representada por Yūsuf. Por su parte, el emir almorávide, como hemos visto, en su piedad y ortodoxia no se movía

más que por el consejo de los jurisperitos. Y en este punto de la historia, por su consulta o bien en otros casos espontáneamente, empezaron a producirse dictámenes sobre la necesidad de la conquista almorávide de las taifas.

Entre estos textos emitidos a favor de la intervención de Yūsuf b. Tāšufīn en al-Andalus, de modo que ocupe el lugar de las taifas y se convierta en soberano de al-Andalus, conocemos los siguientes documentos, bien demostrativos de la situación [4]:

1. La petición que el ulema sevillano Abū Muḥammad Ibn al-ᶜArabī (que murió en Alejandría, cuando regresaba a al-Andalus de su viaje oriental, en 1099) elevó al califa ᶜabbāsí de Bagdad al-Mustaẓhir bi-llāh (1094-1118) para obtener de él reconocimiento de los derechos de Yūsuf b. Tāšufīn a ejercer soberanía sobre el Magreb y al-Andalus, con el título de «Emir de los musulmanes» y el sobrenombre honorífico de «Defensor de la religión» (*Nāṣir al-Dīn*).

2. El acta del mencionado Califa ᶜabbāsí, que ocupa unas 37 líneas, reconociendo los derechos de Yūsuf b. Tāšufīn, con el signo de validación del mismo al-Mustaẓhir bi-llāh. Lleva la fecha de raŷab 491/junio 1098.

3. Un escrito complementario del acta anterior, también en reconocimiento del emir almorávide, redactado por Muḥammad b. Ŷahīr, que fue visir de la corte califal bagdadí entre 1092 y 1100.

4. La petición del ulema sevillano Abū Muḥammad Ibn al-ᶜArabī al eminente ulema oriental al-Gazālī de un dictamen jurídico o fetua en pro de la intervención de Yūsuf b. Tāšufīn en al-Andalus.

5. La fetua del propio al-Gazālī, respondiendo a la petición señalada.

6. Una carta además de al-Gazālī a Yūsuf b. Tāšufīn, abundando en los argumentos de su fetua anterior.

7. Una carta del ulema oriundo de al-Andalus pero afincado en Alejandría, Abū Bakr al-Ṭurṭūšī, exhortando a Yūsuf b. Tāšufīn al buen gobierno.

Estos textos producidos en Oriente a favor de la intervención de Yūsuf b. Tāšufīn en al-Andalus fueron seguramente algo posteriores a

[4] M. J. Viguera, «Las cartas de al-Gazālī y al-Ṭurṭūšī al soberano amorávid Yūsuf b. Tāšufīn», *Al-Andalus*, XLII, 1977, pp. 341-374.

otros dictámenes favorables al emir almorávide producidos en el mismo al-Andalus y en el Magreb, y sin los cuales el piadoso emir no dio el paso de destituir a los soberanos que *de facto* regían las taifas, a pesar de que los dictámenes aludidos califican de ilegales a esos régulos, tildándoles de meros «sublevados», fomentadores de disensión, que recurrían a los cristianos, quienes aprovecharon su debilidad. Estos textos presentan luego al emir almorávide como salvador de aquella situación, para lo cual había sido incluso llamado por los andalusíes, a excepción de sus régulos, que empezaron a conspirar contra Yūsuf b. Tāšufīn, negándose a acompañarle a la Guerra Santa, diciéndole que no pertenecía a la tribu de Qurayš, a la que en puridad correspondía el imāmato, y que no era tampoco representante de un *Imām* así, a lo cual el emir almorávide replicaba que servía al Califa ᶜabbāsí, cuyo nombre soberano se invocaba en los rezos de todo su territorio.

En la consulta que eleva Ibn al-ᶜArabī, y que antes describimos como texto n.º 4, el ulema sevillano pregunta directamente al gran doctor al-Gazālī:

> «¿Se debe combatirles, pues, [a estos régulos de taifas]?, y, una vez vencidos, ¿cómo disponer de sus bienes? ¿Incurrirá el musulmán en transgresión si va contra ellos?»,

y al-Gazālī responde:

> «Obligado está [Yūsuf b. Tāšufīn] a ornar sus almimbares con la invocación al *Imām* verdadero, y aunque no le haya llegado la explícita investidura del *Imām*, o ésta se retrasase por algún impedimento, si tal gobernante [Yūsuf b. Tāšufīn] en ejercicio proclama el lema del califato ᶜabbāsí, deben todos, súbditos y autoridades, acatarle sumisos, quedando obligados a escucharle y obedecerle... Todo rebelde a la verdad, con la espada debe ser convertido a la verdad. El emir [de los Almorávides] y sus gentes tienen que combatir contra aquellos insumisos, especialmente cuando han pedido auxilio a los cristianos politeístas, sus aliados, haciéndose enemigos de Dios...

Conquista Almorávide de las taifas

Y, en efecto, por las armas los Almorávides se aprestaron a apoderarse de las taifas andalusíes. Después de que Yūsuf regresara al Ma-

greb en noviembre de 1088, los reyes de taifas se habían visto de nuevo acosados por Alfonso VI, y en vista de los tratos que seguían manteniendo con el rey castellano, tratos que reducían a la nada el alcance de las intervenciones armadas Almorávides, decidió Yūsuf b. Tāšufīn conquistar las taifas. Para ello cruzó a al-Andalus, por tercera vez, a principios del verano de 1090, por iniciativa propia en esta ocasión, aunque animado por los ofrecimientos que recibía de los súbditos andalusíes de todas partes de entregarle sus tierras. En septiembre depuso al rey taifa de Granada, mientras los reyes de Sevilla y de Badajoz le felicitaban por ello. El propio emir granadino ᶜAbd Allāh cuenta todo esto con mucho detalle en sus *Memorias*, según expusimos también al referir el final de esta taifa. Yūsuf avanzó sobre Granada, donde la población le esperaba entusiasmada y su régulo ᶜAbd Allāh tuvo que salir a su encuentro y entregarle el poder, el domingo 8 de septiembre de 1090. Un mes después, los Almorávides ocupaban la taifa de Málaga, en parecidas circunstancias a la granadina. Ambos régulos hermanos, ᶜAbd Allāh y Tamīm, de origen beréber ṣinhāŷī como Yūsuf b. Tāšufīn, fueron deportados al norte de África, con bastante miramiento. Luego regresó el emir almorávide al Magreb, y nombró a su primo Sīr b. Abī Bakr gobernador de sus territorios andalusíes, encomendándole la ofensiva que pondrá fin a los demás reinos de taifas, ofensiva en general realizada con planificación militar excelente.

Vamos ahora a recordar los hitos principales, pues otras referencias ya vimos al exponer la conquista Almorávide de las taifas. Tarifa fue ocupada militarmente en diciembre de 1090. El cuerpo principal del ejército Almorávide, al mando del general Sīr, se encaminó contra Sevilla, mientras otra sección, mandada por Abū ᶜAbd Allāh ibn al-Ḥāŷŷ, marchaba sobre Córdoba; otra, bajo las órdenes de Abū Zakariyyāʾ ibn Wasinū se dirigió contra Almería y un destacamento dirigido por Garrūr fue a atacar Ronda. Tres de estos objetivos (la capital, Ronda y Córdoba) eran de la taifa sevillana. Córdoba fue tomada el 27 de marzo de 1091; en mayo Carmona, y posiblemente Ronda; Sevilla aún resistió hasta el 7 o el 9 de septiembre de 1091. Antes de acabar aquel año, el régulo de Almería se embarcó hacia la Qalᶜat Banī Ḥammād, en el Magreb Central, y dejó su taifa a los Almorávides, que siguieron adelante por Levante, sólo detenidos por la presencia del Cid alrededor de Valencia.

Los Almorávides ocuparon por el centro Jaén, y por el oeste sólo dejaron momentáneamente a los Banū l-Afṭas en su taifa de Badajoz, pues les venían ayudando, al parecer incluso a tomar Sevilla. Pero entonces al-Mutawakkil quiso asegurarse más y pactó también con Alfonso VI, ofreciéndole incluso Santarén, Lisboa y Cintra. Hacia allí se dirigió un ejército Almorávide, que conquistó la taifa pacense, llegando hasta Lisboa en noviembre de 1094. Ya vimos el final de todos estos régulos.

Intentos y logros Almorávides de ocupar Valencia contra el Cid

Otro de los grandes peligros para al-Andalus era la presencia del Cid en Valencia, que sin tener todavía dominio directo sobre ningún territorio, controlaba bastante toda la situación levantina, obteniendo parias también de las taifas más septentrionales hasta Zaragoza. Antes de volverse Yūsuf b. Tāšufīn al Magreb, en noviembre de 1088, tras la campaña de Aledo, ya envió tropas a socorrer el Levante, pero fue después de 1091, una vez que las posiciones Almorávides en Murcia estuvieron pefectamente instaladas, cuando el general Almorávide Ibn ʿĀʾiša pudo al fin enviar más tropas, que lograron incluso introducirse en la ciudad de Valencia, en 1092. Ese destacamento Almorávide fue obligado por el Cid a retirarse de allí en septiembre de 1093, mientras apretaba su cerco, consiguiendo entrar como dueño y señor de la plaza el 15 de junio de 1094.

La crónica principal de estos sucesos, el *Bayān al-mugrib*[5], expone con claridad los esfuerzos prioritarios de Yūsuf b. Tāšufīn por tomar Valencia al Cid, concentrando en Játiva, fundamentalmente, a todas las tropas que pudo reunir, bajo el mando de su sobrino Abū ʿAbd Allāh, mientras él en persona se instalaba en Ceuta, para mejor controlar el paso de un nuevo «ejército de Levante», llegado a la Península a mediados de septiembre de 1094, y que en el otoño de ese año fue derrotado por el Cid en Cuart de Poblet de forma espectacular.

Yūsuf b. Tāšufīn siguió empeñado en esta empresa. Mandó más tropas y cambió de general, encomendando la misión primero a Abū

[5] *Bayān,* IV, pp. 33-34.

l-Ḥasan ᶜAlī b. al-Ḥāŷŷ, que desde Játiva siguió con tentativas inútiles. Hasta que murió el Cid, el 10 de julio de 1099, y Valencia resisitó aún tres años más, hasta que a finales de agosto de 1101, los Almorávides, mandados por el emir Mazdalī, apretaron el cerco durante siete meses entrando victoriosos finalmente en su más dura presa andalusí. Desde el 5 de mayo de 1102, los Almorávides podían continuar desde Valencia conquistando el resto de al-Andalus, y así lo hicieron.

Cuarto y quinto viajes de Yūsuf b. Tāšufīn a al-Andalus y proclamación de su heredero en Granada

Yūsuf b. Tāšufīn había cruzado a la Península, por cuarta vez, en 1097, y aquí permaneció durante la segunda mitad del año, ocupado como siempre en la Guerra Santa: preparó una expedición por tierras toledanas, otra de sus grandes obsesiones, y sus ejércitos lograron la victoria de Consuegra, el 15 de agosto de 1097. Alguna crónica [6] cuenta que el mismo Yūsuf había comparado la Península con un águila: su cabeza, Toledo [ya perdida]; su pico, Calatrava; su pecho, Jaén; sus garras, Granada, capital Almorávide de al-Andalus, pues Córdoba resultaba demasiado adelantada y expuesta, más lejana de las bases magrebíes; las alas del águila eran, respectivamente, el Algarve y el Levante. Todo un símbolo de su visión de al-Andalus.

En el año 1102-1103 pasó Yūsuf por quinta y última vez a la Península, para hacer proclamar en la capital Almorávide de al-Andalus a su hijo ᶜAlī como heredero, con el concurso del general ᶜAlī b. al-Ḥāŷŷ, ayuda que necesitaba porque no se guardaba la primogenitura en esta designación, lo cual ocasionó algún problema sucesorio. Esta proclamación ocurrió en septiembre de 1103. Antes había sido ya ᶜAlī jurado heredero en Marrakech, la gran capital de los Almorávides. El nombre de ᶜAlī figura con el título de «emir» en monedas acuñadas en Córdoba, desde el año 1103-1104. Se conserva una transcripción cronística del acta de proclamación como heredero de ᶜAlī, cuyo pulido texto fue redactado por el visir y alfaquí Abū Muḥammad b. ᶜAbd al-Gafūr, y en él se explica, incluso, cómo Yūsuf b. Tāšufīn «ha encontrado en su

[6] *Al-Ḥulal al-mawšiyya*, pp. 63-64.

hijo, el excelso emir Abū l-Ḥasan ᶜAlī la mayor adecuación y ánimo para ser encumbrado, la mayor nobleza natural, el mayor aliento de fuerza, y le ha nombrado sucesor suyo en la grey que tiene a su cuidado, llamándole para dicho puesto tras consultarlo con gente de criterio, próximos y lejanos, que demostraron satisfacción lo mismo que él, y le eligieron como él lo había elegido, y le consideraron el más capaz de regir lo que tendría que regir [7]».

Últimas directrices de gobierno de Yūsuf b. Tāšufīn

Todavía el camino por Levante no resultaba expedito para que los Almorávides subieran a la conquista de las taifas de Zaragoza, Lérida y Tarragona, Albarracín y Alpuente, pero se pusieron a ello en cuanto pudieron. Por de pronto, en 1103, cuando la proclamación como heredero de ᶜAlī, el régulo de Zaragoza al-Mustaᶜīn envió una importante delegación con un regalo grandioso, entre otros catorce arrobas de vajilla de plata en que aparecía grabado el nombre del gran régulo zaragozano al-Muqtadir. Y Yūsuf ordenó fundirla para acuñar moneda menuda, que distribuyó la noche de la Fiesta de los Sacrificios del año 497/septiembre de 1104, a todas las categorías de Almorávides [8]. Querían los régulos zaragozanos avenirse con los Almorávides y evitar su fin, pero se les adelantó Alfonso I el Batallador, entrando en Zaragoza en 1110.

Al designarle sucesor, impuso Yūsuf a su hijo ᶜAlī como condición que se ocupara preferentemente de al-Andalus, que alzara un ejército de 17.000 jinetes y los distribuyera así: 7.000 para Sevilla, 1.000 para Córdoba, 1.000 para Granada, 4.000 para Levante, y el resto a las fronteras.

Bastantes letrados de al-Andalus, antiguos servidores de las cortes de taifas, ocuparon también altos cargos administrativos con los Almorávides, cuya época, pese al rescoldo de la cultura taifa, ya no fue lo que era, aunque destacaron figuras de la talla de Ibn al-Qaṣīra, Šurayḥ al-Ruᶜaynī y otros [9].

[7] *Al-Ḥulal al-mawšiyya*, pp. 63-64; *Iḥāṭa*, II, pp. 518-520.

[8] *Bayān*, IV, p. 43.

[9] C. Álvarez de Morales, «Ibn al-Qaṣīra» y M. J. Viguera, «Un sermón político», *cfr.* Molina, prólogo a *Los Almorávides* de Bosch, p. 74.

IV

El SEGUNDO EMIR ALMORÁVIDE DE AL-ANDALUS, ᶜALĪ B. YŪSUF

Personalidad del nuevo emir

Abū l-Ḥasan ᶜAlī, hijo de Yūsuf b. Tāšufīn, fue proclamado soberano en Marrakech, el 2 de septiembre de 1106, a la muerte de su padre, que así lo había dispuesto unos años antes al nombrarle sucesor. ᶜAlī había nacido en Ceuta, en 1084; tenía, pues, veintidós años cuando accedió al trono, elegido para ello por sus cualidades personales, que le hicieron destacar sobre sus hermanos —según dice el acta de su proclamación como heredero—, alzándose contra su toma del poder un sobrino, Yaḥyà, en Fez, al que redujo ᶜAlī sin demasiada dificultad antes de terminar el año 1106.

Se tituló, como su padre, «emir de los musulmanes», con la teórica sumisión al califa ᶜabbāsí de Bagdad que los mismos soberanos Almorávides a sí mismos se impusieron y que tanto les sirvió como respaldo legal.

Era hijo del matrimonio de su padre con una esclava cristiana llamada Fāᵓiḍ al-ḥusn («Dechado de belleza»).

Tuvo por visir a Yīntān b. ᶜUmar y después, ya al final de sus días, a Isḥāq b. Yīntān. Sus hijos fueron: Tāšufīn, que le sucedió en el trono; Abū Bakr, a quien su padre hubo de mantener encarcelado en Algeciras, hasta que le sobrevino la muerte; Tamīm; Ibrāhīm, que hizo la peregrinación a la Meca; Isḥāq, que se sublevó contra su sobrino Ibrāhīm, cuando éste accedió al final al trono Almorávide magrebí, en su estertor final; Dāwūd; dos ᶜUmar, naciendo el segundo después del fallecimiento del primero; Mazdalī, el hijo menor; Bārān; Yīntān y Sīr, a quien primero designó heredero, hasta su muerte en 1138.

Las crónicas suelen trazar de ᶜAlī una semblanza positiva, destacando su religiosidad, su caridad, inteligencia y conocimientos jurídicos, su forma de honrar a los ulemas y alfaquíes, aunque alguna referencia sobre su poco apego al imperio y sus tendencias ascéticas no dejan de ser significativas. Poco a poco, el Estado Almorávide empezó a naufragar.

Dos épocas distintas hay en su reinado: los primeros quince años son ascendentes, llegando los Almorávides a su máxima altura. Durante ellos vino ᶜAlī cuatro veces a la Península, y la actividad fue continua, con gran porcentaje de éxito guerrero; pero al final de ese período, los Almorávides se muestran incapaces de superar tres retos: el de la Reconquista, sobre todo ante el empuje de Alfonso I el Batallador; el del descontento y adnimadversión de los andalusíes, que se sienten oprimidos (sublevación de Córdoba, en 1121); y el ataque de los Almohades, que surgen en el Magreb contra ellos y desde posiciones ideológicas empiezan a restarles tierras magrebíes. Alguna crónica nos muestra entonces a ᶜAlī desentendido del gobierno, retirado en su alcázar de Marrakech, incapaz de enfrentar los graves problemas de una forzada estructura Almorávide que, pese a todo, «debía» ser ortodoxa y combatiente, prueba de imagen que les resultó fatal [1].

Primeros problemas entre Almorávides y andalusíes

Desde el principio, la administración Almorávide recaía en secretarios andalusíes, en una gran parte del elenco culto existente, por larga tradición, en suelo de al-Andalus, y en lo cual sacaba ventaja al todavía menos culto Magreb. Ese recurso a letrados andalusíes se intensificó, al parecer bajo el emirato de ᶜAlī, a cuyo alrededor encontramos al gran estilista Abū Bakr Muḥammad Ibn al-Qabṭurnu, al secretario Muḥammad b. Abī l-Jiṣāl, autor de cartas consideradas modélicas por la posteridad [2], junto con su hermano Abū Marwān, a quien sin embargo el emir Almorávide destituyó, enojado, cuando le encargó escribir al

[1] *Muᶜŷib*, pp. 122-128; *Iḥāṭa*, I, pp. 119 y 454-455; Ibn al-Qaṭṭān, *Naẓm*, pp. 5-9, 13 y ss. 14 y 227-228.

[2] Cartas de Ibn Abī l-Jiṣāl, cfr. Molina, prólogo, p. LVII.

ejército de Valencia, derrotados por Alfonso I el Batallador, y Abū Marwān entonces les envió una terrible epístola, diciendo atrocidades de los Almorávides, así:

> Hijos de madre vil, huís como asnos salvajes; ¿hasta qué punto el que os critica deberá constatar vuestra falsía y un sólo caballero recusaros? ¡Ojalá encontrárais en la traba de vuestros caballos ovejas con su ordeñador! ¡Ha llegado el momento en que os vamos a dar largo castigo, en que ningún velo seguirá tapándoos la cara, en que os echaremos a vuestro Sáhara y en que lavaremos al-Andalus de vuestas secreciones! [3].

Este texto terrible, dirigido por un hombre de cálamo a los hombres de espada, por un subordinado a los dueños del imperio, por alguien que sin embargo se sentía andalusí superior ante magrebíes menos pulidos, indignado por las prerrogativas que los Almorávides disfrutaban en al-Andalus, por sus diferenciaciones, como el velarse la cara con un velo *(liṯām)* que llegó a simbolizarles y a irritar a los andalusíes por la preeminencia que «los velados» lograban.

No sólo con los andalusíes musulmanes empezaron las relaciones a deteriorarse, sino también con los andalusíes cristianos, a los cuales suele llamarse, por extensión «mozárabes», y de los cuales hemos hablado en las páginas iniciales de este libro. Ya en tiempos de Yūsuf b. Tāšufīn debió haber fricciones importantes, entre estos cristianos de al-Andalus y los Almorávides, materializadas en el derribo de una iglesia en Granada, en 1098-99. En 1125, los cristianos andalusíes ayudaron a Alfonso I en su famosa expedición de aquel año por tierras andaluzas. Para informar de todo ello al emir Almorávide marchó el cadí de Córdoba, Abū l-Walīd ibn Rušd, abuelo del filósofo Averroes, hasta la capital de Marrakech «y le explicó la situación de al-Andalus, y todas las calamidades que habían pasado por culpa de los cristianos, y cuánto les habían perjudicado por hacer que acudieran los cristianos [de Alfonso I], lo cual suponía que habían quebrantado el pacto que tenían con los musulmanes, saliéndose así del estatuto que protegía sus derechos, por lo cual él [Ibn Rušd] había emitido una fetua dictaminando

[3] *Muʿŷib*, pp. 123-127.

que fuesen expatriados»[4]. Y, en efecto, en septiembre-octubre de 1126, gran número de cristianos andalusíes fueron deportados al Magreb.

ᶜALĪ RIGE AL-ANDALUS DESDE EL MAGREB, APOYADO POR LOS ALFAQUÍES

Informado el emir Almorávide por el cadí de Córdoba Ibn Rušd de los graves sucesos acaecidos en al-Andalus por la incursión de Alfonso I el Batallador, con la colaboración de los cristianos andalusíes, que habitaban paredes por medio con los andalusíes musulmanes y los Almorávides, reaccionó enseguida enviando una enérgica carta en que se manifiesta decidido a enmendar la situación y a controlarla. Parece texto muy general, que deja a las autoridades andalusíes decidir sobre las medidas oportunas a tomar[5]. No podía ᶜAlī, por entonces, hacer más, pues en ese año de 1126, en que ocurrieron estos hechos en al-Andalus que motivaron el viaje de Ibn Rušd a Marrakech y la carta de ᶜAlī se hallaban precisamente los Almorávides del Magreb muy absorbidos por el enfrentamiento contra ellos del pujante movimiento almohade, que acabará derrotándoles y sustituyéndoles. Algo más pudo hacer, desde su distancia, ᶜAlī: empezar a enviar a al-Andalus a sus hijos como gobernadores; en 1126 dos de ellos, al menos, así ejercen: Ibrāhīm, en Valencia, y Abū Bakr en Sevilla.

Contaba también ᶜAlī con la colaboración estrecha de los alfaquíes mālikíes, subiendo la escuela de Mālik entonces hasta cotas de poder altísimo, acaparando de forma absoluta las acitividades; tanto que llegaron a condenar y a quemar públicamente la obra del pensador oriental al-Gazālī o Algacel, especialmente la titulada *Revivificación de las ciencias religiosas*, que propugnaba la conveniencia de interpretar indivudualmente los textos doctrinales. La escolástica mālikí no quería permitir tantas libertades[6].

[4] *Iḥāṭa*, I, pp. 119; Serrano, art. cit. en n. 9 de nuestra Presentación a este libro.
[5] 'A. W. Ben Mansur, *Waṯā'iq*, Rabat, 1976, I, p. 167.
[6] D. Urvoy, *Pensers d'al-Andalus. La vie intellectuelle à Cordone et à Seville au temps des Empires berbéres*, Toulouse, 1990.

El éxito Almorávide en Uclés

A poco de haber accedido ᶜAli al trono Almorávide, cruzó el estrecho y en Algeciras recibió el homenaje de acatamiento de sus súbditos andalusíes. Dio las normas de gobierno principales y tornó al Magreb, donde bastantes problemas le reclamaban. Ese breve viaje ocurrió en el verano del año 1107.

Impulsó ᶜAlī entonces la campaña contra los cristianos, iniciada en marzo-abril de 1108, y seguramente dirigida por el gobernador Almorávide de Granada Tamīm, hermano del soberano Almorávide, aunque otros gobernadores acudieron con sus tropas también, como Ibn Abī Ranqà de Córdoba, Ibn ᶜĀʾiša de Murcia e Ibn Fāṭima de Valencia, dirigiéndose contra el castillo de Uclés. Alfonso VI envió a su hijo Sancho a defender el castillo, junto con Álvar Fáñez y García Ordóñez «el Boquituerto», que empezaron cargando contra las tropas cordobesas, poniéndolas en fuga; pero el resto del ejército musulmán contraatacó, venciendo a los cristianos, con gran mortandad. Murió incluso el infante Sancho, escapado junto con otros ocho cristianos, dispuesto a refugiarse en el castillo de Belinchón, donde tenían súbditos musulmanes mudéjares, a los que pidieron acogida, pero les dieron muerte. Uclés fue ganada por los Almorávides en mayo de 1108. El triunfo fue muy importante para el Estado Almorávide andalusí y decidió su próxima ofensiva, de mayor ambición [7].

El emir ᶜAlī dirige la campaña contra Talavera y luego contra Portugal

Con ánimo de aprovechar el éxito de Uclés emprendieron los Almorávides su campaña del año siguiente. El emir ᶜAlī vino en persona a al-Andalus para dar a la empresa el mayor realce. Con un gran ejército atacaron Talavera, el 12 de agosto de 1109, y dos días después entraron por la fuerza en la ciudad. El famoso cadí de Córdoba Ibn Ḥamdīn también participó destacadamente. Después los musulmanes

[7] A. Huici, *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas (Almorávides, Almohades y Benimerines)*, Madrid 1956.

tomaron el castillo de Canales y se acercaron a Toledo, en plenitud de euforia, aunque sin esperanzas de tomarlo.

ᶜAlī tornó al Magreb.

Los Almorávides obtuvieron otro éxito al año siguiente, con la toma de Zaragoza. Capital hasta entonces del reino taifa más importante del valle del Ebro, el gobernador de Valencia, Muḥammad b. al-Ḥāŷŷ, tomó posesión de la ciudad el 31 de mayo de 1110. Poco más de ocho años pudieron tan sólo conservar la plaza los Almorávides, que no aguantaron las acometidas de Alfonso I el Batallador, que en aquella primera mitad del siglo XII desmanteló por completo la que fuera «Marca Superior» de al-Andalus [8]. Estos avances cristianos minarán poco después el prestigio Almorávide y, junto a otros factores de descontento, terminarán con su dominio en al-Andalus.

A pesar del éxito logrado en su campaña de Talavera, no volvió ᶜAlī a al-Andalus hasta el verano del año 1117. Es curioso constatar cómo, a pesar del aliento de su anterior aceifa, no había podido volver a impulsar personalmente las campañas andalusíes de sus ejércitos ni apuntarse directamente sus éxitos. Cuando tornó, ocho años después, la situación para las tropas Almorávides ya no era tan boyante y, aunque marchó con todos los soldados que pudo contra Coimbra y la tuvo cercada veinte días, no logró tomarla, retornando a Sevilla.

Entre 1119-1121 pasó ᶜAlī a al-Andalus por cuarta vez, sin que tuviera como objetivo principal entonces emprender aceifa ninguna contra los cristianos. Vino a reducir la rebelión del pueblo de Córdoba contra los Almorávides, pues se habían alzado por desmanes cometidos por gentes del entorno del gobernador Abū Yaḥyà ibn Ruwāda. ᶜAlī, tras el dictamen de los alfaquíes, reconoció la razón de los cordobeses y éstos volvieron a la obediencia.

Los Almorávides, a la defensiva

Tras la campaña de Alfonso I el Batallador por todo al-Andalus, desde Zaragoza en adelante, pasando por cerca de Valencia, Alcira, Denia, Murcia, Guadix, Granada, Luque, Baena, Écija, Cabra, Córdoba y

[8] M. J. Viguera, *Aragón musulmán*.

Salobreña, durante quince meses de 1125-1126, las autoridades Almorávides decidieron restaurar y reforzar las murallas de al-Andalus. En Granada, gobernada entonces por un nieto de Yūsuf b. Tāšufīn, el impuesto con que se obligó a las gentes a pagar las obras y otros sucesos que se derivaron de esto, provocaron tumultos y reclamaciones. El hecho de que estas alteraciones se ocasionaran de cuando en cuando pone de manifiesto la disconformidad creciente de al-Andalus con sus gobernadores Almorávides.

En medio del caos en que parece sumido por aquellas fechas el poder Almorávide decidió ʿAlī una medida oportuna y que sin duda contuvo en al-Andalus la crisis: fue el nombramiento de su hijo Tāšufīn —que luego será sucesor en el emirato Almorávide— como gobernador de Granada y de Almería, en el año 1129. A estos gobiernos sumó el de Córdoba, el año 1131, destituyendo de allí a su primo ʿAbd Allāh b. Ganūna.

Las crónicas nos mencionan las acciones acertadas de Tāšufīn en al-Andalus, casi siempre de tono militar, aunque alguna noticia se refiera a la administración civil o reconstrucciones, siempre tan alabadas, como cuando ordenó reparar la noria sobre el río Guadalquivir en Córdoba. Su primera campaña fue contra Aceca, en agosto de 1130, que tomó, con la esperanza siempre puesta en la inaccesible Toledo. Derrotó también a los ejércitos cristianos cerca de Alcázar de San Juan, en 1136-1137, y a continuación en Escalona, entrando en la plaza por la fuerza, matando a sus defensores y llevándose cautivos y botín a Córdoba, que ya se sentía agobiada por las acometidas de Alfonso VII [9].

ÚLTIMOS QUEBRANTOS DEL PODER DE ʿALĪ Y SU MUERTE

Un cronista oriundo de Marrakech, ʿAbd al-Wāḥid, aunque en línea algo exagerada y tópica, ha sabido señalar con emocionada concisión los principales fallos de la situación deteriorada en que llegó a

[9] E. Díaz y P. Molina, «Las campañas de Alfonso VII en Andalucía: un precedente de la conquista de Córdoba», *Actas V Coloquio Int. Historia Medieval de Andalucía*, Córdoba, 1988, pp. 53-70.

encontrarse el poder Almorávide [10]: por una parte, la disconformidad creciente de sus súbditos, y, además, la propia inhibición final del emir ᶜAlī ante los asuntos; y, para remate, el triunfo del movimiento de los Almohades; dice así este cronista:

> la situación del emir de los musulmanes sufrió un grave quebranto: casos terribles fueron apareciendo en sus dominios, porque los altos personajes almorávides se hacían independientes en sus comarcas, pretendiendo autoridad absoluta, y así llegaron a proclamarlo, anunciando cada uno ser mejor que ᶜAlī, el emir de los musulmanes, y más digno que él del Poder. Las mismas mujeres adquirieron prerrogativas e intervenían en los asuntos, y las más destacadas de las tribus Lamtūna y Masūfa daban protección a cualquier provocador, malvado, bandido, dueño de taberna o de burdel. Mientras, el descuido de los musulmanes crecía y su debilidad aumentaba; estaba satisfecho ᶜAlī con ejercer de nombre como emir de los musulmanes y en recoger el producto de los impuestos. Afecto como era a la devoción y al ascetismo, pasaba en prácticas devotas las noches y en ayunos los días, descuidando los asuntos de sus súbditos por completo. Por esto, muchas de las regiones de al-Andalus rompieron con él, y a punto estuvo al-Andalus de volver a [taifas] como estaba antes, sobre todo desde que empezó la predicación del Mahdī almohade ibn Tūmart, en el Sūs, el año 515/1121-1122.

También fue problemático el nombramiento de sucesor. ᶜAlī había designado primero su hijo Sīr, que fue jurado en Córdoba el año 1128, oponiéndose a tal designación el primogénito Abū Bakr. Pero Sīr murió en 1138 y la opinión general impuso la designación de Tāšufīn, el alabado gobernador de al-Andalus, aunque una mujer de ᶜAlī insistía e intrigaba para que el emir designara a otro de su hijos, para colmo menor de edad.

Los acontecimientos al final se precipitaron. ᶜAlī enfermó y falleció en Marrakech, el 24 de raŷab del año 537 de la Hégira/11de febrero de 1143. Hasta tres meses después no se hizo pública su muerte, al estar tan mal la situación. Le sucedió su hijo Tāšufīn.

[10] *Muᶜŷib*, pp. 127-128.

V

TĀŠUFĪN, TERCER Y ÚLTIMO EMIR ALMORÁVIDE DE AL-ANDALUS

Su personalidad, actos y trágico final

Abū Muḥammad Tāšufīn, hijo de ᶜAlī b. Yūsuf b. Tāšufīn, tercer y último emir Almorávide de al-Andalus, accedió al trono del decaído imperio, todavía capitalizado en Marrakech, inmediatamente después de la muerte de su padre, en 1143, conforme al nombramiento de sucesor otorgado a su favor cinco años antes. Había tenido un buen entrenamiento en los asuntos de gobierno, durante los nueve años que pasó al frente de Granada y de Almería, luego también de Córdoba, desde donde protagonizó la política Almorávide frente a Castilla. Desde que fuera nombrado sucesor, en 1138, se trasladó al Magreb, donde llevó el peso de la política Almorávide frente al creciente movimiento de los Almohades.

Parece haber demostrado entonces en sus empresas, especialmente en al-Andalus, buena capacidad de gobierno y dotes militares; además supo hacer reconocer sus aptitudes por sus súbditos y lograr su estimación. Las crónicas [1] le alaban por valiente, por actuar siempre conforme a la Ley Canónica, por sus inclinaciones religiosas, rayando el sufismo, por su caridad, sencillez y justicia. Pero fue retirado de al-Andalus para cumplir como presunto heredero en el Magreb, cuando quizás sólo él hubiera podido hacer frente a la sublevación andalusí contra el mal gobierno Almorávide y a la política ambiciosa de Alfonso VII de Castilla y de Alfonso I de Aragón, que, apoyando la rebeldía

[1] *Iḥāṭa*, I, 456-462; *al-Ḥulal al-mawšiyya*, pp. 100-109; *Muᶜŷib*, p. 148.

de los señores y los caciques de al-Andalus fomentaron la aparición de un nuevo «período de taifas», aunque a menor escala que el anterior, y al que vinieron a poner fin los Almohades, con su próxima conquista de al-Andalus también.

No pudo pasar a al-Andalus Tāšufīn en los dos años que ejerció como emir de los musulmanes, pues hubo de dedicarse por entero a luchar contra los Almohades, cuya ofensiva ya no pudo resistir, pereciendo en batalla contra ellos, el 24 de marzo de 1145.

Dos soberanos más ocuparon el trono Almorávide en el Magreb a continuación, y de un modo casi puramente nominal, pues casi no quedaba imperio: Ibrāhīm, hijo de Tāšufīn, que era niño aún cuando sucedió a su padre y que fue depuesto enseguida por su tío Isḥāq b. ᶜAlī, quien no tenía más que quince o dieciséis años. En esta situación los Almohades acabaron por tomar la capital de Marrakech, el 24 de marzo de 1147, mataron a los miembros de la familia reinante y se alzaron con todo el poder magrebí, tras apoderarse de Tánger y de Ceuta, entre mayo y junio de 1148. Así tuvieron del todo abiertas las puertas del Estrecho hacia al-Andalus, que pasaron sistemáticamente a incorporar.

VI

LAS TAIFAS POSTALMORÁVIDES

La caída del estado Almorávide y su fragmentación

Al reducirse los efectivos militares Almorávides en al-Andalus, pues se necesitaban en el Magreb, la gente de al-Andalus empezó a alzarse contra las autoridades y soldados Almorávides que aún quedaban en la Península, expulsándolos y exterminándolos. Esta situación de rebeldía, al principio más o menos localizada y controlada, se origina en los últimos años del emirato de ʿAlī, el segundo soberano Almorávide de al-Andalus, y va progresivamente extendiéndose y volviéndose indominable hasta que desaparece la dinastía, en el Magreb, en 1147, aunque desde antes ya se les había retirado la obediencia en casi todo al-Andalus y sólo algunos haces de soldados mantenían algún rescoldo de dominio, por ejemplo en Córdoba, hasta que la ocuparon los Almohades.

Se ha llamado a esta época de la historia andalusí «segundos reinos de taifas», y el nombre sirve para designar la nueva fragmentación del poder, que ahora se reparte entre varios señoríos independientes, aunque estos señoríos no alcanzaron la extensión ni territorial ni cronológica de los surgidos cuando la extinción del Califato Omeya, ni tampoco su aparato de poder ni su brillo cultural.

En 1144 ocurrió el primer gran ataque directo contra los Almorávides, inspirado por Ibn Qasī, que desde 1142 al menos manifestaba contra ellos una sorda rebeldía en el Algarve. Estas segundas taifas duran sólo un promedio de tres o cuatro años, pues en 1145 ó 1146 se empieza a reconocer en algunas zonas obediencia nominal al Califa Almohade, siendo su toma de Sevilla en enero de 1148. Y así un nue-

vo Estado centralizado, también exterior, comienza a aglutinar las divisiones andalusíes. Pero asimismo es cierto que en otros lugares la inicial sublevación frente a los Almorávides se trocó en rebeldía mantenida también frente a los Almohades, como fue el caso, sobre todo, de Ibn Mardanīš en Levante, y de los Banū Gāniya en las Baleares.

Al-Andalus volvió a fracionarse, cuando mediaba el siglo XII, en muchos señoríos independientes, cuyo cuadro general así resulta, con la mención de los más importantes, señalados por las fuentes, pues habría otras autonomías menos destacadas, de las que apenas ha quedado referencia [1].

Mértola, alzada en autonomía en 1044 con Aḥmad b. Qasī, que controló cada vez más la situación del Algarve, donde operaban otros jefes locales, como ᶜUmar b. Abī Ṭūṭ en Tavira, Labīd b. ᶜAbd Allāh en Santarém y Abū Muḥammad Sidrāy o Sidrātī b. Wazīr que, además de Badajoz, dominó en Beja, Évora y Silves, plaza esta última en que también dominó Muḥammad b. al-Munḏir. En Badajoz llegó a hacerse con el poder también Muḥammad b. ᶜAlī b. al-Ḥaŷŷām, que murió en 1153. Las Baleares venían constituyendo un núcleo aparte, con los Almorávides Banū Gāniya allí, desde 1126, y hasta 1203. En Cádiz se volvió contra los Almorávides su almirante ᶜAlī b. ᶜĪsà b. Maymūn, que proclamó a los Almohades, desde 1145-1146. En Córdoba se alzó su cadí Ibn Ḥamdīn, en 1145, pero no pudo evitar que recuperaran la ciudad los Almorávides, hasta que en 1148 entraron los Almohades. Dardūš se independizó en Carmona. Un tal Ibn Marwān en Constantina y Hornachuelos. Ahyal o Ibn ᶜAlī en Ronda, donde también dominó Abū l-Qamar b. ᶜAzzūz, llamado en otras fuentes al-Gamr, o incluso Ibn Garrūn, señor de Jerez y Arcos. Ibn Malḥān o Ibn Malŷān se rebeló en Guadix, lugar que otras fuentes dicen estuvo regida por Azkaš. Ibn Miqdām fue el régulo de Purchena. Granada pasó por distintos episodios, pero en ella entró Zafadola Ibn Hūd, reconocido tam-

[1] Ibn al-Jaṭīb les dedicó bastante atención en sus *Aᶜmāl*, pp. 248-265; también *Muᶜŷib*, pp. 149-151, y algunas fuentes Almohades, como al-Bayḏaq, pp. 125-126; además de Ibn al-Abbār, hay que ver también Ibn Jaldūn, *ᶜIbar*, IV, pp. 233-235; sigue vigente F. Codera, *Decadencia y desaparición de los Almorávides en España*, Zaragoza, 1899; H. E. Kassis, «Les taifas almoravides», y algunas otras contribuciones al *II Jarique*; Guichard, *Les musulmans de Valence*, I, pp. 101-124.

bién en otros lugares, hasta su muerte en febrero de 1146. Yūsuf al-Biṭruŷī o al-Wahbī fueron régulos de Niebla. Jaén fue regido por Ibn Hamušk, hasta que se declaró obediente de Ibn Mardanīš de Murcia. En Málaga se mantuvo independiente Ibn Ḥassūn, desde 1145 a 1153. Abū ᶜAbd Allāh ibn Maymūn se alzó en Almería, donde luego se proclamó a Ibn al-Ramīmī. El Levante proclamó a Ibn ᶜAbd al-ᶜAzīz, luego a Ibn ᶜIyāḍ «emir del Levante de al-Andalus», y el mando pasó luego a Muḥammad b. Mardanīš, que puso en Murcia su capital, y se mantuvo desde septiembre-octubre de 1147 hasta 1172, como una pesadilla para los Almohades. Las fuentes citan a algunos otros régulos de las taifas de este momento, y dan al menos sus nombres: Aḥmad b. Ḥaŷar, al-Šakiyānī y Murīn al-Dābir, cada uno con su historia y con su soberanía, aunque no sepamos de ellos mucho más.

Ibn Qasī, régulo principal del Algarve

Abū l-Qāsim Aḥmad b. al-Ḥusayn b. Qasī resulta ser personaje especial, lleno de pretensiones religiosas y místicas. Había sido almojarife en Silves, hasta que se reveló su vocación y repartió en limosnas toda su hacienda, construyendo un convento o rábida en los alrededores de Silves, aglutinando a sus adeptos, llamados «novicios» o *murīdūn*, con los cuales preparó su alzamiento contra los Almorávides, titulándose *Mahdī*. Desveló su revuelta armada apoderándose de Mértola, en septiembre de 1144. Sus adeptos espirituales se extendían por casi todo el Algarve. Luego otros régulos de la región, que al principio le habían seguido, como Ibn Wazīr de Silves y su hermano en Beja, se le apartaron, enviando su reconocimiento a Ibn Ḥamdīn de Córdoba. Ibn Qasī llegó a perder Mértola, y entonces partió a entrevistarse con el Califa Almohade ᶜAbd al-Muᵓmin, en septiembre-octubre 1145, tornando Ibn Qasī a al-Andalus auxiliado por tropas Almohades, las primeras que pisaban suelo andalusí. Sin embargo, Ibn Qasī aún les retiró su reconocimiento a los Almohades, en 1150 ó 1151, queriendo aliarse entonces con el rey de Portugal, pero la gente de Silves se alzó y dio muerte a Ibn Qasī, en agosto-septiembre 1151. Hasta 1157 o principios de 1158 no completaron los Almohades su dominio del Algarve.

Las fuentes cuentan detalles muy pintorescos de la personalidad de Ibn Qasī, resultando bastante desprestigiado, por hacerse de él fama

que realizó la peregrinación a La Meca en una sola noche, que inspiraba en secreto lo que quería o que un fondo sobrenatural le proveía de dinero. Fue autor de libros místicos, como el titulado *Jalᶜ al-naᶜlayn* («El descalzamiento») [2].

Córdoba y el discutido poder local del cadí Ibn Ḥamdīn

Aḥmad b. Ḥamdīn al-Taglibī descendía de un conquistador árabe que llegó a al-Andalus con las tropas de Balŷ, a mitad del siglo VIII, estableciéndose su familia en Pego de Granada. Aḥmad fue nombrado cadí de Córdoba, después de que ejerciera el cargo un hermano suyo, en 1134-1135; al cabo lo depuso el emir ᶜAlī. Luego ejerció el cadiazgo Abū l-Walīd ibn Rušd, contra quien se alzaron los cordobeses, y Aḥmad b. Ḥamdīn calmó entonces aquella revolución, aunque un año quedó Córdoba sin cadí, hasta que el emir les permitió elegir a Ibn Ḥamdīn, en 1141-1142. Estaba en el cargo cuando la decadencia del poder almorávide se hizo tan notoria que las autoridades locales, en varios lugares de al-Andalus, fueron asumiendo el control, alzándose si hacía falta contra los restos del poder anterior. Así se rebelaron los cordobeses contra el gobernador almorávide Abū ᶜUmar al-Lamtūnī, acordando proclamar a Ibn Ḥamdīn, acatándole todas las clases y prestándole juramento en la Mezquita aljama, el 5 de ramaḍān de 539/2 de marzo de 1145. Era un ejemplo más de la proximidad del cadiazgo al poder político.

Ibn Ḥamdīn habitó en el Alcázar califal y se tituló, ni más ni menos, como los emires almorávides: «emir de los musulmanes y campeón de la religión» [3]. Pero en esto, los intereses de Castilla alzaron la candidatura soberana de un Ibn Hūd, descendiente de los régulos de la gran taifa zaragozana del siglo XI; este personaje se llamaba Aḥmad b. ᶜAbd al-Malik Sayf al-Dawla, o, en fuentes cristianas, Zafadola, que

[2] V. Lagardère, «La ṭarīqa et la révolte des Murīdūn en 539/1144 en al-Andalus», *Revue de l'Occident musulman et de la Mediterranée*, XXXV, 1983, pp. 157-170; J. Dreher, «L'imāmat d'Ibn Qasī à Mertola (automne 1144-été 1145): légitimité d'une domination soufie?», *Mélanges de l'Institut Dominicain d'Etudes Orientales du Caire*, XVIII, 1988, pp. 195-209.

[3] *Aᶜmāl*, pp. 252-254.

venía residiendo en Castilla, y tenía ya avanzada edad. Presentada su opción soberana, los cordobeses decidieron proclamarle y entró en Córdoba, pero sólo duró doce días, al cabo de los cuales tornó Ibn Ḥamdīn. Siguió éste ocupándose del gobierno, poniendo en función la cancillería, movilizando tropas, nombrando cargos y escribiendo a otros régulos andalusíes solicitando que le reconocieran por soberano. Así lo hicieron Sidrāy o Sidrātī b. Wazīr, del que existen incluso monedas nombrando a Ibn Ḥamdīn, Ibn Adhà en Granada, Abū l-Qamar - al-Gamr en Jerez y Arcos, Abū Ŷaᶜfar ᶜAbd al-Raḥmān b. Ṭāhir en Murcia, y, seguramente, varios de los cadíes que se habían alzado con poderes locales también.

Al cabo de pocos meses, conjurados cordobeses llamaron a Yaḥyà b. Gāniya, la más significada cabeza andalusí del partido Almorávide aún, que se mantenía en Sevilla y que marchó presuroso a Córdoba, en noviembre de 1145. Las tropas de Ibn Gāniya y de Ibn Ḥamdīn lucharon, y el primero entró victorioso en la antigua capital califal, el 28 de enero de 1146. Ibn Ḥamdīn se refugió en Badajoz, luego en Andújar, y entabló tratos con Alfonso VII para recuperar su ciudad, logrando entrar en ella el 24 de mayo de 1146, mientras Ibn Gāniya se hacía fuerte en la medina; estando cercándole supo Alfonso que habían cruzado tropas Almohades a la Península y que Sevilla les había proclamado; decidió entonces avenirse con Ibn Gāniya y dejarle Córdoba. Ibn Ḥamdīn se refugió en Málaga, donde murió en noviembre de 1151, veinte meses antes tan sólo de que los Almohades ocuparan también aquella ciudad.

Ibn Gāniya en Córdoba debía pagar tributo a Alfonso VII, que también le exigía la entrega de plazas, como Úbeda y Baeza, e incluso Jaén. Y entonces Ibn Gāniya decidió dar Córdoba al general Almohade de Sevilla, Barrāz, hacia noviembre de 1148. Ibn Gāniya se refugió en Granada, y allí quiso que su gobernador, Maymūn b. Badr, pusiera la ciudad en manos de los Almohades, que sin embargo no lograron esta plaza sino en 1154-1155.

Málaga y la soberanía del cadí Ibn Ḥassūn

Una crónica perdida de Málaga, obra de Ibn Jamīs, refiere los datos principales de esta taifa, donde se proclamó independiente un per-

sonaje local, Abū l-Ḥakam al-Ḥusayn b. al-Ḥusayn Ibn Ḥassūn al-Kalbī, de noble familia árabe. Desempeñaba el cadiazgo de su ciudad desde 1143-1144 y, en un proceso general de ocupación del poder político por parte de las autoridades locales andalusíes, como pasó en Córdoba, puestos de acuerdo incluso en ello unos cadíes con otros, se declaró independiente, el 9 de marzo de 1145, persiguiendo a los Almorávides, que se encerraron en la alcazaba, hasta que Ibn Ḥassūn los expulsó del todo, unos seis meses después. Allí se instaló Ibn Ḥassūn titulándose «emir»; conjuntamente ejercía de emir y de cadí, dando a su hermano Abū l-Ḥasan el mando del ejército y el gobierno de Cártama.

Los Almorávides de los alrededores, y especialmente desde Antequera, le inquietaban con algaras continuas, por lo que Ibn Ḥassūn tuvo que llamar en su ayuda a soldados cristianos, a cambio de bastante dinero, por lo cual agobió con impuestos a sus súbditos, que decidieron prescindir de él, logrando que se alzase en armas el caíd de la guardia del alcázar, llamado «El de Loja», que se apoderó de la alcazaba. Ibn Ḥassūn resistió en el alcázar, pero no esperando salvación, tras quemar sus pertenencias e intentar matar a las mujeres de su familia, intentó suicidarse, muriendo el sábado 11 de rabīʿI del año 548/6 de junio de 1153, dos días después de que entraran los Almohades, que se apoderaron de todo [4].

Las pretensiones soberanas de Zafadola Ibn Hūd

Ya hemos hablado de este personaje, Zafadola Ibn Hūd, que apoyado por Alfonso VII, rey de Castilla, donde él y los suyos venían residiendo, quiso aglutinar la rebeldía generalizada en al-Andalus contra los Almorávides, para alzarse con el poder; logró la soberanía de Córdoba por brevísimos días, en 1145, como acabamos de mencionar, retirándose luego a Granada, y llegó a conseguir una intermitente proclamación en algunos puntos del Levante [5].

[4] *Aʿmāl*, pp. 254-255.

[5] Codera, *Decadencia*, pp. 71 y ss.; sobre la «batalla de Albacete», el 5-2-1146, véase Codera, pp. 303-307.

En Granada se había alzado Ibn Adhà, que reconoció primero a Ibn Ḥamdīn, para acabar aceptando la presencia soberana de Zafadola, que allí debió permanecer entre ramaḍān 539/marzo de 1145 y raŷab 540/enero 1146, en que entró en Murcia. Los Almorávides seguían dominando aún la alcazaba granadina, contra los cuales enviaron los de Murcia un ejército a las órdenes de Ibn Abī Ŷaʿfar, que pereció en la batalla entonces dada, llamada «batalla de la *muṣallà*», el 24 de agosto de 1145. Todavía duró un mes Zafadola en Granada, pero acabó por retirarse a Murcia, el 4 de enero de 1146. Granada siguió siendo reducto de los Almorávides, acuñando moneda a su nombre todavía en 545/1150-1151; el gobernador Almorávide de Granada se la entregó a los Almohades en 549/1154-55 o en 551/1156-57.

Pero sigamos la aventura de Zafadola. Retirado de Murcia, su último reducto, allí acababa de alzarse Abū Muḥammad ʿAbd Allāh b. ʿIyāḍ, el 29 de octubre de 1145, desplazando a Abū ʿAbd al-Raḥmān Ṭāhir. Ibn ʿIyāḍ reconoció como soberano a Zafadola. Poco después salieron contra tropas cristianas, encontrándose cerca de Chinchilla, y pereciendo en el encuentro Zafadola, y también el caíd de Valencia ʿAbd Allāh b. Saʿd, hermano del famoso Ibn Mardanīš, de quien tanto hemos de hablar. Zafadola murió el 20 šaʿbān 540/5 febrero 1146. Su destino podía haber sido muy grande, rigiendo quizás un al-Andalus unido bajo la dinastía de los Banū Hūd, pero no pudo ser. Volvió a intentarlo en las «terceras taifas», posteriores a la caída de los Almohades, un descendiente suyo, o al menos así lo proclamó. Así los Banū Hūd se asoman al poder de los tres turnos de taifas, pero nada más, pues no se cumplieron tampoco con este Zafadola las pretendidas esperanzas de los andalusíes, manifestadas por la *Crónica de Alfonso VII*[6], según la cual los andalusíes, cuando tramaban su alzamiento contra los Almorávides, «enviaban secretamente mensajeros al Rey Zafadola diciéndole: habla con el Rey de los cristianos y con él líbranos de las manos de los Moabitas [es decir, de los Almorávides]; nosotros pagaremos al Rey de León tributos reales mayores que los que nuestros padres dieron a los suyos, y seguros contigo, le serviremos, y tú y tus hijos reinaréis sobre nosotros». Tampoco así se realizaron las esperanzas de Alfonso VII, esta vez.

[6] Viguera, «Al-Andalus en época almohade», p. 28 y n.º 205.

La taifa de Murcia en el siglo xii

No suele haber mucho acuerdo, ni en fuentes ni en estudios, sobre lo que aconteció en Murcia, tras su rebelión contra el dominio de los Almorávides [7]. En 1145, junto con los otros alzamientos, se proclamó independiente de ellos también, en Murcia, Abū Muḥammad ᶜAbd al-Raḥmān Ibn al-Ḥāŷŷ al-Lurqī, que reconoció como soberano a Ibn Ḥamdīn de Córdoba, diciendo los rezos en su nombre durante ramaḍān y šawwāl 539/febrero-abril de 1145. A mediados de šawwāl/abril de ese mismo año le reemplazó ᶜAbd Allāh b. Faraŷ al-Ṯagrī, que acuñó moneda dándose el título de *raᵓīs*, y que reconoció por soberano a Zafadola Ibn Hūd. Al cabo de pocos días le suplantó Ibn Abī Ŷaᶜfar, que mantuvo sobre Murcia su poder los tres últimos meses de 539 y los primeros de 540, es decir, en la primavera-verano de 1145. Abī Ŷaᶜfar accedió al poder desde su condición de cadí, y partió en expedición a Granada, contra los Almorávides que allí seguían, muriendo en el encuentro con ellos, el 24 de agosto de 1145. Los murcianos entregaron el mando entonces a Abū ᶜAbd al-Raḥmān Muḥamad b. Ṭāhir al-Qaysī, de la conocida familia de los Banū Ṭāhir, que también ocupó parte del poder autónomo durante las primeras taifas. Poco duró también; el 29 de octubre de ese mismo año de 1145 entró en Murcia y se apoderó de su gobierno Abū Muḥammad ibn ᶜIyāḍ de Valencia, que, como vimos, proclamó y acogió a Zafadola. Murcia compartió desde entonces los destinos inmediatos de Valencia, excepto una breve reposición de al-Ṯagrī.

La autonomía de Valencia

Empezó también el alzamiento contra los Almorávides a comienzos de 1145. Los valencianos —ejército, autoridades y árabes— dieron el poder a Abū ᶜAbd al-Malik Marwān b. ᶜAbd al-ᶜAzīz [8], que era precisamente también el cadí de la ciudad. Primero rehusó, y volvió un

[7] Codera, pp. 89 y ss.; Rodríguez Lorente, *Numismática de la Murcia musulmana*.

[8] *Aᶜmāl*, pp. 256; P. Guichard, *Nuestra Historia*, «Del Califato a la conquista cristiana», Valencia, 1980, pp. 260-261; Huici, *Historia musulmana*, III, pp. 129-170; Codera, *Decadencia*, p. 86; Bosch, *Almorávides*, p. 291, n.º 18.

jefe Almorávide. Luego aceptó. Luchó contra los Almorávides, que resistían en Játiva, hasta arrojarles de allí y apoderarse de esa plaza, en abril de 1145; el jefe Almorávide ᶜAbd Allāh b. Ḥammū b. Gāniya escapó a Almería. Ibn ᶜAbd al-ᶜAzīz dominó también en Alicante. Parece que sus impuestos fueron muy duros, y se le alzó el ejército, el 13 de noviembre de 1145, y huyó; acabó sus días en 573/1182-83 en Marrakech. La gente de Valencia, Murcia y el resto del Levante que les seguía acordó dar el poder entonces a uno de los más destacados personajes del ejército, ᶜAbd al-Raḥmān b. ᶜIyāḍ, alabado por su honestidad y piedad: «gracias a este hombre de bien —dice una crónica [9]— defendió Dios estos territorios e impidió que de ellos se apoderara el enemigo, pues el temor que inspiraba a los cristianos, les mantuvo alejados de allí». Pero murió, herido en batalla contra los cristianos, el 22 de rabīᶜ I 542/21 agosto 1147.

Le sucedió Muḥammad b. Saᶜd b. Mardanīš, el famoso rey Lope o Lobo, que consiguió mantenerse en Levante contra los Almohades, hasta su muerte, ocurrida el 29 de raŷab de 567/27 de marzo de 1172, como en la historia de los Almohades hemos de ver, pues contra ellos, y para su desesperación, resistió. Sólo hablaremos ahora de sus orígenes y de sus comienzos:

Abū ᶜAbd Allāh Muḥammad b. Saᶜd b. Mardanīš, llamado el *Rey Lobo* o *Lope* (Lubb), ejerció poder independiente en el Levante de al-Andalus, desde las taifas postalmorávides hasta casi la mitad del reinado del segundo Califa almohade Abū Yaᶜqūb. Nació Ibn Mardanīš en Peñíscola, en 1124-25, de familia muladí posiblemente, de cristianos convertidos al Islam, como lo indicaría su apellido Mardanīš, nombre de su abuelo, quizá relacionable con un hidrónimo de Nájera. Parece que un próximo antepasado suyo sirvió en las milicias de un régulo de la taifa zaragozana y se hizo entonces musulmán, logrando tener una cierta relevancia en la Marca Superior, hasta que ésta fue ocupada por Aragón, emigrando la familia entonces al Levante, como en su posición era habitual. Pertenecía al grupo «aristocrático» andalusí, que se negaba a entregarse como «mudéjar» a los cristianos y someterse a su poder político. Precisamente la importancia de su actuación es que ejemplifica una tercera opción en el panorama andalusí: la del vasallaje

[9] *Muᶜŷib*, pp. 149-150.

a distancia de los cristianos, con alguna depedencia tributaria de éstos, pero conservando la autonomía política (que será la fórmula aplicada luego con éxito por el reino nazarí de Granada). Esta opción era diferente a la del enfrentamiento total contra los reinos cristianos, desde posiciones de un panislamismo andaluso-magrebí, que era la vía defendida por Almorávides y por Almohades, junto con quienes circunstancialmente les seguían. Y aún había una tercera opción, cumplida por las masas de población que se entregaban como mudéjares, sin poder político, a los estados cristianos.

Para lograr realizar su opción, estuvo Ibn Mardanīš continuamente aliado con los reyes cristianos, tanto con el de Castilla como con el de Aragón, y también con el Conde de Barcelona, y en su ejército destacaron los mercenarios cristianos. Así mantuvo su poder político desde las costas levantinas a Jaén; Valencia y Murcia fueron sus principales capitales; llegó a tener cercadas un tiempo Córdoba y Sevilla, y consiguió entrar en Granada durante 1162. Luego su potencia comenzó a decrecer; su suegro y colaborador Ibrāhīm b. Hamušk, señor de Jaén, acabó reconociendo a los Almohades, en 1169. *Hamušk* es otra palabra romance, transcripción según explica alguna fuente árabe de «He, mochico», como llamaban los cristianos a un antepasado suyo, cristiano también, y prueba de la presencia de soldados cristianos en las milicias andalusíes, más notable cada vez desde el siglo XI.

Su rebeldía molestó extraordinariamente a los Almohades, y sus crónicas les califican continuamente de «malos musulmanes», «apóstatas miserables y réprobos», mientras los Almohades son «devotos partidarios de Dios». Así, cuando en 1169 Ibn Hamušk se les entrega, la historiografía oficial, significativamente, califica su acción de «arrepentimiento» [10] diciendo: «brilló en aquel tiempo para Ibrāhīm b. Hamušk la luz de la Verdad, como lámpara que se ilumina, permitiéndole ver [la excelencia] del dogma almohade claramente... reconoció que Dios le había guiado a la recta doctrina y a unirse a los Almohades». Más adelante lo veremos.

[10] Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt, *Mann*, pp. 388-390.

OTRAS TAIFAS POSTALMORÁVIDES

Ahyal se alzó con el poder en Ronda, en 1145, y por poco tiempo, pues fue allí sustituido por Abū l-Qamar ibn ᶜAzzūz, señor de Arcos y de Jerez [11], que reconoció a los Almohades en 540/1145-46, y les fue muy fiel, ayudando a los perseguidos hermanos de Ibn Tūmart, el Mahdī almohade, cuando los andalusíes se alzaron contra ellos y debieron refugiarse en Bobastro. Ibn al-Ḥaŷŷām acabó dominando Badajoz, seguramente después de Sidrāy o Sidrātī, y allí acuñó moneda en 543/1148-49; diez años después murió en batalla contra los cristianos, cerca de Sevilla. Trayectoria curiosa fue la de ᶜAlī b. ᶜĪsà b. Maymūn, almirante de la flota Almorávide, que se pasó a los Almohades, proclamándoles en los rezos de la Mezquita de Cádiz, en 540/1145-1146. Ibn Malḥān o Ibn Malŷān se proclamó soberano en Guadix con el título de *al-Mutaʾayyad billāh*, llegando a ser el hombre más rico de su tiempo [12]. Se apoderó de territorios próximos, como Baza, donde en el siglo XIV aún se encontraban descendientes suyos. Reconoció a los Almohades cuando se vio hostigado por Ibn Mardanīš, en 546/1151-52. Se le nombró en Marrakech para dirigir la plantación agrícola de la Buḥayra, donde pudo aplicar sin duda los conocimientos de regadío guadijeños [13]. Por su parte, las gentes de Almería expulsaron también a los Almorávides y designaron como soberano al caíd Abū ᶜAbd Allāh Ibn Maymūn, oriundo de Denia, que acabó rehusando, y entonces designaron para que les mandara al almeriense ᶜAbd Allāh b. Muḥammad Ibn al-Ramīmī, que mantuvo su poder hasta que los cristianos entraron en la ciudad, el 20 ŷumādà I 542/17 octubre 1147; diez años después consiguieron tomarla los Almohades [14].

[11] Codera, *Decadencia*, p. 158, trae variantes numerosas de este nombre.

[12] *Aᶜmāl*, pp. 264-265.

[13] M. Espinar, «El reparto de las aguas del río Alhama de Guadix en el siglo XII (año 1139)», *Estudios sobre Málaga y el reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*, Málaga, 1988, pp. 235-255; E. Molina, «El documento árabe de Guadix (siglo XII)», *Homenaje J. Bosch*, Granada, 1991.

[14] P. Guichard, «Recherches onomastiques à propos des Banū Maymūn de Denia», *Cahiers d'Onomastique Arabe*, 1985-1987, pp. 9-22.

LOS BANŪ GĀNIYA EN LAS BALEARES

Las islas Baleares fueron la taifa que más tardaron los Almorávides en incorporar a su imperio. No lo hicieron hasta el año 509/1115-16, como en su lugar señalamos. Distintos gobernadores almorávides se sucedieron en las islas [15], hasta que en 520/1126-27 fue nombrado Muḥammad b. ᶜAlī b. Gāniya. Su hermano Yaḥyà b. ᶜAlī b. Gāniya fue el más destacado de los gobernadores de al-Andalus en plena decadencia y sublevación generalizada contra ellos de los andalusíes, residiendo principalmente en Sevilla, y acudiendo desde allí adonde pensaba que podía restaurar el caído poder, como intentó hacer en Córdoba, entre 1145 y 1148, cuando decidió entregar la plaza al general Almohade Barrāz, para luego refugiarse en Granada, como dijimos.

Estaban emparentados los Banū Gāniya con los emires Almorávides y la rama balear pudo sostenerse allí contra los Almohades hasta 1203. Desde allí se lanzaron a la conquista del litoral magrebí, fundando un enclave norteafricano contra los Almohades también, y consiguiendo tener una importante presencia en el comercio mediterráno [16].

Muḥammad b. ᶜAlī b. Gāniya, sin imperio Almorávide al que obedecer, alzó su autonomía en las islas hasta su muerte, no sabemos muy bien en qué circunstancias, en 546 ó 550/1152-53 ó 1155-56, sucediéndole su hijo Isḥāq, que acuñó monedas en Mallorca, en 565 y 567/1169-70 y 1171-72, aunque sin inscribir en ellas su nombre, como una cierta inhibición soberana. Fueron sonadas algunas de sus incursiones contra el litoral francés y el catalán, sobre todo en 1178. Se conocen también tratados firmados por él con Pisa y Génova. Tampoco se saben muy bien las circunstancias de su muerte, en 580/1184-85. Él o quizá ya su hijo y sucesor Muḥammad reconocieron obediencia al Califa Almohade Abū Yaᶜqūb Yūsuf, que envió incluso al general ᶜAlī b. Reverter a hacerse cargo de esta sumisión. Mas contra esa situación reaccionaron los demás Banū Gāniya. ᶜAlī, hermano de Muḥammad, es proclamado en su lugar en Mallorca e inmediatamente parte a atacar

[15] Veánse trabajos de G. Rosselló y de M. Barceló, entre los antes citados; también, por su importancia documental: M. Rosselló, *Les ceràmiques almohades del Carrer de Zavellà. Ciutat de Mallorca*, Palma de Mallorca, 1983.

[16] Codera, *Decadencia*, pp. 167 y ss.

Bugía conquistándola en el mismo 580/1184-85, dejando en las islas como regente a su hermano Ṭalḥa. Una breve restauración del hermano antes depuesto, Muḥammad, vuelve a traer la soberanía del Califa Almohade, pero arrepintiéndose de ello, pide auxilio Muḥammad al Conde de Barcelona. A consecuencia de todos estos pasos, Muḥammad fue definitivamente derrocado, y proclamado quizá en su lugar su hermano Tāšufīn, pronto destronado por otro de sus hermanos, ʿAbd Allāh, desde 583/1187-88. Se conoce una tratado entre este ʿAbd Allah, *amīr* de Mallorca, con Génova, en ŷumādà II 584/julio-agosto 1188.

Entretanto los Almohades lograron ser reconocidos en Ibiza. Y en 1203, tomaron Mallorca, en las circunstancias que más adelante contaremos. Los últimos Almorávides de al-Andalus pasaron así a la Historia.

TERCERA PARTE

LOS ALMOHADES

I

INTRODUCCIÓN

LOS COMIENZOS ALMOHADES: EL MAHDĪ IBN TŪMART

Desde 1120 de forma declarada, una nueva ideología religioso-política empezó a alzarse contra los Almorávides, hasta acabar con ellos y sustituirlos por otro Imperio de fundación magrebí y beréber, que abarcó esta vez desde la Tripolitania hasta al-Andalus.

El ideólogo fundador del movimiento Almohade se llamaba Muhammad b. Tūmart y había nacido en el Anti-Atlas magrebí, hacia 1078-1081, en el seno de la confederación tribal de los Maṣmūda. En 1106 estudió en Córdoba, todavía importante centro cultural, y de allí partió a La Meca. Su regreso a Occidente, comenzado en 1116 ó 1117, estuvo marcado por los desórdenes y protestas que Ibn Tūmart promovía cuando veía el relajamiento de las prácticas religiosas. En 1120, el devoto emir Almorávide ʿAlī y sus alfaquíes inoportunables quisieron discutir con Ibn Tūmart su doctrina y el nuevo ideólogo, avisado del peligro que corría tras ese debate, marchó a Igīlī, su aldea natal, cerca de Tarudant y luego fue a Agmāt. Enseguida se tituló «Mahdī» («Guía inspirado por Dios») y fue a instalarse junto con sus partidarios al sur de Marrakech, al aislado lugar de Tīnmallal, en 1125, donde se atrincheró y empezó su lucha declarada contra los Almorávides. En el aspecto ideológico, que se pretendía base de la oposición, los Almohades tachaban de herejes a los Almorávides, explicando que, al atenerse a la interpretación literal del Corán y del Hadiz, llegaban hasta a incurrir en antropomorfismo, alejándose del dogma esencial del Islam, como es el de la Unicidad divina, que ellos afirmaban como elemento [illegible]

I

INTRODUCCIÓN

Los comienzos almohades: el Mahdī Ibn Tūmart

Desde 1120 de forma declarada, una nueva ideología religioso-política empezó a alzarse contra los Almorávides, hasta acabar con ellos y sustituirlos por otro Imperio de fundación magrebí y beréber, que abarcó esta vez desde la Tripolitania hasta al-Andalus.

El ideólogo fundador del movimiento Almohade se llamaba Muḥammad b. Tūmart y había nacido en el Anti-Atlas magrebí, hacia 1078-1081, en el seno de la confederación tribal de los Maṣmūda. En 1106 estudió en Córdoba, todavía importante centro cultural, y de allí partió a La Meca. Su regreso a Occidente, comenzado en 1116 ó 1117, estuvo marcado por los desórdenes y protestas que Ibn Tūmart promovía cuando veía el relajamiento de las prácticas religiosas. En 1120, el devoto emir Almorávide ʿAlī y sus alfaquíes inseparables quisieron discutir con Ibn Tūmart su ideario y el nuevo ideólogo, avisado del peligro que corría tras ese debate, marchó a Igīlī, su aldea natal, cerca de Tarudant y luego fue a Āgmāt. Enseguida se tituló «Mahdī» («Guía inspirado por Dios») y fue a instalarse junto con sus partidarios al sur de Marrakech, al aislado lugar de Tīnmallal, en 1123, donde se amuralló y empezó su lucha declarada contra los Almorávides. En el aspecto ideológico, que se pretendía base de la oposición, los Almohades tachaban de herejes a los Almorávides, explicando que, al aceptar éstos la interpretación rutinaria del Corán y del Hadiz, llegaban hasta a incurrir en antropomorfismo, alejándose del dogma esencial del Islam como es el de la Unicidad divina, que ellos adoptaron como denominación, pues «almohade», o *al-muwaḥḥid*, es quien declara esa Unidad.

Dirigía Ibn Tūmart sin descanso escritos y prédicas contra los Almorávides, y así les amenazaba [1]:

> Del que proclama la Fe de Allāh y actúa según la Zuna del Profeta, Muḥammad b. Tūmart —bendígale Dios— al que se deja seducir por las cosas mundanas, ʿAlī b. Yūsuf [emir almorávide]: Tenemos que combatiros y triunfar... luchar contra quien se ha desviado y prevaricado, sin querer reconocer la gracia de Dios. Según las palabras del Corán, vosotros no sois musulmanes y no creéis en la profesión de Fe, «no hay más dios que Dios»... por tanto, vuestra sangre puede ser impunemente derramada y vuestras personas tomadas como botín.

Son bastantes numerosas las arengas anti-almorávides de Ibn Tūmart conservadas en las fuentes [2]. En ellas insiste en el argumento de que la herejía con que les acusa es motivo suficiente para que queden fuera de la protección de la Ley islámica, de modo que puede actuarse contra ellos impunemente. No parece, sin embargo, que los alfaquíes y ulemas mālikíes reaccionaran doctrinalmente contra este enfoque, y continuaron sin más en sus funciones el ejercicio de la jurisprudencia durante el período almohade en al-Andalus. Hay que notar que Ibn Tūmart, pese a su aparato ideológico, no trajo novedades jurídicas, aunque algunos de sus partidarios fueran de la escuela ẓāhirí, opuesta a la mālikí. En esas arengas declara prohibido obedecer «a quien está en rebeldía contra Dios», es decir, a los Almorávides; escribía Ibn Tūmart [3] a los suyos que predicaran el arrepentimiento a estos rebeldes que cometen todo tipo de abusos y procuraran volver al Corán y a la Zuna a sus seguidores y colaboradores, de modo que «abandonaran a quienes corporeizan a Dios y son apóstatas y pecadores». Y como buscaba aumentar sus adeptos también, Ibn Tūmart les propone que «si aceptan vuestra llamada, regresan a la Zuna y os auxilian a combatir la impiedad, dejadles en total libertad, y sean vuestros hermanos en la Fe de Allāh y en la Zuna del Profeta, mas si se resiten a la Verdad y man-

[1] *Documents inédits d'histoire almohade*, ed., trad. y anotación por E. Lévi-Provençal, París, 1928, p. 11; *Encyclopédie Berbère*, dir. G. Camps, «Almohades», por J. C. Garcin, IV, pp. 534-539.

[2] Urvoy, *Pensers d'al-Andalus*; Viguera, «Al-Andalus en época almohade», 12, «escritos doctrinales y propagandísticos».

[3] *Documents inédits*, pp. 2 y 7.

tienen su apoyo a los herejes y corruptos, entonces matadles allí donde les encontréis y entre ellos no tengáis amigo ni aliado».

La doctrina

El eje del dogma almohade es la unicidad divina; Ibn Tūmart además propugnaba el puro cumplimiento de todas las normas de la religión islámica. La ideología se encuentra recogida en varios escritos doctrinales y propagandísticos, conteniendo el credo, ritual y organización, ecléctico y lleno de pujanza «renovadora» del movimiento almohade, expuesto por el Mahdī Ibn Tūmart (que fallece en 1130) en sus obras, entre las que destaca el que suele llamarse *Libro de Ibn Tūmart*, del que se dice fue recopilado por su sucesor, el Califa ᶜAbd al-Mu'min, tras la muerte del Mahdī. De este *Libro* queda una copia manuscrita, efectuada en 1171, y hoy guardada en la Biblioteca Nacional de París. Manuscritos de otras obras doctrinales se conservan en Argel y en Rabat.

Referencias al credo, creencias, ritual y devociones propias se encuentran también en las circulares que los Califas Almohades, y a veces otras autoridades, dirigían a sus súbditos, exhortándoles al cumplimiento; algunas de estas cartas han sido publicadas. En relación con este movimiento y su doctrina hay que tener en cuenta también la biografía apologética que del Mahdī Almohade y sus allegados trazó su discípulo temprano y fervoroso al-Bayḏaq, con el título de *Noticias del Mahdī Tūmart y comienzos del imperio almohade*, obra varias veces editada e incluso traducida al francés [4]. Un significativo pasaje del *Libro de Ibn Tūmart* dice así [5]:

> El Creador es único en justicia y bondad. Él guía y Él pierde, Él alza y Él abisma; sólo Él manda; ningún otro domina. Tirano opresor es todo reo de condena y anatema por abuso de poder y por apropia-

[4] Interesante análisis de la doctrina por Ḥ. Ŷallāb, *al-Dawla al-muwaḥḥidiyya*, Casablanca-Marrakech, 1983; 2.ª ed., 1985.

[5] M. Asín, «Origen y carácter de la revolución almohade», *Obras Escogidas*, II-III, Madrid, 1948, pp. 3-12.

ción de lo que no es suyo; y a quien incurre en tiranía y opresión debe privársele de lo que tiene, sentenciándosele por sus actos.

Realmente tejía con su lógica el derribamiento de los Almorávides. Así queda destacado el dogma de la unicidad divina, que es, por otra parte, fundamental en la religión musulmana. Ibn Tūmart lo destaca también, trata de su preeminencia, pruebas de esta unicidad, de la interpretación alegórica de algunas aleyas coránicas, de la negación de atributos y de la visión divina tras el Juicio Final. Expone también Ibn Tūmart su interpretación de otros aspectos de Dios: eternidad, perfección, omnipotencia y sabiduría, y pasa a ocuparse de la misión profética, siguiendo interpretaciones sunníes. Otro de sus puntos examinados es el discutido de la predestinación, tema en el que rechaza las interpretaciones muᶜtazilíes, a los que había seguido en las cuestiones de la interpretación alegórica de algunos versículos coránicos y de los atributos divinos. Así se manifiesta su eclecticismo.

Su reflexión se extiende también en las diversas cuestiones alrededor de la existencia y características del *Mahdī*, guía inspirado por Dios, *Imām* impecable; así lo define Ibn Tūmart —o, en realidad, se define a sí mismo—, afirmando la necesidad de creer en el Imāmato, siendo el Imām «impecable», repasando los Imames que habían existido, las obligaciones de los musulmanes hacia ellos, entre otras la de la obediencia. Coincide en muchas propuestas con las de la Šīᶜa, por ejemplo al calificar al *Imām* de verídico, justo e incapaz de realizar heréticas innovaciones, pero, aparte del šīᶜismo, da una relación de Imāmes propia, contando como tales a Adán, Noé, Abraham, David, Jesús, Muḥammad, Abū Bakr y ᶜUmar, sin incluir a ᶜUtmān ni a ᶜAlī, aunque implícitamente los reconozca como tales, pues otorga esa calificación a los sucesores del Profeta durante los treinta años posteriores a su muerte, con lo cual queda ᶜAlī b. Abī Ṭālib incluido, pues murió precisamente en el año 661, fecha a partir de la cual, advierte Ibn Tūmart, el mundo se ha llenado de injusticia, hasta su propia aparición, la de Ibn Tūmart, llegado para combatir el error, restablecer la Verdad y la justicia. Por eso, el musulmán fiel ha de creer en él, seguirle e imitarle, tanto en asuntos espirituales como materiales.

En el aspecto jurídico, Ibn Tūmart excluye el uso del razonamiento analógico y de la apreciación individual para elaborar jurisprudencia, imponiendo la utilización directa de las fuentes, condenando la

adscripción a una determinada escuela jurídica, encontrando que a veces se oponen entre sí. Propone que el *fiqh* puede ser modificado y enriquecido por el especialista en metodología *(uṣūl al-fiqh)* que pueda extraer materia legal de las mismas fuentes, aunque considera el *Muwaṭṭa'* de Mālik como obra fundamental. Con la escuela ašᶜarí comparte la obligatoriedad de las formas prohibitivas o imperativas, y con la ẓāhirí el principio de inaplicabilidad particular de lo establecido como general.

En el orden moral son básicos en su sistema la censura de costumbres, ciertas prohibiciones alimenticias y la obligación de cumplir las oraciones y la Guerra Santa.

La organización de los Almohades

La organización espiritual es muy importante en el movimiento, pronto imperio, Almohade, pues predicaba una reforma de costumbres que restaurara la situación para ellos deteriorada a que habían llegado los Almorávides. Organizaron una corporación de censores de costumbres, devolviendo el sentido puro y primero a la institución del *muḥtasib*, encargados de velar por la moralidad. En un principio, los Almohades eligieron para formar este cuerpo de censores a gentes de veintiuna cabilas, asignando dos a cada tribu. Organizaron también los Almohades desde sus iniciales momentos el servicio riguroso de los encargados de la ceca, de los almuédanos y luego los hafices, que sabían de memoria la doctrina almohade y la transmitían.

Organizado el partido almohade en estructura rigurosa, sus miembros resultaban clasificados en categorías descendentes. El grupo de más categoría lo formaba la denominada «Asamblea» o *Ŷamāᶜa*, constituida por diez o doce personajes, siendo el primero entre ellos el futuro Califa Almohade ᶜAbd al-Muᵓmin; otro miembro destacado de este grupo era Abū Ḥafṣ ᶜUmar Īntī, al que luego ᶜAbd al-Muᵓmin nombrará gobernador de Córdoba. Eran considerados a continuación los del «grupo de los Cincuenta», formado por personas destacadas de las tribus de Harga, Tīnmallal, Hintāta, Gadmīwa, Ganfīsa, Ṣinhāŷa, las Qabāᵓil, Haskūra y otras, escogidos tales miembros de «los Cincuenta» por sus méritos. Venían a continuación todas las gentes que formaban el núcleo fundacional, las llamadas «tribus almohades», también considera-

das por este orden decreciente: los de Harga, primero, y luego los de Tīnmallal, Hintāta, Gadmīwa, Ṣawda, Ganfīsa, las Qabā°il, Kūmya, Haskūra y Ṣinhāŷa, incluyendo a sus ramas correspondientes. La categoría cuarta la disfrutaban los «servidores» (*ᶜabīd)* del Majcén, formado por arqueros, tamborilereos, etcétera, hasta ocho categorías. Se consideraba como quinta categoría a los censores de costumbres, luego a los encargados de la ceca y a los soldados del ejército regular, formado en principio por habitantes de Āgmāt, luego a los almuédanos y por fin a los voluntarios de la Guerra Santa, convocados inicialmente de las nueve principales tribus Almohades.

Gustaron mucho los Almohades de referirse a esta organización, que suele repetirse en las fuentes, incluso con algunas variaciones, como encontramos en alguna crónica de última época, que sólo en parte recordaría el sentido de esta clasificación, una vez que la organización tribal quedó atrás, sustituida por la estructura estatal [6]. Según otra relación, los Almohades se clasificaban así: primero «los Diez», que formaban la «Asamblea» *(Ŷamāᶜa)*, y a continuación «los Cincuenta», y después «los Setenta», y luego «los tolbas» o estudiosos de la doctrina, los «hafices», que la sabían de memoria, la «gente de la casa» del Mahdī o del Califa; después, en orden decreciente, los de la tribu Harga, los de Tīnmallal, los de Gadmīwa, los de Ganfīsa, los de Hintāta, los de las cabilas próximas a Marrakech (o Qabā°il), el ejército y, por fin, los jóvenes que recibían especial formación en la doctrina.

DUROS COMIENZOS Y ENCUENTRO DE ᶜABD AL-MU°MIN Y EL MAHDĪ

Al-Bayḏaq, apasionado biógrafo del Mahdī y de ᶜAbd al-Mu°min, servidor fiel de este último durante toda su vida, se complace refiriendo que el Mahdī Ibn Tūmart tuvo premonición de que ᶜAbd al-Mu°min sería quien lograría el triunfo de los Almohades. Muchas otras anécdotas se cuentan al respecto, aunando realidad y leyenda, inseparables en los orígenes de este movimiento. Según uno de estos relatos, el que luego sería primer Califa de los Almohades se dirigía a cumplir

[6] *Documents inédits*, pp. 33-48; *Naẓm*, p. 28; J. F. P. Hopkins, «The Almohade Hierarchy», *Medieval Muslim Government in Barbary*, Londres, 1958, pp. 85-111.

con la peregrinación y se encontraba en Bugía cuando oyó a las gentes hablar «del alfaquí del Sūs, el sabio por excelencia de todo el Oriente y el Occidente, que no tiene parigual», y así se encontraron [7]. Se cuenta, piadosa y premonitoriamente también, que la madre de ᶜAbd al-Muᵓmin, estando gestándole, tuvo visión de un fuego que salía de ella y abrasaba el Oriente y el Occidente, el norte y el sur, y el interpretador de sueños en su tierra de Tremecén le dijo que tendría un hijo que dominaría todos esos confines.

No fueron sueños, sin embargo, las escaseces económicas que los primeros Almohades sufrieron en sus comienzos, como el mismo ᶜAbd al-Muᵓmin recordaba, cuando llegaron tiempos mejores, aludiendo a los días enteros que él, el Mahdī y sus demás seguidores pasaron sin comer.

[7] *Documents inédits*, pp. 22, 25-27 y 33.

II

'ABD AL-MU'MIN, PRIMER CALIFA ALMOHADE

Personalidad y orígenes

Fiel discípulo del Mahdī almohade Ibn Tūmart, consiguió, a la muerte de éste, en agosto de 1130, proclamarse en cierta medida su sucesor, no en su condición de *Mahdī*, sino como jefe del movimiento político resultante. No fue fácil esta sucesión, sólo reconocida oficialmente en 1133, pero la adecuada actuación de 'Abd al-Mu'min como líder de un imperio naciente que logró asentar le valieron en definitiva que la Historia le reconozca como uno de los grandes representantes del genio africano.

Cronistas y biógrafos rodearon la figura de 'Abd al-Mu'min de rasgos legendarios; ya hemos visto alguno. Entre otras cosas le adjudicaron una genealogía noble jerife, haciéndole descender del Profeta Muhammad, de linaje árabe pues, en lugar de su condición real de beréber Zanāta. Fue cantado en panegíricos emocionados, de lo que pueden ser ejemplo estos versos de Ġazī b. Qays:

> Entre ellos nacerá un hombre destacado, de talla viril, de rostro afable.
>
> Sus señales todas serán luminosas, y su tez brillará como el astro excelente.

8. Huici, «La leyenda y la historia en los orígenes del imperio almohade», [illegible]

II

ᶜABD AL-MUᵓMIN, PRIMER CALIFA ALMOHADE

Personalidad y orígenes

Fiel discípulo del Mahdī almohade Ibn Tūmart, consiguió, a la muerte de éste, en agosto de 1130, proclamarse en cierta medida su sucesor, no en su condición de *Mahdī*, sino como jefe del movimiento político resultante. No fue fácil esta sucesión, sólo reconocida oficialmente en 1133, pero la adecuada actuación de ᶜAbd al-Muᵓmin como líder de un imperio naciente que logró asentar le valieron en definitiva que la Historia le reconozca como uno de los grandes representantes del genio africano.

Cronistas y biógrafos rodearon la figura de ᶜAbd al-Muᵓmin de rasgos legendarios; ya hemos visto alguno. Entre otras cosas le adjudicaron una genealogía noble jerife, haciéndole descender del Profeta Muḥammad, de linaje árabe pues, en lugar de su condición real de beréber Zanāta. Fue cantado en panegíricos emocionados, de lo que pueden ser ejemplo estos versos de Gāzī b. Qays [1]:

> Entre ellos nacerá un hombre destacado, de talla viril, de rostro afable.
>
> Sus señales todas serán luminosas, y su tez brillará como si agua escurriera.

[1] A. Huici, «La leyenda y la historia en los orígenes del imperio almohade», *Al-Andalus*, XIV, 1949, pp. 339-376; H. T. Norris, *The Berbers in Arabic Literature*, Norfolk, 1982.

De Murra le viene su noble linaje, y también de ᶜAylān, el colmo de virtudes.
Desde el Nūl conquistará este victorioso Califa; a verle vendrán embajadas.

ᶜAbd al-Mu'min b. ᶜAlī b. ᶜAlwà al-Kūmī nació en una aldea de Tremecén, llamada Tāŷrā, a finales de 487/1095. Murió en ŷumādà II de 558/mayo de 1163. El Mahdī Ibn Tūmart le distinguió desde el primer encuentro y dicen los enfervorizados seguidores que cada vez que le tenía delante recitaba:

Los rasgos que te distinguen son perfectos,
y por ti todos estamos felices:
tus dientes reidores; tu mano generosa;
muy amplio tu pecho; tu faz jubilosa.

Alusiones que se complementan con retratos muy halagüeños que de él han dejado los cronistas, que describen su piel clara, su proporcionado cuerpo, su elocuencia y convicción, su capacidad para hacerse querer de todos, su nobleza de miras y dignidad. Se le atribuía haber copiado o compuesto los siguientes versos, demostrativos de sus ideales:

Da poder a la espada, sin reparar en consecuencias.
déjala actuar, te mantendrás a salvo años y años.
Que el rango sólo por el sable se alcanza,
y una cabalgada con libros no se vence [2].

ᶜAbd al-Mu'min proclamado sucesor y Califa

Ibn Tūmart, por su condición de Mahdī cuya misión no limita el tiempo, posiblemente no designara sucesor, a pesar de que los cronistas cortesanos afirman que explícita e implícitamente así consideraba a su próximo seguidor ᶜAbd al-Muᵓmin, de igual modo que confiaba encargos militares o administrativos en el mismo ᶜAbd al-Muᵓmin y en

[2] *Muᶜŷib*, pp. 141, 142, 145 y 192.

otros personajes de su entorno, principalmente del grupo de «los Diez» o de «los Cincuenta». De todas maneras es significativo que durante tres años, de 1130 a 1133, se ocultara públicamente la muerte del Mahdī Ibn Tūmart, quizá mientras preparaban su sucesión, decididamente a favor de ᶜAbd al-Mu'min, tres grandes personajes almohades, los tres miembros del grupo de «los Diez»: ᶜUmar b. ᶜAbd Allāh al-Ṣinhāŷī, al que llamaban «ᶜUmar Āznāŷ», ᶜUmar b. Wumazāl, que antes llevaba por nombre «Faṣka», hasta que Ibn Tūmart le llamó «ᶜUmar» y entonces le apodaron «ᶜUmar Īntī», y ᶜAbd Allāh b. Sulaymān, de Tīnmallal, de una cábila denominada Masakkāla. Por su iniciativa se llegó a la proclamación de ᶜAbd al-Muᵓmin, tras lograr que primero los demás componentes del grupo de «los Diez», luego los de «los Cincuenta» y al cabo todos los Almohades, se avinieran a prestarle juramento. El biógrafo, o por mejor decir el hagiógrafo, fiel, el ya mencionado al-Bayḏaq, refiere así la emocionante ceremonia:

> [ᶜAbd al-Mu'min] volvió a Tīnmallal y llamó a las cábilas, reunió a los Almohades, convocó una asamblea, separando por medio de una empalizada hombres y mujeres; inició enseguida su alocución, que terminó diciendo: «¿mantenéis el juramento que [me] hicísteis ante el Mahdī [Ibn Tūmart], esté Dios satisfecho de Él?». Respondieron afirmativamente, y entonces se sentó... luego fueron tomando la palabra todos los jeques, esté Dios satisfecho de ellos. [ᶜAbd al-Mu'min] volvió a hablar: «El Mahdī ha muerto», y todos prorrumpieron en llanto, pero les dijo: «Calláos», y se callaron. Abū Ibrāhīm, ᶜUmar Āznāŷ, [>Aṣnāg<], ᶜAbd al-Raḥmān b. Zaggū y Muḥammad b. Muḥammad dijeron entonces a ᶜAbd al-Mu'min: «extiende tu mano derecha y te juraremos como soberano, según prometimos al Imām Mahdī». Extendió [ᶜAbd al-Mu'min] su mano derecha y le juraron como soberano, lo cual fueron haciendo después los demás, hasta el anochecer. La ceremonia de proclamación duró tres días seguidos [3].

Parece que el mismo ᶜAbd al-Muᶜmin se dio a sí mismo el título califal, que supone colocarse en el rango superior del poder político musulmán, con lo cual doblaba el Califato existente en aquellos tiempos en Oriente, llevado desde el siglo VIII además, por la dinastía de

[3] Bayḏaq, *Ta'rīj*, p. 85.

los ᶜabbāsíes, a quienes venían reconociendo precisamente los Almorávides, con quienes rompía también en este punto, e incluso les superaba en categorías. Es curioso que los cronistas cuenten que ᶜAbd al-Mu'min se tituló Califa públicamente de forma improvisada, lo cual no es creíble, pero nos orienta sobre la gravedad del paso dado, evitando a los cortesanos que escribían la historia, y que en este caso es ᶜAbd al-Wāḥid al-Marrākušī, tener que entrar en más explicaciones. Según este cronista, un poeta, descendiente ni más ni menos que de «el Príncipe Amnistado» [4], al-Ṭalīq al-Marwānī, recitaba ante ᶜAbd al-Mu'min sus versos: «No tiene el enemigo más seguro escudo que la huida», y aquél le interrumpió: «¿y hacia dónde?», continuando el vate:

> ¿Huir a dónde, si jinetes de Dios le persiguen?;
> ¿dónde irá quien está en la cumbre de un monte,
> y los cielos de Dios le asaetean con luceros?
> ¿Quién se acuerda de cristianos de al-Andalus
> si el mar tiene llenas sus riberas de árabes?

Y cuando oyó los versos, ᶜAbd al-Mu'min exclamó: «¡Así se alaba a los Califas!», y así —según la versión cortesana— adoptó el título.

Los Almohades conquistan el Magreb

Cuando ᶜAbd al-Mu'min accede al poder, los Almohades dominaban una parte del Alto Atlas. Desde Tīnmallal venían lanzando algaras contra los Almorávides con variada fortuna y habían llegado a asediar Marrakech, en 524/1129, cosechando un duro fracaso. Desde la muerte del Mahdī, se intensificaron las expediciones militares, que les dieron en ocho años el dominio del Atlas. A continuación, entre 1139 y 1146 —la «guerra de los siete años»— lograron los Almohades acabar con los Almorávides, poniéndose de manifiesto las excelentes dotes tácticas de ᶜAbd al-Mu'min.

1145 fue un año decisivo en esta lucha; al comenzar, el emir Almorávide Tāšufīn fue derrotado y muerto en Orán y ocupada esta ciu-

[4] *Muᶜŷib*, p. 153; E. García Gómez, «El príncipe amnistiado y su *Dīwān*», *Cinco poetas musulmanes*, Madrid, 1944, y reed. posteriores, pp. 63-93.

dad por los Almohades, que enseguida lograron también Tremecén, y desde allí tomaron Uŷda y Guercif; por otro lado, Siŷilmāsa. Al año siguiente, los Almohades tomaron Fez. Entonces le llegó a ᶜAbd al-Mu'min un mensaje del hasta entonces almirante de la flota almorávide, Abū l-Ḥasan ᶜAlī b. ᶜĪsà b. Maymūn, pasándose a su partido y comunicándole cómo le había hecho reconocer soberano en Cádiz. Todavía en la primavera de 1146 a mediados o finales de mayo cayeron, respectivamente, Mequínez y Salé. Ceuta reconoció en ese mismo mes a ᶜAbd al-Mu'min, después de la resistencia que al frente de ella le plantara el famoso cadí ᶜIyāḍ [5]. Marrakech fue sitiada, desde junio de 1146, para ser conquistada antes del final de marzo de 1147, con la muerte del emir Almorávide, como vimos al narrar su extinción.

De todos modos, Ceuta se había vuelto atrás; por impulso del general Almorávide de al-Andalus Yaḥyà b. Gāniya, que había recuperado Algeciras, el importante puerto dejó de reconocer a los Almohades. A favor de éstos acudió el almirante de Cádiz, ᶜAlī b. Maymūn, que resultó muerto, mientras la insurrección se reforzaba con la colaboración de la insumisa Tánger y la revuelta Salé. Entre mayo y junio de 1148 los Almohades volvían a dominar todas estas plazas y tenían seguras las llaves del Estrecho, hacia la otra orilla.

La intervención Almohade en al-Andalus

Después del viaje de Ibn Qasī al Magreb a pedir auxilio al Califa ᶜAbd al-Mu'min, prestándole a cambio sumisión, lo cual debió ocurrir en septiembre-octubre de 1145, las primeras tropas Almohades desembarcaron en la Península, espaciándose ambos viajes, pues sabemos también que estando Alfonso VII cercando a Yaḥyà b. Gāniya en la medina de Córdoba, mayo de 1146, supo el emperador del cruce de los Almhades, y soltó su presa. En esa primavera de 1146 tuvo por su parte noticia ᶜAbd al-Mu'min de que en Cádiz le proclamaba el almirante ᶜAlī b. Maymūn, y también entonces Ceuta, por primera vez, reconoció la soberanía Almohade, aunque pronto se volvió atrás. Bien

[5] H. Kassis, «Qāḍī ᶜIyāḍ's rebellion against the Almohads in Sabtah», *Journal of the American Oriental Society*, CIII, 1983, pp. 505-514.

es verdad que desde el mes siguiente, junio 1146, los Almohades se concentraron en el asedio de Marrakech, y que otra fuente asegura que el viaje de Ibn Qasī ocurrió después de la toma almohade de Marrakech, ya caída en marzo 1147, pero puede tratarse de una segunda entrevista, o quizá debamos retrasar un año la presencia más eficaz de tropas Almohades en al-Andalus, apuntando que sólo en el verano de 1147 el nuevo imperio magrebí se apoderó de Tarifa y de Algeciras [6]. Mientras duró el asedio de Marrakech, otros régulos andalusíes, como Ibn Ḥamdīn de Córdoba e Ibn ᶜAzzūn de Jerez, habían enviado a ᶜAbd al-Mu'min embajadas manifestándole su sumisión. El terreno estaba en principio abonado.

Tres primeros cuerpos de ejército destacó ᶜAbd al-Muʾmin a la Península Ibérica, respectivamente al mando de Barrāz b. Muḥammad al-Masūfī, encargándole combatir, dice Ibn Jaldūn, «a los Almorávides de al-Andalus y a los rebeldes», es decir, a los régulos de estas taifas que se resistieran a proclamarle, luego otro al mando de Mūsà b. Saᶜīd, y otro más al frente de ᶜUmar b. Ṣāliḥ al-Ṣinhāŷī.

Según Ibn Jaldūn, las tropas Almohades en al-Andalus empezaron por ocupar Jerez, luego Niebla; siguieron hasta Mértola, donde tenían a su entonces aliado Ibn Qasī, y siguieron por Silves —cuyo gobierno confiaron a Ibn Qasī—, Beja y Badajoz. Los régulos de todas estas taifas se les sometieron. Barrāz llevó a continuación el ejército almohade a Mértola para invernar. Luego fue contra Sevilla, que cayó después de Tejada y Aznalcázar; los Almohades entraron en aquella capital en šaᶜbān 542/enero 1148, mientras los Almorávides, que entretando la tenían, huían y se hacían fuertes en Carmona. Una embajada de sevillanos fue a rendir homenaje al Califa ᶜAbd al-Mu'min, presididos por su cadí Abū Bakr Muḥammad b. ᶜAbd Allāh al-Maᶜāfirí (468/1076-543/1148) [7], que murió en Fez, cuando regresaba a al-Andalus después

[6] Ibn Jaldūn, *ᶜIbar*, VI, pp. 233-235; Huici, *Historia política del Imperio almohade*, I, pp. 145 y ss.

[7] Viguera, «Las cartas de al-Gazālī y al-Ṭurṭūšī», p. 341, n.° 1 y p. 350, n.° 46; V. Lagardère, «Abū Bakr b. al-ᶜArabī, grand cadi de Seville», *Revue de l'Occident musulman et de la Méditerranée*, XL, 1985, pp. 91-102. Ciertos problemas de fechas, por ej. Ibn Abī Zarᶜ en su *Rawḍ al-qirṭās* indica 1 ḏū l-ḥiŷŷa 539 (25.V.1145) para la toma de Jerez; 540/1145-46, para la de Sevilla; 543/1148-49, la de Córdoba. Cfr. Huici, *Historia política*, I, p. 146.

de cumplir esta embajada y después de ser retenido un año en Marrakech.

En este momento, la conquista almohade de al-Andalus sufre un retroceso. Los territorios sometidos se insubordinan contra los Almohades, a quienes creen derrotados en el Magreb por una grave sublevación, que se extiende por Ceuta, Tánger y casi todo el resto, menos Fez y Marrakech.

Por un lado, los sevillanos se alzaron contra los Almohades, porque dos hermanos del Mahdī Ibn Tūmart, llamados ᶜAbd al-ᶜAzīz e ᶜĪsà, cometieron abusos y desmanes en vidas y haciendas y hasta quisieron asesinar a Yūsuf al-Biṭrūŷī, antiguo régulo de Niebla, que marchó a su tierra y expulsó a la guarnición Almohade, retirándoles la obediencia, renovando la alianza con los Almorávides que aún quedaban en al-Andalus. Todos los demás régulos se apartaron de los Almohades, menos Ibn ᶜAzzūn de Ronda y Jerez. Por entonces, Ibn Gāniya ocupó Algeciras y contactó con la rebeldía de Ceuta.

Los Almohades abandonaron Sevilla y se refugiaron en Bobastro, con la sola ayuda de Ibn ᶜAzzūn, gracias al cual pudieron recuperar Algeciras. Los hermanos del Mahdī se fueron a Marrakech y ᶜAbd al-Mu'min envió a un nuevo general, Yūsuf b. Sulaymān, que dirigió las operaciones de nueva sumisión de todos. Barrāz fue encargado de la recogida de impuestos.

Alfonso VII, entretando, procuraba sacar partido de la situación, hostigando a Yaḥyà b. Gāniya en Córdoba, llegando a apoderarse de Úbeda y Baeza y acosándole con tributos. Ibn Gāniya entonces, aunque pertenecía al bando Almorávide, llamó a Barrāz, se entrevistaron en Écija y quedó pactada la protección de ᶜAbd al-Muʾmin para el antiguo jefe Almorávide, a cambio de que éste entregara Córdoba y Carmona. Cuando Alfonso VII levantó el asedio de Jaén, Ibn Gāniya marchó a acogerse en Granada, e invitó también al caíd Almorávide de la plaza, Maymūn b. Badr al-Lamtūnī a reconocer a los Almohades y a darles su territorio. En Granada murió Yaḥyà b. Gāniya, en šaᶜbān 543/diciembre 1140-enero 1149.

Alfonso VII fue otra vez a asediar Córdoba y acudieron tanto tropas andalusíes desde Jerez y Ronda y desde Niebla como un nuevo contingente magrebí, al mando de Yaḥyà b. Yagmūr, haciéndole retirarse.

En 545/1150, ᶜAbd al-Mu'min convocó, desde Salé, a las gentes de al-Andalus, invitando a enviarle delegaciones de reconocimiento. Acudieron a jurarle soberano: Sīdrāy o Sīdrātī, a esas alturas señor de Beja y Évora, al-Biṭrūŷī de Niebla, Ibn ᶜAzzūn de Jerez y Ronda, Ibn al-Ḥaŷŷām de Badajoz y ᶜĀmil b. Muhīb de Tavira. No acudió Ibn Qasī, y esta rebeldía acabó constándole la vida.

En 1153 los Almohades poseían también Málaga; en 1154-55 ó 1156-57 Granada; y el Algarve, por fin completamente, en 1157-58. En 1157 entraron también en Almería. Todo esto había costado a al-Andalus pérdidas territoriales irrecuperables, como Lisboa, Tortosa, Lérida..., como hemos visto al tratar en la Introducción acerca del espacio andalusí. Otros avances se pudieron parar, como el de Almería, tras diez años en poder cristiano. La muerte de Alfonso VII abrió un paréntesis, reabierto por Alfonso VIII, como veremos más adelante [8].

Otra interesante relación de sumisiones andalusíes

Trae el cronista oficial al-Bayḏaq [9] otra relación del orden y sucesos con que se fueron sometiendo las taifas andalusíes. Sólo en parte se pueden encajar sus datos con los que por otras fuentes conocemos y hemos expuesto hasta aquí, pero tiene también interés, porque traen referencias nuevas y distintas, que al menos nos sirven para no dejar inmovilizado un cuadro de la conquista Almohade de al-Andalus, que, como suele ocurrir en historia, no es aceptable ni posible establecer de forma acabada y unívoca.

Es notable también el tono triunfal de al-Bayḏaq, que va añadiendo posesiones Almohades, y traza su recuento, con la feliz conclusión de que todos fueron acatando la doctrina Almohade o resultaron muertos. Dice al-Bayḏaq que el primero al que los Almohades sometie-

[8] Sobre Alfonso VII, cfr. el artículo citado antes en la Segunda Parte; sobre Alfonso VIII, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid*, XIII, 1965-66, pp. 139 y 143; en este punto, y en general, es necesario atender a diversos estudios sobre la «reconquista», por ejemplo D. W. Lomax, *The Reconquest of Spain*, Londres, 1978, además de su traducción al castellano; asímismo *La reconquista y repoblación de los reinos hispánicos*, Ciclo de Conferencias, Zaragoza-Jaca, 1988, en prensa.

[9] Bayḏaq, *Ta'rīj*, pp. 125-126.

ron fue Abū l-Qāsim ibn Ḥamdīn, rebelde en Córdoba, y acabaron con su vida Majlūf b. Yallūlay y Yaḥyà b. Yūmūr; y a continuación Ibn Marwān, alzado en Constantina y Hornachuelos, hasta que le dieron muerte ᶜAbd al-Raḥmān b. Yanᶜamān y Yajlaf b. Yallūlay; Sidrāy b. Wazīr, en Évora y Beja, acabó aceptando la doctrina Almohade; los cuartos que se sometieron fueron al-Biṭrūŷī y al-Fajjār, que fueron atacados por Yaḥyà b. Yagmūr, dispersándoles y tomando Niebla; el quinto, Ibn ᶜAlī, «alzado en Badajoz», se sometió a la doctrina almohade «con hermoso acatamiento»; luego Abū l-Gamr ibn ᶜAzzūn de Jerez, con su hermano Abū l-ᶜAlāʾ, que prestaron acatamiento a la doctrina; el séptimo fue Dardūš de Carmona, que se refugió junto a Ibn Mardanīš al ser atacado por los Almohades; luego Ibn ᶜAlī de Ronda, que murió cuando le llegó la hora y los rondeños acataron la doctrina Almohade; el noveno fue Azkaš en Guadix, y le dio muerte el general Almohade ᶜAbd Allāh b. Sulaymān; el décimo, Ibn Malŷān de Guadix y Baza, hasta que marchó contra él Abū Ḥafṣ y ante él aceptó la doctrina Almohade; el undécimo, ᶜUmar b. Abī Ṭūṭ Walgūṭ, en Tavira, ejecutado por el *sayyid* Abū Saᶜīd y ᶜAbd Allāh b. Sulaymān; y el duodécimo, que fue Ibn Miqdām, alzado en Purchena, contra quien marchó ᶜAbd Allāh b. Sulaymān desde Almería, «con las tropas de infantería que iban en los navíos, pero se le sublevaron y le mataron», de modo que Purchena aún aguantó algo más, pasado 1157, fecha de la toma Almohade de Almería, y sólo acabó rendida por Abū Ḥafṣ, en sus campañas contra Lorca y contra Ibn Mardanīš, de lo que luego trataremos.

Este relato, aunque es incompleto, muestra bien el tono de la conquista Almohade de al-Andalus, y los años y ejércitos que en ello debieron emplear.

El Califa ocupado en el Magreb gobierna por cartas

El Califa ᶜAbd al-Mu'min mantenía en al-Andalus esta labor guerrera y diplomática o propagandística, por otro lado, de atracción, mientras se dedicaba a consolidar su poder en el Magreb Central, lo cual logró alrededor de 1151, para seguir a continuación por Túnez y alcanzar Trípoli, en 1159-60. En tanto atendía en persona sus asuntos magrebíes, empeñado como estaba en lograr una gran extensión terri-

torial, más allá incluso de los límites del imperio Almorávide, ʿAbd al-Mu'min mantenía con sus gobernadores de al-Andalus frecuentes relaciones epistolares.

Se conservan una cuarentena de cartas oficiales Almohades [10], de las cuales más de la mitad corresponden a la época de ʿAbd al-Mu'min. La correspondencia de este Califa fija el modelo característico de las cartas Almohades, que se componen de siete partes: el encabezamiento (que señala al emisor, en este caso ʿAbd al-Mu'min, siempre denominado «Emir de los creyentes», y al destinatario, con mención del lugar en que se encuentra, además de las invocaciones pertinentes); el saludo; la fórmula de transición, «pues bien», con dos jaculatorias y una invocación al Mahdī Ibn Tūmart; la iniciación del tema, con la fórmula: «esta es la carta que dirigimos a...», añadiendo el nombre del lugar de expedición de la carta; la exposición del tema; conclusión y fecha. Las cartas eran validadas por el Califa o por su encargado del signo de validación, y en este caso la frase elegida era: «Loado sea Dios Único». En la mencionada colección de cartas oficiales Almohades no aparece, sin embargo, esta validación, por tratarse de copias.

La mayoría de las cartas conocidas de ʿAbd al-Mu'min contienen partes de victorias, por ejemplo sobre los Bargawāṭa, conquista de Constantina, ataque de Almería, triunfo sobre los Banū Hilāl en Setif, victorias en Almería, Baza y Úbeda, en Gafsa, y más triunfos sobre los Banū Hilāl en Ifrīqiya. Otras cartas tratan asuntos de importancia política o institucional, como la que se refiere a la revuelta de los hermanos del Mahdī Ibn Tūmart, al nombramiento de sucesor, la designación de hijos de ʿAbd al-Mu'min como gobernadores provinciales y a las construcciones efectuadas en Gibraltar. Otro grupo de cartas está formado por las circulares de contenido religioso, exhortando a la devoción y al cumplimiento de la normativa Almohade; hay cartas también de ʿAbd al-Mu'min dirigidas a determinados rebeldes, como Ibn Gāniya en Córdoba, Ibn Mardanīš, o las gentes de Constantina, invitándoles a acatarle; y otras de asunto diverso, como una respuesta a los cordobeses que le habían escrito sometiéndose, un acuse de recibo de

[10] E. Lévi-Provençal, *Trente-sept lettres officielles almohades*, Rabat, 1941; ʿA. A. ʿInān, *ʿAṣr al-murābiṭīn wa-l-muwaḥḥidīn*, El Cairo, 1964, pp. 552-561; R. Bourouiba, *Abd al-Mu'min, flambeau des Almohades*, Argel, 1974, pp. 93-95.

una comunicación andalusí sobre una algara realizada contra los cristianos y otra en que relata un viaje a Tīnmallal.

Conquistas en el Magreb comunicadas a Sevilla

Aunque el Califa ᶜAbd al-Mu'min seguía atendiendo personalmente al gobierno y a la expansión en el Magreb, no descuidaba mantener contacto epistolar con al-Andalus, procurando utilizar los efectos psicológicos de sus victorias magrebíes para consolidar un poder que tan arduo le estaba resultando imponer en la orilla andalusí. Un ejemplo bien significativo es el envío de la carta siguiente, en que ᶜAbd al-Mu'min comunica a las gentes de Sevilla, capital Almohade de al-Andalus, sus triunfos en Ifrīqiya durante la campaña del 1159-1160 y especialmente alude a su conquista de Gafsa y a la entrada de la gran tribu árabe de los Banū Sulaym en su obediencia. «¡Ay, qué gran mensaje!», exclama el secretario y cronista Almohade Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt [11], «cuando a los espíritus hostigaba el morbo de la rebelión, reviviéndolos así con estos grandes aires de victoria. [Esta carta] narraba maravillosamente el efecto de los golpes de las afiladas espadas... encantando al auditorio. Tan importantes eran estas nuevas como propaganda en al-Andalus, que el gobernador de Sevilla entonces, Abū Yaᶜqūb, hijo y luego sucesor de ᶜAbd al-Mu'min ordenó que se hicieran copias de los versos que en la carta cantaban aquella victoria y se los aprendieran de memoria los funcionarios Almohades, los tolbas de Sevilla y que los recitaran; continúa el cronista:

> La carta y los versos se leían y se recitaban, elevándose desde lo alto de los almimbares, a todos, habitantes de campos y ciudades, informándose así de aquellas buenas nuevas, cuya alegría se difundía así entre todos los súbditos. Volaban los jinetes con estos gratos y felices versos en todas direcciones, perforando estas noticias verídicas, con sus datos, los oídos de todos los infieles, gracias sean dadas a Dios. Nuestro señor el emir [Abū Yaᶜqūb] ordenó que por estas albricias se hicieran redobles de tambor... y repartió comida a los Almohades y a la gente toda de Sevilla, tanto pueblo como clase alta, y a los solda-

[11] *Mann*, pp. 123-129.

dos, por espacio de treinta días, redoblando los tambores todo ese tiempo, entre la general alegría, mientras los poetas entonaban sus poemas de felicitación, que al mismo hielo podían fundir con su sincero acento.

En el mes de ṣafar 555/febrero-marzo 1160 la noticia de la toma de Mahdiyya por ʿAbd al-Mu'min, expulsando a los normandos, se difundió también por Sevilla, con demostraciones jubilosas. Falta hacían estos ánimos, como veremos seguidamente.

Sigue la resistencia de Ibn Mardanīš y de Ibn Hamušk

Mientras los Almohades celebraban esta victoria magrebí de su Califa llegó noticia a Sevilla de que Ibrāhīm b. Hamušk, suegro de Ibn Mardanīš, junto con éste, habían sitiado Córdoba. Venían destruyendo sus sembrados y territorio durante los veranos de los años 553 a 555/1158 a 1160; entretanto, en 1159, había logrado Ibn Mardanīš apoderarse de Jaén, donde se le rindió el gobernador Almohade Muḥammad b. ʿAlī al-Kūmī. Ibn Hamušk fue encargado desde entonces del gobierno directo de Jaén, además de Úbeda y Baza. Ambos líderes andalusíes tomaron también Écija y Carmona, entre 1158 y 1159.

Podemos hacer un alto en este punto y repasar la situación de la resistencia andalusí. Como bien subraya Pierre Guichard, la conquista Almohade de Almería, en agosto de 1157, había marcado la primera etapa de la lucha expansiva Almohade [12]. Desde que apretaron más aún su ofensiva, a partir de 1154, habían ido aproximándose cada vez más a la pertinaz taifa levantina de Ibn Mardanīš. En 1154-55, o al año siguiente, 56-57, tomaron los Almohades Granada, resistente con su general Almorávide al frente, núcleo que había fomentado otros autónomos a su alrededor, como Alcalá la Real, Guadix y Baza, además Segura con Ibn Hamušk. Los cristianos, por su parte, tenían los enclaves de Úbeda y Baeza, además de Almería. Todo esto lo tomaron los Almohades entre 1154 y 1157. Así llegaban al límite territorial de Ibn Mardanīš y de Ibn Hamušk.

[12] P. Guichard, «Murcia musulmana (Siglos IX al XIII)», *Historia de la región murciana*, Murcia, 1980, III, p. 178.

El lanzarse sobre ellos quedó frenado por la fuerte intervención magrebí de las tropas Almohades, con su Califa al frente. Por esto resultaban tan importantes y eran tan celebradas las noticias de sus éxitos allende. El esfuerzo magrebí fue utilizado por los resistentes andalusíes para acrecer su territorio, como dijimos. En marzo de 1660 asediaron Córdoba, logrando dar muerte incluso al gobernador Almohade, que era el hafiz Abū Zayd ᶜAbd al-Raḥmān b. Tīŷīt, en emboscada que le tendieron junto a la aldea despoblada de Ataba, en Aldarete. El emir Abu Yaᶜqūb, desde Sevilla, pedía a su padre socorro urgentemente, y éste le escribió desde Constantina, en rabīᶜ I 555/marzo-abril 1160, informándole de sus disposiciones para cruzar a al-Andalus, donde le ordenaba preparar al efecto Gibraltar.

Mientras tanto Ibn Hamušk tomaba Écija y Carmona, donde entró el 25 de marzo de ese mismo año 1160, por entrega que le hizo desde su interior ᶜAbd Allāh b. Saraḥīl. Sevilla resultaba así muy amenazada, y a la defensiva, hasta que recuperaron Carmona, en 1161. Veamos qué ocurría entretanto en la parte de los Almohades.

Los Almohades fortifican su base de Gibraltar

Decidido ᶜAbd al-Mu'min a pasar a al-Andalus, después de su campaña victoriosa de Ifrīqiya, terminada en 1160, escribió a sus gobernantes en al-Andalus, especialmente a sus hijos Abū Yaᶜqūb y Abū Saᶜīd, en marzo de 1160, para darles instrucciones sobre su próximo viaje a la Península, donde, desde ahora, va a concentrarse su atención. Proyecta, en efecto, una magna intervención, que no llevó a cabo, pues murió antes, sin que la misma amplitud de sus planes le permitiera concluirlos. Para todo aquello sintió la necesidad de una gran base de operaciones, que decide establecer en Gibraltar y no en Algeciras, como venía sucediendo al menos desde época Almorávide. Las principales obras de construcción de tal base en Gibraltar duraron desde marzo a noviembre de 1160, fecha en que cruzó hasta allí ᶜAbd al-Mu'min.

Cuentan las crónicas Almohades [13] que el Califa ordenó a sus dos hijos mencionados, además de al nobilísimo jeque Abū Ḥafs y a Abū

[13] *Mann* y *Muᶜŷib*.

Isḥāq Barrāz b. Muḥammad, al ḥāŷŷ Yaᶜīš, al caíd ᶜAbd Allāh b. Jiyār de Jaén, junto con tolbas de Sevilla, que se reunieran para decidir dónde instalar la nueva población de Gibraltar:

> Ordenaba también en su noble carta que movilizase a todos los obreros, entre albañiles, yeseros, carpinteros y alarifes de todo el país de al-Andalus que estaba bajo gobierno de los Almohades, y les urgiera a acudir a Gibraltar, en obediencia de esta orden excelsa. Se celebró esta disposición y todo el mundo acudió a hacerlo, tanto soldados, como caídes, secretarios y financieros, para llevar las cuentas y pagar las obras y activar aquello y llevarlo a buen fin. El nobilísimo *sayyid* Abū Saᶜīd vino a Gibraltar desde su residencia de Granada, según se le había ordenado, y desde Sevilla se desplazó Aḥmad b. Bāso, alarife arquitecto, con todos sus albañiles... El nobilísimo *sayyid* Abū Ya'qūb se ocupó desde Sevilla, durante meses, de que [se cumplieran] las órdenes excelsas [de su padre ᶜAbd al-Mu'min]... los obreros se esforzaron en sus tareas... con lo cual la edificación resultó hecha en el más corto espacio de tiempo [14].

Venida al fin de ᶜAbd al-Mu'min a al-Andalus

En ḏū l-qaᶜda 555/noviembre de 1160 cruzó ᶜAbd al-Mu'min el Estrecho, desde Ceuta a Gibraltar, para inspeccionar la situación, reunirse con sus gobernadores y decidir la política a seguir. Seguramente trajo tropas, puesto que Abu Yaᶜqūb, que acudió naturalmente al encuentro de su padre, dejó recomendado a los tolbas a Sevilla «que se encargasen en su puesto de combatir contra los depravados habitantes de Carmona, partidarios de Ibn Hamušk [15], con esfuerzo que logró recuperar la plaza en 1161, pero ᶜAbd al-Mu'min no vino a ponerse al frente de expedición ninguna, sino en preparativos de su gran ofensiva en proyecto. En Gibraltar recibió el homenaje de sus súbditos de al-Andalus, dando audiencia a delegaciones de todo el país, que le renovaron el juramento de fidelidad. El Califa premió los poemas en su honor que compusieron para tal ocasión los poetas, pagándosele a cada

[14] M. J. Viguera, *Hechos memorables de Abū l-Ḥasan, sultán de los Benimerines*, Madrid, 1977, p. 435 n. 112.
[15] *Mann*, pp. 147-156.

uno diez dinares, por intervenir en la recepción, de igual manera que se regalaron diez meticales a todos los que acudieron a visitarle.

Esta recepción se realizó con cuidadosa programación y todo el boato posible, para manifestar ante los súbditos andalusíes la importancia califal del nuevo poder. Una concepción más elevada y grandilocuente del ceremonial cortesano habían traído los Almohades, como hemos de ver en varias ocasiones.

Dos meses permaneció ᶜAbd al-Mu'min en Gibraltar, hasta enero de 1161, cuidando los asuntos andalusíes: confirmó a su hijo Abū Yaᶜqūb Yūsuf, que fue su sucesor, en el cargo más alto de gobenador de Sevilla, dejando con él a jeques almohades para que actuaran como consejeros suyos; confirmó también en el gobierno de Sevilla a su otro hijo Abū Saᶜīd ᶜUṯmān tenido por uno de sus hijos más sobresalientes; ilustre y enérgico, era muy aficionado a las bellas letras y un gran mecenas. La medida más significativa en esta ocasión fue la de colocar al importante jeque Almohade, Abū Ḥafṣ ᶜUmar Īntī, su gran colaborador, en el gobierno de Córdoba, zona castigadísima entonces por los ataques de Ibn Mardanīš y de Ibn Hamušk, aliados con tropas cristianas.

Cuando ᶜAbd al-Mu'min regresó a su capital, Marrakech, conociendo directamente la situación de al-Andalus, organizó el envío continuo de soldados y pertrechos, encargando de ello a otro destacado jeque Almohade, Yūsuf b. Sulaymān, miembro del gurpo de «los Cincuenta», que se desplazó a Sevilla para mejor hacer frente a la recuperación de Carmona, ocupada por el ejército de Ibn Mardanīš. Las fuentes, y sobre todo ᶜAbd al-Wāḥid al-Marrākušī[16], especifican que ᶜAbd al-Mu'min había destacado a la Península Ibérica caballería e infantería de las tribus beréberes de Maṣmūda, además de tribus árabes, que, dominadas por él en Ifrīqiya, constituyeron parte esencial de su ejército.

El adoctrimaniento de al-Andalus

No descuidaba ᶜAbd al-Mu'min, además del envío de tropas, la situación espiritual de sus súbditos, a los que periódicamente hacía lle-

[16] *Mu'ŷib*, p. 159.

gar circulares recordándoles que debían comportarse según el credo y el ritual Almohade. Su intervención, tanto repecto a al-Andalus como al resto de su imperio, tenía dos frentes: la conquista militar y la conquista doctrinal. Varios de estos textos se han conservado en el titulado *Mensaje de los epígrafes* (*Risālat al-Fuṣūl*)[17] y aporta un testimonio tan directo y elocuente de lo que debió suponer la intervención Almohade que es necesario examinarlo con detenimiento. Todo en el texto es significativo: desde las premisas de atención califal con que se inicia, la normativa, simple y eficaz, pues pronunciar la frase reconociendo que «no hay más dios que Dios...» era propuesta fácil, aunque debía decirse en árabe, no en beréber ni en ninguna otra lengua (creo que es impensable que fuera recitada en romance), por afán de imponer como factor aglutinador del Estado la arabidad; además de la normativa rigurosa en materia de cumplimiento religioso, rezos, impuesto, alimentos, moralidad. O el riguroso castigo. La circular que estamos considerando aparece fechada en Rabat, el 2 de marzo de 1161, a los dos meses del regreso de ᶜAbd al-Mu'min al Magreb, tras su estancia de Gibraltar; fue redactada en su nombre por el visir Abū Ŷaᶜfar ibn ᶜAṭiyya; vamos a entresacar pasajes demostrativos:

> Nos mantenemos vigilantes por la situación de todos, sin dejar de atenderla noche y día, lo cual procuramos con denodada firmeza, dedicados a ellos con tesón y empeño, siguiendo en el bien obrar a nuestro *Imām* Ibn Tūmart.... La gente debe aprender la fórmula de la unidad de Dios, que es base y cimiento de la Fe, su alma y su médula.... no valdrán excusas a quien no la aprenda... ordénese a quienes saben árabe y pueden hablar en esa lengua, que reciten dicha fórmula a quienes no saben, hasta que la aprendan y entiendan y se habitúen a recitarla. A los tolbas de las ciudades, y otras gentes [instruídas] así, mándeseles que reciten las profesiones de Fe almohade, se las sepan de memoria y las digan frecuentemente con absoluta comprensión. Hágase que el pueblo y las gentes de los aduares recite la profesión de Fe que comienza: «Debes saber, Dios nos guíe y te guíe...», y que se la aprendan y entiendan, tanto hombres como mujeres, libres y esclavos; todo al que ataña esta obligación, si no le gusta hacerlo... podrá ser ejecutado. Que tomen a su cargo cumplir la

[17] *Documents inédits*, p. 134-145.

> oración... obligad al pueblo y a los de los aduares a saber de memoria la primera azora del Corán y otras azoras además, y todo lo que puedan del Sagrado Libro.... Quien falte a la oración, la cumpla con descuido y no sea diligente en realizar lo que en esto tiene obligación, debe ser matado en el acto... Pagad el impuesto de azaque y denunciad a quien no lo pague... pues el azaque es la base del Tesoro Público y de la Guerra Santa... aquel de quien se demuestre que no paga el azaque será considerado como quien no reza [a efectos del castigo]... Ordeno que se tenga vigilado y controlado todo lo relativo a bebidas fermentadas, procediéndose contra quienes las vendan o suelan beberlas... Ordeno que se siga proceso contra el latrocinio, el pillaje, el saqueo de cualquier lugar del campo, contra la conducta extraviada, contra el reunirse para escuchar ninguna clase de instrumentos de música, cualesquiera sean, como pasaba en los tiempos paganos anteriores al Islam, con toda la secuela de ilicitudes que cría la raíz de la irreligiosidad.... Esas gentes que quebrantan nuestra convocatoria y no se dejan llevar por la Ley que les obliga... vuélvase contra ellos esa Ley, pues son enemigos de Dios y de Su Profeta.

Resultó ser, en efecto, esta época Almohade de grandes manifestaciones morales, de aparentes censuras oficiales, pero el mantenimiento de las mismas condenas durante años y años demostraba que casi todo lo censurado pervivía, buscando las gentes recursos para librarse de los dictámenes oficiales; como pasa en toda sociedad ideológica, por un lado va la ordenación ideal de los valores y por otro la práctica real [18].

Éxitos almohades contra la resistencia andalusí

Desde 1160 los resistentes andalusíes capitaneados por Ibn Mardanīš, con Ibn Hamušk y tropas cristianas de Alvar Rodríguez «el Calvo», se habían dedicado a atacar el triángulo esencial Almohade en al-Andalus: Córdoba, Sevilla y Granada. Ya vimos cómo mantuvieron asediada Córdoba y entraron en Carmona. En uno de sus ataques a Sevilla derrotaron al gobernador Abū Yaʿqūb Yūsuf, luego segundo

[18] M. J. Viguera, «La censura de costumbres en el *Tanbīh al-ḥukkām* de Ibn al-Munāṣif», *Actas de las II Jornadas de Cultura Árabe e Islámica*, Madrid, 1985, pp. 591-611.

Califa Almohade, en sonada batalla en que perdieron la vida destacados personajes Almohades, como Muḥammad b. ᶜUmar al-Ṣinhāŷī, Yaḥyà b. Abī Bakr b. al-Ŷabr, ᶜUmar b. Maymūn al-Hargī, y por otro lado notorio número de personajes andalusíes, del partido colaborador con los Almohades, del que cayeron entonces los hijos de Ibn ᶜAlī, señor de Badajoz, y también Ibn al-Gamr e Ibn Wazīr. Abū Yaᶜqūb apenas pudo salvarse, tornando de noche a Sevilla y haciéndose fuerte allí [19].

La reacción Almohade empezó con la venida de ᶜAbd al-Mu'min a Gibraltar. Con las tropas entonces previstas, los Almohades prepararon la recuperación de Carmona, empezando por hacerles retirar tras las murallas de esa plaza, con lo cual contuvieron sus algaras. Lograron apoderarse de ᶜAbd Allāh b. Saraḥīl, que era quien había entregado Carmona a Ibn Hamušk, y así fueron minando la inclinación rebelde de sus gentes, que a finales de 1161 o enero de 1162, entregaron a los Almohades algunas torres de la ciudad, mientras los resistentes se hacían aún fuertes por breve tiempo en la alcazaba. Por fin, los almohades entraron en Carmona.

Pero la capacidad ofensiva y las ganas contraatacantes de los resistentes andalusíes no se hicieron esperar. Ibrāhīm b. Hamušk supo canalizar a su favor el rencor de los judíos de Granada, a quienes los Almohades habían forzado a islamizarse, y aliado con uno de ellos, llamado Ibn Dahrī, logró que éste le condujera hasta la puerta del arrabal del Albaicín, rompiendo la barra y la puerta para dejarles entrar, a principios de 1162. El gobernador Almohade, el *sayyid* Abū Saᶜīd ᶜUṯmān había partido hacía poco al Magreb. Los Almohades se encontraban instalados en la alcazaba y fueron a reunírseles los habitantes de Granada partidarios suyos, con víveres que les permitieron resistir.

En una sola noche Ibn Hasmušk se hizo con la ciudad, instalándose en la alcazaba roja («Alhambra», al-Ḥamrā'), «que estaba en la montaña de la Sabīka, frente a la alcazaba de Granada», dice el cronista contemporáneo de los hechos Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt [20]. Dio parte a su

[19] Bayḏaq, *Ta'rīj*, p. 121; *Mann*, pp. 186-195; Huici, *Historia musulmana de Valencia*, III, pp. 150-154.

[20] Sobre la historia antigua de la Alhambra, trabajos de L. Torres Balbás, cit. por R. Pocklington, «La etimología del topónimo [Granada]», *Al-Qanṭara*, IX, 1988, páginas 375-402.

jefe Ibn Mardanīš de tan gran éxito, pidiéndole que acudiera hasta rendir del todo a la guarnición Almohade, que, por su lado había escrito en petición de socorro al Magreb. ᶜAbd al-Mu'min había empezado a reunir tropas en Salé para su proyectada campaña andalusí y al saber el suceso granadino, envió de inmediato en avanzadilla a algunas de ellas, bajo el mando de su hijo Abū Saᶜīd ᶜUṯmān, que venía ejerciendo como gobernador de Granada, el cual iba confiado en los pocos recursos de hombres que tendría Ibn Hamušk. Atravesó desde Alcazarseguir (*Qaṣr Maṣmūda*) hasta Málaga y, con ayuda de su hermano Abū Yaᶜqūb, dio una primera acometida contra los rebeldes granadinos. A cuatro millas de la ciudad, en Marŷ al-ruqād, Ibn Hamušk les cortó el avance y les derrotó, salvándose bien difícilmente el *sayyid* Abū Saᶜīd en Málaga.

La medida que tomó entonces ᶜAbd al-Mu'min fue más previsora. Envió veinte mil hombres esta vez, nos dicen las crónicas Almohades, tanto infantes como caballería, cuyo mando dio a su hijo y gobernador de Sevilla Abū Yaᶜqūb, nombrando para su codirección al jeque Almohade y gran caíd Abu Yaᶜqūb Yūsuf b. Sulaymān, el cual trazó un plan de ataque que le dio la victoria, pues subió por el monte sobre el Genil, contiguo a las alcazabas ocupadas por Ibn Hamušk y por Ibn Mardanīš, y el 13 de julio de 1162 cayó sobre su enemigo desde arriba, mientras las tropas de Ibn Hamušk huían por los barrancos hacia el Darro. Murieron Álvar Rodríguez y un yerno de Ibn Mardanīš, además de otros destacados resistentes andalusíes. Tras comunicar la victoria al Magreb, los Almohades siguieron con su impulso de atacar Jaén, mientras Ibn Hamušk se refugiaba en su plaza de Segura, encargando la defensa de la capital jienense al visir Aḥmad b. ᶜAbd al-Raḥmān al-Waqqašī. Los Almohades, entre tanto, se ocupaban de fortalecer, guarnecer y aprovisionar Granada.

Breve traslado de la capitalidad a Córdoba

Esta victoria de los Almohades sobre los resistentes andalusíes en Granada les dio ánimos para mayores empresas. Por una parte, ᶜAbd al-Mu'min incrementó la preparación de un gran ejército, encargando al caíd Yūsuf b. Sulaymān que armara un cuerpo de caballería formado

por 14.000 jinetes árabes, según el fiel cronista al-Bayḏaq [21], y por otro cobró más esperanzas de restaurar en al-Andalus el esplendor Omeya, instalando su capital en la afamada Córdoba, que a la vez, por su posición más septentrional venía a incidir más en el ataque contra el Jaén todavía insumiso.

Precisamente se encontraban los Almohades en el sitio de Jaén cuando el Califa ordenó que se trasladara la capitalidad de al-Andalus a Córdoba, ciudad que venía siendo castigadísima por las pugnas de los andalusíes resistentes y los Almohades, además de por las acometidas cristianas. Así, la antigua metrópolis Omeya había perdido toda su potencia, aunque no su aureola de gloria [22], pues según nos dice el secretario y cronista Almohade, contemporáneo de todo esto [23], ya sólo quedaban allí ochenta vecinos. Los dos hijos de ᶜAbd al-Mu'min que ejercían como gobernadores en lugares de al-Andalus, Abū Saᶜīd y Abū Yaᶜqūb, llegaron a instalarse en Córdoba, dispuestos a establecer en ella las funciones administrativas, para lo cual iniciaron la reconstrucción de sus alcázares y otros edificios, además de tomar medidas para salvaguardar sus entradas fronterizas. Pero, en realidad, se inició sólo este traslado de capitalidad, porque Abū Yaᶜqūb, ocho meses después tan sólo, a la muerte de su padre ᶜAbd al-Mu'min, cuando le sucedió en el Califato, decidió que Sevilla continuara con su rango de capital, no en vano desde 1155 venía residiendo en ella como gobernador, tomándole el apego que se muestra en los cuidados que por la ciudad del Betis se tomaron los Almohades.

Intensos preparativos en pro de al-Andalus

De la magnitud del proyecto ofensivo que ᶜAbd al-Mu'min pensaba realizar contra los principales enclaves cristianos de la Península da puntual idea un pasaje de Ibn Ṣāḥid al-Ṣalāt, en que él mismo, en primera persona, refiere una de las sesiones que el Califa Almohade dedicó a recabar consejos y opiniones de sus cortesanos, especialmente

[21] Bayḏaq, *Ta'rīj*, p. 121.

[22] J. Zanón, *Topografía de Córdoba almohade a través de las fuentes árabes*, Madrid, 1989.

[23] *Mann*, pp. 203-207.

de los muchos que había oriundos de al-Andalus. Tenía ᶜAbd al-Mu'min dispuesta tal expedición para la primavera de 1163. Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt, en aquella mencionada sesión le indicó [24] que un ejército debía ir sobre Alfonso Enríquez de Coimbra, así denominado por el cronista Almohade, otro sobre Fernando II de León, a quien el cronista denomina por su mote de «el Baboso», situándolo en Ciudad Rodrigo; otro cuerpo expedicionario atacaría a Alfonso VIII, en Toledo, mientras otro iría sobre Barcelona.

El esfuerzo de ᶜAbd al-Mu'min llevó a construir doscientos barcos, casi la mitad de ellos en el puerto de al-Maᶜmūra y los demás en los principales arsenales andalusíes y magrebíes. Todo el año de 1162 estuvo pendiente de estos preparativos y cuando todo lo tuvo dispuesto, decidió rendir visita solemne y piadosa a la tumba del Mahdī Ibn Tūmart. Entretanto los portugueses habían conquistado Beja, el 22 ḏū l-ḥiŷŷa 557/1 diciembre 1162, manteniéndola hasta comienzos de abril, en que evacuaron la plaza dejándola arrasada, pues no podían mantenerla todavía. Y el Califa, durante aquel durísimo invierno, se desplazaba a Tīnmallal, vadeando el desbordado y helado río Nafīs. Aquel frío le hizo enfermar gravemente, y ocasionaría su muerte, a mediados de mayo de 1163, como veremos, mientras surgían a su alrededor problemas sucesorios que diremos y mientras retenidos por la enfermedad del Califa las tropas reunidas para aquella magna expedición enfriaban sus ánimos en la espera.

Los hijos de ᶜAbd al-Mu'min y sus funciones

A ᶜAbd al-Mu'min le sobrevivieron dieciocho hijos varones, cuyos nombres conservan las fuentes cuidadosamente [25], informándonos además de los cargos que desempeñaron:

Abū ᶜAbd Allāh Muḥammad fue su heredero reconocido, luego depuesto.

[24] *Mann*, pp. 219-221.

[25] *Documents inédits*, 225; *Mann*, pp. 222-228; sobre la actividad culta alrededor del príncipe poeta Abū l-Rabīᶜ Sulaymān véase M. Manūnī y otros considerados por M. Bencherifa en *al-Akādimiya*, VII, 1990, pp. 75-107.

Abū Yaʿqūb Yūsuf, que ejerció como gobernador de Sevilla, fue, al final de la vida de su padre, nombrado sucesor, y, en efecto le sucedió.

Mūsà fue gobernador de Marrakech.

Abū l-Ḥasan ʿAlī fue gobernador de Fez.

Abū Ḥafṣ ʿUmar fue gobernador de Tremecén, luego visir de su padre y llevó mucho peso del gobierno también en tiempos del Califato de Abū Yaʿqūb Yūsuf, de quien era hermano de doble vínculo.

Abū Saʿīd ʿUṯmān fue gobernador de Ceuta, Tánger, Málaga, Algeciras y Granada.

Abū l-Rabīʿ Sulaymān fue gobernador de Tādlā.

Abū Isḥāq Ibrāhīm fue gobernador de Sevilla durante el Califato de su hermano Abū Yaʿqūb Yūsuf.

Abū Muḥammad ʿAbd Allāh fue gobernador de Bugía.

Abū Zayd ʿAbd al-Raḥmān fue gobernador del Sūs.

Se conocen además los nombres de Yaḥyà, Ismāʿīl, al-Ḥasan, al-Ḥusayn, ʿĪsà, Yaʿqūb, Dāwūd y Aḥmad, los cuales completan el número de hijos vivos en 1163, aunque posiblemente tuvo bastantes más, que fallecerían antes. También se sabe el nombre de dos hijas: Ṣafiyya y ʿĀ'iša. Es bien apreciable el conjunto de onomástica árabe formado por estos nombres, sin la aparición de ninguno beréber, pues, a pesar del origen como tales de esta famlia, sus pujos de arabidad son muy notorios.

La estructura del imperio

El Califa, y en este caso ʿAbd al-Mu'min, era la cabeza del imperio Almohade, y todos los poderes habituales en un Estado islámico recaían en él, que tenía la facultad de delegarlos en personas de su confianza. El presidir las más solemnes oraciones, acuñar moneda con su nombre, la mención también de su nombre y apelativos en el sermón de los viernes, y el mando del ejército eran sus principales distinciones.

En tiempos de ʿAbd al-Mu'min, y por especiales circunstancias, hubo un segundo hombre distinguido en los asuntos públicos, colaborar fiel y permanente de ʿAbd al-Mu'min, y colocado por éste al frente de los más delicados asuntos, como cuando dispuso que fuera a

Córdoba, para gobernarla en las difíciles circunstancias que antes vimos, a este «segundo de a bordo», el jeque Abū Ḥafṣ ᶜUmar Īntī. Se trataba de uno de los más antiguos compañeros del Mahdī Ibn Tūmart, y era miembro del gurpo de «los Diez», igual que ᶜAbd al-Mu'min, mientras que su gran caíd, Yūsuf b. Sulaymān, lo era del grupo de «los Cincuenta», y ambos llegaron a ser los únicos supervivientes junto al Califa de los primeros y difíciles años de la toma del Poder. Parece que, de algún modo, se había establecido que Īntī sería el sucesor de ᶜAbd al-Mu'min en el Califato Almohade, pero circunstancias no bien establecidas, sobre las que se capta el cambio de derrotero logrado introducir por ᶜAbd al-Mu'min desde las estructuras de un poder tribal a otro, el suyo, que lo era dinástico, enraizado en su propia descendencia, llevaron las cosas a la renuncia más o menos forzada de Īntī a la sucesión [26], continuando con todo su realce y prerrogativas en el imperio Almohade.

El nombramiento de sucesor por parte de ᶜAbd al-Mu'min es una prueba de su entendimiento dinástico del Califato almohade. En 1155 hizo nombrar este Califa por sucesor a su hijo primogénito Muḥammad. Representando al-Andalus, desde 1160, el principal punto de interés de ᶜAbd al-Mu'min, el papel de su hijo Abū Yaᶜqūb, gobernador de aquella parte de su imperio, no dejaría de incrementarse. A finales de 1162 fue llamado Abū Yaᶜqūb a Marrakech, y allí, en circunstancias que nos son desconocidas, logró desplazar a su hermano Muḥammad y alterar a su favor el nombramiento de sucesor al Califato. De Muḥammad resaltan las fuentes su afición a la bebida, que avergonzaba a su padre, al manifestarse ebrio en público, además de su falta de criterio, ligereza y flaqueza de espíritu, hay quien dice además que estaba aquejado de elefantiasis, apunta ᶜAbd al-Waḥid al-Marrākušī [27] que añade incluso que al morir ᶜAbd al-Mu'min fue su propuesta muy atacada y controvertida, a pesar de lo cual ejerció el poder durante cuarenta y cinco días, hasta que fue destronado en šaᶜbān de aquel año 558/julio 1163, y que tal desposesión fue procurada por sus hermanos Abū Yaᶜqūb Yūsuf, pronto Califa, y por Abū Ḥafṣ ᶜUmar. Sabemos que durante los meses que ᶜAbd al-Mu'min permaneció enfermo, antes de su

[26] Bourouiba, *Abd al-Mu'min*, pp. 62-63.
[27] *Mu'ŷib*, p. 168.

muerte, su hijo Abū Ḥafṣ, que venía actuando como visir, se hizo cargo interino del poder, y a él se debió probablemente la sustitución del heredero califal, haciendo recaer el privilegio en su hermano de doble vínculo Abū Yaᶜqūb, a quien las fuentes cortesanas pintan acudiendo deprisa a Marrakech, a mediados de diciembre de 1162, donde [28] «Dios tenía dispuesto que el poder [almohade] pasase a sus manos, siendo el otro [su hermano Muḥammad] destituido». En realidad, sólo a partir del viernes 2 de ŷumādà II 558/8 de mayo 1163 el nombre de Muḥammad dejó de ser proclamado en el sermón, en su calidad de heredero. No sabemos muy bien qué ocurrió, ni las fechas exactas, pero sí el resultado definitivo: la ascensión de un heredero no previsto con demasiada anterioridad.

VISIRES

Las crónicas Almohades son relativamente prolijas en enumerar los nombramientos y ceses de los principales colaboradores de ᶜAbd al-Mu'min [29]. Siguieron pesando mucho en su entorno todo tipo de letrados oriundos de al-Andalus. En efecto, procuró ᶜAbd al-Mu'min dar realce intelectual a su corte y llamó a letrados de todas partes, pero había muchos en al-Andalus. Esta «atracción de cerebros» tenía un resultado práctico inmediato, pues ellos llevaban el peso de la Administración, poderosa administración Almohade, en sus buenos tiempos. Los ejemplos de andalusíes emigrados al Magreb son numerosos, y de ellos suelen ponderar las fuentes cómo llegaban a la capital Almohade y procuraban hacer valer sus conocimientos ante el Califa; suele contársenos también que llegaban a «olvidar» su procedencia, como le pasó a Abū Bakr ibn Maymūn, cordobés [30], que por sus intencionados versos fue introducido y aceptado en el círculo cortesano. Su caso es típico. Lo es también la aceptación que siguieron teniendo antiguos cortesanos Almorávides, en todos los órdenes de la administración, sin que por ninguna parte hubiera empacho en su permanencia, no importándoles ni a ellos ni al poder Almohade.

[28] *Mann,* pp. 206-207.
[29] Por ejemplo, *Muᶜŷib,* pp. 142-144.
[30] *Mann,* pp. 226-227.

El primer visir de ᶜAbd al-Mu'min fue el mencionado Abū Ḥafṣ, en realidad segundo gran personaje del Estado, de tanta categoría que el Califa dejó de emplearlo como tal para tenerlo como su lugarteniente y hombre de confianza.

Después ᶜAbd al-Mu'min nombro visir a Abū Ŷaᶜfar Aḥmad b. ᶜAṭiyya, que ejerció simultáneamente como visir y como secretario, hasta que, conquistada Bugía, fue sustituido en esta segunda función por un letrado oriundo de allí, al-Qālamī, como veremos. Abu Ŷaᶜfar había nacido ya en Marrakech [31], de importante familia granadina, siendo su padre secretario del emir Almorávide ᶜAlī, con cuya familia vino a emparentar por vía de matrimonio. Tras la toma Almohade de Marrakech, Abū Ŷaᶜfar se enroló en los ejércitos del nuevo imperio magrebí, y cuando el jeque Abū Ḥafṣ Īntī, en 1147, quiso comunicar una victoria a su Califa, Abū Ŷaᶜfar se encargó de hacerlo, y en tan buen estilo que ᶜAbd al-Mu'min lo reclamó a su lado. Cuenta Ibn Jaldūn [32] cuánto poder y riquezas llegó a tener nuestro personaje. Cayó en desgracia, por intentar salvar a un pariente político, familia también de los Almorávides. Arrestado, junto con su hermano Abū ᶜAqīl, por orden de ᶜAbd al-Mu'min, le confiscaron sus bienes y acabó siendo ejecutado, en 553/1158-59.

Le sucedió en el cargo Abū Muḥammad ᶜAbd al-Salām b. Muḥammad al-Kūmī, hijo del padrastro del Califa ᶜAbd al-Mu'min, y al que llamaron «el Favorito», por todo lo que éste le consideraba; juntos hicieron la campaña de Ifrīqiya, y ya le había confiado la gobernación de Túnez desde entonces. Ibn al-Abbār le ha pintado como orgulloso y violento [33]. Fue descubierta su indebida apropiación de dinero y ᶜAbd al-Mu'min envió a gentes a matarle el año 557/1161-62.

Seguidamente desempeñó las funciones de visir su propio hijo el *sayyid* Abū Ḥafṣ ᶜUmar, ya en aquella etapa de la vida de ᶜAbd al-Mu'min en que empezó a dar más juego en el gobierno a sus propios hijos, aunque solía designar junto a ellos, en cualquier cargo, a alguien que llevara además el peso de las funciones. En este caso, junto a

[31] Sobre los Banū ᶜAṭiyya ha tratado J. M. Fórneas, *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, XVI a XVIII (1977 a 1979), pp. 27-70; 65-77.

[32] Ibn Jaldūn, *ᶜIbar*, VI, p. 384.

[33] *Documentos inédits*, pp. 147-148. *Mann*, pp. 173-178, narra conflictos entre los hijos de ᶜAbd al-Mu'min y este visir ᶜAbd al-Salām, además de sus maldades.

Abū Ḥafṣ desempeño el cargo Abū l-ᶜAlā' Idrīs b. Ŷāmiᶜ, de familia oriunda de Toledo, cuyo padre había emigrado al Magreb, donde formó parte del entorno del Mahdī Ibn Tūmart. Se mantuvo como visir Ibn Ŷāmiᶜ hasta el año 1101, ya en tiempos del Califa Abū Yaᶜqūb, cuando cayó en desgracia y también le fueron confiscados sus bienes [34].

Los secretarios

De ellos, además de referencias en las fuentes, han quedado en algunas ocasiones las piezas de correspondencia y toda la gama de actas de cancillería que por supuesto debían redactar. Ejerció primero como secretario de ᶜAbd al-Mu'min Abū Ŷaᶜfar Aḥmad b. ᶜAṭiyya, al que hemos mencionado como visir, pues simultaneó ambos puestos. Le sucedió su hermano Abū ᶜAqīl ᶜAṭiyya que sólo contaba veintitrés años, en 1150-59, cuando cayó en desgracia junto con su hermano, como dijimos. Se conservan tres cartas en que manifiesta haberlas redactado él [35].

Tras los Banū ᶜAṭiyya ejercieron conjuntamente como secretarios Abū l-Qāsim ᶜAbd al-Raḥmām al-Qālamī y Abū Muḥammad ᶜAyyāš b. ᶜAbd al-Malik b. ᶜAyyāš. El primero era oriundo de Qālam, una aldea cercana a Bugía, y se incorporó al servicio del Califa después de su conquista de esta región. El segundo procedía de al-Andalus, del Algarve, y su padre había sido *imām* en Córdoba. Primero fue secretario de los Banū Ḥamdīn en Córdoba, luego fue secretario de ᶜAbd al-Mu'min, permaneciendo en su cargo en tiempos de su sucesor Abū Yaᶜqūb, hasta morir en 568/1172. Fue asceta y excelente calígrafo.

Abū l-Ḥasan ᶜAlī b. Muḥammad al-Lajmī, llamado «al-Murjī», procedente de Sevilla, luego afincado en Córdoba. Acompañó a ᶜAbd al-Mu'min en la campaña de Ifrīqiya. Escribió la famosa carta en que el Califa comunica a los andalusíes su victoria en Gafsa.

Abū Muḥammad ᶜAbd Allāh b. Ŷabal, oriundo de Orán; sobresalía por su elocuencia. Al-Marrākušī lo menciona entre los cadíes de la corte.

[34] *Naẓm,* p. 174; *Bayān,* V, 114, 118, 132 y 139.

[35] Bourouiba, *Abd al-Mu'min,* pp. 65-56.

Maymūn al-Hawwārī era también experto en jurisprudencia. Nació en Córdoba. Compuso unos conocidos versos a propósito de una controversia entre Abū l-Walīd ibn Rušd y Abū Muḥammad b. Abī Ŷaᶜfar acerca de la preeminencia relativa entre dos jaculatorias.

Abū ᶜAlī al-Ašīrī, natural de Tremecén, participó en la batalla que allí se libró entre Almorávides y Almohades, componiendo un poema laudatorio de ᶜAbd al-Mu'min.

Abū l-Qāsim Ajyal b. Idrīs al-Rundī fue primero secretario de un gobernador Almorávide en al-Andalus, luego de Ibn Ḥamdīm en Córdoba. Emigró enseguida a Marrakech, y allí el visir Abū Ŷaᶜfar le nombró cadí de Córdoba y luego de Sevilla, reinsertándole, como a tantos otros andalusíes convertidos a la doctrina Almohade, en la administración de sus lugares. Acudió entre los delegados que cumplimentaron a ᶜAbd al-Mu'min en Gibraltar, pero luego fue apartado a Mequínez, pues llegó a afirmar que sólo a Qurayšíes corresponde ejercer el Califato. Murió en Sevilla en 1165-66.

Otros cargos: cadíes, tolbas, predicadores y hafices

Las distintas fuentes recogen nombres de varios cadíes que ejercieron en tiempos de ᶜAbd al-Mu'min como cadíes suyos. Fueron: Abū Muḥammad b. Ŷabal, al que hemos mencionado entre los secretarios; ᶜAbd Allāh b. ᶜAbd al-Raḥmān al-Mālaqī, que continuaba en el cargo en tiempos del Califa Abū Yaᶜqūb; Abū ᶜImrān Mūsà b. Sulaymān, suegro del Califa ᶜAbd al-Mu'min, jeque de Tremecén, de cuya hija Zaynab nacieron los *sayyid*-es Abū Ḥafṣ y Abū Yaᶜqūb, su heredero; cadí suyo fue también Abū Yūsuf Ḥaŷŷāŷ b. Yūsuf al-Hawwārī, oriundo de Bugía, murió en la epidemia de peste que asoló el Magreb en 1176; y Abū Bakr ibn Maymūn, a quien mencionamos antes [36].

Ibn al-Qaṭṭān habla en su crónica [37] de los tolbas, funcionarios intermedios encargados de ejecutar las órdenes que los visires les encargaran, como vemos en el ejemplo de la visita de inspección que el visir ᶜAbd al-Salām b. Muḥammad al-Kūmī efectuó por al-Andalus, al final

[36] Véase antes nota 30.
[37] *Naẓm*, pp. 173-174.

de la cual dejó encargados a los tolbas de ejecutar determinadas órdenes. Entre estos letrados tolbas se cuentan también a los encargados de predicar en la corte, de los cuales conocemos a: Abū Muḥammad ibn Ŷabal, también citado entre los secretarios y los cadíes, a Abū l-Ḥasan al-Išbīlī es mencionado por el cronista Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt [38] como jeque de los tolbas y portavoz del Califa ante las delegaciones que acudían a palacio, y aparece caracterizado por «hablar con arte y dominio de la retórica» y por conocer perfectamente las obras del Mahdī Ibn Tūmart; pertenecía al Consejo de ᶜAbd al-Mu'min y era muy escuchado. Siguió en su puesto durante el siguiente Califato. Predicador oficial era también el ya dos veces mencionado Abū Bakr ibn Maymūn al-Qurṭūbī. Además de estos tres, otros varios personajes pudieron tomar la palabra en ocasiones ante el Califa, ejerciendo como predicadores esporádicos, como se cita el caso de Abū Yūsuf Ḥaŷŷāŷ b. Yūsuf al-Hawwārī, que ejercía como cadí, y cuya actuación como predicador en Marrakech cita Ibn al-Abbār en su *Takmila* [39].

El cuerpo de funcionarios más característico de los Almohades fueron los hafices, llamados así porque «aprendían de memoria» los libros del Mahdī Ibn Tūmart y otros básicos de la doctrina Almohade, para basar sobre ella toda la administración del imperio. El cronista Ibn Simāk es quien mejor los describe [40], contando cómo eran jóvenes en formación, unos tres mil en tiempos de ᶜAbd al-Mu'min, venidos de todas partes, y claro está también de al-Andalus. El Califa pagaba sus gastos de mantenimiento, su comida, sus caballos y todo su equipo. Les recibía en palacio los viernes, después de la oración, y procuraba que, junto a la formación intelectual, recibieran instrucción física, para lo cual unos días les hacía entrenarse en ejercicios ecuestres, otros tirar al arco, otros nadar en la gran alberca que había mandado construir en sus jardines y que formaba un cuadrado de aproximadamente cien codos de lado, y otros días, en fin, les hacía remar en barcas que les había puesto allí. Fueron uno de los instrumentos de ᶜAbd al-Mu'min para sustituir los cuadros de mando tribales originalmente existentes entre los Almohades por cuadros de mando estatales, como explí-

[38] *Mann*, pp. 227-228.
[39] Nota de M. ᶜA. Makkī en *Naẓm*, p. 175, n. 3.
[40] *Al-Ḥulal al-mawšiyya*, p. 114.

citamente declara también en su citada crónica Ibn Simāk, pues dice que cuando el Califa «tuvo cumplido este proyecto, los utilizó para reemplazar a los jeques Maṣmūda en el gobierno civil y militar, comunicando a estos jeques: "estos sabios están más preparados que vosotros para esos cargos, entregádselos", aunque mantuvo a los jeques al lado de los hafices como consejeros». Trece de los hijos de ᶜAbd al-Mu'min recibieron también esta formación de hafices.

Los gobernadores provinciales

Los cambios de rumbo administrativos, desde las estructuras tribales a otras estatales, empezó ᶜAbd al-Mu'min a disponerlos después de sus triunfos en Ifrīqiya, y especialmente tras su triunfo contra los árabes en Setif, en 548/1153. El cambio, insinuado antes, desencadenó una crisis interna, desde 1153 hasta la primavera de 1156, con la rebelión de los hermanos del Mahdī Ibn Tūmart, que se sentían alejados del poder, contra ᶜAbd al-Mu'min [41]. El Califa, reprimiendo la revuelta, aún se fortaleció más en sus orientaciones dinásticas, nombrando sucesor suyo en 1155 a uno de sus hijos, Muḥammad, en lugar de designar a alguno de los compañeros del Mahdī o a algún contríbulo, como señalamos. También desde esa fecha empezó a contar con sus hijos como gobernadores provinciales, junto con los demás hafices que habían sido especialmente preparados, pidiendo el Califa a los jeques Almohades que dejaran su puesto a éstos más entrenados, aunque conservó a estos jeques junto a sus propios hijos o a los hafices.

Los hijos de ᶜAbd al-Mu'min gobernadores de provincias o con algún encargo de poder fueron llamados «señor» *(sayyid)* y así también desde entonces los descendientes de los Califas Almohades con funciones gubernativas. Los otros personajes Almohades eran llamados «jeque» *(šayj)*.

Es frecuente encontrar en cada puesto provincial o en cada encargo o misión a un miembro de la familia califal que lo ejerce secunda-

[41] R. Le Tourneau, «Du mouvement almohade à la dynastie mu'minide: la révolte des frères d'Ibn Tūmart de 1153 à 1156», *Hommage G. Marçais*, París, 1956, II, páginas 111-116.

do por un funcionario, repitiendo el dunvirato que, según ha visto bien Rachid Bourouiba [42] se aprecia más o menos en la cabeza del imperio Almohade, secundado ᶜAbd al-Mu'min por el jeque Abū Ḥafṣ ᶜUmar Īntī, como los *sayyid*-es también estarán secundados por *šayj*-es, colaboración que caracteriza esta administración Almohade, claro está que en su período de mejor funcionamiento. Además de un *sayyid* y un *šayj* en las más significativas circunscripciones provinciales, encontramos a un secretario destacado.

Así, en Tremecén: su gobernador fue un tiempo el *sayyid* Abū Ḥafṣ ᶜUmar, secundado por el *šayj* Abū Muḥammad ibn Wāndūq, y ambos ayudados por el secretario Abū l-Aṣbag ibn ᶜAyyāš; en Bugía, tenemos ejerciendo el gobierno al *sayyid* Abū Muḥammad ᶜAbd Allāh, con el *šayj* Abū Saᶜīd Yajlaf b. al-Ḥusayn y el secretario Abū Bakr ibn Ŷayš; en Fez, junto con el gobernador que era el *sayyid* Abū l-Ḥasan ᶜAlī, estaba el *šayj* Abū Yaᶜqūb Yūsuf b. Sulaymān, ejerciendo como secretario Abū l-ᶜAbbās ibn Maḍà [43]. Ya hemos señalado antes, al hablar de los hijos de ᶜAbd al-Mu'min, los gobiernos provinciales que ejercieron.

Nos interesa también notar cómo ᶜAbd al-Mu'min procuró sustituir a los gobernadores de tiempos anteriores y sólo en precisas y pocas circunstancias los mantuvo, al menos a los de rango más alto y posiciones más significativas. En al-Andalus conservó en su puesto a los régulos locales que se le sometieron, sólo deponiéndoles en caso de insumisión. Tal fue el caso de Ibn Maymūn en Cádiz, Ibn Qasī en Mértola, Ibn ᶜAzzūn en Jerez y Ronda, Ibn al-Ḥaŷŷām en Badajoz y al-Biṭruŷī en Niebla y como fue el caso posterior de la familia de Ibn Mardanīš, por lo cual observa P. Guichard [44], aplicándolo a la región levantina, pero pudiéndose hasta cierto punto generalizar, que las variaciones de los altos cargos político-administrativos repercutieron en la organización social.

Controló ᶜAbd al-Mu'min al-Andalus primero desde Sevilla, cuyo gobierno confió sucesivamente a Barrāz, luego a Yūsuf b. Sulaymām y luego a Yaḥyà b. Yagmūr, hasta que nombró para el cargo a su hijo

[42] Bourouiba, *Abd al-Mu'min*, p. 68.

[43] E. García Gómez, «La gramática y la Giralda», *Silla del moro y nuevas escenas andaluzas*, Madrid, 1954, pp. 151-153.

[44] Guichard, «Murcia», p. 184.

Abū Yaᶜqūb Yūsuf, secundado por jeques Almohades y consejeros prudentes y hábiles. Otra de sus ciudades clave fue Granada, para cuyo gobierno designó a su hijo Abū Saᶜīd ᶜUṯmān, que venía ejerciendo como gobernador de Ceuta, y ello después de que se sometiera el gobernador Almorávide de tan importante plaza, Maymūn b. Yaddar. Junto al *sayyid* Abū Saᶜīd ejerció su papel el *šayj* Abū ᶜAbd Allāh ibn Sulaymān; su secretario fue Abū l-Ḥasan b. Harūdus. Y también otra de sus ciudades esenciales como puntos urbanos de control fue Córdoba, cuyo gobierno en tiempos difíciles del acoso a la plaza por resistentes andalusíes y por cristianos entregó a su fiel lugarteniente, el *šayj* Abū Ḥafṣ ᶜUmar Īntī.

No se nos olvida, dentro de la estructura administrativa, el papel de los encargados de recoger los impuestos y otras funciones financieras, titulados en general *ᶜāmil* (plural *ᶜummāl),* pero las referencias a esto son escasas. Barrāz, desde su cargo de gobernador de Sevilla, fue trasladado a la función de la recogida de impuestos.

El ejército

Parece ser el elemento esencial de la realización material de la doctrina Almohade, pues por las armas se acabó con los Almorávides, con los soberanos de los Banū Ḥammād, con los resistentes andalusíes y con otros poderes sobre los cuales los Almohades lograron su imperio territorial, que además hubieron de consolidar y defender contra los normandos desembarcados en el litoral de Ifrīqiya y Tripolitania y contra los reinos cristianos de la Península Ibérica. Hasta un cierto punto, el Estado Almohade puede ser definido como una supraestructura militar secundado por una sólida administración política y económica, que reposaba en una ideología.

Al hablar de la organización Almohade expusimos antes cómo las tribus que fueron aceptando la doctrina Almohade en el sur del Magreb pasaron a constituir el primer ejército del grupo, contándonos las fuentes que los soldados del ejército regular fueron inicialmente las gentes de Āgmāt, y cómo la categoría cuarta, formada por los «servidores» (*ᶜabīd,* quizás «esclavos negros») del Majcén, estaba subdividida en ocho rangos constituidos por arqueros, tamborileros, etc. También apuntamos que la última categoría de los Almohades iniciales estaba

formada por los voluntarios para la Guerra Santa (tanto contra los anatemizados Almorávides como contra los cristianos), que eran convocados al principio de las nueve principales tribus Almohades.

Las conquistas Almohades trajeron la incorporación al ejército de efectivos de todas partes, pero sobre todo de los cotizadísimos árabes, reclutados en Ifrīqiya, de las poderosas tribus de los Hilālíes y de los Banū Sulaym. También beréberes Zanāta del Magreb Central, mercenarios cristianos, Guzz, arqueros curdos procedentes de Egipto y negros [45]. Cuando se podía, la tribu se incorporaba entera al servicio militar, como ocurrió con la tribu Kūmiyya, a la que pertenecía ᶜAbd al-Mu'min, y a la que él recurrió en bloque para constituir con ellos su guardia personal, después también de que diera a su gobierno ese aire dinástico y estatal nuevo que se saldó con la antes aludida revuelta de los hermanos del Mahdī Ibn Tūmart. El Califa envió dinero y vestidos a sus paisanos, que acudieron a su lado en número de 40.000 [46].

Las cifras que se manejan sobre el número de efectivos suelen ser muy altas, como un homenaje de los cronistas al potencial Almohade. Así, Ibn Simāk asegura que las tropas Almohades empleadas en la conquista de Ifrīqiya fueron 75.000 jinetes y 500.000 infantes [47]. El cronista Ibn Abī Zarᶜ calcula en 300.000 los jinetes que por orden de ᶜAbd al-Mu'min vinieron al final a incrementar los contingentes que operaban en al-Andalus; y que el ejército del Califa estaba formado ni más ni menos que por 800.000 jinetes y 100.000 infantes [48].

Ya hemos visto cómo ᶜAbd al-Mu'min, al ser soberano, tenía la prerrogativa de dirigir el ejército y que así lo hizo en múltiples ocasiones, conduciendo a sus tropas a numerosas victorias que le aseguraron un amplio territorio; victorias de las que gustaba dar partes entusiasmados. Su principal colaborador militar fue también el *šayj* Abū Ḥafṣ ᶜUmar Īntī, llamado «el Sable de Dios» *(Sayf Allāh)* [49], que dirigió también algunas campañas en el Magreb. Se conoce también el nombre y principales acciones de los más destacados generales almohades, que

[45] Sobre las milicias cristianas entre los Almohades véase antes referencias en la Segunda Parte, «Almorávides».

[46] *Rawḍ al-qirṭās*, p. 142.

[47] *Al-Ḥulal al-mawšiyya*, p. 107.

[48] *Rawḍ al-qirṭās*, p. 143.

[49] Bourouiba, *Abd al-Mu'min*, p. 71 y n. 189.

fueron esenciales en el éxito del imperio, como ᶜAbd al-Raḥmān b. Zaggū, Abū Ibrāhīm, del grupo de «los Diez», Abū Bakr ibn Ŷabr, que operó en las vanguardias destacadas contra Fez, el ex-general Almorávide Barrāz, pasado a las armas Almohades, y que logró los primeros éxitos andalusíes, y otros como el visir ᶜAbd al-Salām al-Kūmī. Algunos hijos de ᶜAbd al-Mu'min dirigieron también algunas campañas.

Los Almohades gustaron mucho de desarrollar el ceremonial militar, organizando paradas y alardes sobre los que más adelante volveremos. Tambores y banderas eran muy utilizados, como complemento notorio de ese ceremonial. Al-Marrākušī nos cuenta que en un desfile ante ᶜAbd al-Mu'min se batieron doscientos tambores, con ruido ensordecedor [50], y que el ejército actuaba a las señales de un enorme tambor de dos metros y medio de diámetro, susceptible de oírse los días de mucho viento a distancia de una media jornada [51]. Las aficiones militares de aquel joven tremeceniano que iba para ulema y luego se convirtió en el Califa ᶜAbd al-Mu'min son encomiadas unánimamente y, por ejemplo al-Marrākušī, cronista que escribía hacia 1224, transmite el siguiente relato oral del nieto de su protagonista, el alfaquí Abū l-Qāsim ᶜAbd al-Raḥmām b. Muḥammad b. Abī Ŷaᶜfar, visir de ᶜAbd al-Mu'min, que entró a ver al Califa en un huerto que tenía:

> Los frutos maduraban, las flores se abrían sobre las ramas, los pájaros cantaban; y dije [contaba el visir]: «¡Dios prolongue la vida del emir de los creyentes! ¡por Dios, qué maravilloso espectáculo!»; y me dijo [ᶜAbd al-Mu'min]: «Abū Ŷaᶜfar, ¿tú crees que éste es un maravilloso espectáculo?». Le respondí que sí, y él se abstuvo de replicarme nada. Dos o tres días después ordenó hacer alarde a sus tropas con todas sus armas; él se sentó en un lugar alto; el ejército desfilaba ante él, cábila tras cábila, escuadrón tras otro; no pasaba uno sin que el siguiente fuese mejor en excelentes armas, caballos magníficos, apariencia de fuerza. Al verlo, se volvió a mí y me dijó: «Abū Ŷaᶜfar, el espectáculo magnífico es éste, no frutos ni árboles» [52].

También fue considerable el poder naval de los Almohades, que lograron apoderarse de las flotas, o parte de ellas, Almorávide y

[50] *Muᶜŷib*, p. 232.
[51] Bourouiba, pp. 72 y 198.
[52] *Muᶜŷib*, p. 145.

Ḥammādí. Ya contamos la sumisión del almirante Almorávide ᶜAlī b. ᶜĪsà b. Maymūn en Cádiz. Se calculan en setenta los barcos Almohades que tomaron parte en la campaña de Ifrīqiya y se emplearon también contra los enclaves normandos de Mahdiyya. Ibn Abī Zarᶜ transmite los grandes proyectos de ᶜAbd al-Mu'min en 1162 respecto a la campaña contra la Península Ibérica, y cómo ordenó entonces construir cuatrocientos navíos, en las principales atarazanas: Maᶜmūra, Tánger, Ceuta, Bādīs, Orán, Ḥunayn y otros de Ifrīqiya y al-Andalus [53].

Además del mencionado Ibn Maymūn, suenan como jefes de la flota almohade: ᶜAbd Allāh b. Sulaymān, ᶜAbd al-ᶜAzīz b. Maymūn, Ibn al-Jarrāṭ y Abū l-Ḥasan al-Šāṭibī [54].

Muere el califa ᶜAbd al-Mu'min

A finales de rabīᶜ I 558/finales de febrero-comienzos de marzo 1163 se agravó la enfermedad de ᶜAbd al-Mu'min, originada en los fríos padecidos durante su relatado viaje a la tumba del Mahdī Ibn Tūmart, en el «Escorial Almonade» de Tīnmallal. Su hijo, el *sayyid* Abū Ḥafṣ, se hizo cargo de todo el poder, como así dispuso su mismo padre. A este Abū Ḥafṣ se debe, seguramente, la destitución de Muḥammad como heredero y el nombramiento de Abū Yaᶜqūb en su lugar. Varios días distintos del mes de ŷumādà II del año 558 aparecen en las fuentes para señalar el día de la muerte de ᶜAbd al-Mu'min, pero posiblemente la mejor opción es la que ofrece al-Baydaq, que indica cómo ocurrió aquello el alba del martes 6, es decir, el 14 de mayo de 1163.

Al-Baydaq ofrece los detalles más exactos sobre este acontecimiento; sin embargo, no cuenta nada, como otras fuentes hacen [55] de que el primer declarado heredero Muḥammad llegara a ejercer unos días el poder, hasta comienzo de julio; bien al contrario cuenta que Abū Yaᶜqūb fue proclamado de inmediato y recibió el juramento de fidelidad de todos, dándose por terminada esta ceremonia de proclamación el jueves 10 ŷumādà II 558/16 de mayo de 1163. Pero teniendo en

[53] *Rawḍ al-qirṭās*, p. 139.

[54] Bourouiba, p. 74.

[55] *Mann*, pp. 221-222; *Muᶜŷib*, p. 168; Baydaq, pp. 83-84; Huici, *Historia política*, pp. 208-209.

cuenta que Abū Yaᶜqūb se encontraba en Sevilla a la muerte de su padre, parece demasiado precipitada esta fecha para completar su recepción del juramento y proclamación. Al-Bayḏaq, curiosamente, afirma que al morir tenía ᶜAbd al-Mu'min 63 años, pero añade que según otros tenía 74. También refiere que su cuerpo fue trasladado a Tīnmallal, para hacerlo reposar junto a la tumba de Mahdī ibn Tūmart, que de este traslado se encargó su hijo Abū l-Ḥasan ᶜAlī, y que esa inhumación se realizó el 1 šaᶜbān 558/5 julio 1163.

Había aconsejado ᶜAbd al-Mu'min a su sucesor seguirse apoyando en del *šayj* Abū Ḥafṣ ᶜUmar Intī y encargar a Yūsuf b. Sulaymān las misiones guerreras en al-Andalus, adonde debía enviar a quienes le molestasen en el Magreb; no atacar a los resistentes andalusíes y esperar a que Ibn Mardanīš falleciera y seguir utilizando en sus ejércitos a los árabes del Ifrīqiya. Una frase puesta en sus labios resumiría su guía política: «El castigo de los árabes es el dinero, el de los beréberes la espada. No apartes tu espada de la cabeza de los beréberes, pero no hagas pagar tributo a los árabes» [56].

Abū Yaᶜqūb, que acudió a Marrakech, no fue proclamado Califa por unanimidad; tres de sus hermanos se le opusieron y varios personajes Almohades más, por lo cual hubo de concentrar sus primeros esfuerzos en asentar su situación, sin poder ocuparse de reemprender, con las tropas concentradas por su padre en Rabat, campaña ninguna en al-Andalus, viéndose obligado a licenciar a aquellos contingentes cuyo mantenimiento debía resultar tan oneroso.

El mejor juicio sobre la obra ingente de ᶜAbd al-Mu'min fue expresado ya en el siglo XIV por el genial Ibn Jaldūn, que tras reflexionar sobre los sucesivos imperios beréberes magrebíes no pudo menos que emitir su célebre teoría del apogeo brillante, realizado por la primera generación, de la madurez alcanzada en la segunda, y el ocaso sin remedio en que cae, la tercera, para ser suplantados por otro exuberante poder nómada, goloso de la vida sedentaria, que de forma breve disfrutará a su vez, para ser por ella devorado [57]. A ᶜAbd al-Mu'min le cupo la gloria de levantar uno de estos ciclos, el más brillante.

[56] Huici, *Historia política*, p. 208.

[57] J. Ortega y Gasset, «Abenjaldún nos revela el secreto», *El Espectador, Revista de Occidente*, VIII, 1934, pp. 9-53; J. Marías, «Las generaciones en Abenjaldún», *Ínsula*, n.° 171,1961, pp. 3-5.

III

ABŪ YA'QŪB, SEGUNDO CALIFA ALMOHADE

OBRA Y PERSONALIDAD

Abū Ya'qūb Yūsuf b. 'Abd al-Mu'min, sucedió a su padre en el Califato Almohade, sin que seguramente éste le hubiera designado como heredero, arrebatándole el puesto a su hermano Abū Ḥafṣ durante la última enfermedad paterna. De todos modos, su padre, 'Abd al-Mu'min debió ser consciente de sus cualidades, pues le mantuvo en el más destacado puesto en al-Andalus, desde 1155, cuando le confió el gobierno de Sevilla, la capital Almohade de este lado del Estrecho. No pudo seguir de inmediato los planes de su padre para intervenir inmediatamente en al-Andalus, por la oposición que se le hizo, pero envió a la Península en cuanto pudo a su hermano Abū Ḥafṣ, que se encargó de forzar el reconocimiento hacia el nuevo califa del hermano que gobernaba Granada, Abū Sa'īd, y se encargó también de tomar medidas frente a Ibn Mardanīš, que emprendió una contraofensiva sobre Córdoba.

Abū Ya'qūb no pudo cruzar a al-Andalus hasta el año 1171, estancia que duró hasta comienzos del 1176 y durante la que realizó algunas campañas de poco éxito. En 1184 volvió de nuevo a al-Andalus, esta vez a Santarem, en cuyo asedio fue herido de muerte, a finales de julio de ese año.

III

ABŪ YAᶜQŪB, SEGUNDO CALIFA ALMOHADE

Obra y personalidad

Abū Yaᶜqūb Yūsuf b. ᶜAbd al-Mu'min, sucedió a su padre en el Califato Almohade, sin que seguramente éste le hubiera designado claramente heredero, debiéndole el puesto a su hermano Abū Ḥafṣ, regente durante la última enfermedad paterna. De todos modos, su padre ᶜAbd al-Mu'min debió ser consciente de sus caulidades, pues le mantuvo en el más destacado puesto en al-Andalus, desde 1155, cuando le confió el gobierno de Sevilla, la capital Almohade de este lado del Estrecho. No pudo seguir de inmediato los planes de su padre para intervenir inmediatamente en al-Andalus, por la oposición que se le hizo, pero envió a la Península en cuanto pudo a su fiel hermano Abū Ḥafṣ, que se encargó de forzar el reconocimiento hacia el nuevo Califa del hermano que gobernaba Granada, Abū Saᶜīd, y se encargó también de tomar medidas frente a Ibn Mardanīš, que empezó por continuar su hostigamiento sobre Córdoba.

Abū Yaᶜqūb no pudo cruzar a al-Andalus hasta el año 1171, en estancia que duró hasta comienzos del 1176 y durante la que realizó algunas campañas de poco éxito. En 1184 volvió de nuevo a al-Andalus y atacó Santarem, en cuyo asedio fue herido de muerte, a finales de julio de ese año.

No había aún designado sucesor, pero su hijo Abū Yūsuf fue proclamado de inmediato en Sevilla, a primeros de agosto de 1184. Suele indicarse que Abū Yaᶜqūb fue el más grande de los Califas Almohades, pero para que esto resulte cierto le faltaron éxitos auténticos y logros durables; en realidad heredó la situación en auge alcanzada ya por su

padre ʿAbd al-Mu'min, manteniéndola sin decadencia advertible. Fue, sin embargo, el más culto de todos los soberanos Almohades, y sus mecenazgos y sus construcciones dan brillo a su reinado. Con la conquista de Murcia, Jaén y Valencia, y la muerte del resistente andalusí Ibn Mardanīš, alcanzaron los Almohades el máximo poder territorial en al-Andalus, pero comienzan a perder terreno también frente a castellanos y portugueses.

Los cronistas [1] lo describen de piel clara, con tono de rubicundez, cabellos muy negros; cara redonda, boca y ojos grandes, voz sonora y alto; y como rasgos espirituales: cortés, afable, de buenas palabras y grata compañía. Buen conocedor de la auténtica lengua árabe, sabiéndose de memoria las antiguas historias, gestas y noticias de los tiempos preislámicos y comienzos del Islam, lo cual aprendió mientras fue gobernador de Sevilla, desde 1155 a 1163. Dicen también que era digno, de altas miras, generoso, desprendido, virtuoso, justo, devoto, sagaz, y que logró que sus súbditos gozaran de abundancia. Cuentan que conocía perfectamente el Corán, las tradiciones proféticas, con sus cadenas de transmisión, que era experto en Derecho canónico y que sabía perfectamente la doctrina del Mahdī Ibn Tūmart, ejecutando con toda exactitud todas sus prescripciones, continuando el respeto a su familia. Supo mantener alto el poder, ser leal con los Almohades y llano con sus súbditos, firme contra sus enemigos, opuesto a la injusticia, abogado de pactos, aficionado a construir, perseverante en la Guerra Santa. Asceta y piadoso. Los retratos cumplían una función propagandista importante y eran acicalados por los cronistas cortesanos en las debidas direcciones [2].

Dificultades sucesorias

Se formaron, pues, dos partidos a la muerte de ʿAbd al-Mu'min: uno favorecía el acceso al trono de su hijo Muḥammad, mantenido como heredero desde 1155 hasta muy poco tiempo antes de morir su padre; otro partido favorecía la proclamación de Abū Yaʿqūb. Cuenta

[1] *Muʿŷib*, pp. 170-171 y *Mann*, pp. 233-234.
[2] M. J. Viguera, «Cronistas de al-Andalus», *España. Al-Andalus. Sefarad*, pp. 85-98.

al-Baydaq [3] que cuando ᶜAbd al-Mu'min murió, su hijo Abū Ḥafṣ, en función de regente, envió a buscar a su hermano Abū Yaᶜqūb a Sevilla y le dio el poder, jurándole «la gente» como soberano y celebrando esta proclamación con un gran banquete en común, mientras el elegido dada estipendios a «las gentes» y se aposentaba en el alcázar de Marrakech. Los de este partido enviaron al antes heredero Muḥammad a Āgmāt, famoso lugar de reclusión, y allí lo encarcelaron, hasta que el *šayj* Abū Ḥafṣ ᶜUmar Īntī, que a todo esto se encontraba ausente en Asāmmar de los Banū Sinān, regresó y ordenó ponerle en libertad. Muḥammad pasó el resto de su vida en el séquito de su hermano, y en un determinado momento accedió incluso a ser depuesto. Advierte, sin embargo el cronista Almohade Ibn Ṣāḥib al-Ṣalā [4] que el reconocimiento soberano de Abū Yaᶜqūb se cumplió «con total pureza de intención y la más perfecta lealtad interior», pero, y es bien significativo, por de pronto no adoptó más que el título restringido de «Emir».

En efecto, tres hermanos de Abū Yaᶜqūb se resistieron a reconocer su ascensión al trono y fueron: Abū l-Ḥasan ᶜAlī, que fue gobernador de Fez, Abū Muḥammad ᶜAbd Allāh, que fue gobernador de Bugía, y Abū Saᶜīd ᶜUṯmān, gobernador de Granada. Ya hemos señalado, sin embargo, que el principal interesado, Abū ᶜAbd Allāh Muḥammad aceptó muy pronto la situación. También se avino con relativa facilidad Abū Saᶜīd, pero el segundo fue asesinado, aunque el cronista leal [5] alude a muerte natural, y del primero cuenta cómo Abū l-Ḥasan ᶜAlī se encontraba presente la noche de la muerte de su padre y a él le correspondió ir a enterrarlo a Tīnmallal, regresando «trayendo en su alma, desde aquel momento, el morbo de la envidia... y siguió dolido y solitario con lo que llevaba en su alma, aparentando cariño fraternal [a Abū Yaᶜqūb] cuando en el fondo le odiaba. Su mal no le dejó respiro ni lo conllevó mucho tiempo, pues murió por aquellos días... antes de acabar el año 558/1163». No se sabe con certeza.

El otro, Abū Muḥammad ᶜAbd Allāh permaneció en su gobierno de Bugía, sin atender a las convocatorias de presentarse ante él que le

[3] Baydaq, p. 121.

[4] *Mann*, pp. 231-233.

[5] *Mann*, pp. 238-239; N. Morata, «La presentación de Averroes en la Corte almohade», *La Ciudad de Dios*, CLII, 19, p. 116 n. 2; pero Huici, *Historia política*, 619 dice que es un error de copista esta muerte de ᶜAlī.

enviaba Abū Yaᶜqūb, durante casi año y medio; al cabo decidió acudir, «con la mejor de las esperanzas», dice el mismo cronista, que refiere cómo a las pocas jornadas de marcha le sobrevino la muerte, "que estaba agazapada en su interior", en el año 560/1164-65. Abū Yaᶜqūb mostró sus condolencias, pero se apresuró a nombrar sobre Bugía a alguien de su confianza.

Además de estas oposiciones entre sus hermanos y entre algunos jeques del entorno Almohade, aprovechando la situación se alzaron otras revueltas, como la de un beréber ṣinhāyī llamado Mazīzdag al-Gumārī, que incluso acuñó moneda propia. Le acataron algunos grupos de Gumāra, Ṣinhāŷa y Awrāba y llegó a dominar en Fez. El gran general y fiel colaborador de la dinastía, todavía en activo, Yūsuf b. Sulaymān, logró reducirle; según unas fuentes fue deportado a Córdoba, según otras se le decapitó [6], pero los montañeses, ṣinhāŷa, seguían insumisos hasta finales de 560, cuando su reducción coincidió con una gran victoria lograda sobre Ibn Mardanīš, en octubre de 1165.

Se reemprende la lucha contra Ibn Mardanīš

Ya avanzado enero de 1165, el gobierno Almohade se decidió y pudo atender a la rebeldía de los resistentes andalusíes. Contra ellos partió de Marrakech el hermano preferido de Abū Yaᶜqūb, su brazo derecho en el poder, el *sayyid* Abū Ḥafṣ ᶜUmar, que en Gibraltar se entrevió con su hermano Abū Saᶜīd ᶜUṯmān, el gobernador andalusí, algo reticente a reconocer en principio a Abū Yaᶜqūb y que desde entonces dio pruebas de total sumisión, tornando ambos a Marrakech, en mayo de 1165, mientras sus tropas en al-Andalus conseguían una cadena de éxitos, que le llevan al cronista Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt a exclamar [7] «empezaron los triunfos a alborear».

En efecto, los Almohades lograron un triunfo frente a un destacamento cristiano que avanzaba desde Santarem. También reducían los avances de Ibn Mardanīš alrededor de Córdoba, venciéndoles en el castillo de Luque, y el parte de victoria llegó al alcázar califal en julio

[6] Huici, *Historia política*, p. 224.
[7] *Mann*, p. 120.

de 1165, y antes de terminar el mes, los dos *sayyid*-es Abū Ḥafṣ y Abū Saʿīd se incorporaron a la triunfal ofensiva andalusí, llevando consigo refuerzos numerosos de árabes de los Riyāḥ, Aṯaŷ y Zugba.

Desde Sevilla emprendieron la ofensiva contra Ibn Mardanīš, haciéndole perder su baluarte de Andújar, desde donde venía hostigando Córdoba. Aquello ocurrió el 8 de septiembre y desde su nueva posición asolaron los Almohades Galera, Caravaca, Baza y la sierra de Segura, tomando Cúllar y logrando la rendición de Vélez-Rubio.

A continuación dieron la impresión a Ibn Mardanīš de dirigirse contra Lorca, pero marcharon contra Alfondón, y creyeron de nuevo los resistentes andalusíes que su propósito era Cartagena, pero contra Murcia llegaron. A diez millas de la ciudad, en Faḥṣ al-Ŷallāb, se encontraron ambos bandos, resultando los Almohades vencedores. Ibn Mardanīš se retiró tras las murallas de Murcia. La buena nueva, enviada por los *sayyid*-es todavía acampados ante Murcia, de esta victoria, llegó a Marrakech la mañana del domingo 23 de ḏū l-ḥiŷya 560/31 octubre 1165, tardando sólo dieciséis días en llegar, lo cual supone una máxima rapidez, comenta el cronista Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt, que fue secretario precisamente de Abū Yaʿqūb, en cuya corte se encontraba precisamente en aquellos momentos, que revive en su crónica muy significativamente [8]:

> La mañana de ese domingo, en que llegaron las buenas nuevas de [esta] victoria, madrugué para acudir, como solía, a la antesala del [emir], el cual estaba en reunión con los tolbas de la Corte y con los jeques de al-Andalus, para dedicarnos todos a comentar las noticias; había transcurrido ya la hora [en que solían recibirse] y sus mensajeros no habían llegado; vi entonces un gato, en los techos [del palacio], llevando un pichón en la boca, y lo iba devorando; dije a los jeques de al-Andalus que estaban conmigo: «¡Ensalzado sea Dios, por Dios, Ibn Mardanīš ha sido derrotado!», y me preguntaron: «¿por qué dices eso?», y les respondí: «este gato representa el león, que es norteafricano, mientras que la paloma es extranjera; los Almohades han vencido a los extraños, y los devoran, como este gato al pichón», y no habíamos concluido con estas predicciones cuando entraron unos jinetes portando nuevas, en aquel instante, con sus caballos al vestí-

[8] *Mann*, pp. 274-276.

> bulo, trayendo en las manos los estandartes de Ibn Mardanīš... el emir ordenó al punto que entrasen los tolbas y gentes que allí se encontraban para escuchar el escrito con las buenas nuevas del triunfo; le dio lectura el alfaquí Abū Muḥammad, el malagueño, ante todos los presentes; luego se leyó también en la Mezquita Aljama, ante todo el pueblo.

El ejército Almohade ante Murcia no podía plantear una situación de asedio y se limitó a castigar los alrededores, a coger botín y simbólicamente a acampar en la residencia de Ibn Mardanīš, el *ḥiṣn* al-Faraŷ, entre el Castillejo y Monteagudo, y que hoy pervive en el topónimo Larache[9]. Luego acabaron volviendo al Magreb los soldados magrebíes, espléndidamente pagados. Abū Ḥafṣ llegó a Marrakech, en enero 1166, recibido con todo honor por su hermano Abū Yaᶜqūb, y Abū Saᶜīd se hacía cargo del gobierno de Córdoba, por donde no demasiado reducidos con esa espectacular pero no definitiva derrota siguieron atacando los resistentes andalusíes. Tropas cristianas de Ibn Mardanīš emprendieron un más sonado ataque contra Ronda, partiendo desde Guadix, en 1168, aunque fueron atajados a la vuelta. Todavía el definitivo ataque Almohade contra los resistentes andalusíes no se había logrado.

Disposiciones de gobierno a raíz del mayor asentamiento de Abū Yaᶜqūb

Al regreso de Abū Ḥafṣ a Marrakech, en enero 1166, se tomaron una serie de medidas gubernativas importantes, cubriéndose las vacantes que existían en algunos gobiernos provinciales, de los cuales hablaremos más adelante, y se acordó también que el «emir» —como con precisión le denomina Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt[10] esta vez— diera un paso adelante en el ejercicio del poder, que tanto le estaba costando conseguir, y pasara a validar su correspondencia y escritos con el lema Almohade «Alabanza a Dios Único», y así, tomado este acuerdo, lo puso en práctica de inmediato Abū Yaᶜqūb, ordenando enviar una circular a

[9] L. Torres Balbás, *Al-Andalus*, p. 391.
[10] *Mann*, 289-291.

todo su imperio, en el norte de África y en al-Andalus, continuando el procedimiento habitual de los Almohades –como antes de los Almorávides– de enviar directrices comunes a todos sus súbditos, con determinadas normas, siempre en una la línea piadosa. Las principales consignas fueron esta vez prescribir la justicia y prohibir lo reprobable, queriendo Abū Yaᶜqūb que la primera copia le llegara a su hermano Abū Saᶜīd en Córdoba. La fecha de esta carta es viernes, 3 de ramaḍān 561/3 julio 1160, y decía [11]:

> Del emir de los creyentes [Abū Yaᶜqūb] Yūsuf, hijo del emir de los creyentes [ᶜAbd al-Mu'min] al preclaro jeque, nuestro más querido hermano Abū Saᶜīd, al que honramos, y a sus compañeros, los tolbas que están en Córdoba... os escribimos esta carta, Dios os honre con Su devoción, os cubra y proteja, desde la corte de Marrakech, para aconsejaros la piedad de Dios, y el actuar según Sus dictados, buscando en Él ayuda y en Él confiando.. así las cosas, resultaba preciso, obligado, decidido y prescrito que escribiésemos a todos los gobernadores de tierras almohades, al Este y al Oeste, cerca y lejos, un mensaje para igualar a todos y en conjunto unirles, para que no pronuncien sentencias de muerte por ellos mismos ni condenen a muerte por una apariencia, o porque ellos así lo opinasen, de modo que no se adelanten a derramar sangre porque así les parezca, sin dictaminarse lo que ellos crean, sino después de que se nos haya elevado a nosotros el proceso.

Realmente esta medida supone una centralización de la justicia penal, y quizás era actuación que tendía a resolverse de forma local [12].

Más problemas: se alzan los Gumāra y reaparecen los cristianos

Los beréberes Gumāra, entre Ceuta y toda la región de Alcazarquivir, se alzaron en 562/1166-67, siendo su núcleo el Monte de las

[11] *Mann*, 302-304.

[12] J. Langhade y D. Mallet, «Droit et philosophie au XIIe siècle dans al-Andalus: Averroès (Ibn Rushd)», *Revue de l'Occident Musulman et de la Méditerranée*, XL, 1985, pp. 103-121; sobre Derecho Penal: E. Molina, «L'attitude des juristes de al-Andalus en matière de droit pénal», *Le patrimoine andalou dans la culture arabe et espagnole, Actes VII Colloque Tuniso-Espagnol*, Túnez, 1991, pp. 155-191.

Estrellas, Ŷabal al-Kawākib. Costó al poder Almohade reducirlos hasta el verano de 1167. El parte de victoria enumera el botín cogido a los Gumāra: 1.200 bovinos, 27.000 ovejas, 3.647 prisioneros y 627 monturas.

Los Almohades en al-Andalus tomaron el castillo de Lapeza, desde donde los mercenarios cristianos de Ibn Mardanīš hostigaban Granada [13].

Entretanto se había consolidado la expansión portuguesa, tanto de modo oficial como a cargo de un caudillo de la frontera, Giraldo sem Pavor [14], que comenzaba sus ataques contra al-Andalus desde 1163, había tomado Trujillo, Cáceres y Évora, en 1165, al año siguiente Montánchez y Serpa, y en 1169 Badajoz, afectando también las posesiones o perspectivas de Fernando II de León, con quien pasarán a firmar los Almohades un tratado en noviembre de 1170, ayudándole entonces en sus luchas contra los Laras. Por fin, en el hasta entonces interiormente ocupado ámbito Almohade empezaban a asomar con intesidad los cristianos de Portugal, León y Castilla, lo cual ya había comenzado desde finales del Califato de ᶜAbd al-Mu'min, con la consolidación de la expansión lusa, que también molestaba los intereses del reino de León. Así se llegó a esa alianza entre Almohades y leoneses, cuyo más espectacular suceso fue la entrada conjunta en Badajoz, recién tomada por los portugueses, aunque la guarnición Almohade aún resistía en la alcazaba [15], a finales de mayo de 1169. Fernando II de León, llamado por los cronistas musulmanes «al-Babūs», «el Baboso» [16], dejó a los Almohades la ciudad de Badajoz, exclamando, según el cronista Ibn Ṣāḥib al-Ṣalā: «es la casa del emir de los creyentes y no entraré en ella sino porque él me lo pida». Poco después fundaba la Orden de Santiago y la colocaba en la Extremadura cacereña, estratégicamente preparada para avanzar y guardar [17].

Unos meses atrás, en junio-julio 1160, Fernando Rodríguez de Castro, señor de Trujillo, «famoso por su linaje y dignidad entre los

[13] M. C. Jiménez Mata, «Unas referencias en torno a dos balawíes de Labassa (La Peza)», *Andalucía Islámica*; II-III, 1981-1982, pp. 107-110; véase también su Tesis Doctoral, res. *Anaquel de Estudios Árabes*, II, 1991, p. 363.

[14] Lomax, *Reconquest*, pp. 113-114.

[15] F. Valdés, *La alcazaba de Badajoz*, Madrid, 1985.

[16] *Mann*, p. 382.

[17] D. W. Lomax, *La Orden de Santiago. 1170-1275*, Madrid, 1965.

cristianos», como dice *al-Mann bi-l-Imāma* [18], se presentó en Sevilla, exilándose de Castilla y ofreciéndose como mercenario a los Almohades, junto con sus hermanos y algunas gentes.

La consolidación Almohade trajo consigo la recuperación de la taifa de Tavira, en septiembre de 1167, después de que en ella permaneciera alzado ᶜAbd Allāh b. ᶜUbayd Allāh, desde 1151, logrando un enclave enriquecido por golpes de mano lanzados desde allí por tierra y mar.

De todos modos, Castilla, pronto totalmente de Alfonso VIII, se incorporaba al escenario. Su tutor, Nuño de Lara, algareó Ronda y Algeciras en la primavera de 1170. Empezaban a ejecutar el tratado de Sahagún, de 1158, por el cual correspondía a León una expansión por Extremadura y Sevilla, mientras a Castilla desde el Guadalquivir a Granada.

Y Giraldo seguía acosando Badajoz, a pesar de que había tenido que ceder a unos u otros sus primeras conquistas. También acudió esta vez a defender Badajoz Fernando II de León, firmando con los Almohades un nuevo acuerdo, volviéndoles a dejar la plaza, en noviembre-diciembre de 1170; a continuación los Almohades recuperaron Jurumeña.

Abū Yaᶜqūb adopta el título califal

Frente a tanta efervescencia que asomaba por todas partes, la posición de Abū Yaᶜqūb se consolidó, en 1168, cuando pudo al fin adoptar el título supremo de Califa junto con el de Emir de los Creyentes, que usó su padre, pero él no había podido llevar en los cinco años que llevaba ocupando la soberanía Almohade. La terminología y descripciones que el cronista oficial Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt ofrece de todo esto nos orienta sobre los entresijos del hecho; entonces, nos dice [19], «las almas se mostraron acordes en renovar la proclamación soberana, permitiéndole usar la titulatura que nuestro señor merecía, cumpliéndose así por consenso de los Almohades y el buen concepto en que [a Abū Yaᶜqūb] le tenían».

[18] *Mann*, p. 368.
[19] *Mann*, pp. 238-239.

Desde la corte de Marrakech se envió una carta al *sayyid* Abū Ibrānīm Ismā'īl, gobernador de Sevilla, hermano de Abū Ya'qūb, comunicando las nuevas disposiciones en la titulatura soberana y ordenando que así lo acaten los súbditos del entonces al-Andalus Almohade: el oeste y las tierras de Córdoba, Granada y Málaga, como así lo acataron «de buen grado», «con plena satisfacción», apunta el cronista mencionado, poniendo por escrito su compromiso y enviándole su acta firmada, con fecha 15 ŷumādà II 563/28 marzo 1168, en estos términos:

> En el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso... después de que Dios distinguió al partido almohade por su acertado proceder... sus almas acordaron renovar el bendito reconocimiento a nuestro dueño y señor, *imām*, Califa, Emir de los creyentes Abū Ya'qūb, hijo del Emir de los creyentes, el Califa ['Abd al-Mu'min]... [otorgándole ahora] el título [califal] grande y bendito que 'Umar b. al-Jaṭṭāb fue el primero en manifestar, decidiendo por sí mismo que sería su título y su nombre... renovamos, pues, ahora el juramento de proclamación a nuestro dueño y señor, el Emir de los creyentes Abū Ya'qūb, hijo del Emir de los creyentes, junto con el título grande y bendito [de Califa y Emir de los creyentes] [20].

Al adoptar el título ordenó Abū Ya'qūb que le fuera grabado en su espada «Del Emir de los creyentes, hijo del Emir de los creyentes», y encargó al alfaquí Abū Muḥammad al-Mālaqī que los tolbas de la corte compusieran un poema incluyendo el lema. Ibn Ḥarbūn improvisó entonces, poniéndolo en boca de la espada, unos versos que complacieron al Califa:

> Yo, si soy desenvainada un día,
> presta estaré en auxilio
> del Emir de los creyentes
> hijo del Emir de los creyentes.

Con motivo de su adopción del título califal concedió Abū Ya'qūb muchas gracias y favores, perdonó a los presos y el resto que

[20] *Mann*, pp. 339-343 y 352.

quedaba por devolver a los gobernadores malversadores, explica el cronista Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt [21] que añade cómo se notaba en este tiempo una gran prosperidad económica, cuantificada en aumento de víveres, abudancia de productos y animación mercantil, tanto en el Magreb como en al-Andalus.

Recogió Abū Yaᶜqūb sin duda los frutos del orden financiero instaurado por su padre ᶜAbd al-Mu'min, el cual entre otras medidas previsoras había declarado sometidas a la contribución del impuesto de *jarāŷ* todas las tierras magrebíes, excepto la zona del gran Atlas, tierras que de una manera u otra había llegado a conquistar por las armas y así las consideró en su régimen financiero. Abū Yaᶜqūb recogió las rentas y la fama de reinado próspero, exageradamente atribuido a su gestión por el cronista ᶜAbd al-Wāḥid al-Marrākušī [22], que así magnifica «para decirlo en una palabra, no hubo en esta dinastía, ni en quien les precedió ni siguió, rey que más haya merecido este título [de benéfico] que Abū Yaᶜqūb». Y, sentado esto pasa a enumerar que en su tiempo aumentaron las riquezas y el rendimiento del impuesto del *jarāŷ* y también crecieron las otras fuentes de recursos. De Ifrīqiya nada más, sin citar Bugía que era contada aparte, el impuesto recogido cada año equivalía a la carga que podían transportar ciento cincuenta mulos, y añade nuestro informador cómo un funcionario de la Hacienda Pública, conocido suyo, le dijo a principios del año 611/1214 que aún entonces se encontraban muchas sacas de las que se enviaban con el producto de los impuestos todavía con su cierre intacto, pues no había hecho falta utilizarlas. Tiempos de fiesta, los describe el cronista, de banquetes, de celebraciones, por la mucha abundancia, la seguridad general, la amplitud de los ingresos, los víveres numerosos. Tiempos incomparables para los magrebíes, que «nunca habían conocido como ésos». Todavía aquel bienestar duró en el Califato del sucesor Abū Yūsuf, y nada más. Principales beneficiados fueron los funcionarios del Estado, que sólo veían época feliz comparable en los tiempos del tercer Califa sucesor del profeta ᶜUṯmān b. ᶜAffān, en el siglo I de la Hégira/VII de nuestra Era. Tiempos míticos, también, como luego se dijeron de los Benimerines [23].

[21] *Mann*, p. 347.

[22] *Mu'yib*, pp. 175-176 y 182-184; *Mann*, pp. 236-237.

[23] E. Destaing recogió y tradujo una leyenda magrebí que ensalzaba a los Beni-

La corte de Abū Yaᶜqūb

Hagamos un alto en este momento de su Califato para examinar cómo era la corte Almohade en este período. Una de sus características es que fue una corte ilustrada, pues ya hemos señalado las aficiones por la ciencia y la cultura que distinguían a Abū Yaᶜqūb y que había cultivado durante su estancia como gobernador en Sevilla, tan intensamente además que hasta se interesó por las ciencias médicas y por la filosofía, coleccionando libros de estas materias, y tantos que, según señala al-Marrākušī [24], llegó a conseguir una biblioteca tan grande como la del Califa Omeya de Córdoba al-Ḥakam II. Esta corte ilustrada reunió a brillantes letrados y sabios y, para el gusto de hoy día, contó sobre todo con las dos eminencias que fueron Ibn Ṭufayl, el autor de esa deliciosa y profunda novela filosófica de «El filósofo autodidacto» (*Risālat Ḥayy b. Yaqẓān*), nacido en Guadix, en cuya taifa pre-almohade ya sobresalió, y muerto en la capital Almohade de Marrakech, en 1185-86. Y Averroes, el nieto del mencionado cadí cordobés Abūl-Walīd ibn Rušd, que fue presentado ante Abū Yaᶜqūb por Ibn Ṭufayl, y ya se dedicaron, desde el primer momento, Califa y Filósofo, a tratar temas metafísicos; Averroes también murió en Marrakech, en 1198, con su trayectoria típica de andalusí culto de la época [25].

El propio Averroes refirió su primera entrevista con el Califa Abū Yaᶜqūb, en los efímeros fulgores de la especulación racional probada duramente por la Teología, y cuenta [26]:

> La primera cosa que me dijo el Emir de los creyentes fue: «¿cual es su opinión —es decir, la opinión de los filósofos— acerca del cielo: es sempiterno o ha sido originado?» Se apoderó de mí la timidez y el temor y empecé a excusarme y a negar que yo me dedicara a la ciencia filosófica, pues yo no sabía lo que había manifestado Ibn Ṭufayl

merines: «bajo su soberanía... las mujeres hilaban la lana en ruedas de oro; los príncipes comían en vajilla de oro...», *Mémorial H. Basset*, p. 229; cfr. M. J. Viguera, tesis doctoral, «Sinopsis de historia política de la dinastía benimerín», III, p. 63.

[24] *Muᶜŷib*, p. 174.

[25] Viguera, en *Historia de la teoría política*, I, pp. 356-359.

[26] *Muᶜŷib*, pp. 174-175.

al respecto. El Emir de los creyentes captó mi temor y mi reserva, se volvió hacia Ibn Ṭufayl y se puso a tratar la cuestión que me había preguntado, repasando lo que sobre ello habían dicho Aristóteles, Platón y todos los filósofos, citando además los argumentos contrarios de los teólogos musulmanes.

En su corte destacaba también la presencia colaboradora y todopoderosa del hermano Abū Ḥafṣ ᶜUmar, regente en los últimos meses de su padre, y que bien pudo acceder al Califato, aunque curiosamente se lo cedió a Abū Yaᶜqūb, alegando que sus personales defectos le impedían ejercerlo, reconociendo en su hermano, de doble vínculo, superioridad de inteligencia, amor por la religión y entrega a los asuntos de sus súbditos, clichés que deja apuntados el cronista al-Marrākušī [27].

Los hijos del Califa

Tuvo dieciocho hijos varones y varias hijas, según cuenta al-Marrākušī [28] que fue amigo de uno de ellos, Abū Zakariyyā' Yaḥyà, gobernador de Bugía, y de quien el cronista declara haber recibido multitud de noicias, utilizadas en su obra.

En las páginas de la Historia suenan los nombres de diez de estos hijos de Abū Yaᶜqūb, que, desde luego, destacaron mucho menos, en conjunto, que los *sayyid*-es hijos de ᶜAbd al-Mu'min. Su heredero fue Abū Yūsuf Yaᶜqūb, del que hemos de hablar extensamente. Otro de ellos, ᶜAbd al-Wāḥid o ᶜAbd al-ᶜAzīz *al-Majlūᶜ* («el Destronado»), accedió brevemente al Califato Almohade, en los últimos tiempos revueltos; era hijo de Maryam, princesa ḥammādí, y desempeñó gobiernos por poco tiempo en al-Andalus: en Málaga, Silves y Sevilla, [29].

Uno de los hijos más destacados, o que más acciones representa, fue Abū ᶜUlà Idrīs *al-Akbar*, «el Mayor», que dentro de las genealogías Almohades hay que distinguir de Idrīs «el Menor», que será Califa con el apelativo de al-Maᵓmūn. Por de pronto Idrīs *al-Akbar* empezó a dis-

[27] *Muᶜŷib*, p. 169.
[28] *Muᶜŷib*, p. 176.
[29] Huici, *Historia política*, pp. 624-627.

tinguirse en acciones marítimas, yendo a la cabeza de la flota que tomó Mallorca para los Almohades en 599/1203; dirigió la flota de Ceuta, y allí dejó construcciones como la Puerta Nueva [30] de igual manera que su paso posterior por el gobierno de Sevilla se recuerda por el alzamiento de la famosa Torre del Oro, en 618/1221-22; Abū Yaᶜqūb Yūsuf II al-Mustanṣir le destituyó entonces, pero logró rehabilitarse y ser designado gobernador de Ifrīqiya, en donde todavía alzó dos torres en Mahdiyya y fue a hostigar a los Banū Gāniyya del Wazzān tripolitano. Sus tres hijos tuvieron cargos gubernativos en Túnez, Gabés y Tozeur.

Abū Ibrāhīm Ishāq, «el Puro», *al-Ṭāhir*, por sobrenombre, padre del Califa al-Murtaḍà, pasó por varios gobiernos andalusíes (Granada, 604/1207-08 y Sevilla, 607/1210-11), y luego por el entonces ya comprometido gobierno de Fez, acosado por los Benimerines, que le vencieron en 613/1216-17, en la batalla de las Mašgalas [31]. Continuó en la brecha magrebí, donde se concentró el final Almohade.

Abū Yaḥyà fue gobernador de Córdoba, desde 1182-83, y en ese puesto estaba cuando su padre cayó herido de muerte atacando Santarem, dedicándose entonces Abū Yaḥyà, en 1184, a emprender punitivas algaras contra el Ribatejo; fue también un príncipe almohade constructor, pues en Córdoba se edificó un palacio, siendo después gobernador de Sevilla.

Abū Isḥāq Ibrāhīm «el Bizco» (*al-Aḥwal*), gobernador de Córdoba, en 563/1167-68, luego de Sevilla, donde siete años después empieza a enfrentarse con Alfonso VIII, continuando en el cargo durante el Califato de su hermano Abū Yūsuf, y por breve espacio durante el Califato de al-Nāṣir, en dos ocasiones, siendo aún repuesto en aquel gobierno por el Califa Abū Yaᶜqūb Yūsuf II, en 610/1213-14. Su hijo Abū l-Rabīᶜ heredó el puesto, y como gobernador almohade de Sevilla contempló el alzamiento sevillano contra ellos, para pasarse al partido andalusí de Ibn Hūd en las terceras taifas.

Abū Ḥafṣ ᶜUmar al-Rašīd encabezó a los soldados árabes en el triste ataque contra Santarem. Gobernó Murcia, en 583/1187-88, donde se hicieron insoportables sus abusos.

[30] J. Vallvé, «Descripción de Ceuta musulmana en el siglo XV», *al-Andalus*, XXVII, 1962, pp. 398-448.

[31] Sobre los orígenes benimerines, bibliografía cit. antes n. 23.

Abū Zayd o Abū ᶜAbd Allāh Muḥammad al-Ḥardānī, gobernador de Granada, en 577/1181-82, cargo en que fue confirmado por su hermano el Califa siguiente Abū Yūsuf Yaᶜqūb,en 560/1184-85, antes de encomendarle su visirato.

De los demás hijos se sabe muy poco o nada, apenas los nombres: Abū Bakr, ᶜAbd Allāh, Aḥmad, Mūsà, Ṭalḥa, ᶜUṯmān, ᶜAbd al-Ḥaqq, ᶜAbd al-Raḥmān e Ismāᶜīl.

VISIRES, SECRETARIOS, CHAMBELÁN Y CADÍ

Como en tiempos de su padre ᶜAbd al-Ma'min, continuó el *sayyid* Abū Ḥafṣ desempeñando el cargo de visir, pero fue en realidad mucho más, ejerciendo el poder podemos decir que conjuntamente con su hermano el Califa Abū Yaᶜqūb; «emir» y «visir» le llama Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt [32], añadiendo que eso lo hacía con agrado del Califa su hermano «y con el acuerdo y connivencia, desde tiempo atrás mantenida, de los jeques almohades».

La Crónica de al-Marrākušī [33] dice que Abū Ḥafṣ fue visir durante unos días, pero luego su hermano Abū Yaᶜqūb elevó su rango, por considerar que estaba por encima de él, y encargó el visirato a Abū l-ᶜAlā' Idrīs b. Ibrāhīm b. Ŷāmiᶜ, para que sirviera a ambos, el Califa y su hermano Abū Ḥafṣ, elevándoles «las apelaciones y súplicas, comunicando los deseos de las embajadas y las cuestiones que se debieran exponer; cuando acababan las horas de las funciones de gobierno y todos se retiraban, él debía entrar [con Abū Yaᶜqūb y Abū Ḥafṣ] a solas para tratar aquello que les incumbía especialmente, precisando como cosa conveniente y necesaria lo que corresponde a un mediador inteligente, que callaba tras saludarlos, que poseía lo esencial y era de natural honrado, incapaz de perjudicar a los demás desde su elevado puesto». Fue así el tercer hombre de aquel Estado durante quince años; era hijo de uno de los más fieles y antiguos compañeros del Mahdī Ibn Tūmart, un obrero oriundo de al-Andalus; Ibn Ŷāmiᶜ había sido educado en la Corte, preparado para desempeñar esos cargos adminis-

[32] *Mann*, p. 237.
[33] *Muᶜŷib*, pp. 176-177; *Mann*, p. 238; Huici, *Historia política*, p. 223 n. 2.

trativos reservados a los hijos de los más sobresalientes Almohades. En el curso del año 577/1181-82, cayó en desgracia, fue encarcelado, confiscados sus bienes y al cabo desterrado a Mérida, para alguna función menor; el Califa siguiente, Abū Yūsuf Yaᶜqūb le perdonó finalmente.

Después nombró visir a su propio hijo, luego sucesor suyo, Abū Yūsuf Yaᶜqūb, que ejercía como tal cuando a su padre le llegó la muerte en 580/1184.

Tuvo por secretario a Abū Muḥammad ᶜAyyāš b. ᶜAbd al-Malik b. ᶜAyyāš, que ya era secretario de su pade ᶜAbd al-Mu'min. También lo fue Abū l-Qāsim al-Qālamī, que asimismo lo había sido de su antecesor, y Abū l-Faḍl Ŷaᶜfar b. Abī l-Ṭāhir Aḥmad llamado «Ibn Maḥšuwwa», oriundo de Bugía y que venía sirviendo en la oficina de al-Qālamī, hasta que éste murió y pasó a ocupar su puesto. Estos fueron sus secretarios de cancillería, de asuntos civiles, porque de la secretaría militar tuvo encargados a Abū l-Ḥusayn al-Hawzanî, de Sevilla, y a Abū ᶜAbd al-Raḥmān al-Ṭūsī.

Su chambelán fue Kāfūr, un esclavo eunuco al que manumitió y al que solía llamar «Guerra».

Primero fue su cadí el citado al-Qālamī, al que destituyó de este cargo para nombrar en su lugar a ᶜĪsà b. ᶜImrān al-Tāzī, oriundo del ribāṭ de Taza, en la región de Fez, aclara al-Marrakušī, que añade era de una cabila llamada Tasūl, rama de los beréberes Zanāta, y lo pone enseguida por las nubes, calificándolo de personaje sobresaliente, diserto predicador, poeta descollante, sabio en muchas ciencias, cabal hombre de bien y que logró en este Califato de Abū Yaᶜqūb mucha consideración y categoría.

Gobernadores provinciales

Continuó Abū Yaᶜqūb los procedimientos tradicionales de otorgar los gobiernos de las distintas provincias a familiares muy allegados, primero a sus propios hermanos y luego, cuando la edad lo fue permitiendo a sus propios hijos y a sobrinos; además de esto siguió confiando a veces para estos puestos en descendientes de los Compañeros del Mahdī Ibn Tūmart, que habían sido grandes personajes del movimiento Almohade, sus jeques sobresalientes.

Su dos primeros nombramientos de gobernadores provinciales los decidió Abū Ya^c^qūb en 561/1166, una vez que superó las primeras dificultades sucesorias y revueltas que acogieron su ascensión al trono. Dos importantes enclaves se hallaban entonces sin gobernador, Bugía y Sevilla, y Abū Ya^c^qūb, aconsejado por su hermano Abū Ḥafṣ, decidió designar para el primero a su hermano Abū Zakariyyā' Yaḥyà, sustituyendo a otro hermano, Abū Muḥammad ^c^Abd Allāh, cuya reticencia en reconocerle soberano acabó costándole la vida; partició en varias acciones en al-Andalus y murió de la peste, en Marrakech, en 571/1175-76.

Para el puesto importante del gobierno de Sevilla, capital andalusí, ciudad tan querida para el Califa Abū Ya^c^qūb, eligieron en cambio a un hijo de jeque Almohade, también jeque y hafiz, Abū Abd Allāh b. Abī Ibrāhīm Ismā^c^īl Igīg, ayudante próximo que fuera su padre del Mahdī Ibn Tūmart. Abū Ya^c^qūb le regaló entonces dos estandartes y le designó por visir al jeque y hafiz Abū Yaḥyà Zakariyyā' b. Yaḥyà b. Sinān, cuyo padre había sido miembro del grupo de «los Cincuenta». Después, en septiembre de 1166, Abū Ya^c^qūb prefirió enviar al gobierno de Sevilla a su hermano Abū Ibrāhīm Isma^c^īl, que estaba en el cargo unos dos años después cuando desde allí escribe a su hermano con conformidad y acatamiento por su adopción del título califal; en su puesto le tocó recibir la sumisión de Ibn Hamušk, que enseguida veremos; colabora en las construcciones sevillanas de su hermano el Califa y le acompaña en alguna expedición por al-Andalus.

Otros hermanos de Abū Ya^c^qūb, designados por él gobernadores fueron: Abū ^c^Alī al-Ḥusayn, en Ceuta y desde 570/1174-75 en Sevilla, desde donde ataca Talavera dos años después, y otros dos más tarde muere en Sevilla. Abū l-Ḥasan ^c^Alī fue al cabo gobernador de Córdoba, en 571-2/1175-77, y participa en las campañas de Huete y Talavera; muere en el norte de África, donde gobernó Ifrīqiya y luego Tremecén. Abū Isḥāq Ibrāhīm gobierna Córdoba, en 563/1167-68; y tres años después Sevilla, sólo durante dos años. Abū Mūsà ^c^Īsà fue gobernador en Qayrawān, en 576/1180-81, y en siguientes Califatos lo será de Sevilla. Abū ^c^Abd al-Raḥmān Ya^c^qūb era en 577/1181-82 gobernador de Murcia.

A cuatro sobrinos al menos empleó Abū Ya^c^qūb en distintos gobiernos; por ejemplo, Abū Zayd y Abū Muḥammad, hijos de su hermano Abū l-Ḥasan ^c^Alī, ejercieron como gobernadores de Granada y

de Málaga, en 574/117879; y dos hijos del gran *sayyid* Abū Ḥafṣ ᶜUmar, llamados Abū Zayd ᶜAbd al-Raḥmān y Abū ᶜAbd Allāh Muḥammad fueron, respectivamente, gobernadores de Granada –en 572/1176-77–, luego de Ifrīqiya, de Málaga también en 572/1176-77. También fueron gobernadores suyos los propios hijos de Abū Yaᶜqūb, como vimos.

Ejemplos del ceremonial Almohade

La importancia del ceremonial cortesano, que realzaba la figura soberana, se acrecentó en época Almohade, pues no en vano se titularon Califas. Entre los varios relatos en que esto se pone de manifiesto, contamos con uno del cronista Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt, que en su calidad también de secretario cortesano acentúa los matices convenientes. Nos refiere [34] la etiqueta de una de las apariciones públicas de Abū Yaᶜqūb dos años antes incluso de que éste pudiera adoptar el título califal, pues el acontecimiento se refiere a la recepción que el Emir dispone a la llegada de su hermano Abū Ḥafṣ ᶜUmar, cuando éste regresaba de al-Andalus después de llevar a cabo una campaña victoriosa contra Ibn Mardanīš, y llegaba a Marrakech la mañana del sábado 11 del rabīᶜ II / 15 de enero 1166. Dispuso Abu Yaᶜqūb que al efecto se celebrara una parada militar de las tropas que con él tenía en su capital, «ordenando vestir a sus esclavos con colores vistosos, alinear a sus caballeros Almohades y no Almohades completamente armados, mientras la infantería, con adargas y lanzas, formaba filas. Colocó [Abū Yaᶜqūb] los estandartes y las banderas detrás de su montura, y los atabales también, con su séquito escogido, y él montaba su caballo de raza, mientras su visir Abū l-ᶜAlā' Idrīs b. Ŷāmiᶜ caminaba a su lado, hablándole; el emir expresaba sus órdenes y el citado visir iba a cumplirlas, y luego tornaba a su lado. Sobre un purasangre del emir iba una larga lanza, con la punta tapada. Cuando salió tras el velo que lo ocultaba, marchó al encuentro de su hermano».

Ambos séquitos, el de Abū Yaᶜqūb y el de Abū Ḥafṣ, compitieron en juegos de armas y carreras, cargas y retiradas, entre redobles de tam-

[34] *Mann*, pp. 289-291.

bor. El texto añade que Abū Yaᶜqūb tomó parte también en los torneos. Durante quince días, según era usual, se repartieron comida y bebidas lícitas a todas las tropas llegadas de al-Andalus, en todos sus rangos.

Iniciativas contra los resistentes andalusíes

Dejamos la situación de al-Andalus enderezada en beneficio Almohade, por su alianza con Fernando II, su contención a cualquier rebeldía interna. Pero Ibn Mardanīš seguía hostigando Córdoba. El gran jeque Abū Ḥafṣ ᶜUmar Intī disponía sus tropas en su defensa, mientras aguardaba las respuestas de los resistentes andalusíes a un ultimátum califal, enviado el viernes 1 ramaḍān 564/29 mayo 1169.

Ibn Mardanīš siguió en su «rebeldía», pero determinadas circunstancias, entonces, hicieron que su suegro y principal colaborador, Ibrāhīm b. Hamušk, sí se rindiese, o se aviniese a acatar la doctrina Almohade, entrando en su Estado, con su territorio de Jaén, en mayo-junio de 1169. Los cronistas cortesanos [35] califican esta rendición de tan pertinaz enemigo como «reconocimiento de que Dios le había guiado a la recta doctrina», de que al fin había «brillado para él la luz de la Verdad, como lámpara que se ilumina». Sus desavenencias con su yerno Ibn Mardanīš se habían ido agudizando, por el repudio de éste a la hija de Ibn Hamušk. Éste marchó a entregarse a Córdoba, donde fue muy bien recibido; pero durante un año aún tuvo que sufrir Ibn Hamušk los ataques de Ibn Mardanīš a sus tierras de Jaén, sin que pudieran acudir en su socorro los Almohades, que al cabo le otorgaron tierras en Mequínez y allí murió Ibn Hamušk, algo después de 571/1175-75.

Mientras tanto, el Califa Abū Yaᶜqūb convocaba a su corte de Marrakech a sus gobernadores en al-Andalus, pensando que al fin podría ponerse al frente de una gran campaña, en la Península Ibérica, donde todavía ningún Califa Almohade había logrado encabezar expedición militar ninguna, frustrada la magna y cuidada empresa que la muerte de ᶜAbd al-Mu'min cortó en 1165.

[35] *Iḥāṭa*, pp. 296-303; *Mann*, pp. 388-390.

Al comienzo de 1169, así convocados, llegaron a Marrakech, Abū Ibrāhīm Ismā῾īl, gobernador de Sevilla, Abū Isḥāq Ibāhīm, gobernador de Córdoba, Abū ᶜAbd Allāh b. Abī Ibrāhīm, gobernador de Granada, junto con sus hafices y otras autoridades. Celebradas las consultas y tomadas las decisiones, emprendieron la vuelta acompañados del *sayyid* Abū ᶜAlī, designado entonces gobernador de Ceuta y de los montes Gumāra, desde donde debería dirigir el paso de los contingentes a la otra orilla del Estrecho. Eso fue el comenzar octubre de aquel año, partiendo con ellos además el hafiz Abū Yaḥyà Zakariyyā' b. Yaḥyà b. Sinān, nombrado entonces gobernador de Tavira, Santa María del Algarve (Faro) y Loulé, con lo cual se tenían coordinados y preparados los cinco personajes que desde al-Andalus iban a controlar la operación, en cuanto llegasen los soldados del Magreb.

Acoso contra Ibn Mardanīš

Todo o casi todo, pues aún se llamarán a más contingentes árabes, estaba preparado de nuevo a lo largo de 1169, cuando el Califa cayó enfermo durante catorce meses y medio, desde comienzos 565/septiembre 1169 a 566/noviembre 1170, contagiándose ligeramente de la epidemia de peste que tantos estragos causó en el Magreb. Siguió despachando con su visir Ibn Ŷāmiᶜ, con el alfaquí Abū Muḥammad ᶜAbd Allāh al-Mālaqī, jeque de los tolbas de la corte, y otros jeques Almohades, como Abū Muḥammad ᶜAbd al-Wāḥid b. ᶜUmar, pero no pudo cruzar en persona a la Península Ibérica, adelantándose allí el *sayyid* Abū Ḥafṣ ᶜUmar, que salió de Marrakech en julio 1170 y llegó a Sevilla en septiembre de ese mismo año. Su primera atención fue Badajoz, como vimos, y enseguida se concentró de nuevo en el ataque contra Ibn Mardanīš, partiendo hacia Córdoba, junto con las tropas de Ibn Hamušk, en marzo 1171. Los Almohades tomaron Quesada y se instalaron otra vez en Larache, ante Murcia.

La resistencia andalusí que aún quedaba empezó a desmoronarse, en los meses centrales de 1171. Se alzó la gente de Lorca contra Ibn Mardanīš y entregaron su ciudad a los Almohades, como también hicieron Elche y Baza. Almería, que había sido tomada entretanto por Ibn Mardanīš, después de que en 1157 entraran allí los Almohades, se inclinó también por el partido de estos últimos, dirigiendo la subleva-

ción contra Ibn Mardanīš su primo y cuñado Muḥammad «Ibn Ṣāḥib al-Basīṭ» «el hijo del señor de Albacete», y el régulo murciano ordenó matar a sus familiares, pero eso no contuvo el aumento de defecciones a su alrededor, a las que vino a sumarse, todavía en el mes de junio la de Alcira, sin que ni Ibn Mardanīš ni su hermano Abū l-Ḥaŷŷāŷ Yūsuf b. Saᶜd «el Arráez», gobernador de Valencia y todavía a su lado, la pudieran recuperar, pues entretanto cruzó además a la Península el Califa Abū Yaᶜqūb, por fin, pasando el Estrecho el 27 ramaḍān 566/8 junio 1171, «en apariencia para combatir a los cristianos, pero interiormente para concluir de dominar el territorio, apoderándose de lo que estaba en poder de Muḥammad b. Saᶜd b. Mardanīš; el cual poseía [aún] desde el comienzo de la provincia de Murcia [36].

Concentración de tropas árabes

Desde Marrakech, desde 1169-1170, Abū Yaᶜqūb preparaba su ejército magrebí para intervenir en gran escala en al-Andalus, y lo mismo que hiciera su padre ᶜAbd al-Mu'min, convocó a contingentes árabes de Ifrīqiya, con lo cual cumplía dos propósitos: aumentar sus ejércitos y retirar unos efectivos peligrosos del confín tunecino, siempre difíciles de dominar desde el Magreb Extremo, ofreciéndoles unas ganancias sustanciales y, por tanto, una mejor integración en el Estado Almohade. Empezó primero por convocarles con una casida vibrante compuesta por Ibn Ṭufayl, llena de referencias significativas, y de la que citaré algunos versos como muestra [37].

> Hacia Occidente dirigid vuestros caballos,
> para hostigar enemigos y colmar deseos.
> Contra el adversario azuzad veloces corceles,
> que altos purasangres ya hacen alardes.
> Afanes se logran sólo por las lanzas,
> la gloria se escribe sólo con guerreros,
> no alcanza sus fines sino quien aguanta

[36] *Mu͑ŷib*, p. 388.

[37] *Mann*, pp. 404-415; ofrezco mi traducción; cfr. E. García Gómez, Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid, I, pp. 21 y 25.

lo malo, cabalgando las calamidades, y siente
el ardor del combate cual sorbo más dulce...
¡Ea, aportad vuestra energía árabe,
rodeada de puntas de picas y sables!
¡Caballeros de Qays b. Hilāl b. ᶜĀmir,
y tantos lanceros y espaderos que han!...
¡Venid en socorro de la Fe inflamados,
y al cumplimiento tornad anhelantes!
Os llamamos queriendo que os salvéis todos,
con llamada libre de toda impureza,
deseándoos igual que a nosotros,
y en rango os honramos con el mejor puesto.
No dejéis de tomar vuestra parte,
que así os libre de toda miseria.
En vosotros se auxilió el Islam primero; debéis
defenderlo; es preciso que volváis a hacerlo.
Venid lo mismo que vuestros mayores:
Dios hizo al Profeta y a Su familia
y al Mahdī [nacer] de vosotros; no haya mancilla.

Pero los Árabes esta vez se retrasaban y el Califa tuvo que volver a urgirles, recordándoles su firme intención de hacer la Guerra Santa, enviándoles esta vez una casida compuesta por el secretario ᶜAyyāš b. ᶜAyyāš:

Preparad para todo lo grande monturas veloces,
guiad al combate relinchantes corceles de raza;
con impulso fiero partid de la religión en defensa;
embestid enemigos con ataque arrojado.
Marchad, Banū Qays, a lograr esperanza
de honores ganados al caer la tarde,
que sólo hay honor sobre lomos de raudos corceles,
cuya furia anula el rigor del viento...
¡Primos! ¡la más noble rama de Hilāl b. ᶜĀmir,
con todos sus bravos e hijos de bravos reunidos!
¡venid, que hay proyecto de urgir las algaras,
cuyos resultados sus principios marcan!

SU ALARDE

A la convocatoria del Califa acudieron por fin los Árabes de Ifrīqiya, de Qayrawān y el Zāb, capitaneados algunos de ellos incluso por Ŷabbāra b. Abī l-ᶜAynayn, hasta entonces rebelde contra los Almohades. Se fueron reuniendo en Bugía y Tremecén, cuyos gobernadores respectivos, el *sayyid* Abū Zakarriyā' Yaḥyà y el *sayyid* Mūsà, se pusieron a la cabeza de la comitiva, alcanzando Marrakech la mañana del sábado 2 rabīᶜ II 566/13 diciembre 1170. A las tropas que ya estaban en la ciudad se les repartieron cotas, cascos, lanzas, adargas, otras armas, alquiceles, estandartes y banderas, diponiéndose a salir al encuentro de los que llegaban.

La ceremonia revistió gran solemnidad y es otro ejemplo más de la intencionada magnificencia con que los Almohades cuidaron las apariciones públicas del Califa, para el que instalaron un palio [38] ante la puerta de la Šarīᶜa, hacia el campo en que acampaban los Árabes, llegando allí a la cabeza de un cortejo montado en soberbio alazán, abriéndole camino a pie su visir Ibn Ŷāmiᶜ, que marchaba junto a su estribo y su velo, sirviéndole de intermediario. Pasaban primero los tambores, en número de cien, pues a los existentes en tiempos del Mahdī Ibn Tūmart, que se habían traído, con su forma cuadrada, se habían añadido otros más. A la zaga del Califa iba su hermano Abū ᶜAbd Allāh Muḥammad, a quien el cronista llama aquí «el Destronado» (al-Majlūᶜ), recordando cómo su presunta sucesión había sido interferida por Abū Yaᶜqūb; venían también los demás hermanos pequeños y los hijos; enseguida dieciséis banderas grandes, tipo estandarte, hechas para esta ocasión. Cada notable Almohade llevaba una bandera en su mano y vestía una cota amplia de plata. Iban además los soldados del ejército regular, los mercenarios cristianos y los esclavos negros.

Instalado más allá de la puerta de la Šarīᶜa presenció el alarde de las tropas llegadas durante todo el día. Al cabo ordenó que descabalgasen y le saludaran todos. Al día siguiente, 14 diciembre 1170, ordenó el Califa que entraran a su alcázar los jeques árabes y los demás llegados para que le prestaran juramento de fidelidad.

[38] *Mann*, pp. 430-433.

Armamento y pago del ejército

Todo el mes de diciembre transcurrió en esta ceremonia de juramento. El 2 de enero comenzaron los banquetes ofrecidos por el Califa a su ejército en la Buḥayra, cada día a 3.000 más o menos, con abundante comida y bebida lícita de mosto. El 18 de enero de 1171 mandó el Califa pasar revista a los Árabes, y que desfilasen ante él por la explanada del antiguo alcázar. Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt fue testigo presencial de la parada, que resulta referencia interesantísima sobre la forma de equipar y pagar a aquellos soldados contratados eventual y masivamente. Carecían de muchas cosas, pero procuraban cederse unos a otros la montura para pasar ante el Califa, y prestarse entre sí los mejores arreos y ropas: «la bondad de nuestro señor el Califa hacía como que no advertía nada de esto, porque sabía todas sus necesidades y carencias», a las que hubo de hacerse frente, para lo cual aporta el citado cronista el relato directo del secretario intendente del ejército Abū ᶜAbd Allāh ibn Muḥsin, que contaba[39] cómo entró hasta cierto punto alarmado ante el Califa para decirle cuánto tendría que desembolsarse esta vez, pero no se escatimó nada, dándoseles hermosos caballos, lanzas, cotas, cascos y espadas, preparadas para esta importante campaña. Se sentó el Califa en su alto sitial con los jeques Almohades, los jeques de los tolbas de la Corte y los jeques árabes, ordenando a su visir Ibn Ŷāmiᶜ que acudieran los tesoreros con el dinero, en dinares y dirhemes, pagándoseles a todos su estipendio: al jinete completamente equipado le dio diez dinares, al no del todo ocho; al infante bien equipado cinco, y al sólo medianamente tres. A los jeques les pagó más: cincuenta dinares; y a cada arráez de cábila, cien. Les vistió con ropas de tejido «copto», y les dio túnicas, capas y turbantes, además de armas y caballos.

El Califa Abū Yaᶜqūb pasa a al-Andalus

Preparada del modo expuesto la campaña de al-Andalus, el Califa se puso en marcha, salió de Marrakech, el sábado 4 raŷab 566/13 mar-

[39] *Mann*, pp. 434-437.

zo 1171, y se encaminó a Alcazarseguir. Las tropas empezaron a cruzar el Estrecho desde el 1 ramaḍan/8 de mayo, y el Califa a su vez lo atravesó, hasta Tarifa, el 27 ramaḍān/3 de junio, acudiendo a recibirle los jeques de Sevilla y de Córdoba y de otras partes de al-Andalus; el 18 de junio hizo su entrada en Sevilla, y diez días después partió hacia Córdoba, adonde llegó el 5 de julio. Desde allí envió un cuerpo de ejército contra Toledo, al mando de Abū Muḥammad ᶜAbd Allāh b. Abī Ḥafṣ b. Tafrīŷīn [40], junto con jeques Almohades; fue una algarada que llegó a cruzar el Tajo, obteniendo botín. El ejército Almohade permanecía asentado en Córdoba, dentro y fuera de la ciudad, en ambas riberas del río, junto con el Califa, que allí estuvo hasta septiembre 1171, para entonces volver a Sevilla.

En Sevilla ocupó unas sesenta casas para instalar en ellas a los jeques Almohades y compró otras cien casas más para aposento de quienes acudían a su lado.

Tomó algunas disposiciones gubernativas: postergó a Muḥammad b. Abī Saᶜīd, llamado «Ibn al-Muᶜallim» de la administración del Majcén de Sevilla y de todo al-Andalus, ordenándole presentarse ante él, cuando todavía se encontraba en Córdoba, para iniciar una investigación por sus más que posibles fraudes, nombrando a quienes debían hacerle rendir cuentas, y colocando al frente de la administración en Sevilla a Abū Dāwūd Yalūl b. Yaldāsan [41].

Interés del Califa por Sevilla

El otoño y el invierno de 1171 los pasó Abū Yaᶜqūb en Sevilla, mientras su hermano Abū Ḥafṣ ᶜUmar acosaba a Ibn Mardanīš, cuyos asuntos no podían ir peor, previéndose su pronto fin. Se dedicó entonces Abū Yaᶜqūb a cuidar aquella ciudad, a la que había llegado por primera vez muy joven, de diecisiete o dieciocho años, cuando fue designado allí gobernador por su padre ᶜAbd al-Mu'min y donde había permanecido hasta 1163, cuando accedió al Califato. Su predilección por esta ciudad se pone de manifiesto en que volviera a considerarla capital de al-Andalus, y allí levantara construcciones.

[40] *Mann*, pp. 438-452.
[41] *Mann*, p. 453.

Empezó por ordenar tender un puente sobre el Guadalquivir hasta Triana, empezado el 4 de septiembre, la víspera de la llegada del Califa entonces a Sevilla y terminado el 9 de octubre; bien observa A. Huici Miranda [42] que los Almohades carecían de la capacidad de construir puentes de fábrica, y que de éste se limitaron a instalar los dos pilares-base y a ensamblar las barcas. A continuación [43] ordenó levantar los alcázares de la Buḥayra sevillana [44], pasada la puerta de Ŷahwar, en el lugar antes llamado «Bocado del Faraón» (*Luqm Fir^cawn*) donde construyó palacios y aposentos para el gobierno, sobrepasando lo que ya antes ordenara alzar, más allá de la puerta de al-Kaḥl, su hermano Abū Ḥafṣ, que había confiado las obras a Ibn al-Mu^callim, su almojarife, acusado de malversación como vimos. Para hacerlo todo de forma legal encargó Abū Ya^cqūb al cadí Abū l-Qāsim, Aḥmad b. Muhammad al-Ḥawfī y al *imām* Abū Bakr Muḥammad b. Yaḥyà b. al-Ḥaḏḏā' que acotaran la tierra baldía lindante con los alcázares y edificios para plantar en ella huertos y jardines, pagando con dinero del Majcén todo el terreno que se necesitó. Fue luego llamada «Huerta del rey».

Trajo por acueducto agua a Sevilla. Comenzó por construir una Mezquita Aljama más amplia que la antigua de Ibn ^cAdabbas. Construyó también la alcazaba, hasta la mitad, cimentándola hasta la orilla del río, y por sus aguas puso también las rampas de las puertas de Sevilla. Levantó la alcazaba interior y exterior, más allá de la puerta de al-Kuḥl [45].

Asimismo se preocupó, pero menos, de otras poblaciones, reforzando en general las murallas andalusíes. Todo esto fue haciendo hasta 1178, en que volvió al Magreb. Cuando retorne Abū Ya^cqūb, en 1184, aún tendrá tiempo de iniciar la famosa Giralda, como veremos.

[42] Huici, *Historia política*, p. 250, n. 2; B. Pavón, *Tratado de arquitectura hispanomusulmana. I: Agua (aljibes-puentes-qanats-acueductos-jardines-desagües de ciudades y fortalezas-ruedas hidráulicas-baños-corachas)*, Madrid, 1990; M. J. Viguera, «Andalucía islámica (siglos VIII-XV): territorio, población y comunicaciones», II Congreso de Historia de Andalucía, Actas, en prensa.

[43] La fuente principal es *Mann*, pp. 454 y ss., y 234-236.

[44] R. Valencia, E. Gálvez, D. Oliva, «Sevilla entre dos mundos (711-1492)», *Historia de Sevilla*, Sevilla, 1983, II, pp. 219-269.

[45] M. Ocaña, «La inscripción fundacional de la mezquita de Ibn ^cAdabbas de Sevilla», *Al-Andalus*, XII, 1947, pp. 145-151; R. Valencia, *Sevilla musulmana hasta la caída del Califato: contribución a su estudio*, tesis doctoral dir. por J. Vallvé, Universidad Complutense, Madrid, 1988.

El final de la resistencia andalusí

Los principales colaboradores que aún quedaban a Ibn Mardanīš se alzaron, entretanto, contra él: su hermano Yūsuf, gobernador de Valencia, un cuñado en Alcira, Ibn al-Dallāl en Segorbe e Ibn ᶜAmrūs en Játiva; Ibn Mardanīš, desesperado, suscribió un pacto con el Califa, comprometiéndose a que sus hijos acataban ya la doctrina Almohade y también sus caídes. Murió Ibn Mardanīš, de muerte natural, en raŷab 567/marzo 1172, a los 48 años de edad; y se mantuvo secreta su muerte, mientras su hermano Yūsuf y sus hijos enviaban su acatamiento a los Almohades. Uno de sus ocho hijos, Hilāl, fue en delegación a Sevilla, a presentarse ante Abū Yaᶜqūb, que le recibió con hermosa acogida. El *sayyid* Abū Ḥafṣ se presentó en Murcia, para recoger la sumisión de las gentes, que por ella recibieron beneficios. Una de las hijas de Ibn Mardanīš casó con el Califa Abū Yaᶜqūb y otra con su hijo Abū Yūsuf[46].

Familiares y partidarios de Ibn Mardanīš fueron al cabo repuestos en sus cargos: su hermano Yūsuf recuperó la gobernación de Valencia, y algunos hijos del pertinaz resistente ejercieron funciones en Denia, Játiva y Alcira. La política almohade fue acrecentar los beneficios de estos otrora resistentes, para que siguieran contentos en el Estado Almohade[47]. Tiene mucho interés, sin embargo, la noticia que trae al-Bayḏaq[48] contando cómo marchó el Califa Abū Yaᶜqūb a Valencia, seguramente después de la muerte de Ibn Mardanīš, pues no es verosímil antes, nombrando de inmediato para controlar la situación a Yūsuf b. Muḥammad b. Īgīt, e instalando en Levante a diferentes cabilas beréberes y árabes: dejó Árabes y Zanāta en Valencia, Ṣinhāŷa y Haskūra en Játiva y Murcia, gentes de Tīnmallal en Lorca y de Kūmya en Almería y Purchena.

[46] Bayḏaq, pp. 125-126. Guichard, *Les musulmans de Valence*, «le régime d'Ibn Mardanīš'» y «le Levant dans l'Empire almohade», pp. 116 y ss.
[47] *Muʿŷib*, pp. 178-180 y *Mann*, pp. 470-471.
[48] Bayḏaq, pp. 125-126; Huici, *Historia musulmana de Valencia*, III, pp. 183 y ss.

Acciones de Guerra Santa: Campaña de Huete

La muerte de Ibn Mardanīš, en marzo 1172, y la sumisión de sus seguidores, ofreció a los Almohades la oportunidad de lanzar una ofensiva de cierta envergadura contra los cristianos. Se dirigieron contra Castilla, a pesar de que este reino, oficialmente, no planteaba entonces tanta oposición como Portugal y León, hasta que Alfonso V no cumpla más de veinte años y vaya sobre Cuenca, en 1177; pero sus gentes sí se habían implicado en las luchas contra los Almohades emprendidas por los resistentes andalusíes, de modo que, reducidos éstos, es natural que se continuase atacando castillos que Ibn Mardanīš había dado a sus mercenarios castellanos. Incluso el cronista oficial Almohade, Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt [49], que participó en la campaña, refiere –dando la presentación conveniente de los hechos– que los hijos de Ibn Mardanīš habían propuesto este ataque.

Contamos, pues, con el relato pormenorizado de Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt, que a pesar del brillo que quiere dar a la algara, y de que en efecto se logró conquistar Vilches y Alcaraz, no deja de permitirnos captar la falta de acometividad del ejército Almohade, el poco interés bélico del culto y piadoso Califa y, sobre todo, la ineficacia de su intendencia que no realizó, no sabemos porqué, los necesarios aprovisionamientos.

Abū Yaᶜqūb partió de Sevilla para esta expedición el 6 de junio de 1172, y llegó a Córdoba seis días después, instalando su campamento en el tradicional lugar de Faḥṣ al-Surādiq, que daba sobre las torres del solar de la que fuera ciudad palatina de Almanzor, Madīnat al-Zāhira, para aposentarse al día siguiente en el ilustre alcázar que habían poseído los Omeyas. El 20 de junio emprendió marcha, por Alcocer y Andújar, hasta cerca de Baeza, llegando a Vilches, conquistándolo, y saliendo el 26 hacia Alcaraz. Ambos se los había cedido Ibn Mardanīš a los cristianos. El 1 de julio, con Alcaraz conquistado, continuó luego a Balazote, limítrofe con el valle de Chinchilla, al comienzo entonces de la frontera entre país musulmán y país cristiano. En Balazote acampó el 2 de julio; el 6 de julio hizo aguada junto al río Júcar, ordenan-

[49] *Mann*, 487-497; Huici, *Historia política*, 225-265 e *Historia de Valencia*, III, pp. 171-182.

do a su hermano el *sayyid* Abū Sa'īd que se adelantara con tropas almohades y árabes, además de soldados regulares, infantería y arqueros y unos 12.000 jinetes, entrando a territorio cristiano hasta Huete, cuyo alrededor esquilmaron; la guarnición salió a rechazarlos y murieron algunos atacantes.

El *sayyid* se instaló en las colinas próximas, hasta que llegó el Califa, con más tropas, el 11 de junio, dispuestos a atacar de inmediato; los musulmanes ocuparon la zona contigua a la muralla, dentro de los arrabales. El Califa se situó en la cumbre del monte cercano, en su tienda roja, y empezaron a deliberar cómo combatir la ciudad, hasta el alba del 12 de julio, en que el Califa dispuso el comienzo de la lucha, acompañado de su hermano Abū Ḥafṣ, de los jeques Almohades, del hafiz y alfaquí Abū Bakr ibn al-Ŷadd, del alfaquí Abū Muḥammad al-Mālaqī, y de tres cadíes: Abū Mūsà 'Īsà b. 'Imrān, Abū Muḥammad ibn al-Ṣaffār y Abū l-Walīd Averroes. Se entabló batalla y caía ya el desastre sobre los infieles, cuando su resistencia impidió al ejército Almohade rebasar las murallas.

Sobre el indicado desinterés bélico del Califa poseemos el relato de un jefe de su ejército, Abū l-'Alā' ibn 'Azzūn, transmitido por Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt, que cuenta cómo Ibn 'Azzūn casi tenía tomada la torre principal de Huete, cuando dejó de ver a soldados de refuerzo o a otros jeques y cadíes que pudieran ayudarle, de modo que se dirigió a la tienda del Califa y se lo encontró en tertulia, hablando de cuestiones cultas, y no le hizo caso; «así me di cuenta —añade este testigo— que el propósito de la Guerra Santa había fallado».

El ejército Almohade socorre Cuenca

Retirados del sitio de Huete, mantenido durante diez días infructuosamente, los Almohades siguieron su avance y llegaron a Cuenca, a fines de julio. Al conocer su llegada, los cristianos que cercaban la ciudad se retiraron y los Almohades pudieron socorrer la plaza, que se encontraba terriblemente venida a menos. Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt cuenta lo que allí vio, y es un espectacular testimonio de cómo se debían encontrar las tierras de al-Andalus más desvinculadas del poder central [50].

[50] *Mann*, pp. 504-505.

Cuenta el cronista oficial que él se adelantó en el cortejo del Califa, que con otros grandes personajes avanzó hasta la ciudad, entrando a su alcazaba, imponente, inexpugnable, «que sigue subiendo por los aires y aún mostraba los restos de la prosperidad que tuvo», con un foso meridional, guardado por un parapeto, desde el que puede bajarse al río; con un Valle de viñedos y nogales. A recibir al Califa salieron los conquenses, «debilitados y desharrapados» por el asedio cristiano que duraba cinco meses. Se les hizo recuento, y resultaron, todos, ser sólo seiscientos, y el Califa ordenó dar al que de ellos era caballero doce meticales; al que tenía que combatir a pie, ocho; a cada mujer y a cada niño, cuatro. Les regaló también setenta vacas, todas las que tenía en su campamento, y les dio también muchas lanzas, arcos, flechas, escudos y otras armas. Obligó a que cada soldado de su ejército les entregara un almud, menos un cuarto, de trigo o de cebada, como limosna de *ṣadāqa*, y todos se apresuraron a hacerlo así.

Ligeros encuentros con cristianos y regreso

El 26 de julio envió tropas a coger cosechas de los sembrados cristianos, pero se vieron atacados, cundiendo la voz de que acudían Alfonso VIII y su tutor. El Califa decidió poner el Júcar de por medio. Ambos ejércitos se contemplaron desde distintas orillas y cuando, el 29, tenían los musulmanes decidido combatir, los otros habían levantado el campo.

Los Almohades volvieron por Levante, en medio de graves imprevisiones y apresuramientos, que les hicieron perder impedimenta y provisiones. Se pasó hambre. En Játiva entró por fin el Califa el 10 de agosto, a marchas forzadas. E, ininterrumpidamente, siguieron por Villena, Aspe, Elche, Orihuela y Murcia, el 17. Hilāl b. Mardanīš y los demás murcianos, otrora resistentes, les tributaron la mejor acogida. El 23 empezaron a partir los soldados, pues mantenerlos había creado problemas de alimentos y carestía de precios en aquella plaza. Volvió a concedérseles estipendios: cinco meticales al caballero equipado, cuatro al sólo equipado a medias; dos o sólo medio metical al infante, respectivamente bien o mal armado.

Dos meses siguió en Murcia el Califa, completando sus relaciones con los Banū Mardanīš y realizando algunos de los pactos y preben-

das, designaciones y alianzas que con ellos concluyó, como apuntamos antes. El 21 de octubre pasó el Califa por Granada, y el 7 de septiembre en Sevilla, donde alojó a Hilāl, incorporado a su Consejo, en los antiguos palacios de al-Muʿtamid [51].

Avances portugueses y castellanos

La expansión portuguesa no cesaba. En tanto el Califa entraba hasta Cuenca, Alfonso Enríquez tomó Beja, aunque sólo retuvo la imponente plaza ocho meses y la evacuó tras incendiarla, por no poder mantenerla, en enero 1173. En abril, el conde Gimeno de Ávila, «el Giboso», llamado en árabe por tal motivo «el de la albarda» (*abū l-bardaʿa*) realizó una de sus largas algaras por tierras de Sevilla, en marzo-abril 1173; los Almohades esta vez salieron en su persecución y les dieron escarmiento [52].

El Califa seguía en Sevilla y atendió el aprovisionamiento de Badajoz, enviando algaras contra Talavera y Toledo. Castilla y Portugal solicitaron una tregua, en el verano de 1173. Giraldo sem Pavor se pasó a los Almohades y sirvió en el Magreb. Los Almohades repoblaron Beja.

Se rompieron, sin embargo, hostilidades con León, entre 1174 y 1178. Al comenzar 1177, los castellanos, con su joven rey Alfonso VIII, sitian Cuenca, y los Almohades vuelven sobre Talavera. En febrero de 1176, el Califa volvió al Magreb, donde poco después azotaba una nueva epidemia de peste. Enfermó Abū Yaʿqūb y murieron muchos en el norte de África y en al-Andalus. Se reprimió en el Magreb una breve insurrección de los Ṣinhāŷa. Fernando II algareó Arcos y Jerez. Alfonso VIII conquistó Cuenca, en octubre de 1177, tras nueve meses de duro asedio. Alfonso Enríquez de Portugal, concluidas las treguas, ordenaba algarear la tierra de Sevilla y del Bajo Guadalquivir, en el verano de 1178. Beja y todo el Algarve fue zona de duras contiendas por mar y por tierra. Castilla hostigaba también por su lado, pero el Califa tuvo que ocuparse de revueltas en Ifrīqiya y del Sūs. Los Almohades repli-

[51] Huici, *Historia Valencia*, III, pp. 183-190.
[52] Huici, *Historia política*, pp. 277 y ss.

caban de alguna manera, generalmente subiendo hacia Talavera, mientras solicitaban socorro del Magreb.

Por fin, en 1184, Abū Yaᶜqūb cruzó la Península, con ánimo de dirigirse contra la expansión portuguesa.

ÚLTIMA VENIDA DE ABŪ YAᶜQŪB Y SU MUERTE EN CAMPAÑA

Inició los preparativos en septiembre 1183. Cruzó el 17 de mayo de 1184. Trajo sobre todo tropas Maṣmūdas y Árabes. El desarrollo de concentración y marchas fue, como era habitual, muy lento. El 7 de junio salió de Sevilla y el 21 de Badajoz, dirigiéndose contra Santarem. Volvieron a ponerse de manifiesto los mismos defectos que habían impedido el éxito en la campaña de 1172, y sobre todo la falta de acometividad, cuya explicación más profunda reside en diversos factores de heterogeneidad de las formaciones, dificultades de aprovisionamiento y, seguramente, en la falta de dotes militares del Califa, a quien de verdad le interesaban otros asuntos.

Asediaron los Almohades estrechamente Santarem, pero los portugueses [53] habían tenido sobrado tiempo para aprovisionar la plaza y fortalecerla con guarniciones. El gran número almohade permitió que éstos tomaran el arrabal de Santarem, pero los sitiados resistían y pasaban incluso a la ofensiva, con escaramuzas desde los bosques. Poco después Fernando II de León, acabada su tregua con los Almohades, bajó contra éstos dejando el sitio de Cáceres. Tampoco doce años atrás habían podido tomar Huete, y de nuevo se ponía ahora de manifiesto, ante una plaza de más envergadura, su carencia de posibilidades, maquinaria o táctica.

El 2 de julio Abū Yaᶜqūb decidió retirarse, pero sus gentes comenzaron a alzar sus tiendas desordenadamente; al-Marrākušī culpa de la precipitación a Abū l-Ḥasan ᶜAlī al-Mālaqī, seguido por la mayoría que cruzaron el Tajo dejando tras sí sólo al cortejo del Califa, el cual, apercibido por las gentes de Santarem, fue por ellos aprovechado, en terrible salida contra la tienda de Abū Yaᶜqūb, y le infligieron en el bajo

[53] Huici, «Los almohades en Portugal», *Anais da Academia Portuguesa da Historia*, V, 1954, pp. 29-51.

vientre una herida de la que murió algunos días después. Tardaron en llegar a Sevilla algo más de un mes; el 3 ó 4 de julio los Almohades cruzaron el Tajo, y el Califa murió al cabo de poco [54], pero sólo se difundió la noticia entre los grandes dignatarios del Estado, hasta que ya en Sevilla fue proclamado sucesor su hijo Abū Yūsuf Yaᶜqūb, el 10 o el 11 de agosto.

El símbolo de la Giralda

Durante su segunda y última venida a al-Andalus como Califa, en mayo de 1164, ordenó Abū Yaᶜqūb que se iniciara la construcción de la Giralda, como alminar de la gran Mezquita aljama sevillana. La obra fue luego continuada hasta su terminación por su hijo y sucesor Abū Yūsuf. Como la Kutubiyya de Marrakech o la torre Ḥasan de Rabat, torres gemelas levantadas también por su dinastía, han quedado como símbolos de ella. Antes de partir para la campaña de Santarem ordenó Abū Yaᶜqūb al gobernador de Sevilla Abū Dāwūd Yalūl b. Ŷaldāsan que se ocupase de edificar una fuerte muralla alrededor de la alcazaba sevillana y el alminar de la Mezquita aljama, en la intersección de la muralla y la mezquita. Abū Yūsuf, proclamado poco después, se opuso a construir la muralla, ordenando al nuevo gobernador de Sevilla, Muḥammad b. Abī Marwạn al-Garnāṭī, que sólo ejecutara el alminar; lo llevó a cabo el alarife Aḥmad b. Bāso, que invirtió varios años, trabajando en él sólo por temporadas, pues pasaba otras también trabajando en Marrakech.

Realmente, la Giralda fue un símbolo del mejor momento del imperio Almohade, que trajo aparejada la prosperidad de Sevilla. La cantaron fuentes árabes y cristianas. Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt, que lo vio hacer, dice que el alminar supera cualquier descripción [55] «sin parigual en ninguna de las mezquitas de al-Andalus, por la altura de su cuerpo, el cimiento de su base, solidez de su fábrica, su estructura de ladrillo, lo extraordinario de su obra, la maravilla de su figura, que se alza por los aires y sube al cielo, mostrándose a quien lo vislumbra, a distancia de una jornada de Sevilla, como las Pléyades».

[54] Huici, *Historia política*, p. 290.
[55] *Mann*, pp. 481-483; A. Jiménez y A. Almagro, *La Giralda*, Madrid, 1985.

Bien expresivo es también el elogio de la *I Crónica General* que nos atestigua la importancia de la capital Almohade, destacando sus construcciones y su tráfico comercial, con referencias ya situadas en el siglo XIII, pero que tienen sus antecedentes ya en la Sevilla de Abū Yaᶜqūb, principalmente. Tras referirse a que es la ciudad mejor cercada [56], cuyos muros son altos soberbiamente y fuertes y muy anchos, pasa a describir sus torres, la del Oro, «hecha de obra tan sutil y tan maravillosa, y de cuánto costó al rey que la mandó hacer», y luego encomia la Giralda, «¡Cuán grande la beldad y la alteza y la nobleza es», y el gran tráfico comercial: «aportan allí con mercaderías todas de todas las partes del mundo: de Tánger, de Ceuta, de Túnez, de Bugía, de Alejandría, de Génova, de Portugal, de Inglaterra, de Pisa, de Lombardía, de Burdeos, de Bayona, de Sicilia, de Gascuña, de Cataluña, de Aragón, y aún de Francia, y de otras muchas partes de allende el mar, de tierra de cristianos y de moros».

En una situación general tan beneficiosa, funcionando como parece muy bien la estructura política, económica y cultural, sólo se aprecian los fallos de la estructura militar, que pusieron de manifiesto la incapacidad para defender el territorio.

[56] *I Crónica General*, pp. 768-769.

IV

ABŪ YŪSUF AL-MANṢŪR, TERCER CALIFA ALMOHADE

Obra y personalidad

Abū Yūsuf Yaᶜqūb, hijo de Abū Yaᶜqūb y nieto de ᶜAbd al-Mu'-min, fue el tercero de los Califas almohades, sucediendo a su padre cuando éste murió a finales de julio de 1184, y siendo proclamado oficialmente en Sevilla, el 10 o el 11 de agosto de aquel año. Se tituló con el sobrenombre honorífico de «el victorioso por Dios», *al-Manṣūr bi-llān.* Había nacido a principios del año 1160, hijo del matrimonio de su padre con una esclava que le regaló el que fuera régulo independiente de Silves Sidrāy o Sidrātī b. Wazīr.

Comenzó su Califato haciendo frente a ataques de los Banū Gāniya y de los Árabes en Ifrīqiya, asuntos que retardaron su ida a al-Andalus, para oponerse a los ataques portugueses y castellanos, hasta la primavera de 1190, de donde regresó en octubre del 1191 para ocuparse de nuevos problemas magrebíes, firmando antes treguas con Castilla y León, que terminaron en 1195. Entonces tornó Abū Yūsuf a la Península Ibérica, donde obtuvo la sonada victoria de Alarcos, el 18 de julio de aquel año. Por fin los Almohades habían logrado sacar rendimiento a uno de los ejércitos numerosos que consiguieron formar en el curso de su historia, pues esta vez, junto a otros factores, ayudó el genio militar que este Califa sí poseía. Sin embargo, no pudo eliminar tampoco las dificultades de tener enrolados mucho tiempo a sus voluntarios magrebíes, lo cual le impidió, como a todos los demás, alterar definitivamente a su favor la relación de fuerzas y territorios Islam/Cristiandad en la Península.

Continuó durante su Califato la prosperidad económica impulsada por el primer Califa ᶜAbd al-Mu'min, y mantenida por su directo antecesor; fue Abū Yūsuf también un rey culto y muy aficionado a promocionar construcciones. Por todo ello se le cuenta entre los más destacados de su dinastía, pero tras él, abruptamente, se inició la decadencia.

Los cronistas nos lo retratan física y espiritualmente. Para Ibn ᶜIḏārī [1], Abū Yūsuf era rechoncho y moreno, y tenía ojos hermosísimos; diserto, valiente, buen conocedor de los hombres. Para al-Marrākušī [2] era bastante alto, moreno, de hermosa faz, ojos y boca grande, nariz aguileña, párpados muy oscuros, barba redonda, los miembros corpulentos y la voz sonora. Muy hablador, preciso y acertado en lo que decía y pensaba; con experiencia en todo, «conocedor de las raíces del mal y del bien, con sus derivaciones; por haber desempeñado el cargo de visir en tiempos de su padre, sabía muchas cosas útiles y tenía experiencia acerca de los gobernadores, de los valíes, de los cadíes y otros funcionarios, y esta observación le había provisto de un conocimiento detallado de los asuntos», por lo cual concluye este cronista que su gobierno marchó muy cerca de la perfección y del acierto.

Su proclamación en Sevilla y luego en el Magreb

Abū Yaᶜqūb murió en la retirada de Santarem, camino de Sevilla, y su hijo Abū Yūsuf fue proclamado sucesor suyo, sobre la marcha y medio en secreto, hacia el 30 de julio de 1184. No había sido declarado heredero por su padre en vida, al menos de modo oficial, y el acuerdo de proclamarle *a posteriori* fue tomado por sus más allegados, a propuesta de un primo suyo, hijo de gran *sayyid* Abū Ḥafṣ ᶜUmar que por su parte había sido el artífice de la proclamación del anterior Califa. Este primo suyo, Abū Zayd ᶜAbd al-Raḥmān b. ᶜUmar b. ᶜAbd al-Mu'min fue recompensado por Abū Yūsuf con diez mil dinares durante el acto de su proclamación oficial, que tuvo lugar cuando todos llegaron a Sevilla, el 10 o el 11 de agosto de ese año, y ya quedó

[1] Bayan, IV, pp. 00.
[2] *Muᶜŷib*, p. 189.

Abū Zayd con papel destacado a su lado. Abū Yūsuf recabó por carta el reconocimiento de la otra gran ciudad del al-Andalus Almohade, que era Granada. En su proclamación andalusí sólo adoptó el título de «Emir», seguramente porque temía ciertas oposiciones, como en efecto empezaron a manifestarse por parte de algunos hermanos y tíos rivales, que no le consideraban adecuado para el Califato, porque sabían sus maldades de juventud, como dice el cronista al-Marrākušī, sin contar nada más [3].

No llegó a un mes su permanencia en al-Andalus, donde había logrado consolidarse; el 9 de septiembre cruzó el Estrecho y se instaló en Salé. Dejó en al-Andalus como gobernadores a sus hermanos Abū Isḥāq, Abū Yaḥyà y Abū Zayd, en otras tantas regiones.

En Rabat volvió a repetirse su proclamación, venciendo las oposiciones de sus tíos a reconocerle grancias a que llenó sus manos de dinero y beneficios. Allí mismo, en Rabat, poco antes incluso de instalarse en Marrakech, se empezó a titular «Emir de los creyentes».

Primeros actos de gobierno y relación de sus fucionarios

En Marrakech se instaló Abū Yūsuf enseguida y empezó a gobernar de inmediato, haciéndose cargo personal de muchos asuntos, con total firmeza. Los cronistas dicen que, al principio, quiso seguir la conducta de los primeros Califas del Islam y así se dedicó un tiempo a presidir los rezos y a ofrecer audiencias públicas, estando accesible para todos, colocándose para administrar justicia en la mezquita mayor del Alcázar de Marrakech. Pero no pudo mantener mucho tiempo estas sesiones, que resultaron impracticables, sobre todo, por la concurrencia indisciplinada del pueblo.

Se mostró enérgico en la prohibición de lo ilícito, ordenando, a comienzos de enero de 1185, que se eliminaran las bebidas embriagadoras de todo el territorio y disponiendo, en circular que se conserva [4] otras medidas morales. Pronto, ordenó también que se liquidasen las

[3] *Mu'ŷib*, p. 192.
[4] Lévi-Provençal, «Trente-sept lettres», n. 28.

ricas telas del Tesoro y que se eliminaran las actuaciones de cantantes y músicos [5].

Naturalmente, junto a esta parte en la administración tomada personalmente por Abū Yūsuf, se rodeó de los funcionarios habituales, cuyo nombre y principales características conservan las fuentes [6].

Tuvo como visires, en primer lugar, a su hermano Abū Zayd o Abū ʿAbd Allāh Muḥammad al-Ḥardānī, hasta entonces gobernador de Granada, quizá simultáneamente con Abū Ḥafṣ ʿUmar b. Abī Zayd al-Hintātī, que se mantuvo en el cargo hasta su muerte, siendo sucedido por Abū Yaḥya / Abū Bakr ibn ʿAbd Allāh b. Abī Ḥafṣ ʿUmar Intī, que continuó en su puesto hasta caer en combate contra los cristianos en Alarcos; un tiempo resultó confuso quién ejercía el cargo, hasta que al fin fue designado Abū ʿAbd Allāh Muḥammad, sobrino del anterior, apodado «el Elefante», que sólo ejerció unos días, pues dejó el visirato voluntariamente y se retiró a tierras de Sevilla, donde vistió la estameña sufí y se consagró a la vida ascética [7]; fueron a buscarle y le hicieron volver a Marrakech, aunque ya no ocupó el visirato, para el que fue nombrado entonces Abū Zayd ʿAbd al-Raḥmān b. Mūsà b. Yūŷŷān al-Hintātī, que seguía en el cargo a la muerte de Abū Yūsuf y ya fue depuesto por su sucesor al-Nāṣir.

Sus chambelanes fueron eunucos libertos suyos: ʿAnbar, Fuḍayl y luego Rayḥān, que sirvió también como tal al Califa siguiente al-Nāṣir y mantuvo su cargo hasta su muerte.

Tuvo como secretarios a Abū l-Faḍl Ŷaʿfar b. Abī l-Ṭāhir Aḥmad, llamado «Ibn Maḥšuwwa», que ya lo era de su padre, y que ejerció hasta el final de sus días, siendo sucedido por Abū ʿAbd Allah Muḥammad b. ʿAbd al-Raḥmān b. ʿAyyāš, oriundo de Purchena, en Almería, que fue secretario en tiempos también de los dos siguientes Califas, y murió en 679/1222-23. Ambos secretarios estaban encargados de asuntos civiles, pues de los militares se ocuparon Abū l-Ḥasan ibn Mugnī, luego Abū Muḥammad ibn al-Kātib y al final Muḥammad al-Kubāšī. Entre todos sobresalió este Ibn ʿAyyāš, que marcó unas pautas de actuación —no sabemos bien cuáles— seguidas después por todos los secretarios.

[5] Véase antes la referencia sobre Ibn al-Munāṣif, en p. 231, nota 18.

[6] *Bayān*, V, pp. 170 y ss.

[7] C. Addas, *Ibn ʿArabī ou la quête du soufre rouge*, París, 1989.

Tuvo por cadíes al mencionado Aḥmad b. Maḍà, que desempeñó sus funciones hasta su muerte; se encargó después Abū ᶜAbd Allāh Muḥammad b. Marwān, oriundo de Orán, pero el Califa le destituyó y nombró a Abū l-Qāsim Aḥmad b. Muḥammad, descendiente del famoso jurista y experto en tradiciones Baqī b. Majlad, cuya fama seguía en aquella época [8], y a quien Abū Yūsuf puso por condición que se instalara donde él pudiera oír sus sentencias, quizá por seguir con su inicial afición a impartir justicia personalmente. Este cadí Ibn Baqī continuó en su cargo al principio del Califato de al-Nāṣir.

Los Banū Gāniya de Baleares atacan el norte de África

Ya vimos cómo una rama de los Almorávides se había mantenido independiente en las Baleares desde la segunda fragmentación en taifas, casi a mitad del siglo XII. Eran los Banū Gāniya y, desde allí, controlando un emporio comercial y corsario, mantuvieron alzado su reconocimiento a los Califas ᶜabbāsíes, no a los Califas almohades, aunque alguno de sus régulos como Isḥāq b. Muḥammad b. Gāniya, intentó alguna buena relación con Abū Yaᶜqūb, por embajadas y regalos, aunque reducida la resistencia peninsular, con la entrada en Murcia y Valencia, el mismo Abū Yaᶜqūb pretendió el sometimiento balear, enviando una flota y a su almirante ᶜAlī b. Reverter. Hubo en Mallorca alguna oscilación en el reconocimiento a los Almohades pero acabó venciendo el partido contrario, y los Banū Gāniya decidieron pasar a la ofensiva y conquistaron Bugía, el mismo año de la muerte del Califa, 1184, durante siete meses. Protagonizaron así los Banū Gāniya el primer gran ataque en tierras del Magreb contra el imperio almohade [9].

Desde Bugía tomaron también con bastante facilidad Argel, Miliana, Ašīr y la Qalᶜat Banī Ḥammād, zona del antiguo reino ḥammādí, cuya desposesión por ᶜAbd al-Mu'min seguía encontrando aún afanes de venganza, por lo cual muchos habitantes recibían contentos a sus oponentes que eran este rebrote Almorávide de los Banū Gāniya. Pero

[8] Sobre Baqī b. Majlad hay estudios de M. Marín y M. L. Ávila, en *Al-Qanṭara*, I y VI.

[9] *Muᶜŷib*, pp. 193-197; véase la bibliografía básica citada antes, en la nota 15 de la página 202».

los Almohades recuperaron Bugía, en junio de 1105, y todas las otras plazas, antes o después. ʿAlī b. Gāniya se internó en el Ŷarīd, y logró apoderarse de Tozeur, en 1186, dirigiéndose luego a Gafsa, de la cual se apoderó, marchando luego a Trípoli, donde recibió alianzas de Qarāqūš, jefe de los Guzz, más de los Árabes Dabbāt y parte de los Riyāḥ, además de grupos de Lamtūna y Masūfa, tribus Almorávides, y dominó el Ŷarīd. Qarāqūš se instaló en Gabés. ʿAlī b. Gāniya recuperó el control de las Baleares y se adueñó de Ifrīqiya, excepto de sus ciudades de Túnez y Mahdiyya.

La reacción de Abū Yūsuf se inició desde 1186, saliendo de Marrakech en diciembre de 1186 y regresando totalmente victorioso, a partir de marzo de 1188, en que emprendió de vuelta, desde Túnez y con gran rapidez. Dejó como gobernador de toda Ifrīqiya al *sayyid* Abū Zayd.

Este gran ataque contra el Califa Almohade dio pie a que dos tíos suyos el *sayyid* Abū Isḥāq Ibrāhīm y el *sayyid* Abū l-Rabīʿ Sulaymān conspirasen contra él, ambos en el Magreb, además de hacerlo por su cuenta también su hermano el *sayyid* Abū Ḥafṣ ʿUmar al-Rašīd, gobernador de Murcia, que llegó a aliarse con Alfonso VIII y a alzar los impuestos para recaudar con qué sostener su causa. Al primero le dio muerte la misma reacción popular, pero a los otros dos Abū Yūsuf ordenó ejecutarlos.

Su campaña de Ifrīqiya había animado también los ataques cristianos, siempre dispuestos, en la Península; y hacia allá se dispuso Abū Yūsuf.

Primera campaña en al-Andalus de Abū Yūsuf

Preparó su intervención concienzudamente. Comenzó a disponer efectivos desde el invierno de 1188-89, pues las ofensivas portuguesas y castellanas resultaban cada vez más graves. Una escuadra de cruzados ayudó a Sancho I de Portugal, significativamente apodado «O Povoador», yendo de camino hacia Palestina, donde Jerusalén acababa de ser tomada por Saladino, a apoderarse de Silves, el 3 de septiembre de 1189, tras cuatro meses de asedio, además de otros enclaves menores, como Alvor. Los castellanos algareaban Córdoba y Sevilla, y Alfonso VIII recurría también a aliarse con todos los descontentos contra los

Almohades, como vimos fue el caso de al-Rašīd, y era ahora el de su alianza con ʿAbd Allāh b. Gāniya de Mallorca, para seguir adelante en su conquista de al-Andalus; en junio 1109 tomó Magacela, devastó Reina y Alcalá de Guadaira, entrando luego por el sureste y apoderándose de Calasparra.

Abū Yūsuf empezó por nombrar nuevo gobernador de Sevilla, designando a su primo Abū Ḥafṣ Yaʿqūb, hijo del *sayyid* Abū Ḥafṣ ʿUmar, el hermano colaborador de su padre. En abril de 1190 el Califa desembarcó en Tarifa y subió directamente a Córdoba, donde visitó las ruinas de Madīnat al-Zahrā' [10], y aceptó treguas con Castilla, teniéndolas ya con León, y siendo su objetivo el castigo de Portugal. Hacia allí se dirigió, por el valle del Guadiana al Tajo, mientras enviaba otros cuerpos de ejército a algarear las tierras de Silves y de Évora, encaminándose él contra Torres-Nova, que ocupó, y contra Tomar, donde fue en parte derrotado, volviendo a Sevilla, el 26 de junio de 1190.

En abril de 1191 partió de Sevilla y atacó Alcaçer do Sal *(Qaṣr Abī Dānis)*, que tomó en junio, nombrando su alcaide a Abū Bakr Muḥammad, hijo del que fuera régulo del Algarve Sidrāy o Sidrātī b. Wazīr, tan leales luego a los Almohades; desmanteló a continuación los castillos de Palmela, Coina y Almada, abandonados por sus habitantes. El 27 de junio se plantó ante Silves, y antes de un mes la había tomado. Los portugueses firmaron también treguas, y Abū Yūsuf volvió triunfante al Magreb [11].

Rebeldes iluminados y más Banū Gāniya

En 1190 se sublevó en Marrakech ʿAlī al-Ŷazīrī, que dio a su rebeldía un cierto carácter espiritual esotérico; perseguido, cruzó a la tierra de al-Andalus, de donde procedía, según indica su *nisba*, «el de Algeciras», y al fin fue capturado y crucificado. Otras versiones [12] nos lo presentan como sabio famoso, que pretendía revivificar el dogma Almohade, por entonces ya decaído. La inquietud religiosa no menguaba.

[10] Zanón, *Topografía de Córdoba*, p. 79.
[11] *Bayān*, V, pp. 203-212.
[12] Ibn Saʿīd, *Mugrib*, I, p. 328.

En el Zāb se levantó también, con predicaciones, otro iluminado, llamado al-Ašall, que también fue ajusticiado.

Muerto ʿAlī b. Gāniya, posiblemente después de 584/1188-89, le sucedió su hermano Yaḥyà en la lucha que los Banū Gāniya capitaneaban al este del Magreb. Durante cerca de medio siglo, este Yaḥyà b. Gāniya no cesó en sus golpes y ataques, y, junto con Qarāqūš, dominó en el sur de Ifrīqiya, Ŷarīd y Tripolitania.

Segunda expedición de Abū Yūsuf a la Península Ibérica

Decidió Abū Yūsuf marchar de nuevo a Ifrīqiya y volver a acometer a los Banū Gāniya, pero los asuntos de al-Andalus se interpusieron. Las treguas con Castilla habían expirado y Alfonso VIII atacaba con denuedo. El cardenal Jacinto, que ya había impulsado la «Reconquista», fue elegido papa, con el nombre de Celestino III, en 1191, y hasta su muerte en 1198, tuvo como uno de sus principales empeños aquella empresa, consiguiendo en 1192 la alianza de Castilla con Aragón y con León, de amplias consecuencias. El arzobispo de Toledo algareaba el valle del Guadalquivir y Alfonso VIII reconstruía Aledo, al norte del paso de Despeñaperros [13].

Abū Yūsuf decidió cruzar a al-Andalus y pasó hasta Tarifa el 1 de junio de 1195; 22 días después salió de Sevilla hasta Córdoba, cruzó el Muradal y tomó posiciones por la llanura de Salvatierra y el Campo de Calatrava. Llegó Alfonso VIII y presentó batalla, el 1 de julio, sin esperar a sus alidos navarros y leoneses. Los Almohades no entraron en combate hasta un día o dos después. El caíd andalusí Abū ʿAbd Allāh Ibn Ṣanādīd aconsejó al Califa dividir en dos sus fuerzas, quedándose él en retaguardia con sus Almohades y guardia negra. De la vanguardia se encargó el visir Abū Yaḥyà ibn ʿAbd Allāh b. Abī Ḥafṣ ʿUmar Īntī, que cayó muerto en las primeras terribles cargas castellanas.

[13] Sobre la batalla de Alarcos: Huici, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid*, II, p. 172 y sus *Grandes batallas*; varios estudios árabes sobre la contienda vienen citados por Ŷallāb, *al-Dawla al-muwaḥḥidiyya*, bibliografía.

Fue un combate similar al de al-Zallāqa, y los mismos contemporáneos expresamente la comparan [14], y por ambos lados, musulmán y cristiano, fue rodeada esta batalla llamada de Alarcos de componentes míticos. Las fuentes árabes hablan de premoniciones de victoria, de aparición de un jinete que desciende del cielo en blanco corcel para anunciar el triunfo al Califa. La *I Crónica General* [15] habla por su lado de otra visión que tuvo Alfonso VIII culpándole de la derrota por sus amores con la judía de Toledo.

Es verdad la superioridad numérica del ejército de Abū Yūsuf, como refiere la *I Crónica General*, aunque es parte interesada, y también su superior provisión de armas arrojadizas, que fue importante. La división en dos de su ejército permitió a los Almohades realizar con el segundo cuerpo la maniobra de envolvimiento general, que causó tantas bajas entre los castellanos, salvándose pocos, aunque las cifras de uno y otro bando en muertos y prisioneros parecen bastante exageradas. Alfonso VIII escapó con sólo un grupo de jinetes hasta Toledo. Los musulmanes asediaron a grupos cristianos refugiados en Alarcos, les hicieron rendir y los canjearon por prisioneros musulmanes.

Desde el ocupado castillo de Alarcos lanzó Abū Yūsuf destacamentos que tomaron Guadalferza, Malagón, Benavente, Calatrava la Vieja y Caracuel, sin sobrepasar la distancia de una jornada desde Alarcos, y todas abandonadas por sus pobladores. Abū Yūsuf volvió triunfante a Sevilla, y el 7 de agosto celebraba allí su victoria, mientras la Cristiandad entera se alarmaba de este «Saladino» que tenía más cerca [16].

Abū Yūsuf, después de Alarcos, no aceptó las proposiciones de tregua que le hacía Alfonso VIII y en los dos años siguientes volvió a atacarle. Los leoneses se concertaron con los Almohades contra Castilla, y también Navarra atacaba a Alfonso VIII, ayudado, sin embargo, por Aragón. En la primavera del año siguiente a Alarcos, 1196, salió de nuevo Abū Yūsuf contra Castilla, atacando Montánchez, que se rindió, siguiendo a Trujillo y Santa Cruz, abandonadas por sus gentes;

[14] R. Barkay, *Cristianos y musulmanes en la España medieval. El enemigo en el espejo*, Madrid, 1984; 2.ª ed., 1991; *Mu'ŷib*, pp. 295-296; al-Ḥimyarī, *al-Rawḍ al-mi'ṭār*, ed. E. Lévi-Provençal, Leiden, 1938, p. 13.

[15] *I Crónica General*, pp. 681-685.

[16] Lomax, *Reconquest*, p. 120.

Plasencia se rindió también, talaron luego las tierras de la bien guardada Talavera, y las de Santa Olalla y Escalona, sin lograr tomar Maqueda, permanecieron ante Toledo diez días y volvieron a Córdoba, «con orgullo y soberbia», como dice la *I Crónica General.*

Al llegar la primavera del año siguiente, 1197, tampoco quiso aceptar Abū Yūsuf las proposiciones de tregua que le ofrecían los castellanos y esperó en Córdoba que llegara el tiempo de las cosechas, para algarear tierras de Talavera, Maqueda, Toledo, Oreja, Madrid, Alcalá de Henares, Guadalajara, Huete, Uclés, Cuenca, Alarcón, para tornar por Jaén, llegando a Sevilla el 19 de agosto. Allí tuvo noticias de los movimientos de los Banū Gāniya en Ifrīqiya, y aceptó una tregua con Castilla, que estaba en vigor antes del regreso del Califa al Magreb, en abril de 1198; esas treguas le impidieron concertarse con Alfonso IX de León que buscaba nueva alianza con los Almohades, pero pronto Castilla y León se concertaron entre sí.

Piedad de este Califa y sus inclinaciones religiosas

Se mostró Abū Yūsuf musulmán devoto. Su inclinación por la doctrina ẓāhirí y su admiración por Ibn Ḥazm le llevaron a preferir las fuentes del Islam, el Corán y la Zuna, con cierta prevención respecto al mālikismo, que era la escuela jurídica tradicionalmente seguida en al-Andalus y el Magreb, muy destacada en tiempos Almorávides y que los anteriores Califas Almohades no se habían decidido a menoscabar. De Abū Yūsuf se refieren algunos sucedidos que ponen de relieve cómo había dejado de sentir o de manifestar por el Mahdī Ibn Tūmart aquella fe y devoción sin límites características de los Almohades y de la que habían dado pruebas su abuelo ʿAbd al-Muʾmin y su padre Abū Yaʿqūb. Esta tendencia, ahora iniciada, se culminó en el Califato posterior de su hijo Abū l-ʿAlāʾ al-Maʾmūn, que llegó a publicar la abjuración de la doctrina Almohade.

Refiere muchos de estos datos el cronista al-Marākušī [17] que insiste asimismo en cómo Abū Yūsuf tuvo mucha consideración por los hom-

[17] *Muʿŷib*, pp. 201-212: cuenta que el virtuoso Abū l-ʿAbbās b. Muṭarrif de Almería le dijo nunca haber afirmado la sacralidad del Mahdī Ibn Tūmart.

bres dedicados a la piedad y al ascetismo, además de las tradiciones religiosas, a los cuales les hacía acudir a su lado de todas partes. Era famoso también por sus limosnas, en las que antes de Alarcos ya llevaba gastados 40.000 dinares; entre sus caridades se cita también la construcción del hospital que levantó a sus expensas en Marrakech y a donde gustaba ir de visita los viernes, tras la oración, para interesarse por los enfermos.

Decidió Abū Yūsuf hacer destruir todos los libros de lógica y de filosofía, encargando a Abū Bakr Avenzoar que cumpliera su orden, permitiéndole a él excepcionalmente conservar todos las obras de ese género que poseyera. Quiere la anécdota personalizar la reacción en contra de Averroes, que estaba en la Corte de Marrakech desde tiempos del Califa Abū Yaᶜqūb, pero debió ser reacción más general, y muestra de las contradicciones entre filosofía y teología, que los teólogos no podían permitir. De ello fue un síntoma también las denuncias contra Averroes ante el Califa, por haber encontrado en uno de sus *Comentarios*, escrito de su puño y letra, aunque referido a uno de los filósofos de la Antigüedad: «parece que Venus es una divinidad», y, en principio, se actuó contra el filósofo cordobés, que sin embargo tornó al favor califal [18].

Manifestó también su celo religioso Abū Yūsuf tomando algunas medidas para diferenciar a los judíos; convertidos éstos por el celo Almohade del Islam, como también los cristianos súbditos suyos, u obligados de otro modo al exilio, resultaba sospechosa la sinceridad de su conversión. El mismo año de su muerte, impuso Abū Yūsuf a los judíos del Magreb vestir una *šukla*, hábito de color azul oscuro y llevar bonete. Ibn Nagrella compuso unos versos que aluden al fúnebre aviso, relacionando el color casi negro y el fallecimiento:

> En vestirse de azul no hay lástima,
> ¡Entended, pueblo mío, lo que presagia!

En tiempos del Califa siguiente, al-Nāṣir, los judíos lograron, a base de donativos, que se les permitiera usar el color amarillo [19].

[18] *Muᶜŷib*, pp. 224-225.
[19] *Muᶜŷib*, p. 233.

CORRESPONDENCIA INTERNACIONAL

El papa Inocencio III, desde 1198, y como su antecesor Celestino III, ya nombrado, se dedicó a procurar también la «Reconquista» hispana y a cuidar varios aspectos de la Cristiandad en relación con el Islam, como por ejemplo la redención de cautivos. Desde Letrán escribe este papa al Califa Abū Yūsuf, llamándole «ilustre Miramolín, rey marroquí», es decir «Amīr al-muʾminīn», también producido en otros textos como Miramolín, para informarle de la actividad de una nueva orden redentora de cautivos; la carta lleva fecha de 8 de marzo de 1196 [20], y su original fue llevado ante el Califa por algunos de aquellos «varones... inflamados soberbiamente por lo divino», que dedican a liberar cautivos, «la tercera parte de todos los recursos que ahora tienen, o que en el futuro puedan tener», y el papa se lo comunica al Califa «ya que las obras indicadas sirven a cristianos y a paganos», puesto que «en el caso de que sea más fácil, por conmutación que por redención de la cautividad de la cárcel, liberar a los cautivos, se concede que rediman a cautivos paganos, que puedan ser canjeados para liberar a cautivos cristianos».

Varios asuntos compartían el papado y los Almohades, de lo cual ha quedado prueba en algunas otras cartas que se conservan, como la famosa enviada por el Califa al-Murtaḍà al papa Inocencio IV, en 1229 [21].

La situación mediterránea del imperio Almohade lo llevó a unas amplias relaciones con todas las demás entidades; sabemos de relaciones con Sicilia, e incluso de una reconciliación entre el Califa Abū Yūsuf y el rey siciliano Guillermo II «el Bueno», que había apoyado a los Banū Gāniya en sus luchas contra los Almohades [22].

Se ha conservado también el texto de un interesantísimo tratado comercial con Pisa. El 1 ramaḍān 582/15 noviembre 1186, el Califa Abū Yūsuf permite a los pisanos comerciar con algunos puntos de su

[20] L. de Mas Latrie, *Traités de paix et de commerce concernant les relations des Chrétiens avec les Arabes de l'Afrique Septentrionale au Moyen Age*, París, 1866 y 1872, II, pp. 8-9.

[21] Cardenal Tisserant y G. Wiet, «Une lettre de l'Almohade Murtaḍà au Pape Innocent IV», *Hesperis*, 1926, pp. 27-53; 'A. W. Ibn Manṣur, *al-Waṯā'iq*, Rabat, 1976, I, pp. 265-270; Viguera, «al-Andalus en época almohade», pp. 18-20.

[22] Mas Latrie, II, pp. 152.

imperio, Ceuta, Orán, Bugía y Túnez, sin tocar ningún otro lugar, excepto Almería. El tratado de paz y comercio entonces acordado[23] comienza con una serie de manifestaciones religioso-ideológicas, con insistencia en el dogma de la unicidad divina «Loor a Dios único. Loor a Dios altísimo, a quien no se puede contraponer ni juntar otro ser; Santísimo, sin que se le pueda acompañar otro ni ponérsele aliado...», y, significativamente también, en la excelencia de la misión profética del Enviado Muḥammad («Bendición a Mahoma su puro apóstol, nobilísimo y elegido Profeta, último entre los profetas y apóstoles, enviado a traer la benéfica religión, que aclara la tiniebla de la infidelidad y barre la oscuridad; aquel cuya misión final y ley durable abolirá toda otra religión y secta, del que se promete que el imperio de su pueblo llegue, antes del día del Juicio y de la prometida Recompensa, a abrazar y envolver los orientes y los occidentes, confines y fronteras de la tierra».

No pudía faltar encomio al Mahdī Ibn Tūmart («*Imām* impecable... que vivificó los vestigios de la religión borrados y disipados, y la retornó a su primera evidencia y esplendor; que aclaró las enseñanzas de la Ley quebrantada por la ignorancia...», y a su sucesor ʿAbd al-Muʾmin («su califa director y bienquisto apóstol... heraldo de las espléndidas ciencias divinas, que condujo la excelsa predicación [almohade] al máximo signo de publicidad y de altura, y la levantó, por los grados del cumplimiento y las escalas de la perfección, hasta la más alta cima»), terminando la introducción con votos por Abū Yūsuf, para que siguiendo con todo esfuerzo las huellas santas de entrambros predecesores, perfectamente dócil a su guía y siguiendo en todo su camino, «[le conceda] Dios numerosas victorias y la gloria de sus banderas, la potencia de sus fieles, la confusión de sus enemigos, conquistas continuas y éxitos felices que las esperanzas superen, y que sin interrupción se prodiguen».

En este tipo de correspondencia, manifestaciones paralelas del credo y pretensiones solían expresarse por ambos lados, y así, en la carta de Inocencio III antes citada, se concluía: «Que os inspire aquel que es verdad y vida, Jesucristo, para que cuanto antes vengáis a la Verdad, una vez conocida», y ello así en el marco de unas relaciones ideológi-

[23] Mas Latrie, II, pp. 28.

cas polémicas, en que cada parte se sentía en la vía recta, y en el error al otro [24].

Cláusulas del tratado comercial con Pisa

Este tratado de paz y comercio entre Abū Yūsuf y Pisa, al que nos venimos refiriendo, fechado en 1186, fue concedido por el Califa Almohade «a los cónsules, ancianos y notables y a todo el pueblo de Pisa y de su territorio en Italia, desde Civita Vecchia hasta cabo Corbo, incluyendo las islas, a saber: Cerdeña, Córcega, Pianosa, Elba, Caprania, Monte Cristo, Giglio y Gorgona, y a cada uno de los habitantes de dichos lugares», y a instancias de los cónsules pisanos que habían enviado a uno de sus nobles, Atr (?) hijo de Tedesco, a la corte Almohade, para gestionar el tratado, como embajador que explícitamente comienza por manifestar sus deseos y capitulaciones [25]:

1. Prolongar la tregua con ellos establecida, [siendo] su afán intenso continuar disfrutando la ventaja consiguiente de la protección pactada por este glorioso gobierno [almohade]; ha declarado que quedaban comprendidos todos [los lugares indicados], afirmando solemnemente que estaban ellos contendos de mantener, por su parte, las buenas costumbres [establecidas] por esta tregua y... dispuestos a observar cualquier pacto que [por los Almohades] les fuera impuesto y a darse por satisfechos de todo lo que les fuera concedido.

2. [El Califa], que Dios exalte su grandeza y haga vencedoras sus banderas, ha cumplidos los deseos de ellos y asentido a su demanda, ordenando dar su favor al acuerdo, según lo acostumbrado, y a la tregua; y ha estipulado con el [embajador pisano] la paz, hasta el término de veinticinco años a partir de la fecha presente, de modo que tengan plena seguridad [todos los pisanos] y justicia sin excepción.

3. Y les ha permitido, que Dios exalte sus determinaciones y le haga experimentar juntamente sus beneficios y su bondad, que se lleguen al país de los Almohades, Dios les exalte, para ejercer su tráfico y exportar [mercancías], restringiéndoles sólo a cuatro poblaciones su-

[24] J. M. Cuoq, *L'Église d'Afrique du Nord du IIe au XIIe siècle*, París, 1984.
[25] Mas Latrie, II, p. 28.

yas, a saber: Ceuta, Orán, Bugía y Túnez, que Dios guarde, sin que les sea lícito desembarcar y permanecer en otro sitio de los Almohades, a no ser por temporal que les obligue a salvarse echando el ancla en alguna cala, donde, empero, no podrán vender ni comprar cosa alguna ni tratar de comercio ni de otro modo conversar con los habitantes. Y queda exceptuada Almería, que Dios custodie, donde podrán avituallarse y reparar sus naves si es menester, pero nada más. Y si algún pisano transgrediere estas cláusulas, que su vida y hacienda queden a merced de la gente de este ilustre gobierno [almohade], y no haya protección que lo defienda ni tratado que le sea escudo contra [las consecuencias de] su transgresión.

4. Si alguna vez, entre los pueblos que actualmente habitan y residen en las tierras de los pisanos, surgiera alguno que se entregue a actos de rapiña o de hostilidad, o si algún hombre conspicuo entre ellos o de algún otro país surgiera para hacer guerra o para robar, o de otra manera molestar a los musulmanes, custódielos Dios, con cualquier forma de daño o perjuicio, quede a cura de los pisanos el capturarlo por tal desafuero y castigarlo con la pena establecida para semejante delito y daño de sus conciudadanos, sin remisión ni atenuante, favor ni otra clase de disimulo.

5. Está además prohibido [a los pisanos] transportar a ningún musulmán o hacerlo viajar en sus naves. Y el pisano que se atreva, habrá transgredido el pacto, y este Alto Gobierno [almohade] tendrá derecho a aplicarle los castigos que crea justos y [aún] hacerle esclavo o declarar lícito que se atente contra su vida y hacienda.

Este testimonio de tratado comercial es uno de los más antiguos conservados, aunque se tienen noticias de las importantísimas relaciones económicas mediterráneas, entre Cristiandad e Islam, desde el principio, como también del protagonismo italiano en al-Andalus y el Magreb, ya en la Alta Edad Media, protagonismo incrementado con el paso de los siglos, y que sin duda conocieron un auge desde finales del siglo XI.

Un Califa constructor

Perteneció Abū Yūsuf al grupo de soberanos aficionados a alzar monumentos, construcciones útiles y suntuarias, igual que los dos Ca-

lifas Almohades que le precedieon, aunque más todavía dio pruebas de este afán este tercer Califa Almohade, intensificándose con él el deseo de sustentar también en obras arquitectónicas el brillo de su poder y gloria, pues, como notó el sociólogo magrebí de la historia, el gran Ibn Jaldūn, tan sólo en su altura del siglo XIV, las construcciones de una dinastía o de un soberano son su prueba de prestigio en su tiempo y ante la posteridad [26].

Durante su primera campaña en al-Andalus, realizada en 1190 y 1191, ordenó Abū Yūsuf la construción de un alcázar en Sevilla, al que dio el nombre de *Ḥisn al-faraŷ*, «Castillo de la alegría», Aznalfarache, en la ribera del Guadalquivir, consistente en un recinto fortificado con pabellones, en los más elevado del Aljarafe, donde quería residir él con sus tropas de la Guerra Santa. En 1195, durante su segunda campaña en al-Andalus, ya habitó en él [27].

También en Rabat se hizo construir una ciudadela, al lado del mar, en la alcazaba que ordenó reparar; la llamó al-Mahdiyya, igual que la ciudad palatina fāṭimí, porque estaba rodeada como aquélla por mar. Parece que tuvo idea de cambiar la Corte de Marrakech a Rabat, aunque también en Marrakech promocionó la construcción de varias clases de edificios, por una parte, el recinto imperial de la Ṣāliḥa, que contenía doce mansiones palaciegas y una mezquita, y ampliaba magníficamente el alcázar que fuera de los Almorávides. Comenzado en 1185, sus obras duraron tres años, empleándose en ellas cuatro mil obreros procedentes de al-Andalus, de Ifrīqiya, de Fez y del Sūs [28]. Ya vimos cómo levantó también un hospital en Marrakech.

Además de varias construcciones de su propia iniciativa, continuó en otros casos las iniciadas por su padre, como el alminar de la Mezquita aljama de Sevilla, cuyo remate, consistente en tres esferas doradas de gran tamaño más otra pequeña, recubiertas por siete mil meticales grandes yaᶜqūbíes de oro, según un cronista cortesano, Ibn Ṣāḥib al-Ṣalāt [29], que describe con detalle cómo se montaron en una gran

[26] Ibn Jaldūn, *Muqaddima*, en *ᶜIbar*, I, p. 8.

[27] *Muᶜŷib*, 212-213: «durante todo su reinado no paró de restaurar palacios y de levantar ciudades».

[28] J. Caillé, *La ville de Rabat jusqu'au Protectorat français*, París, 1949; J. Meunié y H. Terrasse, *Recherches archéologiques à Marrakech*, París, 1952.

[29] *Mann*, pp. 483-484.

barra de hierro y por medios mecánicos se alzaron hasta lo más alto de la torre de dicho alminar, inaugurado por el Califa, en solemne ceremonia, el 19 de marzo de 1198.

Hijos y primos de Abū Yūsuf

Fueron, los varones, catorce o dieciséis [30] y, por primera vez en la historia de esta dinastía Almohade, determinados problemas alteraron la línea recta de sucesión patrilinial, de modo que, además de su heredero directo, que fue uno de sus hijos, Abū ᶜAbd Allāh al-Nāṣir, otros dos más, al-ᶜĀdil y al-Ma'mūn, llegaron a alcanzar el Califato, respectivamente en 1124 y 1127, por pocos años, en las convulsiones de la decadencia.

Otros de sus hijos, que tuvieron, como era habitual, cargos en aquella administración, fueron: Abū Muḥammad Saᶜd, que era gobernador de Sevilla en 595/1199, cuando murió su padre, y diez años después aparece gobernando le levante de al-Andalus. El y su hijo ᶜAbd Allāh fueron destacados consejeros del Califa al-Rašīd.

Abū Mūsá, otro hijo de Abū Yūsuf, fue gobernador de Málaga, en 621/1224-25, y reconoció a su hermano el Califa al-ᶜĀdil, cuando éste se alzó y proclamó; fue luego gobernador de Ceuta, y enfadado con su también hermano, el Califa al-Ma'mūn, acabó entregando su ciudad a Ibn Hūd, quien le confió el gobierno de Almería.

Abū Saᶜīd emparentó con el visir Abū Saᶜīd ibn Ŷāmiᶜ, que propició su designación como gobernador de Tremecén, algún tiempo después; uno de sus hijos, Abū l-ᶜAbbās, logró desplazar de Ceuta a al-Yanaštī, en 635/1237-38 y regir la plaza.

Ibrāhīm fue gobernador de Sevilla, en 605/1208-09; visir del Califa Abū Abd Allāh al-Nāṣir y, de nuevo, gobernador de Sevilla, entre 613 y 614/1216-18. Era amigo de al-Marrākušī que lo alaba y coloca sobre sus demás hermanos.

Poco colaboraron en el gobierno de Abū Yūsuf sus hijos, que parecen ser demasido jóvenes en aquel tiempo. Contó naturalmente con servidores muy fieles –y otros menos, como dijimos– entre sus pro-

[30] *Muᶜŷib*, pp. 255.

pios familiares. Destacaron en ello varios nietos del Califa ʿAbd al-Mu'min, hijos del gran *sayyid* Abū Ḥafṣ ʿUmar, todopoderoso hermano del Califa Abū Yaʿqūb, tío, por tanto de Abū Yūsuf, y siendo así primos de este tercer Califa Almohade, también nieto de ʿAbd al-Mu'min. Entre todos sus primos fueron sobre todo tres, y de la rama dicha, los destacados en el servicio de Abū Yūsuf: Abū Zayd ʿAbd al-Raḥmān, que fue quien propuso su reconocimiento como Califa, y ya gozó siempre de su favor siendo nombrado gobernador de Ifrīqiya, entre 583 y 588 ó 590/1187 a 1194, y continúa después con diversos cargos en tiempos de al-Nāṣir. Su hermano Abū l-Ḥasan ʿAlī aparece también distinguido por la confianza de Abu Yūsuf, siendo su lugarteniente en Marrakech y luego gobernador en Tremecén; los Banū Gā niya acabaron con su carrera política y militar. El tercer hermano, Abū Yūsuf Yaʿqūb sirvió también bastante cerca a su primo el Califa Abū Yūsuf, gobernando Sevilla en 583/1187-88.

Enfermedad y muerte de Abū Yūsuf

De la larga campaña de Alarcos con su prolongación en las campañas de los dos años siguientes, regresó Abū Yūsuf al Magreb enfermo y redobló sus característicos actos de piedad y cumplimiento riguroso de soberano musulmán, que incluso proyectaba reparar los errores e innovaciones abominables según él cometidas por algunos soberanos de Oriente, sobre todo de Egipto, que en los últimos tiempos de su vida decía querer «purificar» [31]. Muchas muestras de devoción cumplió Abū Yūsuf, e incluso parece que llegó a anunciar que abdicaría para dedicarse a la vida piadosa; esto y su aureola de héroe de la Guerra Santa hizo que las masas populares se resistieran a creer su muerte, añorando sus actos benéficos: «unas veces lo colocaban en una rábida de al-Andalus, allí retirado; otras lo creían peregrino a La Meca, asidos al cable de su grandeza y llevados del gusto de gozar con su recuerdo» [32].

Pero había muerto, el 12 de rabīʿ I 595/12 enero 1199, o quizás diez días más tarde. Fue llevado a enterrar en Tīnmallal.

[31] *Muʿŷib*, pp. 206-207.
[32] *Bayān*, V, p. 234.

TESTAMENTO Y SUCESOR

Cuando en el otoño de 1119 regresó Abū Yūsuf de su primera expedición a al-Andalus, enfermó tan gravemente que decidió proclamar sucesor a su hijo Abū ʿAbd Allāh, que entonces tenía diez años de edad. Asimismo en su segundo regreso de al-Andalus, en abril de 1198, otra vez enfermo, hizo que esa proclamación se renovase.

Algo más adelante, sintiendo que se acercaba su fin, convocó a los jeques Almohades y otros personajes de su corte y pronunció un discurso en que se concentra lo principal de su ideario, preocupaciones y propósitos testamentarios. El documento, que es interesante, logró gran fama, y la gente se sabía párrafos de memoria, como dice unos dos siglos más tarde Ibn Jaldūn; el texto aparece «reproducido» por Ibn ʿIḏārī, principalmente [33], aunque las otras fuentes citan lo más espectacular. Pero al considerarlo, hay que recordar la tradición clásica e islámica de poner en boca de grandes personajes sus arengas de última hora y sus testamentos políticos, dando lugar a un género característico [34] cuya verosimilitud histórica no se pueder tomar al pie de la letra. De todos modos, reflejan bien ambientes y mentalidades y una serie de orientaciones y directrices que si no fueron exactamente dichas, estaban en el ambiente y eran propias de la situación.

Abū Yūsuf comenzó por exaltar la doctrina Almohade y a los Almohades, recomendar su respeto y cumplimiento, y enseguida pidió que consideraran a quién ponían como soberano tras él, y el jeque Abū Mūsà ibn Muḥammad b. Abī Ḥafṣ b. ʿAlī contestó: «Nos ligásteis con vuestro noble compromiso a reconocer a nuestro señor el excelso emir Abū ʿAbd Allāh, vuestro hijo; a ello nos vinculamos en vida vuestra, y lo mantendremos hasta que nuestras almas se reúnan con la vuestra. Él ocupará vuestro lugar para nosotros después de vos», y Abū Yūsuf les advirtió que le preocupaba la poca edad de su heredero y pidió que no lo abandonaran a su sólo criterio hasta que tuviera el suficiente discernimiento.

Recomendó luego que se siguiera otorgando primacía a los dos *sayyid*-es, primos suyos, que habían sido sus allegados más próximos,

[33] *Bayān*, V, p. 230.

[34] Sobre el género de los «consejos testamentarios»: Viguera, en *Historia de la teoría política*, Madrid, 1990, I, pp. 348-349.

los hermanos entre sí Abū Zayd ᶜAbd al-Raḥmān y Abū l-Ḥasan ᶜAlī, y pidió también que se mantuviera en su puesto y rango a los demás *sayyid*-es y ṯolbas. Entre los jeques destacó a Abū Zakariyyā' b. Abī Ḥafṣ ᶜUmar Īntī y su hermano Abū Muḥammad ᶜAbd al-Wāḥid, pronto gobernador de Ifrīqiya, y cuya descendencia, los Ḥafṣíes, se independizaron en aquel confín del imperio Almohade, aprovechando su caída [35], y les señaló Abū Yūsuf como consejeros de su sucesor; nombró también la valía y lealtad de Abū l-Gamr ibn Abī l-Gamr ibn ᶜAzzūn y de Muḥammad b. Isḥāq b. Gāniya, y pasó a solicitar que los Almohades no descuidaran sus intervenciones en al-Andalus, donde el mismo Abū Yūsuf acababa de comprobar la imposibilidad de aumentar eficazmente las conquistas territoriales, ni siquiera tras una victoria como la de Alarcos, que tanto había impresionado, así que les dijo: «Os recomiendo la piedad de Dios altísimo y a los huérfanos y a la huérfana», y el jeque Abū Muḥammad ᶜAbd al-Wāḥid preguntó quiénes eran, a lo que el Califa contestó que eran la península de al-Andalus y los musulmanes que la habitan y les advirtió que tenían que elevar sus murallas, defender sus fronteras, entrenar a sus soldados y hacer que fueran a más sus gentes. Y así siguió nombrando a sus distintas clases de soldados, como la Guzz y los Árabes, a sus funcionarios los tolbas, a su cadí Abū l-Qāsim ibn Baqī, a su visir ᶜAbd al-Raḥ mān b. Yūŷŷān, y a las cábilas Almohades y a sus jeques.

Se diría un texto preparado por algunos de los nombrados, buscando situarse convenientemente en los tiempos que se avecinaban, pero también resulta un cuadro expresivo de cómo estaban en aquel momento muchas cosas.

[35] R. Brunschvig, *La Berbérie orientale sous les Ḥafṣides*, París, 1940 y 1947, 2t.

V

EL CALIFATO DE ABŪ ᶜABD ALLĀH AL-NĀṢIR

Presentación y rasgos

Abū ᶜAbd Allāh Muḥammad, hijo de Abū Yūsuf Yaᶜqūb al-Manṣūr, sucedió a su padre cuando éste murió, en Marrakech, el 12 o el 22 de enero de 1199, y ocho días después fue oficialmente proclamado. Tomó el título de «al-Nāṣir li-Dīn Allāh», «El que hace triunfar la Fe de Dios». Había nacido en la primavera de 1181, y estaba, pues, próximo a cumplir dieciocho años cuando accedió al trono Almohade.

En su Califato se pone bien de manifiesto la incapacidad de este imperio magrebí para, pasados los momentos gloriosos, resistir la oposición de dos frentes simultáneos, uno en el norte de África y otro en al-Andalus. Cuando sube ᶜAbd Allāh al-Nāṣir al poder, se encuentra con que los Banū Gāniya siguen sus conquistas magrebíes, que culminan con la toma de Túnez, en 1203, lo cual determina la campaña del Califa por Ifrīqiya, en 1205 y 1206, para lograr al cabo equilibrar aquella situación. Pero entonces, confiado en las treguas con los cristianos en la Península, no se apercibe de la coalición que aquí se prepara y que logrará vencerle estrepitosamente en Las Navas de Tolosa, a partir de lo cual se produce una nueva alteración, ya decisiva, de fuerzas en relación Islam/Cristiandad en la Península.

Murió ᶜAbd Allāh al-Nāṣir el 25 de diciembre de 1213, año y medio después de Las Navas de Tolosa, sin que desde aquella derrota hubiera salido de su alcázar de Marrakech, donde fue asesinado por sus propios cortesanos. Dejaba como sucesor a un hijo de diez o quince años, poca entidad, y el Magreb comenzaba a ser invadido por otro nuevo poder nómada en auge: los beréberes Benimerines, que acaba-

rán desplazando de Marrakech a los últimos Almohades, en 1268, cuando ya las demás regiones del que fuera su imperio (al-Andalus, Tremecén e Ifrīqiya) marchaban cada una a su aire, desde mucho antes independizadas, y cuatro dinastías (Benimerines, Nazaríes, Zayyāníes y Ḥafṣíes) ocuparon el lugar antes reunido por los Almohades.

Nos describen a al-Nāṣir de color blanco y bermeja la barba, muy azules los ojos, mejillas llenas y buena estatura. Solía estar cabizbajo, muy callado e impenetrable; sobre todo su silencio provenía del defecto que tenía en la lengua. Era benévolo, poco sanguinario, sin casi afán por lo que no le interesaba de verdad y avaricioso.

Su madre era una esclava cristiana, luego manumitida y elevada a la categoría de *umm al-walad* («madre del heredero»). Se llamaba Zahr, «Flor». Él tuvo pocos hijos: Yūsuf, que muy joven sucedió a su padre en el Califato, donde duró diez años; Yaḥyà, que pugnó con al-Ma'mūn y con al-Rašīd por alzarse al Califato, sin que le secundasen sus hermanos Mūsà y Zakariyyā', que apoyaron a al-Rašīd, mientras que ᶜAlī sí se mantuvo a su lado. De otro hijo, Isḥāq, sólo se conserva el nombre [1].

Preponderancia de los cortesanos

Su padre, Abū Yūsuf, había designado a los personajes que llevarían el peso del gobierno, ya lo hemos mencionado, durante la juventud e inexperiencia de Abū ᶜAbd Allāh al-Nāṣir. En la relación de sus cortesanos y principales funcionarios claramente se aprecia de qué modo estaban ya consolidadas en los entornos del poder una serie de familias que monopolizaban los altos cargos que pasaban de padres a hijos, de modo que los intereses familiares vinieron a superponerse, en aquellos malos momentos también, a los del Estado [2].

Fue su visir Abū Zayd ᶜAbd al-Raḥmān b. Mūsà b. Yūŷŷān, hijo de un hermano del gran jeque Almohade Abū Ḥafṣ ᶜUmar Īntī, y que fue tan desastroso para la dinastía; ya era visir de su padre, que lo había recomendado al morir, pero al-Nāṣir lo destituyó enseguida, y dio

[1] *Muᶜŷib*, p. 226.
[2] *Muᶜŷib*, p. 227 y ss.

el visirato a su hermano Ibrāhīm, a quien ya hemos citado entre los hijos de Abū Yūsuf, y que venía siendo gobernador de Sevilla, hacia el año 603/1206-07, donde le conoció ʿAbd al-Wāḥid al-Marrākušī, que en su *Crónica* le alaba y coloca en virtudes por encima de todos sus hermanos, incluido el Califa al-Nāṣir. Todo lo más fue visir este Ibrāhīm unos ocho años, pues volvió a Sevilla, mientras al-Nāṣir designaba visir a Abū ʿAbd Allāh Muḥammad b. ʿAlī b. Abī ʿImrān al-Ḍarīr, nieto por tanto del suegro de ʿAbd al-Mu'min; a este nuevo visir suyo el Califa le dio como prenombre «Abū Yaḥyà», y resultó ser un excelente ministro, impulsando siempre hacia lo mejor las decisiones estatales, haciéndose notar por su justicia y logrando en sus días una prosperidad económica generalizada, que ya no volvió. Pero fue destituido también, y en su lugar alzado al visirato Abū Saʿīd ʿUṯmān b. ʿAbd Allāh b. Ibrahim b. Ŷāmiʿ, cuyo abuelo, Ibrāhīm b. Ŷāmiʿ procedía de al-Andalus, fabricaba objetos de cobre, se instaló en el Magreb, conoció al Mahdī Ibn Tūmart y se convirtió en uno de sus más destacados compañeros: así su familia quedó muy bien situada en el Estado Almohade, especializándose en el cargo de visir, que hemos visto ejercer a algunos de ellos. Este Abū Saʿīd se mantuvo en el visirato hasta la muerte de al-Nāṣir y continuó siéndolo de su sucesor Yūsuf II.

Fue chambelán de este Califa el mismo que tenía su padre, el mencionado Rayḥān, al que se le apodaba «Biyanka», y que desempeñó el cargo hasta su muerte, y entonces ejerció de chambelán el eunuco Mubaššir, hasta la muerte de al-Nāṣir.

Sus secretarios fueron: Abū ʿAbd Allāh Muḥammad b. ʿAbd al-Raḥmān b. ʿAyyāš, secretario ya de su padre, y Abū l-Ḥasan ʿAlī b. ʿAyyāš, de familia de secretarios desde los tiempos del Califa ʿAbd al-Mu'min; también fue secretario de al-Nāṣir Abū ʿAbd Allāh Muḥammad b. Yajlaftan b. Aḥmad al-Fāzārī. Éstos fueron sus secretarios de cancillería, porque de los asuntos militares se encargaron Abū l-Haŷŷāŷ Yūsuf al-Murānī, oriundo de Jerez, y después Abū Ŷaʿfar Aḥmad b. Manīʿ, que seguía en sus funciones aún el año 621/1224.

Conservó en principio como cadí al mismo que tenía su padre, que lo había recomendado en su «testamento», como vimos, y era el jurista ẓāhirí Abūl-Qāsim Aḥmad b. Baqī, pero lo destituyó para nombrar a Abū ʿAbd Allāh Muḥammad b. Marwān, que ejerció hasta su muerte, en 601/1204-5, y entonces designó a un hombre de Fez, llamado Muḥammad b. ʿAbd Allāh b. Ṭāhir que declaraba haber recibido

grandes beneficios del Califa Abū Yūsuf, como ropas, caballos, concesiones territoriales y, además, diecinueve mil dinares; se mantuvo como cadí hasta su muerte, en 608/1211-12. Nombró luego para ejercer el cadiazgo a Abū ʿImrān Mūsà b. ʿĪsà b. ʿImrān, que seguía en su puesto en 621/1224, como cuenta su amigo al-Marrākušī, que juiciosamente observaba: «no conozco amigo ninguno, excepto él, que no haya cambiado tras acceder al poder».

El estatuto de los tolbas y almuédanos

Algo oscura resulta la personalidad política y gubernativa de este Califa al-Nāṣir, pues escasas referencias quedan a disposiciones suyas y su actuación aparece mediatizada por sus cortesanos, pues recordemos que tenía además dos consejeros, los hermanos Abū Zakariyyā' y Abū Muḥammad ʿAbd al-Wāḥid, recomendados en el testamento de su padre, y por tutores a dos hijos del *sayyid* ʿUmar, los primos más destacados del Califa Abū Yūsuf, y ya varias veces nombrados: Abū Zayd ʿAbd al-Raḥmān y Abū l-Ḥasan ʿAlī.

Las fuentes [3] parecen, sin embargo, atribuir directamente al Califa al-Nāṣir unas medidas muy concretas, como fue disponer que los almuédanos y los tolbas, tanto los que le acompañaban en los viajes como los otros, dejasen de llevar armas y que las vendiesen, quedándose con el dinero que por ellas obtuviesen.

El alcance real de tales medidas se nos escapa, pero quizás el Califa desconfiaba de sus cortesanos, los cuales acabaron dándole, seguramente, muerte, inaugurando así las violencias desatadas durante los últimos tiempos de los Almohades.

Conquista Almohade de Mallorca

El Califa Abū Yūsuf tuvo que parar su atención a las hostilidades de los Banū Gāniya en Ifrīqiya para atender a los no menos acuciantes problemas andalusíes. La insumisión de aquel extremo oriental del im-

[3] *Muʿŷib*, p. 227 y ss.

perio Almohade fue en constante aumento, y al acceder al Califato al-Nāṣir sólo le reconocían en aquellas tierras las ciudades de Túnez y de Constantina.

Yaḥyà b. Gāniya, sucesor de su hermano ʿAlī, logró derrotar en la primavera de 1200 a un ejército Almohade, el primero que este Califa enviaba. Siguieron otras derrotas y defecciones y entonces, como contraofensiva, los consejeros de al-Nāṣir decidieron privar a los Banū Gāniya magrebíes de sus bases de operaciones en las islas Baleares. El mando de la flota almohade lo asumió un tío del Califa, Abū' l-ʿAlā Idrīs b. Yūsuf b. ʿAbd al-Mu'min, mientras el ejército era dirigido por el jeque Abū Saʿīd ʿUṯmān b. Abī Ḥafṣ [4].

Las operaciones comenzaron en el verano de 1202, cuando los Almohades consiguieron apoderarse de la isla de Menorca, partiendo de Denia. Al año siguiente, una escuadra de trescientos navíos conquistó por la fuerza Mallorca y dieron muerte al emir de la isla, ʿAbd Allāh b. Isḥāq b. Gāniya, que había salido a contener el desembarco. Los habitantes de Palma de Mallorca, tras sus murallas, resistieron aún una semana, al cabo de la cual, en el mes de septiembre, los Almohades se apoderaron de los últimos reductos.

Las Baleares venían siendo un importante baluarte anti-almohade, no sólo por la prolongación de sus régulos en las conquistas magrebíes que restaron territorio y fuerza al gran imperio norteafricano, sino por sus vinculaciones exteriores rivales de las de ese imperio, y tanto políticas como económicas, pues además de alianzas con Pisa y Génova, los Banū Gāniya mantuvieron excelentes relaciones con los reyes de Aragón, como se aprecia en la carta con que el Califa al-Nāṣir comunica a sus súbditos la conquista de Mallorca, refiriéndose a la dolorosa herida así causada al reino catalano-aragonés [5]. En efecto, Pedro II de Aragón y Cataluña pedía al papa Inocencio III que enviara a la Península un legado suyo para organizar una gran ofensiva cristiana contra los Almohades, respondiendo el papa que no era entonces el momento adecuado, por los profundos conflictos existentes entre los reinos peninsulares y por el auge de los Almohades tras sus conquistas baleares.

[4] Huici, *Historia de Valencia*, III, pp. 204 y ss.
[5] Lévi-Provençal, «Trente-sept lettres», n. 36.

Unos treinta años más fueron de los Almohades las islas Baleares; hasta su conquista por Jaime I entre 1230 y 1235, pero en ella dejaron una impronta notable [6].

Los Banū Gāniya de Ifrīqiya no cesaban en su ofensiva, y en agosto de 1203 comenzaban el asedio de Túnez, que conquistaron cuatro meses después. El mismo Califa se puso al frente de la expedición Almohade contra ellos, iniciada en febrero de 1205; La presa de Túnez fue soltada por Yaḥyà b. Gāniya, que abandonó otras plazas, concentrándose en la defensa de al-Mahdiyya, y tras ser terriblemente derrotado en Ra's Tagra, en octubre de aquel año, perdió al-Mahdiyya en enero de 1206. Al-Nāṣir designó a uno de sus principales consejeros, Abū Muḥammad ʿAbd al-Waḥid b. Abī Ḥafṣ ʿUmar Īntī, antepasado de los Ḥafṣíes, gobernador de Ifrīqiya, con amplísimos poderes, de los cuales se originó luego la independencia allí de sus descendientes. En el verano de 1207 estaba de regreso al-Nāṣir en El Magreb. ʿAbd al-Wāḥid asestó golpes mortales a los Banū Gāniya.

Acción en las fronteras peninsulares

Los conflictos entre los reinos cristianos peninsulares habían tenido más o menos acallada esta frontera, por las más o menos obligadas treguas que fueron firmando con los Almohades. Al-Nāṣir había prolongado en 1202 las que su padre acordara tras Alarcos con los castellanos. Sancho el Fuerte de Navarra, por su parte, acudió algo antes de ese año en busca de ayuda de los Almohades. Entretanto, las órdenes militares guerreaban algo por su cuenta, y así los calatravos, que perdieron su sede de Calatrava la Vieja tras Alarcos, se reorganizaron en Salvatierra, y de vez en cuando hostigaban la frontera. Poco a poco los reinos cristianos fueron también atacando, y Pedro II de Aragón y Cataluña lanzó algaras, en la primavera de 1210, contra las fronteras valencianas, conquistando Ademuz, Castelfabid y Sertella.

Un año antes del término de las treguas, los castellanos se lanzaron a algarear tierras de Jaén, en 1209. Alfonso VIII pobló Béjar y

[6] Sobre historia de las Islas Baleares, cfr. referencias anteriores (en el capítulo X de la Primera Parte).

Moya, en 1210. El 16 de febrero de 1210 el papa Inocencio III mandaba al nuevo arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Lara [7] que procurase que Castilla atacara a los Almohades, y un año después ordenaba a este arzobispo y a los obispos de Zamora, Tarazona y Coimbra -para que la medida se extendiera a todos los reinos peninsulares- que excomulgaran a cualquier atacante de Alfonso VIII, cada vez más preparado para su batalla decisiva contra al-Andalus.

Un testigo excepcional de la inquietud de la frontera jienense por aquellos años fue el letrado andalusí Aḥmad al-Balawī, nacido en Sevilla, en 575/1179-80, relacionándose muy pronto en aquella capital con la administración Almohade, a través del gran secretario Ibn ʿAyyāš, en cuyas oficinas entró de escribiente, para trabajar luego al servicio de varios gobernadores que se sucedieron en aquella ciudad en aquellos movidos tiempos, y sobre todo de Abū Isḥāq b. Abī Yūsuf al-Aḥwal, para quien trabajó durante los dieciocho meses que tuvo el cargo, desde su nombramiento en 610/1214, hasta su muerte, muy sentida por al-Balawī, que inmediatamente antes había ejercicio como secretario de Abū Zayd ʿAbd al-Raḥmān b. ʿUmar, gobernador Almohade de Jaén [8], donde residió al-Balawī, entre 607 y 610/1210 y 1214, captando precisamente la evolución de lo anterior a lo posterior de Las Navas de Tolosa. Exactamente una de las cartas que tuvo que redactar al-Balawī, y que se nos ha conservando dentro de su antología de textos cancillerescos [9], está dirigida por el mencionado gobernador de Jaén a Alfonso VIII, y le recuerda que ha de cumplir la tregua que tiene con los Almohades y le pregunta si ha decidido romperla, pues entonces hay que notificarlo así al Califa. Le reprocha haber atacado la cuenca del Segura y castillos jienenses, apresando a pastores musulmanes y saqueando tierras, y añade la carta que se ha confirmado que los asaltantes no eran aragoneses, como en principio circuló, aunque de ellos participaron cincuenta jinetes, sino gentes de Castilla, en número de mil cuatrocientos infantes y ciento cincuenta jinetes.

[7] Lomax, *Reconquest*, p. 209.

[8] J. Aguirre Sádada y M. C. Jiménez Mata, *Introducción al Jaén islámico*, Jaén, 1979.

[9] Al-Balawī, *al-'Aṭā' al-ŷazīl*, ed. M. Miftāḥ, Tesis Doctoral dir. por M. J. Viguera, Universidad Complutense, 1990, carta n. 31.

El Califa pasa a al-Andalus para combatir a Alfonso VIII

Lo anterior determinó que el Califa al-Nāṣir preparase una campaña en al-Andalus, a donde cruzó en mayo de 1211. No iban bien los aprovisionamientos del ejército y al-Nāṣir hizo detener, y luego serían ejecutados, a los gobernadores de Fez y de Alcazarquivir. Con todo, el 30 de mayo se alojaba en Sevilla y, mientras tanto, Alfonso VIII algareaba hasta Játiva y los toledanos tomaban Guadalferza.

Al-Nāṣir se dirigió a fines de junio contra Salvatierra, que en 1198 había sido por sorpresa ocupada por la Orden de Calatrava; ahora los musulmanes la asediaron con grandes almajaneques y consiguieron la rendición de sus defensores al cabo de cincuenta y un días; con fecha 13 de septiembre envió una circular a sus provincias comunicando su conquista [10]. En octubre, Alfonso VIII encabezó una expedición que tomó Jorquera y algún otro castillo, pero decidió esperar un año para el gran encuentro, preparándose más y enviando a pedir ayudas a Francia y a Roma. Del primer lugar obtuvo la colaboración de voluntarios, pero del papa Inocencio III obtuvo cartas que solicitaban la colaboración de la Cristiandad con Alfonso VIII, a quien escribió dando ánimos, a la vez que comunicaba a los arzobispos de Santiago de Compostela y de Toledo que previnieran a Alfonso IX de León y a los demás soberanos y señores que cualquier ataque contra Castilla en esas circunstancias sería penado con excomunión, lo cual volvía ahora a hacerlo saber de nuevo, el 5 de abril de 1212.

En Toledo se iba reuniendo el ejército cristiano, y además de los caballeros franceses, llegaron con sus gentes Pedro II de Aragón, Alfonso IX de León y Sancho VII el Fuerte de Navarra, además de la colaboración de Sancho de Portugal. Mientras, por otro lado, seguían concentrándose en Sevilla tropas andalusíes y magrebíes, y estas últimas debieron seguir acudiendo durante toda la primavera de 1212.

La batalla de Las Navas de Tolosa

El 13 de julio de 1212, los cristianos, encabezados por sus reyes, ya habían avanzado hasta la llanura de Muradal, y allí acamparon, para

[10] *Bayān*, V, 260-261.

trasladarse al día siguiente a la llanura de la Mesa del Rey. En su avanzada, conquistaron Calatrava, Alarcos, Piedrabuena, Benavente y Caracuel.

Al-Nāṣir subió hasta Jaén, calculando el cansancio que tomaría el ejército cristiano en Sierra Morena, y llegó hasta Baeza, ocupó los pasos de la Sierra y se aposentó en Santa Elena [11], cerrando el camino al dominar las alturas del barranco de La Losa. De él se libraron los cristianos por un pequeño paso, saliendo al campo abierto de la Mesa del Rey. Ya se habían celebrado combates aislados entre ambos ejércitos.

La batalla general se dio el lunes 16 de agosto. Los cristianos iban en tres bloques, el central mandado por Alfonso VIII de Castilla; a su diestra otro a las órdenes de Sancho de Navarra, y a su izquierda el tercero dirigido por Pedro de Aragón. Al-Nāṣir llevaba presentándoles combate desde el 14, y al principio sus gentes dominaron la pugna, hasta que los reyes cristianos penetraron hasta la primera fila de batalla, y decidieron a su favor aquella jornada, llegando en su impulso hasta asaltar al Real Almohade; viendo tan de cerca el acoso, al-Nāṣir huyó en dirección a Baeza, y con tanto afán de salvarse que antes de la noche llegaba a Jaén.

El 18 los cristianos se dirigieron a Baeza, evacuada por los musulmanes tras el desastre de Las Navas de Tolosa, y varios destacamentos se dirigieron a tomar Vilches, Baños de la Encina, Tolosa, Castro Ferral y Úbeda. Epidemias y ciertas reacciones andalusíes impidieron a Alfonso VIII aprovechar más aún un éxito considerable, que a la larga inscribía una nueva fecha irreversible en la relación de fuerzas Islam/Cristiandad, comparable a la fecha decisiva anterior que había sido la toma de Toledo por Alfonso VI. Las fuentes antiguas captaron la trascendencia de aquella batalla, para la cual los Almohades habían armado el mayor ejército posible, y en este sentido su descalabro resultó totalmente definitivo, pues además acechaba la decadencia de aquel imperio que había colocado uno de sus objetivos en la Guerra Santa andalusí. Hay que observar también que si los Almohades hubieran ganado Las Navas de Tolosa, como ganaron en Alarcos, ello no hubiera supuesto una confirmación permanente del territorio de al-Andalus, cuya progresiva reducción ante la acometida cristiana depende

[11] Huici, *Grandes batallas.*

de diversos factores, y sobre todo de la incapacidad andalusí para otorgarse suficientes estructuras militares.

Esta última consideración relativiza la trascendencia de la derrota de Las Navas de Tolosa, que sí tuvo inmediata importancia por las pérdidas en hombres y riquezas que supuso para los musulmanes y por la disminución de prestigio de al-Nāṣir, que abandonó de inmediato la Península, a donde había traído un gran ejército y seguramente ambiciosos proyectos. Desde esta perspectiva, influyó la derrota de Las Navas en la marcha descendente del imperio Almohade, aunque sus efectos en este sentido han sido exagerados por los cronistas.

Es lógico que la *I Crónica General de España* [12] anuncie: «[Digno] de saber es que uno de los más grandes hechos que en el mundo acontecieran desde cuando el mundo fuera creado hasta aquella sazón, que la batalla que dicen de Úbeda [Las Navas de Tolosa] fue», y por su lado las fuentes árabes también la magnificaron: «Gran batalla que fue una atroz derrota para los musulmanes... murieron muchísimos. Esta batalla fue el primer signo de debilidad de los Almohades, luego ya no volvieron», dice una versión de los hechos, y otra, escrita en el siglo XIV por el magrebí Ibn ʿIḏārī [13] recuerda: «Ese año, 609/1212, ocurrió la batalla de al-ʿIqāb [Las Navas de Tolosa], que motivó la ruina de al-Andalus hasta todavía hoy».

Escrito del Califa paliando la derrota

Como solía siempre hacerse, tras un hecho de armas, al-Nāṣir escribió a su Corte y a sus territorios; no se trataba, claro está, en aquella ocasión de un parte de victoria, pero logró presentar en su escrito varias disculpas por su fracaso. Resulta un texto de interés, conservado por Ibn ʿIḏārī, y que lleva fecha de finales de ṣafar 609/31 julio 1212 [14]:

> El Señor de Castilla, cuando el año anterior fue incapaz de vencernos, y casi se ocultó en su pais hasta de que le vieran, decidió implorar a los reyes de su misma religión... frailes y religiosos fueron envia-

[12] *I Crónica General*, p. 689.
[13] Al-Ḥimyarī, *al-Rawḍ al-miʿṭār*, p. 164; *Bayān*, V, 263.
[14] *Bayān*, V, pp. 263-265.

dos a todas partes, desde Portugal a Constantinopla, pidiendo: «¡socorro, socorro!»...

Todos ellos clamaban: «¡La Cruz!», y nosotros lo hacíamos por Aquél que nos oye y otorga. Al avanzar con los Almohades y los otros musulmanes que iban con ellos, vimos que nuestro pueblo extremaba su esfuerzo y que su filo Dios lo afilaba, y supimos que nuestro pueblo -como no hay otro igual en la tierra comparable- y esta común empresa -que tiene al frente a Dios, al musulmán piadoso y a los ángeles- sería después triunfante, pues es el partido de Dios, que ennoblece al hombre hecho de barro...

Llegamos a las proximidades de Jaén, y allí hicimos alto unos días... Los infieles, mientras, se amontonaban en Toledo, como se agolpan las langostas, en cantidad, para arrasar... Sabemos con certeza que era una cantidad como no se había reunido de infieles otra igual desde hacía cientos de años. Cuando decreció el río, avanzamos con el ejército; las tropas del infiel también se pusieron en marcha, y aterrorizaron a quienes estaban en los castillos fronterizos por donde pasaban; luego ambas partes decidieron encontrarse en un lugar llamado al-Marša, y fue un día nefasto entre los musulmanes y sus enemigos, en el que un bando guerreó con el otro. Esperamos que Dios nos lo tenga en cuenta y acepte esta acción nuestra.

La lucha se recrudeció, las vidas no se cotizaban. Pero Dios quiso purificar a los creyentes y afligir a los infieles; las consecuencias peores de ese día recayeron especialmente en la gente de la Cruz, y las consecuencias decisivas en la gente del Islam y de la Fe. Se separaron ambos bandos y los musulmanes iban fuertes, sus haces guardados por la fuerza de Dios; la guerra no alcanzó a ninguno de ellos y su número no disminuyó.

Así son las guerras, que Dios ha dispuesto tengan variada fortuna, y ha concedido campo para todos los pueblos... No os abatáis, que nosotros no lo estamos; esperad las tornas contra el infiel y el refuerzo contra ellos de los soldados de Dios, que son los mejores apoyos. Dios no abandona al creyente hasta haber cogido a sus enemigos con dureza, y no concede a los infieles via libre contra los creyentes. Os informamos para que esta batalla la conozcáis con realidad y esta calamidad en su verdadera proporción, y que sepáis que los Almohades no tuvieron ningún muerto, y ni pocos ni muchos de ellos fueron alcanzados.

Reacciones, retirada y muerte de al-Nāṣir

De inmediato, las consecuencias de Las Navas de Tolosa no se apreciaron demasiado, pues el ejército cristiano no se lanzó a largas campañas e incluso hubo de volverse acuciado por hambre y epidemias; de modo que los andalusíes, coordinados por los gobernadores de Jaén, Córdoba y Granada fueron sobre Baños, Tolosa y Castro Ferral y sitiaron Vilches, de donde fueron alejados, y en el otoño atacaron Alazarch [15] y Cuevas de Alcalá, que en febrero de 1213 volvieron a recuperar los cristianos. 1213 fue dedicado por Alfonso VIII a asegurar las posiciones que había logrado alrededor de Vilches: tomó Dueñas y allí colocó a los calatravos, que llamaron a su nuevo enclave Calatrava la Nueva. En Castellar de Santiago colocó a los santiaguistas y ambas órdenes se expandieron por allí desde entonces, llegando por ejemplo hasta Montiel, en 1229. En mayo de 1213, Alfonso VIII se apoderó de Alcaraz y Riopar, pero en el invierno 1213-1214 se empeña inútilmente en tomar Baeza, guarnecida de nuevo por los musulmanes. Por su parte, Alfonso IX de León logró tomar Alcántara, pero no Mérida.

Entretanto, Abū ᶜAbd Allāh al-Nāṣir se había retirado a su alcázar de Marrakech, y allí siguió todo el resto del año 609/1212 y parte del 610, hasta que el 10 de šaᶜbān murió, 25 diciembre 1213, diecisiete meses después de Las Navas de Tolosa, y a los treinta y dos años de edad, en circunstancias que los cronistas refieren de distinta manera, señalando la mayoría que hubo conspiración cortesana y que al-Nāṣir murió violentamente, quizás envenenado por alguno de sus visires; también es significativo que las crónicas señalen que sólo cumplieron los rezos fúnebres sobre él los más allegados de su séquito [16]. Dejaba por sucesor a un hijo de poca edad.

[15] Huici, *Historia política*, 429, n. 1, no los identifica; Lomax, *Reconquest*, p. 129, «Las Cuevas y Alcalá del Júcar».

[16] *Muᶜŷib*, p. 237; *Bayān*, V, p. 265.

VI

LOS ÚLTIMOS CALIFAS ALMOHADES

La decadencia

La derrota de Las Navas de Tolosa vino después de la incapacidad demostrada en la campaña de Huete, en 1172, y de la aterrada huida de Santarem, en 1184. Era demasiada carga negativa sobre un imperio como el Almohade, uno de cuyos principales pilares había sido la fuerza militar.

Tras la derrota de Las Navas surgió imparable la decadencia política Almohade, manifestada en la inestabilidad de su institución califal, que produjo numerosas proclamaciones de soberanos; así el final de la dinastía se produjo al rápido ritmo con que se sucedieron los últimos Califas: al-Nāṣir, asesinado por sus cortesanos en 1213; Abū Ya^{c}qūb II al-Mustanṣir, que ejerció un poder mediatizado hasta 1224, en que quizás fue envenenado, y, sin hijos, fue sucedido por su tío abuelo al-Majlū^{c} que, rompiendo la línea de sucesión filial, abrió así incontenibles las pugnas dinásticas, y al-^{c}Ādil, en su contra, se hizo proclamar Califa en Murcia con el apoyo de tres hermanos suyos que gobernaban, respectivamente, Córdoba, Málaga y Granada; todo al-Andalus le acata, excepto la zona de Valencia, que sigue al Califa Almohade que está en Marrakech, y que pronto fue asesinado, en septiembre de 1224. Entonces al-^{c}Ādil es reconocido Califa en el Magreb también, pero sigue en al-Andalus, haciendo frente a la insurrección de «el Baezano», aunque pronto, temeroso de ser derrotado por éste, se encamina al Magreb, dejando como lugarteniente y gobernador de Sevilla a su hermano al-Ma'mūn, el cual, en septiembre de 1227, se proclama Califa a su vez y marcha al norte de África, un año después del asesinato allí

de al-ᶜĀdil (octubre, 1227), para pelear por el trono contra un sobrino, al-Muᶜtaṣim, que había sido reconocido soberano.

Esta marcha de 1228 del Califa al-Ma'mūn al norte de África cierra realmente la vinculación de al-Andalus a la dinastía Almohade. A finales de aquel año aún quedan algunas autoridades Almohades resistiendo aisladas y por su cuenta en la Península, pero el poder central ya aquí no existe, y el territorio se debate entre su conquista cristiana y la fragmentación de las terceras taifas. Ya veremos este final. En el Magreb, también con poder en disminución, todavía se sucederán cinco Califas Almohades: al-Ma'mūn, m. 1232; al-Rašīd, m. 1242; al-Saᶜīd, m. 1248; al-Murtaḍà, m. 1266; y Abū Dabbūs, m. 1269.

Decadencia política y decadencia militar. El imperio Almohade manifestó desde siempre varios puntos débiles, que en el siglo XIII se agravaron rápidamente. Producía esa debilidad la extensión considerable de su territorio, desde la Tripolitania hasta casi el centro de la Península Ibérica, siendo un ámbito lleno de heteogeneidades socioculturales, que no fueron homogeneizadas por la aplicación de una doctrina, como la Almohade, que desde principio fue modificada en su aplicación por ᶜAbd al-Mu'min, aunque sólo fuera en trocar sus funciones originales tribales por otras dinásticas, y que poco a poco llegó a ser abandonada por algún Califa, esa doctrina que no fue compartida por Abū Yūsuf y que llegó a ser abolida por al-Ma'mūn.

Doctrina que, además, no armonizaba con los mālikíes, a cuya escuela pertenecían la mayoría de los letrados andalusíes, y también magrebíes, y que a pesar de eso llevaron el peso de la Administración, pues casi no los había de otra escuela. Heterogeneidades profundas y contradicciones graves, como las planteadas también por la situación de los beréberes en un imperio que había surgido con ese signo, que pronto se trocó en las tendencias de un Estado que procuró la arabidad de sus manifestaciones, mientras los beréberes empezaban a reaccionar en su seno, no sólo en las revueltas más o menos localizadas que siempre se dieron, sino en los dos principales alzamientos finales, aglutinados por los beréberes Zanāta del tronco Benimerín y Zayyānī que, respectivamente, acabaron con los Almohades en Marrakech y en Tremecén y los sustituyeron en el Magreb extremo y en el central.

El dominio de los Árabes de Ifrīqiya y también el apagamiento del poder residual almorávide, apoyado por tribus afines o rencorosas

de los Almohades, dio aliento a uno de los grupos de mayor poder latente, y poco a poco destapado, el de los grandes jeques almohades, para independizarse en Ifrīqiya, mientras los andalusíes, con sus características, rechazaron a los Almohades, cuando quedó probado que éstos no podían defenderlos militarmente hacia el exterior ni imponer un centralismo por la fuerza.

Abū Yaᶜqūb II al-Mustanṣir: datos generales

Abū Yaᶜqūb, hijo de Abū ᶜAbd Allāh al-Nāṣir, descendiente en cuarto grado de ᶜAbd al-Mu'min por línea directa, fue el quinto Califa Almohade. Accedió a tal rango cuando murió su padre y cuando sólo contaba diez o quince años de edad, según datos desacordes de las fuentes, pero «ignoro —dice uno de ellos, al-Marrākušī [1]— si [su padre] lo había declarado como tal, pues en sus últimos tiempos le despreciaba mucho, enterado de su mala conducta», y a continuación nos cuenta con todo detalle cómo fue esta proclamación, que resulta muy interesante seguir: organizaron la ceremonia algunos parientes del nuevo Califa y algunos jeques Almohades, que dedicaron un primer día a la jura privada, recabando la de los demás jeques y parientes al día siguiente, y dedicando un tercer día a la proclamación pública, ante los distintos grupos y delegaciones que iban llegando de todo el territorio, y que debían asentir a la fórmula que les proponía el secretario Abū ᶜAbd Allāh ibn ᶜAyyāš, y que nos revela el tono del compromiso que de alguna manera se establecía entre súbditos y soberano; la fórmula era: «¿Juráis al Emir de los creyentes, hijo del Emir de los creyentes, del mismo modo que los que eran sus Partidarios prestaron juramento al Enviado de Dios de oírle y obedecerle, en lo grato y en lo ingrato, en lo fácil y en lo difícil, y de serle leal a él, a sus funciones y a todos los musulmanes? Estas son vuestras obligaciones hacia él; las suyas respecto a vosotros: que no os retendrá acantonados en país enemigo, que no se enriquecerá a vuestra cuenta a costa de los bienes públicos, que os pagará puntualmente los estipendios marcados y que no se mantendrá apartado de vosotros. Que Dios os ayude a cumplir y a él le ayude en su compromiso de gobernaros».

[1] *Mu'ŷib*, pp. 239-240.

Se tituló al-Mustanṣir bi-llāh, «el que busca la ayuda divina para triunfar». Murió en ḏū l-ḥiŷŷa 620/enero 1224, seguramente envenenado por su visir Abū Saʿīd ʿUṯmān b. Ŷāmiʿ, de acuerdo con su *fatà* Masrūr, aunque según otras fuentes, entre las que se encuentra Ibn al-Jaṭīb [2] murió corneado por una vaca, pues era aficionado a lidiar toros andalusíes. No tuvo hijos varones y parece que sólo le sobrevivió una hija, ya que murió joven.

En sus diez años de Califato, su poder fue sólo nominal y el gobierno estuvo en manos de sus tíos —hermanos o también tíos de su padre— que llevaron todos los asuntos, junto con dos jeques almohades, Abū ʿAlī ʿUmar b. Mūsà b. ʿAbd al-Wāḥid al-Sarqī y Abū Marwān ʿAbd al-Malik b. Yūsuf b. Sulaymān al-Tīnmallalī, dedicados más a sus intereses que a los del Estado, más a una política cortesana que a una política abarcadora del imperio y sus problemas.

No salió este Califa de la ciudad de Marrakech sino para visitar Tīnmallal, según costumbre de estos Califas de rendir visita a la tumba del Mahdī Ibn Tūmart. Un cronista sentencia: «su reinado fue el final de la grandeza de la dinastía almohade» [3]. Nos lo describen de color moreno claro, cara redonda, párpados oscuros y muy parecido en físico y carácter a su abuelo Abū Yūsuf Yaʿqūb. Una calma superficial, apenas sacudida, parece aguardar la incontenible acometida de todos los síntomas de la crisis final agazapada.

Esa calma fue más bien una falta de reacción a determinados problemas, que los cortesanos entretenidos en sus conspiraciones no afrontaron. Las luchas palaciegas principales se desarrollaron alrededor de la pugna entre el visir Abū Zayd ʿAbd al-Raḥmān b. Mūsà b. Yūŷŷān y el también visir, más poderoso entonces, Abū Saʿīd ʿUṯmān b. ʿAbd Allāh b. Ibrāhīm b. Yāmiʿ, el cual logró encarcelarlo y luego desterrarlo a al-Andalus, donde logrará el tal Ibn Yūŷŷān convencer a un hermano del Califa al-Nāṣir, que era gobernador de Murcia, y se llamaba Abū Muḥammad ʿAbd Allāh para que se proclamara Califa en al-Andalus en marzo de 1224, en contra del Califa de Marrakech. Tales trascendencias llegaron a tener las rivalidades cortesanas.

[2] Ibn al-Jaṭīb, en *Iḥāṭa*, cit. Huici, *Historia política*, II, 450.
[3] *Al-Ḥulal al-mawšiyya*, p. 135.

Política exterior en tiempos de al-Mustanṣir

El título de este apartado es un tanto eufemístico, porque precisamente el Califato de al-Mustanṣir se caracteriza por la ausencia casi total de actividad hacia el exterior. Castilla pasa también por las minorías de Enrique I y de Fernando III y firma con los Almohades treguas en 1214 y 1221. Para la tregua de 1214, los castellanos enviaron al embajador Ibrāhīm b. al-Fajjār al-Islāmī, que era judío, y de parte del Califa se cursaron comunicaciones sobre dicho tratado «de paz y reconciliación», como lo llama Ibn ᶜIḏārī [4], a los gobernadores de Jaén y de Córdoba, que eran respectivamente Abū l-Rabīᶜ y Abū l-ᶜAbbās ibn Abī Ḥafṣ. Para renovar dichas treguas, en 1221, volvieron los embajadores castellanos a Marrakech, y ese mismo año, el 6 de ramaḍān 618/24 de octubre, la Corte Almohade recomendaba aún a doña Berenguela, creyendo que seguía de regente, que cumpliera lo pactado [5]. Bien porque las treguas de 1214 hubieran caducado, bien porque los trámites de las siguientes estuvieran pendientes, sabemos de ataques esporádicos por ambas partes, que producían determinadas conquistas; así, en 614/1217-18, en tiempo de tregua, y a pesar de ella, ganó el que después fue régulo destacado de las terceras taifas, Muḥammad b. Hūd, el castillo de Šanfīro, con sólo quinientos soldados, para responder a su toma por los cristianos, también en tiempo de tregua. Y el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada se apoderó de Sierra, en septiembre de 1219, Serreruela y Mira, pero no pudo coger Requena [6].

Los portugueses entraron en Alcaçer do Sal, en 1217, derrotando a un ejército enviado desde las principales capitales de al-Andalus. Los leoneses firmaron treguas con Portugal, en 1219, y se dispusieron a conquistar: tomaron Valencia de Alcántara, pero Cáceres, igual que en 1214, resistió, y seguramente fue comprada por los Almohades al rey leonés su retirada.

[4] *Bayān*, V, p. 242.
[5] *Bayān*, V, p. 262; Viguera, «al-Andalus en época almohade», p. 19, n. 133.
[6] *Al-Rawḍ al-miᶜṭār*, p. 116.

Situación interior

Abū Yaḥyà ibn Gāniya de nuevo agitó sus banderas en los confines de Ifrīqiya y se alzaron oscuras agitaciones internas, de signo fāṭimí, de cuya dinastía se proclamó sucesor un tal ᶜAbd al-Raḥmān, que pretendió sublevar a los Ṣinhāŷa, hasta que fue cogido y ajusticiado, aunque tuvo tiempo de derrotar al gobernador de Siŷilmāsa. Pero sí se alzaron los Ṣinhāya y los Gazūla, en 612/1215 y 618/1221 y también fueron reducidos.

Sin embargo, la más grave y ya imparable tormenta la protagonizaron los Benimerines, beréberes Zanāta, que, después de Las Navas de Tolosa, acuciados por el hambre, traspasaron el río Muluyya, hasta donde tradicionalmente llegaban sus nomadeos y comenzaron a subir hacia el noroeste [7]. En el año 613/1216 llegaron a la región de Fez, cuyo gobernador, el *sayyid* Abū Ibrāhīm, salió contra ellos en el verano de 1216, siendo aparatosamente derrotado en la batalla de las Mašgālas; al año siguiente derrotaron al gobernador de Tāzà. Se fueron adueñando de las zonas rurales del Magreb y las ciudades, como Fez, Mequinez y Rabat, empezaron a entregarles tributos anuales, con los que compraban su «protección». Un nuevo poder nómada anhelaba ya la vida sedentaria y acabará por sustituir a los Almohades, llegando a tomar Marrakech en 1268 y el último reducto de Tīnmallal un año después. Los Almohades no fueron capaces de reducirlos, ni siquiera en un primer momento, cuando tenían menos poder y cuando numéricamente eran muy pocos.

Abū Muḥammad al-Majlūᶜ: un Califato de ocho meses

Abū Muḥammad ᶜAbd al-Wāḥid era hijo del Califa Abū Yaᶜqūb y nieto de ᶜAbd al-Mu'min, y, por tanto, tío abuelo del Califa al que sucedía, que había muerto sin descendencia. Se cambiaba de este modo el procedimiento de sucesión directa, de padre a hijo, que instituyera ᶜAbd al-Mu'min, el fundador de la dinastía. Y al contrariarse así, aunque no había entonces sucesión filial a la que recurrir, se abría un ca-

[7] Viguera, *Hechos memorables de Abū l-Ḥasan*, Madrid, 1977, pp. 98-99.

mino más amplio a las rebeldías y disputas por el poder que agravarán más la decaída situación de los Almohades, pues ahora los intereses cortesanos empezaron también a contar en la designación califal, ya que este Califa debió su proclamación al visir ᶜUṯmān b. Ŷāmiᶜ.

Tenía este Califa unos sesenta años cuando fue proclamado y había desempeñado algunos cargos, no en los Califatos de su padre y de su hermano, pues era demasiado joven, pero al-Nāṣir ya le designó gobernador de Málaga, en el año 598/1201-2, de donde le quitó cinco años después, para encargarle regir la tribu Haskūra, y luego el gobierno de Siŷilmāsa; el Califa Abū Yaᶜqūb II le dio el gobierno de Sevilla, en 618/1221-2, cuando fue sucedido por ᶜAbd Allāh al-Bayāsī, el famoso «Baezano» que así aparece por primera vez en esta historia. En 620/1224, Abū Muḥammad al-Majlūᶜ se encontraba en Marrakech, donde las circunstancias hicieron que fuera proclamado Califa, el domingo 13 ḏū l-ḥiŷŷa 620/1 enero 1224, para ser depuesto el sábado 20 šaᶜbān 621/6 septiembre 1224, a los ocho meses de inaugurarse su Califato; fue estrangulado tres días después de su destronamiento.

Quienes principalmente protagonizaron en este momento las disputas dinásticas fueron los hijos de Abū Yūsuf al-Manṣūr, pesarosos de que el poder se hubiera canalizado por otra rama, creyéndose con mayores derechos a él, y según otro partido de cortesanos, encabezados por el visir Ibn Yūŷŷān, les animaron a hacer; uno de estos sobrinos suyos que discutían su herencia política fue Abū Muhammad ᶜAbd Allāh b. Abī Yūsuf I, gobernador de Murcia, donde se alzó tan sólo dos meses después de la proclamación en Marrakech de al-Majlūᶜ, y titulándose Califa con el sobrenombre de al-ᶜĀdil, el Justo, logra el acatamiento de todo el al-Andalus, gracias al apoyo de sus hermanos gobernadores de Córdoba, Málaga y Granada; sólo Valencia, Denia, Játiva y Alcira, gobernadas por el *sayyid* Abū Zayd, o Zeit abu Zeit, que también nos dará luego que hablar, permeneció fiel al Califa de Marrakech, este al-Majlūᶜ, o «el Destronado».

Al-Majlūᶜ pudo haber sido un soberano de éxito, si hacemos caso a los elogios con que lo describió al-Marrākušī[8], que declara haberlo tratado y poder comprobar así en persona su fina inteligencia y hermoso comportamiento, su piedad y cumplimiento religioso, su perspi-

[8] *Muᶜŷib*, p. 243; *al-Ḥulal al-mawšiyya*, p. 136.

cacia y energía: «yo le he visto, acorralado por los asuntos de gobierno y embebido en los asuntos públicos sin alterar nunca sus rezos», y concluye que tenía además apacibilidad, dulzura y llaneza para sus amigos y para los musulmanes que sabía y creía buenos, siendo además generoso y afable. Se le alaban también sus prendas físicas, sus agraciadas facciones, la proporción de su estatura y su armonía corporal. Se le atribuye la construcción del alcázar del Naŷd en Granada, y de la Casa Blanca que está contigua.

Abū Muḥammad al-ᶜĀdil, Califa en Murcia

Abū Muḥammad ᶜAbd Allāh era hijo de Abū Yūsuf al-Manṣūr, el todavía grande y tercero de los Califas Almohades. Se proclamó en Murcia, el martes 13 de ṣafar del año 621/6 marzo 1224, por incitación del visir Ibn Yūŷŷān, que, como vimos, había caído en desgracia en Marrakech, y, deportado en al-Andalus, buscaba por todos los medios vengarse de quien fuera su enemigo y perseguidor, el visir ᶜUṯmān b. Ŷāmiᶜ, que era después de todo quien había dado el Califato a al-Majlūᶜ en Marrakech. Jurado en Murcia Califa, y titulado al-ᶜĀdil, se preocupó enseguida de marchar a Sevilla, la capital andalusí, donde su gobernador ᶜAbd Allāh «el Baezano» empezó por reconocerle, como ya le seguían también Córdoba, Málaga y Granada, donde al-ᶜĀdil tenía los apoyos de tres hermanos que eran sus gobernadores respectivos: Abū l-ᶜAlā' —luego Califa al-Ma'mūn—, Abū Mūsà y Abū l-Ḥasan [9].

Todo al-Andalus fue acatando a al-ᶜĀdil, excepto el *sayyid* Abū Zayd, ya lo apuntamos, que era hermano de «el Baezano» y gobernaba Valencia, Denia, Játiva, y Alcira, que siguió fiel al Califa de Marrakech. Estando en Sevilla, le llegó también, cuando al-Majlūᶜ, el Califa de Marrakech fue destronado, en septiembre de 1224, la proclamación califal del Magreb, pero no se trasladó allí hasta noviembre del año siguiente.

Según Ibn ᶜIḏārī [10], después de ser proclamado Califa de Marrakech, nombró gobernador de Sevilla a su hermano Abū l-ᶜAlā' y de

[9] Véase antes nota 30, en p. 301.
[10] *Bayān*, V, p.

Córdoba a ᶜAbd Allāh «el Baezano», y ambos se levantaron contra él. Primero «el Baezano», en sublevación que seguramente comenzó el invierno de 1224, haciéndose fuerte en Baeza, y aliándose con Fernando III que, en el otoño de aquel año, inició sus conquistas con la toma de Quesada. Los leoneses algarearon Sevilla, al comenzar el verano de 1225 y derrotaron a los Almohades en Tejada. Tampoco podían reducir a «el Baezano», tras intentarlo dos veces. Y Fernando III entró por Murcia, con gran castigo, y el Zeit abu Zeit se declaró su vasallo, en el verano de 1225.

No podían ir peor las cosas para al-ᶜĀdil en al-Andalus, y, temeroso de verse derrotado, pasó al Magreb en noviembre de 1225, dejando aquí como gobernador a su hermano Abū l-ᶜAlā', que en septiembre de 1227 se proclamó Califa a su vez, veinte días tan sólo antes de que al-ᶜĀdil fuera asesinado en su alcázar de Marrakech.

Pero entretanto, en rabīᶜ I 623/marzo 1226, este hermano Abū l-ᶜAlā' logró derrotar a «el Baezano» y después él mismo labró su ruina, por ayudar a Fernando III a tomar Capilla, enviándole desde Córdoba provisiones, reaccionado los cordobeses contra esto dándole muerte, poco después.

Al-ᶜĀdil en Marrakech se encontró con revueltas de las tribus de Julṭ y de Haskūra, aunque le apoyaran contra ellos las de Hintāta y Tīnmallal; al cabo, estos dos últimos grupos, flor de los Almohades también se volvieron contra él y llegaron a matarle en su sitial regio o *qubba*, el 22 de šawwāl/5 octubre 1227; aquellos Almohades le dieron muerte catorce días después de haberlo destronado y decidieron reconocer a su hermano Abū l-ᶜAlā', que poco antes se había proclamado en al-Andalus con el título de al-Ma'mūn, pero rápidamente revocaron su decisión, porque tenían miedo de su coraje, y en su lugar pusieron a un sobrino suyo, Abū Zakariyyā' al-Muᶜtaṣim.

Abū Zakariyyā' al-Muᶜtaṣim, Califa entre el Atlas y Marrakech

Abū Zakariyyā' Yaḥyà era hijo del Califa Abū ᶜAbd Allāh al-Nāṣir. Fue jurado soberano el miércoles 22 šawwāl 624/5 octubre 1227, en las circunstancias que acabamos de mencionar, cuando los jeques Almohades principalmente de Hintāta y Tīnmallal, revueltos contra al-ᶜĀdil, y deponiéndolo, tampoco se acabaron decidiendo a nombrar a

al-Ma'mūn, otro hermano de su padre, que se presentó en el Magreb y acabó expulsando a Abū Zakariyyā' al-Muᶜtaṣim de Marrakech, a los siete meses de su proclamación. Refugiado en Tīnmallal, volvió a entrar de nuevo en su capital, cuando al-Ma'mūn tuvo que acudir a cercar Ceuta, y otra vez salió de la ciudad, cuando supo que tornaba el otro Califa; muerto al-Ma'mūn en 1232, con quien tuvo que disputar el Califato fue con el hijo y sucesor de al-Ma'mūn, proclamado a su vez con el título de al-Rašīd, a quien una vez le arrebató Marrakech, para enseguida marchar al-Muᶜtaṣim a refugiarse al sur del país, donde un grupo de árabes de la tribu Maᶜqil le traicionaron y le dieron muerte, a final de šawwāl 633/6 julio 1235.

Abū l-ᶜAlā' al-Ma'mūn, proclamado en Sevilla

Abū l-ᶜAlā' Idrīs era hijo del Califa Abū Yūsuf al-Manṣūr, y el tercero entre sus hermanos que lograba el Califato. Se hizo proclamar en Sevilla, el 2 šawwāl 624/15 septiembre 1227, alzándose contra el Califa reinante, su hermano Abū Muḥammad al-ᶜĀdil, que ejercía en Marrakech. Ibn ᶜIḏārī [11] ha conservado los detalles de su proclamación, que son bien significativos; cuenta que en Sevilla residían junto con Abū l-ᶜAlā', que era el gobernador de la ciudad, un grupo de personajes y jeques Almohades, de quienes desconfiaba cómo acogerían sus propuestas de ser titulado Califa; sólo se confió al cadí Abū l-Walīd ibn Abī l-Aṣbag ibn al-Ḥaŷŷāŷ, durante ramaḍān 624, agosto-septiembre 1227, pidiéndole que en su sermón de la fiesta de la ruptura del ayuno, el 14 de septiembre, aludiera a la posibilidad de su proclamación; así lo hizo el cadí y al día siguiente acudieron al palacio de Abū l-ᶜAlā' todos los jeques Almohades y los jeques de Sevilla y pidieron al cadí repetir el sermón, al cabo del cual todos los presentes se levantaron, tomaron la mano del hasta entonces pretendiente, «lo sentaron al modo de los Califas y le prestaron juramento». Ya sólo le obedeció una parte de al-Andalus, pero sí le acató el Zeit abu Zeit, que seguía en Valencia, aún, hasta 1229, hasta su sustitución entonces al frente de la ciudad por Zayyān b. Mardanīš. Y poco después, en agosto 1228,

[11] *Bayān*, V, p. 275.

comenzaría contra él y los Almohades el levantamiento andalusí de Ibn Hūd.

Había nacido Abū l-ᶜAlā', titulado al-Ma'mūn, del matrimonio del Califa Abū Yūsuf con una hija del «rey lobo» de Murcia Muḥammad b. Mardanīš. Nos lo describen las fuentes de modo positivo [12]: era muy instruido y tenía un alma grande; valiente y enérgico. Se le atribuye la construcción del Alcázar del Sayyid en Málaga, cuando fue gobernador allí, en 623/1226.

Proclamado en al-Andalus, se encuentra aquí con dos problemas que le retienen, como son el levantamiento de Ibn Hūd, que se titula «Emir de los musulmanes» en Murcia, en agosto de 1228, y las ofensivas de Fernando III que sólo puede contener de momento comprometiéndose a entregarle una elevada suma. Así pasa al fin al Magreb, en octubre de 1228, logra desplazar a su sobrino el Califa al-Muᶜtaṣim, y ocupa en su lugar Marrakech, donde se dedica a combatirle, a pedir cuentas a los cortesanos y a abjurar públicamente de la doctrina y ritos Almohades, instituidos por el Mahdī Ibn Tūmart; ordenó suprimir el nombre del fundador del movimiento de las monedas y del sermón del viernes: «detuvo la actividad Almohade», dice Ibn ᶜIḏārī. Y con ello, de una manera inesperada, hemos llegado al fin.

Durante su Califato, además, se desgajaron dos provincias del imperio: una, al-Andalus, donde como vimos se proclama emir Ibn Hūd, y donde ocurre el alzamiento general contra los Almohades y las terceras taifas. Y otra, Ifrīqiya, donde el mismo año, 1223, se declaran autónomos los Ḥafṣíes. Nada hizo ni pudo hacer al-Ma'mūn por recuperar estas regiones, pues bastante tenía en el interior del Magreb con los ataques de los Benimerines, que poco a poco iban ocupándolo todo; y también hubo de enfrentarse a las intrigas dinásticas, contendiendo contra su sobrino, el simultáneo Califa al-Muᶜtaṣim, muriendo además, al final de ḏū l-ḥiŷŷa 629/17 octubre 1232, al volver de reprimir la rebeldía de su hermano Abū Mūsà, en Ceuta, a quien no pudo reducir; para más confusión Abū Mūsà reconoció a Ibn Hūd.

[12] *Al-Ḥulal al-mawšiyya*, pp. 136-137.

El Zeit abu Zeit

Abū Zayd ᶜAbd al-Raḥmān b. Muḥammad b. Abī Ḥafṣ ᶜUmar, era nieto del hijo del Califa ᶜAbd al-Mu'min que llevó al Califato a su hermano Abū Yaᶜqūb, logrando desde entonces tan alta preeminencia, él y sus sucesores, en el imperio Almohade. Suele llamársele, también en su época, *sayyid* Abū Zayd, que fue transcrito de forma aproximada por las fuentes cristianas, Zeit abu Zeit, Aceyt oboseyt, etcétera [13].

Su padre, Muḥammad, tuvo por dos veces el gobierno de Valencia, antes de 1176, y luego entre 1210 y 1213; residió en Baeza los años suficientes para que sus numerosos hijos fueran apodados «los Baezanos», y ya hemos seguido la trayectoria de uno de ellos, ᶜAbd Allāh «el Baezano», que se rebeló contra el Califa al-ᶜĀdil y ayudó a Fernando III en sus iniciales conquistas, como un medio de poder resistir. También mencionamos que, negándose desde el principio a reconocer a al-ᶜĀdil, otro hermano, otro de «los Baezanos», este Zeit abu Zeit se declaró vasallo de Fernando III un tiempo, en 1225.

En 1227 reconoció nuestro personaje a al-Ma'mūn, y todo eso desde su destacada posición de gobernador Almohade de Valencia, con Denia, Játiva y Alcira. Desde esa posición «legal», aún defendió el Zeit la causa Almohade contra el emir andalusí Ibn Hūd, cuando éste se alzó en 1228, pero cortada la ayuda de al-Ma'mūn, al marcharse al Magreb y dejar atrás los problemas andalusíes, insolubles, se puso a actuar por su cuenta, cada vez más, por una parte en sus relaciones con el exterior cristiano y por otra con el interior andalusí.

En su exterior se venía marcando la presencia de Jaime I, que en 1225 comenzó por atacar Peñíscola y a quien Zeit trasladó su vasallaje y tributos, desde 1226.

En su interior, no sólo estaba Zeit desvinculado prácticamente del resto Almohade, por la barrera murciana de Ibn Hūd, aunque aún tuvieran alguna comunicación por mar, pues Ceuta no reconoce a Ibn Hūd hasta 1232, sino que en su mismo territorio tuvo que habérselas con una reacción encabezada por una familia de caciques andalusíes,

[13] Sobre el Sayyid Abū Zayd hay monografías de E. Molina, C. Barceló y R. I. Burns, especialmente, además de estudios generales (cf. Guichard, *Les Musulmans de Valence*, p. 145 y n. 6).

los Banū Mardanīš, a quienes hemos visto levantar bandera tanto contra la entrega a los cristianos en formas de mudejarismo como contra el centralismo foráneo Almohade, y ambas causas las reverdece Zayyān b. Mardanīš ahora, y se alza en Onda y a comienzos de 1229 se instala en Valencia.

Zeit se refugió en Segorbe, y en abril del mismo año establece un acuerdo de grandes consecuencias con Jaime I: que le dará un cuarto de las rentas del territorio que ha perdido Zeit ente Zayyān y ante Ibn Hūd, cuando el rey cristiano lo «reconquiste», más la posesión de todo lo que gane por la fuerza, y, a cambio de su ayuda Zeit ofrece Peñíscola, Morella, Cullera, Alpuente, Jérica y Segorbe, además de su colaboración; Jaime I, por su parte, en garantía de su aceptación, le cede Daimuz y Castellfabib. En 1223 Las Cortes catalano-aragonesas habían decidido anteponer la conquista de las Baleares a la de Valencia, por la cual Zeit hubo de esperar, mientras sus esperanzas se alejaban cada vez más, de la recuperación de su antigua gobernación. A finales de 1229 estaba Mallorca incorporada a la Corona catalano-aragonesa. Morella fue tomada en 1232, y Zeit actúa de intérprete entre musulmanes y cristianos. En 1233 cede todos sus derechos a Jaime I sobre las tierras valencianas próximas a conquistar, y en 1236 se convierte al cristianismo. Curiosa trayectoria la de este *sayyid* Almohade, que ya bautizado como «Vicente» sigue utilizando el título de «rex Valentiae» y se sigue preciando de «nepos» del Califa ᶜAbd al-Mu'min. Su entrega a un reino cristiano, como la de su hermano ᶜAbd al-Ḥaqq en Sevilla, al servicio de Fernando III, tras su conquista en 1248, y como las de dos sobrinos, hijos del último Califa Almohade Abū Dabbūs, colaboradores de los reyes de Aragón en determinadas empresas, pone de manifiesto la primacía de intereses personales por la que se rigen al final varios miembros de esta dinastía magrebí, ante la imposibilidad de coordinarse con los andalusíes, que todavía procuran resistir en las terceras taifas.

Final almohade

Cuando, en octubre de 1228, el Califa al-Ma'mūn marcha al norte de África, deja tras sí en la Península Ibérica dos problemas que los Almohades ya no van a solucionar: uno son los avances conquistado-

res cristianos impulsados por Fernando III y Jaime I; el otro son los levantamientos de los andalusíes, agrupados primero bajo sus jefes inmediatos, como unas «terceras taifas», que van reconociendo principalmente a Ibn Hūd, desde 1228, o a Zayyān b. Mardanīs, desde 1229, o a Muḥammad b. Naṣr, fundador del reino nazarí de Granada, desde 1232.

Todavía a finales de 1228, algunas autoridades Almohades siguen resistiendo en al-Andalus por sí mismas, pero el poder central ya no existe; un pasaje del cronista Ibn ʿIḏārī es testimonio bien expresivo de todo ello: «se prendió y ardió la revuelta en al-Andalus; la mayoría del país y de sus notables y de sus soldados habían reconocido obediencia a Ibn Hūd, retirándosela a los Almohades, a quienes mataban por todas partes y expulsaban y exterminaban, salvándose sólo aquellos que con ayuda de Dios lograban esconderse» [14].

Al fracasar la capacidad de los Almohades de estructurar el Estado y defenderlo hacia el exterior, los andalusíes se revolvieron violentamente contra ellos. Su régimen debía ser bastante oneroso para las poblaciones autóctonas y había dejado de ser eficaz, sobre todo en su capacidad militar, no sólo puesta de manifiesto con la derrota de Las Navas de Tolosa (donde, según la *Crónica General*[15], fueron *los moros* tan quebrantados que nunca después se repusieron en España), sino antes y posiblemente desde siempre, porque los ejércitos importados tenían dificultades de aprovisionamiento y de disponibilidad temporal. A esto, tan importante, se unió la decadencia estatal, con las irregularidades en la sucesión dinástica y en el ejercicio del poder califal, con violencias en las destituciones y proclamaciones de soberanos; con la necesidad del Califa Almohade de Marrakech de hacer frente prioritariamente a los problemas magrebíes, y sobre todo a los Benimerines que les devoraban el territorio, no sólo política sino también económicamente, pues empezaron a acaparar impuestos desde 1216; las irregularidades califales se acompañaron de sublevaciones internas, algunas tan graves como las de ʿAbd Allāh «el Baezano», que buscaron alianzas cristianas.

Y los Almohades fueron sustituidos por las terceras taifas o por los conquistadores cristianos.

[14] *Bayān*, V, p. 288.

[15] *I Crónica General*, II, p. 722.

VII

LA FRAGMENTACIÓN POSTALMOHADE: TERCERAS TAIFAS

El fracaso del poder central, con sus repercusiones militares, políticas y económicas, trajo de nuevo a al-Andalus el surgimiento de poderes locales andalusíes. La fragmentación de poder debió ser bastante generalizada, pues cada lugar, como pudo, tendería a procurarse unos órganos de rección inmediata, en unos aglutinados y en otros no por emires o arráeces más generales. Una taifa de este momento que mantuvo su trayectoria independiente fue Niebla, y su régulo Kardabū Ibn Maḥfūẓ al final se declaró por su cuenta vasallo de Castilla [1].

Pero aparte algún caso aislado o intermitente, la fragmentación estatal postalmohade, a diferencia de las otras dos fragmentaciones anteriores, las posteriores a Omeyas y a Almorávides, se caracterizó por una bastante extensa aglutinación del territorio en torno a tres régulos, cuya rivalidad fue prácticamente simultánea: **Ibn Hūd** (1228-1238): continuado algún tiempo más por algunos parientes en Murcia; varias intermitencias; conquista castellana definitiva en 1266 y mantenimiento nominal de la dinastía hūdí hasta finales del siglo XIII o comienzos del XIV. **Zayyān b. Mardanīš**: en Onda desde últimos meses de 1228, en Valencia, entre 1229 y su conquista cristiana, en 1238; sigue brevemente en Murcia; muere exilado en Túnez, 1269-70. y **Muḥammad b. al-Aḥmar** (desde 1232 en Arjona, consigue la pervivencia de su dinastía en el reino nazarí de Granada, 1237-1492).

[1] F. Roldán, «Ibn Maḥfūẓ en Niebla", en prensa; E. Molina, «Murcia en el marco histórico del segundo tercio del siglo XIII (1212-1258)», *Historia de la región murciana*, III, pp. 210-211.

Ibn Hūd e Ibn al-Aḥmar lucían sus linajes árabes, Zayyān su pertenencia a los Mardanīš, con tanto poder en la zona, e Ibn Hūd su vinculación a los régulos de la taifa de Zaragoza y al Zafadola Ibn Hūd de las segundas taifas, y los tres se «legitimaron» proclamando sobre sí al Califa ᶜabbāsí de Bagdad, sólo oportunamente al Califa ḥafṣí en breve tiempo y sólo titulándose «Emires». Acabaron estas «terceras taifas» por su conquista cristiana, y sólo traspasó el siglo XIII, y aún duró hasta fines del XV, la de Granada, que, por tanto, se expondrá en una monografía propia; ahora veremos sólo las taifas de Ibn Hūd y de Zayyān, para cerrar nuestra historia.

La taifa de Ibn Hūd, emir de Murcia: comienzos

Abū ᶜAbd Allāh Muḥammad b. Yūsuf al-Ŷuḏāmī descendía, según alguna genealogía que de él se conserva [2], del último régulo taifa de Zaragoza, Aḥmad al-Mustaᶜīn II, muerto en 1110, cuyo hijo ᶜImād al-Dawla perdió su capital frente a los Almorávides y cuyo nieto fue el Zafadola traído y llevado en el poder de las segundas taifas. Ahora, seguramente, reaparecía un descendiente, al que ya mencionamos, cuando estaba enrolado en el ejército Almohade y, en 1217-18 tomó con sólo quinientos soldados el castillo de Šanfīro, a cuatro jornadas al este de Murcia, y que Huici Miranda identificó con San Pedro del Pinatar, lo cual, como señala E. Molina [3] parece lugar muy adentro para que previamente lo hubieran cogido los cristianos, de quien ahora Ibn Hūd lo recuperó, a menos que fuera una partida de mercenarios cristianos que se alzara en aquel momento contra sus señores Almohades y cogieran el castillo, lo cual sería también significativo. El episodio, que sólo lo cuenta al-Ḥimyarī, sirve, a posteriori, para ir explicando a los cronistas por qué destacó Ibn Hūd, pues como éste puntualiza: «desde esta hazaña cobró fama Ibn Hūd entre las gentes del Levante de al-Andalus» [4].

[2] *Iḥāṭa* , II, p. 128.

[3] Molina, «Murcia», en la citada *Historia de la región murciana*, III, pp. 188-263; espec. pp. 192-193.

[4] *Al-Rawḍ al-miᶜṭār*, p. 116.

Nos interesaría mucho conocer cómo se fraguó el ascenso al poder de Ibn Hūd, porque ello nos desvelaría algunos entresijos de las estructuras políticas y sociales de al-Andalus. Cuando las fuentes árabes aludan a los comienzos de su ascensión, además de esa difusa ganancia de fama por la toma de un castillo, recurrirán a exponer que Ibn Hūd estaba predestinado para su alto destino y que un adivino había advertido a los Almohades que contra ellos se alzaría uno de sus ejércitos llamado Muḥammad b. Yūsuf, por lo cual tomaron represalias contra alguno que llevaba ese nombre; otro adivino habría comunicado al mismo Ibn Hūd: «tú eres el sultán de al-Andalus, cuídate, que yo voy a indicarte quién apoyará tu autoridad: ve junto al jefe al-Guštī, que él implantará tu poder», y sigue refiriendo Ibn al-Jaṭīb, en una extensa biografía que escribió de Ibn Hūd [5], y en la que hasta cierto punto y a su manera sí se preocupó de desvelar cómo llegó al emirato, que, en efecto Ibn Hūd logró la ayuda de al-Guštī, que era un bandolero, al mando de una partida de salteadores de caminos, y que iniciaron su ascenso con una algara por tierras cristianas de la que volvieron triunfantes y, añade, que alrededor de Ibn Hūd se juntaron partidas de gente así, que le juraron soberano en Los Peñascales, al-Ṣujūr o al-Ṣujayrāt, cerca de Ricote, donde la *I Crónica General* [6] sitúa su alzamiento, puntualizando, este reflejo cristiano, que los andalusíes estaban tan a disgusto con el «cruel señorío» de los Almohades que «de ligero consejo» acataron a Ibn Hūd. Otra razón más de su fulgurante éxito.

Algo, no sabemos ni cómo ni cuánto, contaría también su real o figurado linaje real, que ya señalamos, y que la *I Crónica General* puntualiza, y seguramente no en vano tanto para Zayyān b. Mardanīš (Zaen) como para Ibn Hūd (Abenhut).

Su alzamiento en el valle murciano de Ricote ocurrió en mayo de 1228, y el 1 de ramaḍān 625/5 de agosto 1228 fue jurado soberano en Murcia. Recibió el título de «Emir de los musulmanes» y los apelativos de *Muʿizz al-Dīn*, «Engrandecedor de la Religión», y de *al-Mutawakkil ʿalà Allāh* («El que confía sus asuntos en Dios»), y proclamó por encima de él la autoridad del Califa ʿabbāsī, que era entonces Abū Ŷaʿfar

[5] *Iḥāṭa* , II, espec. pp. 128-129.

[6] Las referencias que desde ahora hagamos a la *I Crónica General* se encuentran en pp. 720-733.

al-Muntaṣir bi-llāh, acto de legitimación muy importante, sobre el que enseguida volveremos, y que indudablemente le sirvió mucho, tanto para aglutinar un partido decididamente contrario al Califato Almohade como para apoyarse él mismo en una legalidad que podía ser esgrimida como pura ortodoxia. Esto, junto con la utilización de la debida etiqueta del poder, por ejemplo en la adopción de un lema para su signo de validación, que fue «Me apoyo en Dios, Único, Todopoderoso» [7], sus estandartes negros, color ᶜabbāsí, e indudablemente una organización de autoridad emiral, ofrecen su vertiente formal, junto a la cual, curiosísimamente, desarrolló otra populachera, o mejor dicho aportó la suya propia, siendo para la gente, acostumbradaa a las distancias de la etiqueta, «como un titiritero», que iba por los zocos y se les reía en sus caras y se les adelantaba con sus preguntas, a lo cual no estaban acostumbrados en un Sultán. Esto causó admiración a los ignorantes y al populacho ciego, y fue, según el verso:

> Materia de la que se ríen los necios,
> y cuya consecuencia llora el sensato [8].

Coincide, pues, al-Maqqarī, que trae la referencia recién citada, con la observación de la *I Crónica General* que hablaba del «ligero consejo» con que los andalusíes acataron a Ibn Hūd... pero ¿de dónde, si no, podía haber partido el caudillaje anti-almohade? Las altas familias andalusíes, implicadas con el poder Almohade, no estuvieron en aquella hora para levantamientos, y no lo hicieron ni los Banū ᶜĪsà de Murcia, ni los Banū Sanādīd de Jaén, ni los Banū Fāris de Córdoba, ni los Banū Wazīr de Sevilla, entre muchos otros que podrían recordarse, que a raíz del levantamiento de Ibn Hūd empezaron a reaccionar, colocándose bien a favor de ese emir, como una parte de los Banū Mardanīš del Levante, bien en su contra, como otra parte de los mismos, y que, capitaneados por Zayyān en Valencia, le hicieron sombra desde comienzos de 1229. Es algo simplificador el juicio de Huici Miranda: «sólo aventureros y ambiciosos, salidos de la plebe, se alzaron contra

[7] *Bayān*, V, p. 278.
[8] Al-Maqqarī, *Analectes*, I, pp. 132-133; Huici, *Historia Valencia*, III, p. 240.

sus dominadores [los Almohades]» [9], pero merece la pena tenerlo en cuenta por definir cómo se dieron los primeros pasos de la rebelión.

Reacciones almohades y adhesiones andalusíes

Nada más levantarse Ibn Hūd en el valle de Ricote, el gobernador Almohade de Murcia, que era el *sayyid* Abū l-ᶜAbbās ibn Mūsà b. ᶜAbd al-Mu'min, fue contra él, ya seguramente en junio de 1228; marchó a atacarle, e Ibn Hūd le derrotó; enseguida participó en su reducción el gobernador Almohade de Valencia, el *sayyid* Abū Zayd o Zeit, también derrotado; poco antes había Ibn Hūd entrado en Murcia, gracias a la colaboración del cadí murciano Abū l-Ḥasan al-Qaštālī, y allí se proclamó, como dijimos, emir, en agosto 1228.

Ante la envergadura que todo esto tomaba, el recién proclamado Califa Almohade al-Ma'mūn, que seguía en Sevilla, tomó cartas en el asunto y en el otoño de aquel mismo año fue contra Ibn Hūd, a quien derrotó en las cercanías de Lorca, retirándose el nuevo emir en su capital y allí, bien atrincherado, resistió todos los ataques de al-Ma'mūn, de quien se libró cuando éste tuvo que marchar al Magreb en octubre del mismo 1226, y los asuntos magrebíes acapararon desde entonces la atención del Califato Almohade, quedando al-Andalus prácticamente a su arbitrio.

1229 fue el año en que llovieron a Ibn Hūd sus principales adhesiones andalusíes; le reconoció por emir Córdoba, en ḏū l-qaᶜda 626, octubre 1229, tras matar al gobernador Almohade que tenían y que era tío del Califa al-Ma'mūn. Le reconoció Almería, con su gobernador Ibn al-Ramīmī al frente, parece que incluso antes que Córdoba y que todos los demás, lo cual colocó a este Ibn al-Ramīmī, descendiente de prestigiosos almerienses, no sólo en la preeminencia de la ciudad, sino del Estado hūdí, con tanta confianza por parte de Ibn Hūd que a éste le perdió. Le reconoció Granada, con su propio gobernador Abū l-Ḥasan Sahl b. Mālik, y Málaga, con el suyo, ᶜAbd Allāh b. Ḏī l-Nūn. Hasta la que venía siendo capital Almohade, Sevilla, ese año le reconoció: se reunieron los sevillanos, en plena fiesta de los Sacrificios de

[9] Huici, *Historia de Valencia*, III, p. 238.

626/31 octubre 1229, en el sitio de al-Najīl, «el Palmar», como apunta Huici Miranda [10], y acordaron librarse del gobierno Almohade para acatar a Ibn Hūd, tomando aquella iniciativa Abū Bakr ibn al-Bannā', que firmó al acta de reconocimiento, contestada por Abū l-Ḥasan ibn Hūd ʿAḍud al-Dawla, que agradecía la adhesión en nombre del emir, su hermano, quien designó gobernador de aquella capital a otro de sus hermanos, Abū l-Naŷāt Sālim, el cual aparece también llevando, principescamente, el título de *ʿImād al-Dawla*, «Sostén de la Dinastía», alusivo a su colaboración como también el de *ʿAḍud*, «Brazo de la Dinastía», venía a significar, en comportamiento que ya manifiesta la piña familiar que en Murcia caciqueará hasta comienzos del siglo XIV.

Iba teniendo Ibn Hūd entero al-Andalus......, pero parece resistírsele el Occidente, donde a raíz de su derrota en Alange, frente a los leoneses, en marzo de 1230, ajustició a dos descendientes de tradicionales régulos locales de la familia de los Banū Wazīr, ʿAbd Allāh y su hermano ʿAbd al-Raḥmān b. Wazīr, contra los cuales lo que seguramente sólo le importaba era su reticente sumisión. Y también se le resistió Valencia, donde se proclamó, pocos meses después que el, Zayyān b. Mardanīš, relegando al «último almohade» Zeit, a Segorbe, que tampoco, claro está, reconoció a Ibn Hūd; ahora bien, primos de Zayyān, hijos de ʿAzīz b. Saʿd b. Mardanīš, que dominaban en Alcira, Játiva y Denia, desligándose de su pariente Zayyān, proclamaron la soberanía de Ibn Hūd.

Ya que voluntariamente no le reconocía Zayyān, Ibn Hūd emprendió con las armas su conquista y llegó a tener sitiada Valencia, de donde se tuvo que retirar para ir a contener la ofensiva de Fernando II de León por Mérida y Badajoz; la derrota sufrida en Alange, en 1230, alejó para siempre a Ibn Hūd de sus pretensiones valencianas, y ya ni siquiera subió a prestar ayuda a su correligionario cuando le asediaba Jaime I, con ánimo y logro de conquistar la capital del Turia por fin, en 1238, año también de la muerte de Ibn Hūd. Por las armas se apoderó este emir de Algeciras, en 626/1228-29, según fecha Ibn al-Jaṭīb, aunque posiblemente ello ocurriera en 628/1231, cuando seguramente también tuvo Gibraltar, que sumadas a Ceuta, el año siguiente, dio a Ibn Hūd las llaves del Estrecho por un tiempo.

[10] *Ibidem*, p. 241.

Desde Ceuta, la escuadra sevillana había sido llamada por el *sayyid* Abū Mūsà, independizado en aquel enclave de su hermano el Califa al-Ma'mūn, que acudió contra él y le asedió inútilmente por tierra, en 629/1232; Abū Mūsà acabó reconociendo a Ibn Hūd, que nombró allí almirante a su antiguo colaborador al-Guštī, el cual corría entonces los caminos del mar, famoso en las fuentes italianas con el nombre adaptado de «Agostino». Pocos meses tuvo Ibn Hūd Ceuta, porque en 630/1232-33 ya se declaró allí autónomo Abū l-ᶜAbbās al-Yanaštī, antes de que en šawwāl 635/mayo-junio 1238, aquel puerto, y también Sevilla, como unos meses después Granada se aferraran al reconocimiento nominal del Califa Almohade de Marrakech, al-Rašīd.

Tratos con el Califato ᶜabbāsī y proclamación de sucesor

Ya vimos cómo Ibn Hūd proclamó de inmediato como Califa legal al ᶜabbāsí, repudiando al almohade. No le cabía otra posibilidad o, por lo menos, era la alternativa lógica. De cuánto tuvo que lucir esta inclinación suya, para contrarrestar la fuerza lógica del próximo Califato almohade, nos da idea el énfasis con que Ibn Hūd hizo gala de los emblemas ᶜabbāsíes, como su color negro, por todo ostentado en el Estado hūdí; algo menos enfáticos, pero claros, son los letreros de las monedas desde entonces emitidas [11].

De las relaciones con el Califato ᶜabbāsí tratan Ibn ᶜIḏārī e Ibn al-Jaṭīb, que refieren la embajada enviada por Ibn Hūd a Bagdad, respondida por el Califa al-Muntaṣir con una carta en la que le reconocía como «Emir de los musulmanes» en al-Andalus y le otorgaba los títulos de *Muŷāhid al-Dīn*, «Guerrero de la Fe», *Sayf amīr al-mu'minīn*, «Sable del Emir de los creyentes», *ᶜAbd Allāh*, «Siervo de Dios», y *al-Mutawakkil ᶜalà Allāh*, «el que confía sus asuntos a Dios», títulos todos que usó en los encabezamientos de sus escritos. La carta con que el Califa ᶜabbāsí le respaldaba, de tal manera, como por otra parte era usual, y de lo que tenemos antecedente en el caso del emir almorávide Yūsuf b. Tāšufīn, sería también aireadísima a los cuatro vientos y, por

[11] Rodríguez Lorente y su citado libro sobre numismática de Murcia; Molina, *Murcia*, p. 204.

lo menos así nos consta, leída con todos los honores en ceremonia oficial celebrada en la vieja Muṣallà, u oratorio al aire libre, de Granada, aunque una lluvia terrible interrumpió el acto.

Traía la carta califal fecha de mitad de ḏū l-qaᶜda 629/agosto 1232, y llegó a al-Andalus en 631/1233-34, pues no sabemos qué viaje haría el emisario que con ella venía, un curdo, Abū ᶜAlī Ḥasan b. ᶜAlī b. Ḥasan b. al-Husayn al-Kurdī. Las copias enviadas de esta carta por Ibn Hūd a todos los lugares que le obedecían, produjo algunas respuestas que conocemos [12]. Así felicitaron a su emir los súbditos de Játiva, con sus autoridades a la cabeza, el cadí Ibn ᶜAmīra y al valí Abū l-Ḥusayn Aḥmad b. ᶜĪsà; el primero, en comunicación personal, señala la repercusión positiva que entre la población ha tenido este acontecimiento.

También los murcianos respondieron, e Ibn al-Murābiṭ [13] transmite cuatro textos de Muḥammad b. al-Ŷannān, secretario de Ibn Hūd, realzando la trascendencia que tiene para los hūdíes su vinculación ᶜabbāsí y el espaldarazo de su confirmación por Bagdad, que todavía es la capital del Califato «más legal» y, desde luego, más duradero, aunque una veintena de años después, en 1258, cuando aún dura la dinastía hūdí, será arrasada por los mongoles y caerá esa sede califal.

Otro paso legal y legítimo dio Ibn Hūd para la consolidación de su empresa política y fue nombrar heredero a uno de sus hijos, llamado Abū Bakr, que recibió el título de *al-Wāṯiq bi-llāh*, «el que pone su confianza en Dios».

La correspondencia de la época, conservada de varias maneras, aunque no de forma completa [14], guarda referencias al acatamiento que las distintas regiones hūdíes hicieron del nombramiento de sucesor, efectuado en 629/1231-32, cuando las perspectivas del poder eran más halagüeñas. Conocemos el texto del acatamiento de Alcira, fechado el

[12] Sobre las respectivas tesis doctorales de M. Bencherifa y de E. Molina sobre la correspondencia de esta época, *cfr.* Viguera, *Al-Andalus en época almohade*, p. 19, nota 133; E. Molina, *Murcia*, espec. pp. 203-204.

[13] Molina, *Murcia*, p. 204; sobre el reino nazarí de Granada, véase, además de R. Arié, *L'Espagne musulmane au temps des Naṣrides*, París, 1973 y 2.ª ed., 1990, el completo repertorio bibliográfico de M. A. Ladero Quesada, *Granada. Historia de un país islámico (1232-1571)*, Madrid, 3.ª ed. revisada y ampliada, 1989.

[14] Molina, *Murcia*, pp. 205-207; Viguera, *Al-Andalus en época almohade*, pp. 18-20; H. Iflailel, *El Kitāb Zawāhir al-fikar* de Ibn *al-Murābiṭ*, Tesis doctoral, dir. E. Molina, Universidad de Granada, 1992.

4 rabī' II 629/27 febrero 1232, y que como suele ocurrir con las piezas de cancillería contiene multitud de referencias a titulaciones y fórmulas con que se ejerce un poder: invocaciones al Profeta, Califas ortodoxos, Califas 'abbāsíes y en concreto el entonces existente al-Muntaṣir, y a su lugarteniente andalusí, *al-qā'im bi da'wati-hi*, y a su sucesor acatado al-Wāṯiq, que manifiesta reconocer el gobernador de Alcira, Abū 'Abd Allāh ibn Abī Sulṭān y todos los habitantes; el escrito se cierra con alusión a las obligaciones que enlazan a súbditos y soberanos. La carta de reconocimiento de Játiva pide además que se solicite el refrendo 'abbāsí para el presunto sucesor.

Trascendencia de las derrotas ante leoneses y castellanos

Alfonso IX de León bajó a sitiar Mérida y los Santiaguistas tomaron Montánchez. Ibn Hūd acudió con sus tropas y fue derrotado, en Alange, en marzo de 1230, aunque se señala su superioridad numérica, para mayor decepción. Los leoneses tomaron Badajoz, Mérida y la ribera septentrional del Guadiana. A principios de 1232, los andalusíes perdieron Trujillo. La incapacidad de defender el territorio pesaba en contra de Ibn Hūd. Muchas gentes empezaron a mirar con mayor esperanza al nuevo emir, recién proclamado en Arjona, 26 ramaḍān 629/18 abril de 1232, Muḥammad b. al-Aḥmar.

Sevilla se retiró de Ibn Hūd y puso como rector a un líder local, al-Bāŷī, a quien Ibn al-Aḥmar asesinó, ocupando la ciudad, como también logró ser reconocido en Jaén y en Córdoba, entre 1232 y 1233. Pero Córdoba y Sevilla le expulsaron y tornaron con Ibn Hūd, a quien tampoco aceptaba Ibn Maḥfūẓ en Niebla.

Mientras estas facciones pugnaban entre sí, Fernando III inició el asedio de Úbeda, en enero de 1233 y tomó la plaza en julio, por capitulación. En 1235 volvió Fernando III a sus acometidas e Ibn Hūd le compró la paz, por 430.000 maravedíes, hasta mayo de 1238.

Fernando III conquistó Córdoba por capitulación, el 29 de junio de 1238. Otro grave revés para Ibn Hūd, pues además vuelve a decirse que sus tropas eran más, y que, aun estando prevenido en Écija no quiso acercarse a socorrer Córdoba, quizá, como refleja la *I Crónica General*, porque «aquel rey Abenhut recelaba siempre de cometer grandes hechos, porque las más veces que los acometía era vencido y se

hallaba de ello mal, y por esta razón, como quiera que le dijeran que el rey don Fernando tenía poca gente consigo, no lo pudo creer». Avanzaba entretanto Jaime I sobre Valencia y seguramente con esa excusa, Ibn Hūd se marchó a Almería, dejando a sus espaldas un ciclón. Écija, Almodóvar, Estepa, Osuna, Baena, Morón, Porcuna y muchos otros lugares pasaron de distintas maneras a dominio castellano, en los dos o tres años siguientes, mientras tenía firmada una tregua de seis años con Ibn Hūd, que, entretanto, fue asesinado en Almería. Ni las derrotas ni la subida de impuestos que la compra de treguas acarreaba sirvieron nunca para mantener el poder de los reyes.

Final y asesinato de Ibn Hūd

Ibn Hūd se instaló, pues, en Almería, en 1236. Aún le quedaban dos años por delante, de cuyos actos aún se sabe alguna cosa [15]. Desde su refugio, envió a sus súbditos alguna circular, del estilo de las justificativas misivas almohades. El 24 de noviembre de 1236 –cuatro meses después de la pérdida, tan real y tan simbólica de Córdoba– hace que a todos sus gobernadores les llegue una circular para recordarles los deberes religiosos y la fidelidad al Califa de Bagdad, los deberes de administrar bien vidas y haciendas y la obligación de defender las fronteras. Trae el texto Ibn ᶜIḏārī [16], y nos deja perplejos con sus consejos de mantenimiento de todos los resortes de un Estado que parece fracasado; pero también nos muestra el ánimo de un emir que quiso resistir hasta el final. La relativamente numerosa correspondencia de la época nos refleja la situación, en que las ciudades y su entorno recurren a la rección directa de sus gobernadores, que mantienen en el Levante aún un cierto reconocimiento a Ibn Hūd, como sus fieles ᶜAzīz b. Jaṭṭāb, del que pronto volveremos a hablar, en Murcia, o Abū l-Ḥusayn Aḥmad b. ᶜĪsà en Játiva. Y esa misma correspondencia, sobre todo del gran epistológrafo Ibn ᶜAmīra, nos informa también de la inseguridad sentida más allá de las ciudades, por caminos en los que aven-

[15] E. Molina, «El Levante y Almería en el marco de la política interior del emir murciano Ibn Hūd al-Mutawakkil (1236-1238)», *Awrāq*, II, 1979, pp. 55-63.

[16] *Bayān*, V, p. 339.

turarse era temer el ataque probable de asaltantes musulmanes o cristianos.

En esto, se confirmó la ascensión al poder de Muḥammad b. al-Aḥmar, el gran rival de Ibn Hūd, pues entró en Granada, en ramaḍān 634/mayo 1237, con todos los honores, y pronto aumentará más su tierra frente a Ibn Hūd [17].

Para Ibn al-Ramīmī de Almería debió empezar a resultar demasiado comprometido tener allí a refugiado tan marcado como Ibn Hūd, y decidió suprimirlo. Las fuentes árabes eluden plantear su fin como un crimen de Estado. Ibn al-Jaṭīb [18], empieza por reconocer que no hay acuerdo sobre las causas de su muerte, y que unos refieren que el emir «había prometido a su mujer que no tomaría otra esposa durante toda su vida, pero cuando alcanzó el poder le gustó una cristiana, que le había correspondido entre los cautivos, y que era hija de algunos de los nobles [cristianos] de la mejor clase, y la escondió en casa de su lugarteniente Ibn al-Ramīmī, el cual, según pretenden, se prendó de ella, y cuando se puso de manifiesto que estaba encinta, temió [Ibn al-Ramīmī] que se descubriera lo ocurrido, y planeó una estratagema contra Ibn Hūd, de modo que cuando éste vino a acampar cerca [de Almería], le ofreció entrar en la ciudad... y le asesinó». Las fuentes árabes y cristianas refieren la muerte de varias maneras, y la fecha debió ser el 24 ŷumādà I 635/13 enero 1238, o un mes después.

El resultado lo expresa con claridad la *I Crónica General* [19], cuando dice cómo tras morir Ibn Hūd «se partió aquella tierra entre muchos pequeños arráeces, y apartada de los moros Almohades, lo cual fue pro y bien a lo que los cristianos tenían en los corazones: esto es, ganar de ellos la tierra».

En efecto, Ibn al-Ramīmī se alzó con el poder en Almería, hasta que Muḥammad b. al-Aḥmar fue contra él, y entonces escapó a Túnez, mientras el emir nazarí ocupaba las tierras almerienses, que junto con las malagueñas y las granadinas constituyen el reino de Granada, el último al-Andalus que durará hasta final del XV.

[17] En esta misma colección de libros Mapfre se incluye un volumen de R. Arié sobre la última etapa, la granadina, del Islam de al-Andalus.

[18] *Iḥāṭa*, II, p. 132.

[19] *I Crónica General*, p. 722; E. Molina, «ʿAzīz b. Jaṭṭāb, destacada personalidad política, científica y literaria murciana del siglo XIII», *Miscelánea Medieval Murciana*, IV, 1978, pp. 77-86.

Mientras, Jaime I, avanzaba por Levante, entrando en Valencia en 1238, y por el Guadalquivir Fernando III, que entró en Sevilla, en 1248; esta ciudad aún tuvo aguante para ponerse bajo la advocación del Califa Almohade de Marrakech, al-Rašīd, en šawwāl 635/mayo-junio 1238, y en realidad quedar a su solo amparo, mientras sus élites emigraban [20].

Sin entregarse a los cristianos ni acatar a los nazaríes de Granada quedó sóla la taifa de Murcia más años que todas las demás taifas, menos la granadina, y allí, con avatares, se perpetuó la descendencia de Ibn Hūd, mientras pudo.

La taifa de Murcia después de Ibn Hūd

Por de pronto fue proclamado el previsto sucesor, Abū Bakr ibn Hūd, con los títulos regios que ya tenía de *al-Wāṯiq bi-llāh* y *al-Muʿtaṣim*. Acuñó moneda a su nombre, con las cecas de Murcia y de Játiva, ciudad ésta en que venía residiendo y, comparativamente en tanta proporción conservada que parece ser que acuñó mucha, lo cual caracterizó también la época de Muḥammad b. Mardanīš, que tantas parias debió pagar, aunque de Abū Bakr ibn Hūd no se tengan datos para indicar posibles razones, ya que se desconoce casi todo de este primer período de siete meses en que se mantuvo como emir de Murcia, y en los que parece llevó los asuntos su tío ʿAlī b. Yūsuf b. Hūd ʿAḍud al-Dawla [21]. Sería quizá muy joven, y el 4 muḥarram 636/17 agosto 1238, una reacción anti-hūdi encarceló al emir y a su tío, llevando al poder a un personaje de alto linaje árabe, cuya familia venía allí destacando desde el siglo VIII, y de la cual hablamos a propósito de la taifa de Murcia, en el siglo XI: los Banū Jaṭṭāb, a los cuales pertenecía ahora ʿAzīz b. Jaṭṭāb, culto y político, pues había ejercido como gobernador de Murcia nombrado por Ibn Hūd [22].

Ocho meses duró el literato ʿAzīz en el gobierno, del cual sabemos algo más porque su secretario Ibn ʿAmīra guarda en el compendio

[20] J. Vallvé, "La emigración andalusí al Magreb en el siglo XIII", *Actas Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb*, ed. García-Arenal y Viguera, Madrid, 1988, pp. 87-129.

[21] Molina, «Murcia», pp. 229-230.

[22] Sobre los Banū Jaṭṭāb, en la taifa de Murcia del siglo XI, véase lo indicado antes.

de sus escritos algunos de este emir, por ejemplo su acta de proclamación, su comunicación al gobernador de Játiva, Abū Bakr ibn Abī Ḥusayn ibn ʿĪsà, recordándole la debida obediencia y la coordinación de sus acciones frente a los avances cristianos y frente a las ambiciones de Zayyān b. Mardanīš, que, perdida Valencia, buscaba más lugares para su dominio; una circular notificando la conquista de un castillo, *al-Trk* (?), pues aún tuvo tiempo ʿAzīz b. Jaṭṭāb de campañas guerreras, nada triunfales.

Los tiempos revueltos vuelven a manifestarse: ʿAzīz fue destituido, y los murcianos aclamaron entonces a Zayyān b. Mardanīš, empeñado en realzar cabeza como fuera desde su retiro de Alcira y luego de Denia, desde donde, perdida Valencia, había proclamado al Califa ḥafṣí de Túnez, con el realismo de ver que éste sí le podría ayudar algo, con socorros que al menos le pidió. E. Molina apunta con razón [23] que la principal baza política en el haber entonces de Zayyān eran las treguas por siete años que, rendida Valencia, le concedió Jaime I, con acuerdo de no atacarle ni a él ni a sus tierras. Zayyān entró en Murcia, el 18 ramaḍān 636/22 abril 1239, asesinó a ʿAzīz b. Jaṭṭāb y puso a los Banū Hūd en libertad.

Veremos más episodios de la acción de Zayyān en el apartado que a continuación le dedicamos; sólo apuntemos ahora que de su poder se desgajaron Cartagena, y Mula, y Lorca con Abū ʿAbd Allāh Muḥammad b. ʿAlī b. Aḥlī y Orihuela con Abū Ŷaʿfar Ibn ʿIṣām, proclamado *ra'īs* y donde él, y su hijo y sucesor Abū l-Ḥasan, tuvieron dominio hasta 1249-50, formando un interesante baluarte de poder que se justificó a sí mismo con la apelación de visirato *(wizāra ʿIṣāmiyya)* y como una pequeña corte de taifas que era, tuvo el prurito de atraer a todos los letrados que pudo y que aún seguían deambulando por la zona, relacionándose bastante con el otro enclave a toda costa resistente, que era el de Menorca, cuyo régulo Saʿīd b. Ḥakam se rodeó también de literatos, los intercambió con Orihuela, y acabó ofreciendo a los oriholanos un refugio final, cuando perdieron su tierra [24].

[23] E. Molina, «El gobierno de Zayyān b. Mardanīš en Murcia», *Miscelánea Medieval Murciana*, VII, 1981, pp. 5-31; Guichard, *Les musulmans de Valence*, I, p. 154.

[24] E. Molina, «La "wizāra ʿiṣāmiyya" de Orihuela, el más prestigioso centro político y cultural de al-Andalus en el siglo XIII», *Anales del Colegio Universitario de Almería*, pp. 65-78; y del mismo, «El "Kitāb Lubab al-albāb", una nueva fuente para la historia

No habían pasado dos años desde la proclamación de Zayyān cuando fue revocado, y entregado el mando a un tío de Ibn Hūd al-Mutawakkil, que como él se llamaba Muḥammad, con el título de Bahā' al-Dawla, que se mantuvo dos años, con autoridad nominal en un espacio que Torres Fontes [25] ha enmarcado entre «el norte de Alicante y sur de Biar, [y] comprendía las zonas septentrionales de Elche, Petrel, Elda y Sax; continuaba al este de Villena y Ayora, para alcanzar, al norte, las proximidades de Cofrentes, en las confluencias del Cabriel con el Júcar; seguidamente, y en dirección oeste, la delimitación puede fijarse por Jorquera, para bajar al este de Chinchilla, recién ocupada por la Orden de Santiago, y continuar por Peñas de San Pedro, bordeando la sierra de Alcaraz, que quedaba fuera y a Levante de la encomienda santiaguista de Segura de la Sierra. Seguiría luego sin muchas variaciones por los actuales límites de las provincias de Albacete y Granada, a Levante del macizo de la Sagra, para continuar al este de Huéscar, Orce, Galera y Caztalla. Proseguía luego esta línea al nordeste de la sierra de las Estancias, para terminar en el Mediterráneo entre los actuales límites de las provincias de Almería y Murcia, al sur de Águilas».

Murcia se entrega en vasallaje a Castilla

Muḥammad b. Hūd Bahā' al-Dawla no pudo mantener ese territorio independiente de las tres entidades más fuertes que le acosaban alrededor. ¿Por qué no reconoció al emir de Granada? ¿por qué no quiso o no pudo avenirse con él, o con Aragón, y en cambio sí con Castilla? En 1243 Murcia envió sus mensajeros al rey de Castilla, a ofrecerle, además de la capital, «todos los castillos que son desde Ali-

del Occidente musulmán. El gobierno independiente de Menorca y sus relaciones con al-Andalus e Ifrīqiya», *Actas II Jornadas de Cultura Árabe e Islámica*, pp. 365-376; M. J. Rubiera, «La corte literaria de Saʿīd b. Ḥakam de Menorca (siglo XIII), *Revista de Menorca*, LXXV, 1984, pp. 105-138; Guichard, *Les musulmans de Valence*, I, p. 157.

[25] Excelentes trabajos de J. Torres Fontes, entre otros su contribución, con A. L. Molina, a la citada *Historia de la región murciana*, III, pp. 296-387: «Murcia castellana»; Molina, *Murcia*, p. 263, notas 84 y ss.

cante fasta Lorca e fasta Chinchilla»[26], tras una segunda reunión en Alcaraz, con participación del infante Alfonso, luego X el Sabio, por una parte, y de Aḥmad b. Muḥammad b. Hūd Bahā al-Dawla, por otra, en abril de aquel año, se acordó que los castellanos defenderían aquellas tierras, donde seguirían habitando los andalusíes murcianos con sus propiedades y estructuras políticas, jurídicas, sociales, económicas, culturales y religiosas, a cambio de algunas cesiones territoriales a Castilla y de la entrega también de una parte de sus rentas y tributos, otra parte de las cuales siguieron recogiendo el emir Ibn Hūd y los arráeces de Crevillente, Alicante, Elche, Orihuela, Alhama, Aledo, Ricote y Cieza, que fueron los que entonces pactaron, según la *I Crónica General*, aunque algunos, como Orihuela pudieron volverse atrás. No quisieron participar en este vasallaje Lorca, Cartagena ni Mula, por la fuerza conquistadas en 1244 y 1245.

Bahā' al-Dawla y sus arráeces siguieron rigiendo el territorio, en cuyos puntos claves se instalaron guarniciones castellanas y una organización de recogida de tributos, cuya cabeza fue el merino mayor García Suárez. A partir de 1257 se intensificó el asentamiento de pobladores castellanos, y ello aumentó la tensión de relaciones, de modo que, junto a otras razones no exclusivamente murcianas, sino incluso esgrimidas por el sultán nazarí de Granada, los mudéjares se alzaron por toda Andalucía y en Murcia capitaneó el alzamiento al-Wāṯiq ibn Hūd, anhelante de recobrar una soberanía que la rama de sus primos había acaparado, siendo manifiestamente hostil a su política de vasallaje a Castilla.

La revuelta murciana duró desde mayo-junio 1264 a principios del año 1266, y tras ella ya no hubo más «protectorado» castellano, y el poder político musulmán se transfirió totalmente al cristiano; los Banū Hūd que aún aparecen ya no son más o menos disminuidos «reyes de Murcia», sólo simbólicos «reyes de la Arrixaca»[27], el arrabal donde pasaron a instalarse. Mucho y de varias maneras nos muestra de

[26] Molina, *Murcia*, pp. 248 y ss.; es demostrativo del ambiente el hecho estudiado por F. de la Granja, «Una polémica religiosa en Murcia en tiempos de Alfonso X el Sabio», *Al-Andalus*, XXXI, 1966, pp. 47-72.

[27] Cuadro genealógico de los Banū Hūd en Molina, *Murcia*, p. 259; E. Molina, «Aproximación al estudio de la Cartagena islámica», *Historia de Cartagena*, dir. J. Mas, Murcia, 1966, V. espec. pp. 277-285.

esta época un compendio de correspondencia, oficial y privada, de un secretario murciano, llamado Abū Bakr Muḥammad b. ᶜAbd Allāh [o quizás ᶜUbayd Allāh] b. Dāwūd b. Jaṭṭāb al-Gāfiqī, nacido en Murcia, en 613/1216, y muerto en 686/1287, exilado en Tremecén desde su partida de al-Andalus en 677/1278, cuando ya no pudo resistir más y partió con el visir o alguacil Ibn Waḍḍāḥ [28]. Estas cartas, objeto de una tesis doctoral [29], ofrecen una perspectiva interesante por su proximidad al teatro de los sucesos, ya que Ibn Jaṭṭāb sirvió en la Cancillería de Murcia y de Granada, y desde ahora deberán añadirse al cúmulo de referencias que poseemos sobre el destino de esta penúltima taifa andalusí.

La taifa de Valencia con Zayyān b. Mardanīš

Ya vimos cómo este personaje se alzó en Onda contra los Almohades y desplazó de Valencia a su gobernador Zeit abu Zeit, haciéndose proclamar allí emir, en febrero de 1229; fue reconocido por las tierras próximas, tomando él además en mayo el castillo de Carbonera y dominando en Chinchilla también [30].

Descendía Zayyān de la importante familia tagarina de los Banū Mardanīš, de uno de los cuales, Muḥammad «el rey Lobo o Lope», tanto hablamos a propósito de su larga resistencia levantina contra los Almohades, al cabo reducida en 1172, con muerte de aquel arráez, mientras su hermano Yūsuf, que venía gobernando en su nombre Valencia, se sometió al imperio Almohade, que le honró y repuso en su mismo cargo de su capital, donde permaneció hasta morir en 1186, sucedido por muchos hijos y nietos en la administración de varios enclaves levantinos. Uno de ellos era Zayyān.

Al alzarse en Valencia recuperó una ciudad ligada al clan familiar, en reacción parecida anti-almohade a la que poco antes protagonizó Ibn Hūd en Murcia. Ambos se disputaron primero las tierras meridio-

[28] Un alguacil «Abubacre Abuadah» aparece citado en la documentación cristiana de la época, Molina, *Murcia*, p. 260 y n. 110.

[29] Tesis doctoral en realización por Ḥ. al-Gaylānī, cfr. Viguera, *Al-Andalus en época almohade*, nota 143.

[30] Huici, *Historia de Valencia*, III, pp. 254-264.

nales valencianas, pues los primos de Zayyān, gobernadores de Alcira, Játiva y Denia, en lugar de reconocerle a él, se inclinaron por el emir murciano. A continuación, Ibn Hūd, que no paraba de ascender, reconocido en casi todo al-Andalus, marchó contra Valencia, buscando la sumisión de Zayyān, al que tuvo acosado y a punto de derrota, pero ya señalamos cómo tuvo el emir que ir a contener las entradas extremeñas del rey de León, y cómo tras el desastre que ante él sufrió, en Alange, en 1230, se desentendió del todo de pretensiones valencianas, y ya ni siquiera subió a prestar ayuda a Zayyān cuando le asediaba Jaime I, a pesar de las peticiones de socorro que le envió.

Pero antes de eso, en 1229, Jaime I partió a tomar Mallorca, por decisión de las Cortes catalano-aragonesas de anteponer esa campaña a la de Valencia, y Zayyān quiso darle una lección, subiendo en algara por Peñíscola y Tortosa, sitiando Ulldecona, sin ganar más que el botín y atrayendo sobre sí, en cuanto aquél pudo, la reacción del esforzado rey. P. Guichard reflexiona [31] sobre la paradoja de esta «provocación», para concluir en algo que de vez en cuando se nota en diversas actuaciones andalusíes: «que no eran realmente conscientes del verdadero desequilibrio de las fuerzas entre ellos y los cristianos que iban a conquistar su tierra». Sobre ese desequilibrio y la consciencia sólo parcial que tenían de ello, hemos tratado en la introducción de este libro. Volvamos a Zayyān.

Jaime I había ultimado su plan de ataque y los apoyos de Cruzada desde finales de 1232 y en primavera se inició la expedición que llegó a sitiar Burriana. Se reanudó la campaña en 1235 y a principios del año siguiente los cristianos avanzaron hasta el Puig, o Anīša, derrotando allí terriblemente a Zayyān, en agosto 1237. Desde el Puig, se comenzó el asedio de Valencia, el 5 ramaḍān 635/21 abril 1238. Hubo peticiones de ayuda al exterior musulmán, y la única que dio fruto conocido fue la enviada por el Califa ḥafṣí de Túnez, poco eficaz. Valencia se entregó a Jaime I por capitulación, el 17 de ṣafar 636/28 septiembre 1238 [32].

[31] Guichard, «Del Califato a la conquista cristiana» [en Valencia], p. 262; sobre el desconcierto andalusí es significativa la situación sevillana en torno a su final, cf. R. Valencia, «Los dirigentes de la Sevilla árabe en torno a 1248», *Andalucía entre Oriente y Occidente. Actas del V Coloquio Int. de Historia Medieval de Andalucía*, Córdoba, 1988, pp. 31-36.

[32] *Ibn al-Abbār. Polític i escriptor àrab valencià (1199-1260)*, Actas del Congés Int.

Zayyān en la taifa de Murcia y su exilio tunecino

Zayyān salió de su capital, y recorría el Levante buscando la manera de medrar, como logró enseguida, pues en ramaḍān 636/abril 1239, fue proclamado soberano de Murcia, seguramente porque sus treguas vigentes con Jaime I aseguraban una tranquilidad que los murcianos anhelaban, como antes apuntamos [33]. En Murcia no entró por cesión del anterior régulo, ʿAzīz b. Jaṭṭāb, a quien hizo matar, liberando en cambio de prisión a los Banū Hūd: ¿cómo podía sentirse tan seguro respecto a éstos?

En Murcia, Zayyān siguió proclamando por encima de él al Califa ḥafṣí, que le envió acta de confirmación como emir del Levante andalusí. Ibn ʿAmīra, redactó el interesante documento de reconocimiento al ḥafṣí Abū Zakariyyāʾ Yaḥyà. Las cartas que de este período se conservan han permitido reconstruir a E. Molina la actividad de Zayyān que, ora escribe a Túnez, y cuenta expresivamente su situación, aludiendo a los castillos que tiene, además de Murcia, y son Chinchilla, Elche, Alicante, Cartagena, Lorca y Molina; ora escribe a Játiva y Alcira, para recabar su obediencia, que parece aceptaron; pero también se le fueron retirando a Zayyān otros enclaves, como Orihuela, Lorca, Cartagena y Murcia. A veces, en esa correspondencia trata con Fernando III, o incluso con su madre Doña Berenguela —a quien por inercia creerían al frente de la minoría aún—, ya previendo un avance de las armas cristianas hacia Murcia, y busca un acuerdo.

Algunas de sus acciones, o quizá ni siquiera eso, pero nada sabemos, debió disgustar a los murcianos contra Zayyān, y echándole, al cabo de dos años de haberle proclamado, volvieron a reconocer a los Banū Hūd, subiendo por de pronto de entre ellos, como vimos, Muḥammad Bahāʾ al-Dawla.

Zayyān volvió a acogerse en Denia, pero esta ciudad pronto cayó en poder cristiano, y el emir andalusí decidió exilarse y refugiarse en la corte ḥafṣí de Túnez, cuyo Califato proclamó en al-Andalus, en un desesperado intento de sobrevivir. Zayyān vivió en Túnez bastantes años,

«Ibn al-Abbar i el seu temps», Valencia, 1990, coord. por M. de Epalza y J. Huguet, reúne importantes contribuciones sobre esta época final de Valencia.

[33] Véase lo señalado antes, y Molina, *Murcia*, pp. 231-236; Huici, *Historia de Valencia*, III, pp. 262-263; Guichard, *Les musulmans de Valence*, I, p. 154.

hasta 1269-70. Perteneció a la clase de andalusíes que no se entregó de ninguna manera a los cristianos y que no carecieron de valor ni de amor a su tierra, el *ḥubb al-waṭan* que así llegaron a formular [34], sino de «unas estructuras socio-políticas adecuadas que les hubieran permitido resistir al ímpetu de una sociedad militarizada como lo era la feudal cristiana que iba a conquistarlos» [35]. Conquista o exilio fue el final. Quedaba el reino nazarí de Granada.

[34] Sobre el amor «patrio»: M. J. Viguera, «Los fāṭimíes de Ifrīqiya en el Kitāb al-Ḥulla de Ibn al-Abbār de Valencia», *Sharq al-Andalus*, II, 1985, p. 37, n. 50.

[35] Acertada fórmula de Guichard, *loc. cit.* antes en n. 33. Sobre la acometida feudal, véase el final de la presentación de este libro nuestro, que así termina (Presentación, notas 3 y 5).

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

1002	Muere Almanzor y le sucede al frente del Estado su hijo ᶜAbd al-Malik; el Califa Hišām II sigue relegado a un poder nominal.
1008	Muere ᶜAbd al-Malik y le sucede su hermano ᶜAbd al-Raḥmān Sanchuelo, que se hace heredero de Hišām II al Califato.
1009	Asesinato de Sanchuelo. Proclamación del Califa al-Mahdī, en lugar de Hišām II, comienzo de la guerra civil.
1010-1011	Los eslavos Mubārak y Muẓaffar se independizan en la taifa de Valencia.
1014	El esclavo Jayrān se alza en la taifa de Almería.
1015	Muŷahid, régulo de Denia, ataca Cerdeña.
1016-1018	ᶜAlī b. Ḥammūd, Califa de Córdoba.
1019-1020	Ḥabūs al frente de la taifa de Granada, ocupada por los Zīríes desde ap. 1013.
1023	Comienza su autonomía la taifa de Sevilla.
1029	Yaḥyà b. 'Alī b. Ḥammūd deja Córdoba y se instala en la taifa de Málaga, ocupada por su familia desde algunos años atrás.
1031	Abolición del Califato en Córdoba, siendo depuesto el último Califa omeya Hišām III. Comienza la taifa de Córdoba.
1039	Los Banū Hūd sustituyen a los Tuŷībíes al frente de la taifa de Zaragoza.
1043-1044	Comienza su reinado el gran al-Ma'mūn de Toledo.

1044-145	Muere Huḏayl b. Razīn, primer régulo de Albarracín.
1056-1057	Bādīs de Granada ocupa Málaga.
1057-1058	Fernando I impone parias a las taifas de Toledo y Badajoz.
1060	Termina la ficción califal organizada por Sevilla, en la persona del presunto Hišām II.
1061	Yūsuf b. Tāšufīn empieza a destacar en el Magreb al frente de los Almorávides
1064-1065	Durante nueve meses los Cruzados ocuparon Barbastro.
1070	Al-Muᶜtamid de Sevilla ocupa Córdoba.
1072-1073	Yūsuf b. Tāšufīn, emir del Magreb, lejana esperanza andalusí.
1076	Al-Muqtadir de Zaragoza ocupa la taifa de Denia.
1078-1081	Nace en el Anti-Atlas magrebí el fundador de la doctrina Almohade, el Mahdī Ibn Tūmart.
1085	Alfonso VI conquista Toledo.
1086	Los Almorávides acuden a la Península, en socorro de las taifas, y vencen a Alfonso VI en Sagrajas/Zallāqa.
1090	Los Almorávides conquistan la taifa de Granada.
1091	Los Almorávides conquistan las taifas de Sevilla y de Almería.
1094	Los Almorávides conquistan Badajoz. El Cid conquista Valencia.
1106	ᶜAlī b. Yūsuf, segundo Emir Almorávide de al-Andalus.
1108	Éxito almorávide en Uclés, contra Castilla.
1110	Los Almorávides conquistan Zaragoza y desplazan a los últimos régulos de esta taifa.
1118	Alfonso I de Aragón conquista Zaragoza.
1123	Los Almohades, desde Tīnmallal, comienzan su lucha declarada contra los Almorávides.
1125-1126	Expedición de Alfonso I por Andalucía, llevándose mozárabes.
1130	Muere el Mahdī Ibn Tūmart. ᶜAbd al-Mu'min, soberano almohade, en parte del Magreb.

1142	El Algarve se alza contra los Almorávides. Segundas taifas.
1146-1147	El Califa Almohade ^{c}Abd al-Mu'min empieza a ser reconocido como soberano en zonas de al-Andalus
1155	El futuro Califa Abū Ya^{c}qūb es nombrado por su padre, el califa ^{c}Abd al-Mu'min, gobernador de Sevilla.
1160	^{c}Abd al-Mu'min acude a Gibraltar para recibir el homenaje de al-Andalus.
1163	Muere el Califa ^{c}Abd al-Mu'min y le sucede su hijo Abū Ya^{c}qūb.
1171	Estancia del Califa Abū Ya^{c}qūb en al-Andalus y comienzo de importantes construcciones en Sevilla.
1172	Muere en Murcia Muḥammad b. Mardanīš, hasta entonces resistente al poder Almohade.
1184	Muere el Califa Almohade Abū Ya^{c}qūb y le sucede su hijo Abū Yūsuf.
1195	Expedición del Califa Abū Yūsuf a la Península, logrando el éxito en la batalla de Alarcos.
1199	Muere el Califa Abū Yūsuf y le sucede su hijo al-Nāṣir.
1203	Conquista Almohade de las Baleares, hasta entonces independientes con los Banū Gāniya.
1212	Grave derrota Almohade en las Navas de Tolosa.
1213	Muere el Califa al-Nāṣir y le sucede su hijo al-Mustanṣir. Decadencia Almohade.
1214-1221	Treguas Almohades con Castilla, donde ocurren las minorías de Enrique I y Fernando III.
1216-1217	Los Benimerines atacan en Fez a los Almohades.
1224	Muere el Califa al-Mustanṣir; en ese año son proclamados los Califas al-Majlū^{c} y al-^{c}Ādil.
1236	El Califa al-^{c}Ādil es asesinado; tras él se proclama a su hermano al-Mu^{c}taṣim. En Sevilla, por su parte, se proclama Califa al-Ma'mūn.

1228	Ibn Hūd se alza contra los Almohades y se proclama «emir de los musulmanes» en Murcia.
1229	Zayyān b. Mardanīš se alza con el poder en Valencia.
1230	Ibn Hūd es derrotado por los castellanos en Jerez y al año siguiente por los leoneses en Alange.
1232	Muere el Califa al-Ma'mūn. Muḥammad b. Naṣr se proclama soberano en tierras de Jaén y pronto, instalado en Granada, centrará el poder del último reino andalusí, hasta 1492.
1238	Muere el régulo Ibn Hūd, totalmente desprestigiado.
1236	Fernando III conquista Córdoba.
1248	Fernando III conquista Sevilla.
1268	Los Benimerines suceden plenamente a la dinastía de los Almohades en el Magreb.

BIBLIOGRAFÍA

Entre las fuentes árabes sobre las que se ha formado este libro hay que empezar por citar a Ibn Ḥayyān, el gran historiador, cuya vida transcurrió en Córdoba en el siglo XI, asistiendo de forma muy próxima y crítica a los acontecimientos que narra en su *Matīn*, no conservado hasta nuestros días sino a través de recopiladores posteriores, de los que hemos recogido no sólo pasajes ḥayyāníes, pues son, a su vez, autores fundamentales, como IBN BASSĀM (m. hacia 1147), con su *Kitāb al-ḏajīra fī maḥāsin ahl al-Ŷazīra* (citada en nuestro texto abreviadamente como *Ḏajīra*), a través de las ediciones El Cairo, 1939, parte I-1; 1942, I-2; 1945, IV-1 y 1975, II-1; o de Beirut, 1979, 8 tomos, por I. ᶜAbbās. IBN AL-ABBĀR, m. 1260, *Kitāb al-ḥulla al-siyarā'*, abrev.: *al-Ḥulla al-siyarā'*, ed. Ḥ. Mu'nis, El Cairo, 1963, 2 t. IBN SAᶜĪD, m. 1286, *al-Mugrib fī ḥulà al-Magrib*, abrev.: *Mugrib*, ed. Š. Ḍayf, El Cairo, 2.ª ed. corregida, 1955, 2 t.; IBN ᶜIḎĀRĪ, m. 1312, *al-Bayān al-mugrib fī ajbār al-Andalus wa-l-Magrib*, abrev.: *Bayān*, III, ed. E. Lévi-Provençal, París, 1930, con un Apéndice anónimo sobre la época de taifas, cit. abrev. *Ḏayl Bayān-III*; IV, ed. I. ᶜAbbās, Beirut, 1967, con 2.ª reimp. 1980, y V, o parte almohade, ed. M. I. al-Kattānī y otros, Beirut-Casablanca, 1985; y, por fin, IBN AL-JAṬĪB, m. 1374, no sólo en su *Kitāb aᶜmāl al-aᶜlām*, cit. abrev. *Aᶜmāl*, ed. E. Lévi-Provençal, Beirut, 1956, sino en su riquísima *al-Iḥāṭa fī ajbār Garnāṭa*, cit. abrev. *Iḥāṭa*, ed. M. ᶜA. A. ᶜInān, El Cairo, I, 1955; II, 1974; III, 1975 y IV, 1977, que es necesario confrontar con las correcciones y ampliaciones de ᶜA. al-S. Šaqūr, *al-Iḥāṭa fī ajbār Garnāṭa, nuṣūṣ ŷadīda lam tunšar*, Tánger, 1987.

Otros autores del siglo XI, contemporáneos de Ibn Ḥayyān, y también interesantísimos al reflejar la situación de su época, tenidos en cuenta en este libro son: IBN ḤAZM, m. 1064, y tanto en su *Ŷamharat ansāb al-ᶜarab*, cit. *Ŷamhara*, ed. ᶜA. S. Hārūn, El Cairo, 1962, como en su *Naqṭ al-ᶜarūs*, cit. *Naqṭ*, ed. Š. Ḍayf, *Bulletin of the Faculty of Arts*, Fouad I University, El Cairo, XIII, 1951, pp. 41-89; el geógrafo e historiador almeriense AL-ᶜUḎRĪ, m. 1086,

con su *Tarṣīʿ al-ajbār*, cit. *Tarṣīʿ*, cuyos importantes fragmentos fueron editados por ʿA. ʿA. al-Ahwānī, Madrid, 1965; el impresionante testimonio que son las *Memorias* del régulo granadino ʿAbd Allāh, muerto ya en el Magreb muy a finales del siglo XI, tituladas *Kitāb al-tibyān*, cit. abrev. *Tibyān*, ed. E. Lévi-Provençal, El Cairo, 1955; y su traducción por E. García Gómez, *El siglo XI en 1.ª persona*, Madrid, 1980; y también, aunque ya vivió hasta 1140, enlazando con la centuria siguiente, IBN JĀQĀN, cuyos *Qalā'id al-ʿiqyān*, contienen a veces referencias culturales y ambientales muy significativas, y que hemos utilizado en la edición de París, del siglo pasado, reproducida con algunas adiciones en Túnez, 1966, y que parece en general más precisa que una edición nueva, recién publicada en ʿAmmān.

Para las épocas de Almorávides y Almohades, aparte recopilaciones del siglo XIV y siguientes que citaré enseguida, he recurrido a tres crónicas dinásticas, escritas dentro del marco de la historiografía oficial almohade, la más antigua por un letrado oriundo del Algarve, IBN ṢĀḤIB AL-ṢALĀT, vivo aún en 1198, de cuyo *al-Mann bi-l-Imāma*, consagrado sólo a la dinastía a la que se sirvió, sólo nos queda la segunda parte, cit. abrev. *Mann*, ed. por ʿA. al-Hādī al-Tāzī, Beirut, 1964; luego *al-Muʿŷib* de ʿAbd al-Wāḥid al-Marrākušī, emigrado a Oriente, en 1217, donde redactó este compendio histórico sobre todo el Occidente islámico, interesante pese a algunos *lapsus* que quizás introdujo en él la distancia; editada varias veces, remito a la ed. de R. Dozy, *The History of the Almohades, preceded by a sketch of the history of Spain, from the time of the conquest till the reign of Yúsuf Ibn Téshufín and the history of the Almoravides*, Leiden, 2.ª ed., 1881. Y en tercer lugar cronológico el *Naẓm al-ŷumān*, cit.: *Naẓm*, de IBN AL-QAṬṬĀN, autor magrebí que compuso su crónica para el califa almohade al-Murtaḍà, a mitad del siglo XIII, ya en plena decadencia, con el afán de reconstruir los momentos gloriosos de la dinastía. Sobre ella, y especialmente sobre sus comienzos, he tenido en cuenta algunos escritos doctrinales y propagandísticos que contienen el credo, ritual y organización, ecléctico y lleno de pujanza «renovadora» del movimiento almohade, expuesto primero por su fundador, Ibn Tūmart, especialmente en su *Libro*, ed. por I. Goldziher, en Argel, en 1903. Además los textos que he seleccionado de los *Documents inédits d'histoire almohade*, ed. E. Lévi-Provençal, París, 1928, con los diversos pasajes que cito abreviadamente como *Documents, Ansāb*, Epístola de los epígrafes, y *Ta'rīj* de al-Baydaq.

Al irse apagando al-Andalus, en cuya época final sobresale Ibn al-Jaṭīb, antes mencionado, se alza la producción magrebí, compilaciones que atienden, con cierta nostalgia, al pasado de al-Andalus, como sucede con el granadino-magrebí IBN SIMĀK, con su curiosa *al-Ḥulal al-mawšiyya*, ed. S. Zakkār y ʿA. Q. Zimāma, Casablanca, 1979; y también, asomándose ya al XV, IBN JALDŪN, cuyo *Kitāb al-ʿibar* he seguido utilizando en la ed. Būlāq, 1867, en 7 t. Por su

parte, el *Rawḍ al-mi'ṭār*, compilado por al-Ḥimyarī, m. 1326, es un diccionario de lugares, con importantes referencias, y del cual he empleado la ed. de E. Lévi Provençal, Leiden, 1938, que creo más difundida que la reciente de I. ʿAbbās, también excelente, Beirut, 1985. El tremeceniano al-Maqqarī, m. 1632, ha de estar representado en esta selección de fuentes con su *Nafḥ al-ṭīb*, a través de la ed. de R. Dozy y otros, *Analectes*, Leiden, 1855-1861, reimpr. Amsterdam, 1967, 2 t., aunque también existe la buena edición de I. ʿAbbās, Beirut, 1968, 8 t.

Entre los compiladores magrebíes se halla IBN AL-KARDABŪS, m. principios siglo XIII, cuyo *Ta'rīj* fue editado por A. M. al-ʿAbbādī, Madrid, 1971.

Las fuentes cristianas, necesario complemento, están representadas sobre todo por la *I Crónica General que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV*, cuyo testimonio sobre el-Andalus tienen, en algún punto, el alto valor de conservar alguna crónica árabe perdida, y que cito por la ed. de R. Menéndez Pidal y otros, 2.ª ed., Madrid, 1955, a cuya contribución ha venido a sumarse la nueva impresión, emprendida por D. Catalán, Madrid, 1977.

Casi todas las fuentes árabes utilizadas han sido traducidas a algún idioma occidental, y analizadas más o menos en diversos trabajos, de lo cual puede el lector obtener información en las tres obras existentes más considerables en relación con las etapas históricas que ahora atendemos, y que son:

– D. Wasserstein, *The Rise and Fall of the Party-Kings. Politics and Society in Islamic Spain, 1002-1086*, Princeton, 1985; a ello, sobre las tarifas, deben añadirse entre otros publicaciones de M. Benaboud (cfr. *Anaquel de Estudios Árabes*, II, 1991, 362 y 366).

– J. Bosch Vilá, *Los almorávides*, Tetuán, 1956, ahora felizmente reproducida en facsímil, con un estudio preliminar por E. Molina López, Granada, 1990, donde se encuentra una amplia bibliografía actualizada, con noticia de trabajos de ʿI. Dandaš y de V. Lagardère, especialmente.

– A. Huici Miranda, *Historia política del imperio almohade*, Tetuán, 1957, 2 t.

Siendo, por más recientes y generales, «las» obras hoy de referencia básica a los tres períodos de que nos ocupamos, y suficientemente orientadoras, queda, claro está, labor por hacer, como creo que se pone de manifiesto en: M. J. Viguera, «al-Andalus en época almohade», *Actas del V Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía*, Córdoba, 1988, pp. 9-29.

Además de estas fuentes y obras de investigación, que son básicas, otras también importantes han sido citadas en las notas bibliográficas, a lo largo de este libro. Mucho puede hallarse también en una completa introducción sobre la *España musulmana (Siglos VIII-XV)*, escrita por Rachel Arié, en el tomo III de la *Historia de España* dirigida por M. Tuñón de Lara, Barcelona, 1982, con buena bibliografía y amplio empeño, que hacen del libro un útil manual, en vi-

gencia. Pierre Guichard ha reunido una valiosa colección de textos sobre *L'Espagne et la Sicile musulmanes aux XI^{e}-XII^{e} siècles,* Lyon, 1990, acompañados de enjundiosas introducciones, trascendiendo el marco político.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Las Colecciones MAPFRE 1492, ... Fundación MAPFRE AMÉRICA, ... por 19 colecciones ... 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

A continuación presentamos ...

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92
INDIOS DE AMÉRICA
MAR Y AMÉRICA
IDIOMA E IBEROAMÉRICA
LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS
IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO
REALIDADES AMERICANAS
CIUDADES DE IBEROAMÉRICA
PORTUGAL Y EL MUNDO
LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA
RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA
ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS
ARMAS Y AMÉRICA
INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA
EUROPA Y AMÉRICA
AMÉRICA, CRISOL
SEFARAD
AL-ANDALUS
EL MAGREB

A continuación presentamos los títulos de algunas de las Colecciones.

COLECCIÓN
RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

Linajes hispanoamericanos.

El abate Viscardo (jesuitas e independencia) en Hispanoamérica.

La agricultura y la cuestión agraria en el encuentro de dos mundos.

Sevilla, Cádiz y América. El trasiego y el tráfico.

Acciones de Cultura Hispánica en América.

La Junta para la Ampliación de Estudios y América (1912-1936).

La cristianización de América.

Influencias artísticas entre España y América.

Influencia del Derecho español en América.

Revolución Francesa y revoluciones hispánicas.

Historia del Derecho indiano.

Exiliados americanos en España.

Andalucía en torno a 1492. Estructuras. Valores. Sucesos.

Exilio republicano.

Fiestas, diversiones y juegos en la América hispánica.

El dinero americano y la política del Imperio.

Relaciones científicas entre España y América.

El pensamiento liberal español en el siglo XIX sobre la descolonización de Iberoamérica.

Introducción a los derechos del hombre en Hispanoamérica.

Relaciones diplomáticas entre España y América.

La idea de justicia en la conquista de América.

Exiliados españoles en América: liberales, carlistas y republicanos.

Cargadores a Indias.

El teatro descubre América: fiestas y teatro en la Casa de Austria.

COLECCIÓN ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

La Florida, siglo XVI, descubrimiento y conquista.
La Florida contemporánea.
Las raíces hispanas de Estados Unidos.
España y la independencia de Estados Unidos.
Hispanos en Estados Unidos.
Emigración española a Estados Unidos.
La revolución norteamericana en la independencia de Hispanoamérica.
Veinticinco años de México en Estados Unidos.
Texas.
Nuevo México.
Arizona.
California.
Luisiana.
La Florida colonial.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de julio de 1992.

El libro *Los reinos de taifas y las invasiones magrebíes*, de María Jesús Viguera Molíns, forma parte de la Colección «Al-Andalus», una historia completa y sistemática de la presencia musulmana en España durante casi ocho siglos, que ha repercutido en la formación de la identidad nacional, costumbres, principios y valores.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492,* de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.


9 788471 004314

EDITORIAL
MAPFRE